



LA  
SOBERANÍA  
DE DIOS

ARTHUR W. PINK (1886-1952)

# LA SOBERANÍA DE DIOS

Por Arthur Pink

*“Tuya es, oh Jehová, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo, oh Jehová, es el reino, y tú eres excelso sobre todos”*  
(1 Crónicas 29:11).

© Copyright 2018 la Iglesia Bautista Reformada la Gracia de Dios en Medellín, Colombia, y el Seminario Reformado Latinoamericano SRL Medellín, Colombia (<http://caractercristiano.org>). Publicado originalmente en inglés bajo el título *The Sovereignty of God* por Arthur Pink.

© Copyright 2021 Chapel Library, notas al pie y preguntas de estudio agregadas por Chapel Library.

Traducción: *Pablo Aguirre*. Edición y revisión: *Julio C. Benítez, y otros*.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro.

Reproducido por Chapel Library con permiso de la Iglesia Bautista Reformada la Gracia de Dios en Medellín (<http://caractercristiano.org>).

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este libro u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con:

**CHAPEL LIBRARY**

**2603 West Wright Street**

**Pensacola, Florida 32505 USA**

*chapel@mountzion.org • [www.ChapelLibrary.org](http://www.ChapelLibrary.org)*

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno: [www.chapellibrary.org](http://www.chapellibrary.org).

# LA SOBERANÍA DE DIOS

## Contenido

Prefacios.....	5
Introducción.....	11
1. La soberanía de Dios definida.....	20
2. La soberanía de Dios en la creación.....	30
3. La soberanía de Dios en la administración.....	35
4. La soberanía de Dios en la salvación.....	50
5. La soberanía de Dios en la reprobación.....	87
6. La soberanía de Dios en operación.....	120
7. La soberanía de Dios y la voluntad humana.....	138
8. Soberanía y responsabilidad humana.....	157
9. La soberanía de Dios y la oración.....	181
10. Nuestra actitud hacia su soberanía.....	196
11. Dificultades y objeciones.....	211
12. El valor de esta doctrina.....	234
13. Conclusión.....	251



# PREFACIOS

## Prefacio a la primera edición

En las siguientes páginas, se ha hecho un intento para examinar de nuevo, a la luz de la Palabra de Dios, algunas de las preguntas más profundas que pueden ocupar la mente humana. Otros han lidiado con estos grandes problemas en el pasado y nos hemos beneficiado de sus trabajos. Sin pretender reclamar originalidad, el escritor, sin embargo, se ha esforzado en examinar y tratar su tema desde un punto de vista totalmente independiente. Hemos estudiado, diligentemente, las obras de hombres como Agustín (354-430) y Aquino (1225-1274), Calvino (1509-1564) y Melanctón (1497-1560), Jonathan Edwards (1703-1758) y Ralph Erskine (1685-1752), Andrew Fuller (1754-1815) y Robert Haldane (1764-1842)<sup>1</sup>. Y resulta triste pensar que estos nombres eminentes y honrados son, casi completamente, desconocidos para la generación actual. Aunque, por supuesto, no avalamos todas sus conclusiones, sin embargo, reconocemos con gusto, nuestra profunda deuda con sus obras. Nos hemos abstenido, deliberadamente, de citar libremente a estos teólogos profundamente instruidos porque deseamos que la fe de nuestros lectores no se sostenga en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. Por esta razón, *hemos* citado abundantemente de las Escrituras y hemos tratado de proporcionar textos de prueba para *cada* declaración que hemos desarrollado.

Sería imprudente de nuestra parte, esperar que este trabajo tenga la aprobación general. La tendencia de la teología moderna, si se le puede llamar teología, es siempre hacia la exaltación de la criatura

---

<sup>1</sup> Entre los que han tratado de manera más útil el tema de la soberanía de Dios en los últimos años, mencionamos a los doctores. N. L. Rice, J. B. Moody y George S. Bishop, de cuyos escritos también hemos recibido instrucción. —A. W. P.

más que hacia la glorificación del Creador y, la levadura<sup>2</sup> del racionalismo<sup>3</sup> actual, está penetrando rápidamente a toda la cristiandad. Los efectos maléficó del darwinismo tienen más alcance de lo que la mayoría cree. Nos tememos que muchos de aquellos entre nuestros líderes religiosos que todavía son considerados ortodoxos<sup>4</sup>, serían hallados heterodoxos<sup>5</sup> si los pesaran en las balanzas del santuario. Incluso, aquellos que son claros, intelectualmente, sobre otras verdades, son raramente sanos en *doctrina*. Pocos, muy pocos, en la actualidad, creen realmente en la *completa* ruina y la depravación total del hombre. Aquellos que hablan del “libre albedrío” del hombre e insisten en su poder inherente para aceptar o rechazar al Salvador, sólo expresan su ignorancia de la condición real de los hijos caídos de Adán. Y si son pocos los que creen que, en lo que a ellos respecta, la condición del pecador es de *total incapacidad*, todavía hay menos que creen, realmente, en la *soberanía absoluta* de Dios.

Además de los efectos ampliamente extendidos de la enseñanza no bíblica, también debemos tener en cuenta la deplorable *superficialidad* de la generación actual. Anunciar que cierto libro es un tratado de doctrina, es suficiente para prevenir contra él a la gran mayoría de los miembros de la iglesia y a la mayoría de nuestros predicadores también. El anhelo de hoy es por algo ligero y sazonado, y pocos tienen paciencia y, todavía menos deseo, para examinar cuidadosamente aquello que les impondría exigencias, tanto a sus corazones como a sus facultades mentales. Recordamos también, cómo se vuelve cada vez más difícil, en estos días extenuantes, para aquellos que están deseosos de estudiar las cosas más profundas de Dios, encontrar el tiempo que requiere tal estudio. Sin embargo, sigue siendo cierto que “donde hay voluntad, hay un camino” y, a pesar de las características desalentadoras a las que nos referimos, creemos

---

<sup>2</sup> **Levadura** – Aquello que impregna con una influencia alteradora o transformadora; bíblicamente, aquello que continuamente se difunde para corromper la sana doctrina.

<sup>3</sup> **Racionalismo** – Filosofía de que la razón humana, sin la ayuda de la revelación divina, es la única guía para toda verdad religiosa alcanzable.

<sup>4</sup> **Ortodoxia** – Literalmente, “*creencia correcta*”; sostener el cuerpo de doctrinas que son esenciales para la fe cristiana; esto implica coherencia en la fe y la adoración con la revelación de la Sagrada Escritura.

<sup>5</sup> **Heterodoxia** – Apartarse de las doctrinas establecidas; inclinándose hacia la herejía.

que, incluso ahora, hay un remanente piadoso que se complacerá en considerar cuidadosamente este pequeño trabajo, y, tal voluntad, confiamos, encontrará en ello, “comida a su debido tiempo”.

No olvidamos las palabras de alguien fallecido hace mucho tiempo, a saber, que “la censura es el último recurso de un oponente derrotado”. Desestimar este libro con el desdeñoso epíteto: “¡Hiper-calvinismo!”<sup>6</sup>, no será digno de atención. No tenemos gusto por la controversia y no aceptaremos ningún desafío para enlistarnos contra aquellos que deseen debatir las verdades discutidas en estas páginas. En lo que respecta a nuestra reputación personal, la dejamos al cuidado de nuestro Señor y, a Él ahora, encomendamos este volumen y cualquier fruto que pueda dar, rogándole a Él que lo use para iluminar a su propio pueblo amado (en la medida en que esté de acuerdo con su Santa Palabra) y que perdone al escritor y preserve al lector de los efectos perjudiciales de cualquier enseñanza falsa que pueda haberse infiltrado en él. Si el gozo y el consuelo que han llegado al autor mientras escribía estas páginas son compartidos por aquellos que pueden escudriñarlas, entonces estaremos devotamente agradecidos con Aquel cuya sola gracia nos permite discernir las cosas espirituales.

—Arthur W. Pink, junio de 1918

## **Prefacio a la segunda edición**

Han pasado dos años desde que se presentó la primera edición de este trabajo al público cristiano. Su recepción ha sido mucho más favorable de lo que el autor había esperado. Muchos le han notificado de la ayuda y la bendición recibidas debido a una lectura concienzuda de sus intentos de explicar lo que es, sin lugar a dudas, un tema difícil. Por cada palabra de aprecio, le devolvemos nuestro sincero agradecimiento a Aquel en cuya Luz sólo “vemos la luz”. Algunos han condenado el libro en términos incompetentes y a estos los encomendamos a Dios y a la Palabra de su gracia, recordando que está escrito que “no puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo” (Jn. 3:27). Otros nos han enviado críticas amistosas y estas han

---

<sup>6</sup> **Hiper-calvinismo** – Distorsión de la doctrina reformada que sostiene que, debido a que Dios ha salvado infaliblemente a aquellos que Él ha señalado para la salvación, no hay necesidad de la obediencia humana a la Gran Comisión para proclamar el evangelio al mundo.

sido sopesadas cuidadosamente y, confiamos que, en consecuencia, esta edición revisada será más provechosa que la anterior para aquellos que son miembros de la familia de la fe.

Parece que es necesario una palabra de explicación. Varios hermanos respetados en Cristo, sintieron que nuestra forma de tratar el tema de la soberanía de Dios era extrema y unilateral. Se ha dicho que un requisito fundamental al exponer la Palabra de Dios es la necesidad de *preservar el equilibrio de la verdad*. Con esto, estamos en total acuerdo. Hay dos cosas que no admiten discusión: Dios es soberano y el hombre es una criatura responsable. Pero en este libro, estamos tratando sobre la soberanía de Dios y, dado que la responsabilidad del hombre es fácilmente asumida, no nos detenemos en cada página para insistir en ello. En cambio, hemos tratado de enfatizar ese lado de la verdad que, en estos días, es casi universalmente descuidado. Probablemente, el 95 por ciento de la literatura religiosa del día, está dedicada a exponer los deberes y obligaciones de los hombres.

El hecho es que aquellos que se comprometen a explicar la responsabilidad del hombre, son los mismos que han *perdido* el “equilibrio de la verdad” al ignorar, en gran medida, la soberanía de Dios. Es perfectamente correcto insistir en la responsabilidad del hombre, pero ¿qué hay de Dios? ¿No tiene *Él* exigencias, ni derechos? Se necesitan un centenar de obras como ésta, se tendrían que predicar diez mil sermones sobre este tema por todo el país, si se quiere recuperar el “equilibrio de la verdad”. El “equilibrio de la verdad” se ha perdido, se ha perdido a través de un énfasis desproporcionado en el lado humano y a la minimización, si no a la exclusión, del lado divino.

Concedemos el que este libro sea unilateral, dado que sólo pretende tratar con un lado de la verdad y ese es, el lado descuidado, el lado divino. Además, podría plantearse la siguiente pregunta: ¿Qué es lo que más se debe deplorar: Un énfasis excesivo en el lado humano y un énfasis insuficiente en el lado divino, o un énfasis excesivo en el lado divino y un énfasis insuficiente en el lado humano? Seguramente, si nos equivocamos, es del lado correcto. Seguramente, hay mucho más peligro en hacer demasiado al hombre y demasiado poco a Dios, que en hacer demasiado a Dios y muy poco al hombre. Sí, la

pregunta podría bien hacerse: ¿Podemos enfatizar demasiado las exigencias de *Dios*? ¿Podemos ser demasiado extremistas, al insistir en la absolutez y universalidad de la soberanía de Dios?

Es con profundo agradecimiento a Dios que, después de dos años más de estudio diligente de las Sagradas Escrituras, con el ferviente deseo de descubrir lo que el Dios todopoderoso se ha complacido en revelar a sus hijos sobre este tema, podemos testificar que no vemos razón para retractarnos de lo que escribimos antes y, aunque hemos reorganizado el material de este trabajo, la sustancia y la doctrina de la misma, permanecen sin cambios. Que Aquel que condescendió en bendecir la primera edición de esta obra, se complazca en adueñarse, aún más ampliamente, de esta revisión.

—Arthur W. Pink, 1921, Swengel, PA

### **Prefacio a la tercera edición**

Es una causa de ferviente alabanza a Dios que ahora se requiera una tercera edición de esta obra. A medida que la oscuridad es más densa y las pretensiones de los hombres se hacen cada vez más evidentes, aumenta la necesidad de un énfasis en las exigencias de Dios. Cuando la Babel de las lenguas religiosas del siglo XX desconcierta a tantos, la responsabilidad de los siervos de Dios de señalar el ancla segura del alma, debe ser la más notoria. Nada es tan tranquilizador y tan estable como la seguridad de que el Señor mismo está en el Trono del universo, obrando “*todas* las cosas según el designio de su voluntad” (Ef. 1:11).

El Espíritu Santo nos ha dicho que hay en las Escrituras, algunas cosas difíciles de entender (2 P. 3:16), pero, ¡obsérvese que es “difícil”, *no* “imposible”! Una espera paciente en el Señor, una comparación diligente de Escritura con Escritura, a menudo, resulta en una comprensión más completa de lo que antes era oscuro para nosotros. Durante los últimos diez años, le ha complacido a Dios darnos más luz sobre ciertas partes de su Palabra y esto, hemos intentado utilizarlo para mejorar nuestras exposiciones de diferentes pasajes. Pero es con sincera acción de gracias que consideramos innecesario cambiar o modificar cualquier doctrina contenida en las ediciones anteriores. Sí, a medida que pasa el tiempo, nos damos cuenta (por la gracia divina) con fuerza cada vez mayor, de la verdad, la importancia

y el valor de la soberanía de Dios en lo que respecta a cada área de nuestras vidas.

Nuestros corazones se han regocijado, una y otra vez, por las cartas no solicitadas que han llegado de todas partes de la tierra, contándonos acerca de la ayuda y las bendiciones recibidas de las ediciones anteriores de esta obra. Un amigo cristiano estaba tan emocionado al leerlo y tan impresionado por su testimonio que envió un cheque para enviar ejemplares gratuitos a misioneros en cincuenta países extranjeros, “para que su glorioso mensaje pueda rodear el globo”; muchos de ellos nos han escrito para decir cuánto se han fortalecido en su lucha con los poderes de la oscuridad. A Dios sólo le pertenece *toda* la gloria. Que Él se digne usar esta tercera edición para la honra de su propio gran Nombre y para la alimentación de sus ovejas diseminadas y hambrientas.

—Arthur W. Pink, 1929, Morton’s Gap, Kentucky, USA

### **Prefacio a la cuarta edición**

Es con profunda alabanza al “Dios Altísimo” que ahora se necesite otra edición de este valioso y útil libro. Aunque su enseñanza va directamente en contra de lo que se promulga hoy en día, sin embargo, nos complace poder decir que su circulación está aumentando para fortalecer la fe, el consuelo y la esperanza de un número cada vez mayor de los elegidos de Dios. Nosotros encomendamos esta nueva edición a Aquel en quien “nos deleitamos en honrar”, orando para que Él se complazca en bendecir su circulación para la iluminación de muchos más de los suyos para la “alabanza de la gloria de su gracia” (Ef. 1:6), y una más clara aprehensión de la majestad de Dios y su soberana misericordia.

—I. C. Herendeen, 1949.

# INTRODUCCIÓN

## A. La gran pregunta

¿Quién está regulando los asuntos en esta tierra hoy en día, Dios o el diablo? Que Dios reina supremo en el cielo, generalmente se concede; que lo hace sobre este mundo, es casi universalmente negado —si no directamente, entonces indirectamente—. Cada vez más, los hombres, en su filosofar y teorizar, relegan a Dios a un segundo plano. Consideren la esfera de lo físico. No sólo se niega que Dios *creó* todo mediante una acción personal y directa, sino que pocos creen que tenga alguna preocupación inmediata de *regular* las obras de sus propias manos. Se supone que todo está ordenado de acuerdo con las (impersonales y abstractas) “leyes de la naturaleza”. Así, el Creador es desterrado de su propia creación. Por lo tanto, no debemos sorprendernos de que los hombres, en sus concepciones degradantes, lo excluyan del ámbito de los asuntos humanos.

En toda la cristiandad, con una excepción casi insignificante, se sostiene la teoría de que el hombre es “un agente libre” y, por lo tanto, señor de su fortuna y el determinante de su destino. Que Satanás sea culpado de gran parte del mal que está en el mundo, lo afirman libremente aquellos que, aunque tienen tanto que decir acerca de “la responsabilidad del hombre”, a menudo *niegan* su *propia* responsabilidad al atribuirle al diablo lo que, de hecho, procede de sus propios corazones malvados (Mr. 7:21-23).

Pero, ¿quién *está* regulando los eventos en esta tierra hoy, Dios o el diablo? Intente asumir una visión seria e integral del mundo. ¡Qué escena de confusión y caos nos confronta por todos lados! El pecado es desenfrenado; la anarquía abunda; los hombres malvados y seductores “cada vez son peores” (2 Ti. 3:13). Hoy, todo parece estar fuera de lugar. Los tronos están crujiendo y tambaleándose, las antiguas dinastías están siendo derrocadas, las democracias se rebelan, la civilización es un fracaso demostrado; la mitad de la cristiandad estuvo

recientemente atrapada en una lucha mortal<sup>7</sup> y ahora que el conflicto titánico ha terminado, en lugar de que el mundo haya sido hecho “seguro para la democracia”, hemos descubierto que la democracia es muy *insegura* para el mundo. La intranquilidad, el descontento y la falta de ley abundan en todas partes y nadie puede decir qué tan pronto se pondrá en marcha otra gran guerra. Los estadistas están perplejos y abrumados. “[Desfallecen] los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra” (Lc. 21:26).  
¿Parecen *estas* cosas como si Dios tuviera el control total?

Pero, enfoquemos nuestra atención en el ámbito religioso. Después de diecinueve siglos de predicación del evangelio, Cristo todavía es “despreciado y rechazado entre los hombres” (Is. 53:3). Peor todavía, Él (el Cristo de las Escrituras) es proclamado y magnificado por muy pocos. En la mayoría de los púlpitos modernos es deshonrado y repudiado. A pesar de los frenéticos esfuerzos por atraer a la multitud, la mayoría de las iglesias están siendo vaciadas en lugar de ser llenadas. ¿Y qué hay de las grandes masas de personas que no asisten a la iglesia? A la luz de la Escritura, nos vemos obligados a creer que “muchos” están en el camino amplio que conduce a la destrucción y que sólo “pocos” están en el camino angosto que conduce a la vida. Muchos declaran que el cristianismo es un fracaso y la desesperación comienza a verse en muchas caras. No pocos del propio pueblo del Señor están desconcertados y su fe está siendo severamente probada. ¿Y *qué hay de Dios*? ¿Él ve y oye? ¿Es impotente o indiferente? Varios de los que son considerados líderes del pensamiento cristiano, nos dijeron que Dios no pudo evitar la llegada de la terrible y última guerra y que fue *incapaz* de causar su finalización. Se dijo, y abiertamente, que las condiciones estuvieron *más allá* del control de Dios. ¿Parecen estas cosas como si Dios estuviera gobernando el mundo?

¿Quién está regulando los asuntos en esta tierra hoy en día, Dios o el diablo? ¿Qué impresión se produce en las mentes de aquellos hombres del mundo que, ocasionalmente, van a un servicio del evangelio? ¿Cuáles son las concepciones formadas por aquellos que oyen, incluso, a los predicadores que se consideran “ortodoxos”? ¿No es acaso un Dios *decepcionado*, Aquel en quien los cristianos creen? Por lo que se escucha del evangelista promedio hoy en día, ningún oyente

---

<sup>7</sup> Se refiere a la devastación de la Primera Guerra Mundial.

serio está *obligado* a concluir que él profesa representar a un Dios lleno de intenciones benevolentes, pero incapaz de llevarlas a cabo; que Él está ardientemente deseoso de bendecir a los hombres, pero que *ellos* no se lo permiten? Entonces, ¿no debe el oyente promedio inferir que el diablo ha ganado ventaja y que Dios debe ser compadecido en lugar de culpado?

Pero, ¿no parece que todo demuestra que el diablo *ha* tenido mucho más que ver con los asuntos de la tierra que Dios? Oh, todo depende de si caminamos por fe o si caminamos por vista (2 Co. 5:7). ¿Sus pensamientos, mi lector, respecto a este mundo y la relación de Dios con él, se basan en lo que usted *ve*? Enfrente esta pregunta, sería y honestamente. Y si usted es un cristiano, lo más probable es que tenga motivos para inclinar la cabeza con vergüenza y tristeza, y reconocer que así es. Por desgracia, en realidad, caminamos muy poco “por fe”. Pero, ¿qué significa “caminar por fe”? Significa que nuestros pensamientos están formados, nuestras acciones reguladas, nuestras vidas moldeadas por las Sagradas Escrituras porque “la fe viene por el oír y el oír *por la Palabra de Dios*” (Ro. 10:17). Es de la Palabra de Verdad y sólo de ella, de la que o de donde podemos aprender cuál es la relación de Dios con este mundo.

¿Quién está regulando los asuntos en esta tierra hoy, Dios o el diablo? ¿*Qué dicen las Escrituras*? Antes de considerar la respuesta directa a esta pregunta, digamos que las Escrituras *predijeron* lo que ahora vemos y escuchamos. La profecía de Judas va hacia su cumplimiento. Nos desviaría bastante del curso de nuestra presente investigación el ampliar completamente esta afirmación, pero lo que tenemos, particularmente, en mente es una oración en el versículo 8: “De la misma manera también estos soñadores mancillan la carne, *rechazan la autoridad y blasfeman de las potestades superiores*”.

Sí, “blasfeman” de la dignidad suprema, el único “Soberano, Rey de reyes y Señor de señores” (1 Ti. 6:15). Nuestra época es, peculiarmente, una época de irreverencia y como consecuencia, el espíritu de anarquía, que no admite restricciones y que desea desechar todo lo que interfiere con el curso libre de la voluntad propia, está envolviendo rápidamente a la tierra como un gigantesco maremoto. Los miembros de la nueva generación son los ofensores más flagrantes, y en la decadencia y desaparición de la autoridad parental, tenemos el cierto precursor de la abolición de la autoridad cívica.

Por lo tanto, en vista de la creciente falta de respeto por la ley humana y la negativa a “rendir honor a quien se debe honor” (Ro. 13:7), no nos debe sorprender que el reconocimiento de la majestad, la autoridad, la soberanía del omnipotente Legislador, debería retroceder cada vez más a un segundo plano, y las masas tienen cada vez menos paciencia con quienes insisten en ellas. Y las condiciones no mejorarán; en cambio, la Palabra de Profecía más segura nos hace saber que irán de mal en peor. Tampoco esperamos ser capaces de detener la marea —ya ha alcanzado demasiada altura para eso—. Todo lo que ahora, esperanzadamente podemos hacer, es advertir a nuestros compañeros santos contra el espíritu de la época y así, tratar de contrarrestar su influencia nefasta sobre ellos.

## B. ¿Qué dicen las Escrituras?

¿Quién está regulando los asuntos en esta tierra hoy en día, Dios o el diablo? ¿Qué dicen las Escrituras? Si creemos en sus declaraciones claras y positivas, no queda espacio para la incertidumbre. Afirman, una y otra vez, que Dios está en el trono del universo; que el cetro está en sus manos; que Él está dirigiendo “*todas* las cosas según el designio de su voluntad” (Ef. 1:11). No sólo afirman que Dios creó todas las cosas, sino también que Dios gobierna y reina sobre todas las obras de sus manos. Afirman que Dios es el “Todopoderoso”, que su voluntad es irreversible, que es soberano absoluto en cada esfera de todos sus vastos dominios. Y con seguridad *debe* ser así. Sólo dos alternativas son posibles: Dios debe gobernar o ser gobernado; controlar o ser controlado; lograr su propia voluntad o ser frustrado por sus criaturas. Aceptando el hecho de que Él es el “Altísimo”, el único Soberano y Rey de reyes, investido de perfecta sabiduría y poder ilimitado, y la conclusión irresistible es que Él debe ser Dios, tanto de hecho como de nombre.

Es en vista de lo que hemos mencionado brevemente líneas arriba, que decimos que las condiciones actuales piden a gritos un nuevo examen y una nueva presentación de la omnipotencia de Dios, la suficiencia de Dios y la soberanía de Dios. Desde cada púlpito en la tierra, es necesario proclamar con potente voz, que Dios todavía vive, que Dios aún observa, que Dios todavía reina. La fe está ahora en el crisol, está siendo probada por el fuego, y no hay un lugar de descanso fijo y suficiente para el corazón y la mente, sino en el *Trono*

de Dios. Lo que se necesita ahora, más que nunca, es una presentación constructiva, positiva y completa de la Divinidad de Dios. Las enfermedades drásticas requieren remedios drásticos. La gente está cansada de banalidades, y meras generalizaciones; el llamado es por algo definido y específico. El jarabe calmante puede servir para los niños malhumorados, pero un tónico de hierro es más adecuado para los adultos, y no sabemos de algo que esté más calculado para infundir vigor espiritual en nuestras estructuras que la aprehensión escritural del carácter completo de Dios. Está escrito, “el pueblo que *conoce a su Dios* se esforzará y actuará” (Dn. 11:32).

Sin duda, una crisis mundial se avecina y los hombres están alarmados por doquier. ¡Pero Dios no lo está! Él nunca es tomado por sorpresa. No es una emergencia inesperada que ahora le confronta porque Él es Aquel que “hace *todas las cosas* según el designio de su voluntad” (Ef. 1:11). Por lo tanto, aunque el mundo está aterrizado, la palabra para el creyente es: “¡No temas!”. “Todas las cosas” están sujetas a su control inmediato; “todas las cosas” se mueven de acuerdo con su propósito eterno y, por lo tanto, “a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan *a bien*, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Ro. 8:28). Debe ser así porque “de él, y por él, y para él, son *todas las cosas*” (Ro. 11:36). Sin embargo, ¡cuán poco es sabido esto hoy, incluso por el pueblo de Dios! Muchos suponen que Él es poco más que un espectador lejano, que no toma parte inmediata en los asuntos de la tierra. Es cierto que el hombre está dotado de poder, pero Dios es *todopoderoso*. Es cierto que, hablando en términos generales, el mundo material está regulado por la ley, pero detrás de esa ley está el Dador y el Administrador de la Ley. El hombre no es más que la criatura. Dios es el Creador y —por eras eternas antes de que el hombre viese por primera vez la luz— el “Dios fuerte” (Is. 9:6) ya existía, y antes de que el mundo fuese fundado, hizo sus planes. Siendo infinito en poder y el hombre sólo finito, su propósito y plan no pueden ser resistidos o frustrados por las criaturas de sus propias manos.

Reconocemos fácilmente, que la vida es un problema profundo y que estamos rodeados de misterio por todos lados; pero no somos como las bestias del campo, ignorantes de su origen e inconscientes de lo que está delante de ellas. No: “*Tenemos* también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una

antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones” (2 P. 1:19). Y es a esta palabra de profecía a la que, de hecho, hacemos bien en “estar atentos”; a esa Palabra que no tuvo su origen en la mente del hombre, sino en la mente de Dios “porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 P. 1:21). Decimos otra vez, es a *esta* “Palabra” a la que hacemos bien en estar atentos.

### **1. Nuestro método**

Cuando vamos a esta Palabra y somos instruidos, descubrimos un principio fundamental que debe aplicarse a cada problema: En lugar de comenzar con el hombre y su mundo, y desde allí retroceder hacia Dios, debemos comenzar con Dios y desde este punto descender hasta el hombre. “¡En el principio *Dios*...!”. Aplique este principio a la situación actual. Comience con el mundo, tal como es hoy, y trate de regresar a Dios y todo parecerá mostrar que Dios no tiene ninguna conexión con el mundo en absoluto. Pero comience con Dios y luego descienda al mundo, y luz, mucha luz, es arrojada sobre el problema. Debido a que Dios es *santo*, su ira arde contra el pecado; puesto que Dios es *justo*, sus juicios caen sobre los que se rebelan contra Él; como Dios es *fiel*, se cumplen las solemnes amenazas de su Palabra; puesto que Dios es *omnipotente*, nadie puede resistirlo con éxito y, menos aún, invalidar su Consejo y porque Dios es *omnisciente*, ningún problema puede dominarlo y ninguna dificultad puede frustrar su Sabiduría. Es sólo porque Dios es Quien es y lo Que es, que ahora estamos contemplando en la tierra lo que vemos: El comienzo de sus juicios derramados. En vista de su justicia inflexible y santidad inmaculada, no podríamos esperar nada más que lo que ahora se despliega ante nuestros ojos.

### **2. Se requiere fe**

Pero digamos muy enfáticamente que el corazón sólo puede descansar y disfrutar la bendita verdad de la soberanía absoluta de Dios cuando la fe está-*en ejercicio*. La fe siempre está ocupada con Dios. Ese es el carácter de ella; eso es lo que la diferencia de la teología intelectual. La fe persiste “como viendo al Invisible” (He. 11:27); soporta las desilusiones, las dificultades y las angustias dolorosas de la vida, pues reconoce que *todo* proviene de la mano de Aquel que es

demasiado sabio para equivocarse y demasiado amoroso para ser cruel. Pero mientras estemos ocupados con cualquier otro objetivo que no sea Dios mismo, no habrá descanso para el corazón ni paz para la mente. Sin embargo, cuando recibimos todo lo que entra a nuestras vidas como de *su* mano, entonces, sin importar cuáles sean nuestras circunstancias o nuestro entorno —ya sea en un cobertizo, en una prisión o en una estaca de mártir— estaremos capacitados para decir: “Las cuerdas me cayeron en lugares *deleitosos*” (Sal. 16:6). Pero ese es el lenguaje de la fe, no de la vista o de los sentidos.

Pero si en lugar de inclinarnos ante el testimonio de la Sagrada Escritura, si en vez de caminar por fe, seguimos la evidencia de nuestros ojos y razonamos a partir de ello, caeremos en un atolladero de virtual ateísmo. O si somos regulados por las opiniones y puntos de vista de los demás, la paz habrá llegado a su fin. Se concede que en este mundo *hay* mucho de pecado y sufrimiento que nos aterra y entristece; se concede que hay mucho en los tratamientos providenciales de Dios que nos asustan y asombran; pero esa no es razón por la que debemos unirnos con el mundano incrédulo que dice: “Si yo fuera Dios, no permitiría esto ni toleraría aquello”, etc. En presencia de un misterio desconcertante, es mucho mejor decir como alguien de la antigüedad, “enmudecí, no abrí mi boca, porque tú lo hiciste” (Sal. 39:9). La Escritura nos dice que los juicios de Dios son “insondables” y que sus caminos “inescrutables” (Ro. 11:33). Debe ser así, si la fe ha de probarse, la confianza en su sabiduría y justicia han de fortalecerse, y la sumisión a su santa voluntad ha de fomentarse.

Aquí está la diferencia fundamental entre el hombre de fe y el hombre de incredulidad. El incrédulo es “del mundo”, juzga todo según los estándares mundanos, ve la vida desde el punto de vista del tiempo y de los sentidos, y pesa todo en las balanzas de su propia creación carnal. Pero el hombre de fe *involucra a Dios*, mira todo desde el punto de vista divino, estima los valores según los estándares espirituales y ve la vida a la luz de la eternidad. Al hacer esto, recibe todo lo que proviene de la mano de Dios. Al actuar así, su corazón está tranquilo en medio de la tormenta. Al hacerlo, “se regocija en la esperanza de la gloria de Dios” (Ro. 5:2).

### C. Resumen

En estos párrafos iniciales, hemos indicado las líneas de pensamiento seguidas en este libro. Nuestro primer postulado es que como Dios *es Dios*, Él hace lo que le place, sólo lo que le place, siempre lo que le place; que su gran preocupación es el cumplimiento de su beneplácito y la promoción de su propia gloria; que Él es el Ser supremo y, por lo tanto, el soberano del universo. Comenzando con este postulado, hemos contemplado:

- El *ejercicio* de la soberanía de Dios:
  - Primero, en la Creación.
  - Segundo, en la administración gubernamental sobre las obras de sus manos.
  - Tercero, en la salvación de sus propios elegidos.
  - Cuarto, en la reprobación de los malvados y...
  - Quinto, en la operación sobre y entre los hombres.
- A continuación, hemos visto la soberanía de Dios en lo que se refiere a la *voluntad* humana en particular y la *responsabilidad* humana en general, y hemos tratado de mostrar cuál es la única actitud que la criatura debe adoptar en vista de la majestad del Creador.
- Se ha apartado un capítulo para considerar algunas de las dificultades que están involucradas y para responder a las preguntas que, probablemente, surjan en la mente de nuestros lectores.
- Y un capítulo se ha dedicado a un examen más cuidadoso, pero breve, de la soberanía de Dios en relación con la oración.
- Finalmente, hemos tratado de mostrar que la soberanía de Dios es una verdad revelada en las Escrituras para el consuelo de nuestros corazones, el fortalecimiento de nuestras almas y la bendición de nuestras vidas. Una debida aprehensión de la soberanía de Dios promueve el espíritu de adoración, proporciona un incentivo para la piedad práctica e inspira celo en el servicio. Es profundamente humillante para el corazón humano, pero en proporción al grado en que arroja al hombre al polvo ante su Creador, en esa medida, Dios es glorificado.

Somos muy conscientes de que lo que hemos escrito, está en abierta oposición a muchas de las enseñanzas que están vigentes, tanto en la literatura religiosa como en los púlpitos representativos

de muchos lugares. Concedemos libremente que el postulado de la soberanía de Dios con todos sus corolarios, está en directa discrepancia con las opiniones y pensamientos del hombre natural, pero la verdad es que somos bastante incapaces de pensar en estos asuntos; somos *incompetentes* para formar una estimación apropiada del carácter y los caminos de Dios. Es a causa de esto que Dios nos ha dado una revelación de su mente, y en esa revelación declara claramente: “Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Is. 55:8-9). En vista de esta Escritura, es de esperar que gran parte del contenido de la Biblia entre en *conflicto* con los sentimientos de la mente carnal, que es enemistad con Dios. Nuestra apelación entonces, no es a las creencias populares del momento, ni a los credos de las iglesias, sino a la Ley y al Testimonio de Jehová (Is. 8:20). Todo lo que pedimos es un examen imparcial y atento de lo que hemos escrito y hecho en oración a la luz de la lámpara de la verdad. Quiera el lector atender a esta amonestación divina: “Examinadlo todo; retened lo bueno” (1 Ts. 5:21).

# 1. LA SOBERANÍA DE DIOS DEFINIDA

*“Tuya es, oh Jehová, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo, oh Jehová, es el reino, y tú eres excelso sobre todos” (1 Crónicas 29:11).*

## A. La definición

La soberanía de Dios es una expresión que una vez fue generalmente entendida. Fue una frase comúnmente utilizada en la literatura religiosa. Fue un tema frecuentemente expuesto en el púlpito. Fue una verdad que trajo consuelo a muchos corazones, y le dio virilidad y estabilidad al carácter cristiano. Pero, hoy en día, mencionar la soberanía de Dios es, en muchos lugares, hablar en una lengua desconocida. Si anunciáramos desde el púlpito promedio que el tema de nuestro discurso sería la soberanía de Dios, sonaría como si hubiéramos tomado prestada una frase de una de las lenguas muertas. ¡Oh, qué triste que tenga que ser así! ¡Oh, qué triste que la doctrina, que es la clave de la historia, el intérprete de la Providencia, la urdimbre y trama de la Escritura y el fundamento de la teología cristiana, tenga que ser tan tristemente descuidada y tan poco comprendida!

La soberanía de Dios. —¿Qué queremos decir con esta expresión?— Queremos decir la supremacía de Dios, la realeza de Dios, la divinidad de Dios. Decir que Dios es soberano es declarar que Dios es Dios. Decir que Dios es soberano es declarar que Él es el Altísimo, que “él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?” (Dn. 4:35). Decir que Dios es soberano es declarar que Él es el Todopoderoso, el poseedor de todo el poder en el cielo y la tierra

para que ninguno pueda vencer sus consejos, frustrar su propósito o resistir su voluntad (Sal. 115:3). Decir que Dios es soberano es declarar que Él es “el gobernante de las naciones” (Sal. 22:28), que establece reinos, derroca imperios y determina el curso de las dinastías como mejor le plazca. Decir que Dios es soberano es declarar que Él es el único “Soberano, el Rey de reyes y Señor de señores” (1 Ti. 6:15). Tal es el Dios de la Biblia.

## B. La diferencia en el cristianismo moderno

¡Cuán diferente es el Dios de la Biblia del dios de la cristiandad moderna! La concepción de la deidad que prevalece más ampliamente hoy en día, incluso entre aquellos que profesan atender a las Escrituras, es una caricatura miserable, una parodia blasfema de la verdad. El dios del siglo XX es un ser indefenso y afeminado que no inspira el respeto de ningún hombre realmente reflexivo. El dios de la mente popular es la creación de un sensible sentimentalismo. El dios de muchos pulpitos de hoy es un objeto de compasión, más bien que de una reverencia que inspira asombro. Decir que Dios el Padre se ha propuesto la salvación de toda la humanidad, que Dios el Hijo murió con la intención expresa de salvar a toda la raza humana y que Dios el Espíritu Santo ahora está tratando de ganar el mundo para Cristo —cuando, como una cuestión de observación común, es evidente que la gran mayoría de nuestros semejantes están muriendo en el pecado y pasando a una eternidad sin esperanza— es sostener que Dios el Padre está *decepcionado*, que Dios el Hijo está *insatisfecho* y que Dios el Espíritu Santo está *derrotado*. Hemos declarado el problema claramente, pero no se puede escapar de la conclusión. Argumentar que Dios está “haciendo lo mejor que puede” para salvar a toda la humanidad, pero que la mayoría de los hombres no permitirán que Él los salve, es insistir en que la voluntad del Creador es impotente y que la voluntad de la criatura es omnipotente. Echarle la culpa al diablo, como hacen muchos, no elimina la dificultad porque, si Satanás está derrotando el propósito de Dios, entonces, Satanás es todopoderoso y Dios ya no es el Ser Supremo.

Declarar que el plan original del Creador ha sido frustrado por el pecado es *destronar* a Dios. Sugerir que Dios fue tomado por sorpresa en el Edén y que ahora está tratando de remediar una calamidad imprevista, es degradar al Altísimo, al nivel de un mortal finito y

errante. Argumentar que el hombre es un agente moral libre y el determinante de su propio destino, y que, por lo tanto, tiene el poder de darle jaque mate a su Hacedor, es *despojar* a Dios del atributo de omnipotencia. Decir que la criatura ha traspasado los límites asignados por su Creador y que Dios es ahora, prácticamente, un espectador impotente ante el pecado y el sufrimiento que conlleva la caída de Adán, es *repudiar* la declaración expresa de la Sagrada Escritura, a saber: “Ciertamente la ira del hombre te alabará; tú *reprimirás* el resto de las iras” (Sal. 76:10). En una palabra, negar la soberanía de Dios, es entrar en un camino que, si se sigue hasta su término lógico, es llegar al vacío ateísmo.

La soberanía del Dios en las Escrituras es absoluta, irresistible, infinita. Cuando decimos que Dios es soberano, afirmamos su derecho a gobernar el universo, que Él ha creado para su propia gloria, tal como le place. Afirmamos que su derecho, es el derecho del alfarero sobre el barro (Is. 64:8), es decir, que Él puede moldear ese barro de la forma que Él elija, formando de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra. Afirmamos que Él no está bajo ninguna regla o ley fuera de su propia voluntad y naturaleza, que Dios es ley para Sí mismo y que Él no tiene la obligación de dar cuenta de sus asuntos a nadie.

## C. La soberanía en todo el Ser de Dios

La soberanía caracteriza todo el Ser de Dios. Él es soberano en todos sus atributos.

### 1. Poder

Él es soberano en el ejercicio de su poder. Lo ejerce como Él quiere, cuando quiere, donde quiere. Este hecho se evidencia en cada página de las Escrituras. Por una larga temporada, ese poder parece estar inactivo y luego, se manifiesta en un poder irresistible. Faraón se atrevió estorbar la salida de Israel a adorar a Jehová en el desierto, ¿qué pasó? Dios ejerció su poder, su pueblo fue liberado y sus crueles capataces asesinados. Pero un poco más tarde, los amalecitas se atrevieron a atacar a estos mismos israelitas en el desierto y, ¿qué pasó? ¿Manifestó Dios su poder en esta ocasión y mostró su mano como lo hizo en el Mar Rojo? ¿Estos enemigos de su pueblo fueron rápidamente derrocados y destruidos? No, por el contrario, el Señor juró

que tendría “guerra con Amalec de generación en generación” (Éx. 17:16). Una vez más, cuando Israel entró en la tierra de Canaán, el poder de Dios se mostró con señales. La ciudad de Jericó impedía su avance, ¿qué pasó? Israel no levantó el arco ni dio un golpe: El Señor extendió su mano y los muros se derrumbaron. ¡Pero el milagro nunca se repitió! Ninguna otra ciudad cayó de esta manera. ¡Todas las otras ciudades tuvieron que ser capturadas por la espada!

Se pueden mencionar muchos otros ejemplos que ilustran el ejercicio soberano del poder de Dios. He aquí uno. Dios mostró su poder y David fue liberado de Goliat, el gigante; las bocas de los leones fueron cerradas y Daniel escapó ileso; los tres jóvenes hebreos fueron arrojados al horno de fuego ardiente y salieron ilesos y sin quemaduras.

Pero el poder de Dios no siempre se interpuso para la liberación de su pueblo porque leemos: “Otros experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles. Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados” (He. 11:36, 37). Pero, ¿por qué? ¿Por qué estos hombres de fe no fueron liberados como los demás? O ¿por qué los otros no sufrieron siendo asesinados como algunos de estos? ¿Por qué debería el poder de Dios interponerse y rescatar a algunos y no a otros? ¿Por qué permitir que Esteban sea apedreado hasta la muerte y luego liberar a Pedro de la cárcel?

Dios es soberano en la *delegación* de su poder a otros. ¿Por qué Dios dotó a Matusalén de una vitalidad que le permitió sobrevivir a todos sus contemporáneos? ¿Por qué Dios le impartió a Sansón una fuerza física que ningún otro ser humano ha tenido jamás? De nuevo, está escrito: “Sino acuérdate de Jehová tu Dios, porque él te *da el poder* para hacer las riquezas” (Dt. 8:18), pero Dios no confiere este poder a todos por igual. ¿Por qué no? ¿Por qué les ha dado tal

poder a hombres como Morgan<sup>8</sup>, Carnegie<sup>9</sup>, Rockefeller<sup>10</sup>? La respuesta a todas estas preguntas es porque Dios es soberano y, siendo soberano, hace lo que le place.

## 2. *Misericordia*

Dios es soberano en el ejercicio de su misericordia. Necesariamente así porque la misericordia está dirigida por la voluntad de Aquel que muestra misericordia. La misericordia no es un derecho que el hombre merezca. La misericordia es ese atributo adorable de Dios por el cual Él se compadece y alivia a los miserables. Pero bajo el justo gobierno de Dios, no hay miserable que no merezca serlo<sup>11</sup>. Los objetos de misericordia, entonces, son aquellos que son miserables y toda miseria es el resultado del pecado, por lo tanto, los miserables son merecedores de castigo, no de misericordia. Hablar de merecer misericordia es una contradicción de términos.

Dios otorga sus misericordias a quien Él quiere y las retiene, según su beneplácito. Una ilustración notable de este hecho se ve en la forma en que Dios respondió a las oraciones de dos hombres, ofrecidas en circunstancias muy similares. La sentencia de muerte fue sobre Moisés por un acto de desobediencia y él suplicó al Señor por un indulto. Pero, ¿fue su deseo gratificado? No, Él le dijo a Israel: “Pero Jehová se había enojado contra mí a causa de vosotros, *por lo cual no me escuchó*; y me dijo Jehová: Basta, no me hables más de este asunto” (Dt. 3:26). Ahora nótese el segundo caso: “En aquellos días Ezequías cayó enfermo de muerte. Y vino a él el profeta Isaías hijo de Amoz, y le dijo: Jehová dice así: Ordena tu casa, porque morirás, y no vivirás. Entonces él volvió su rostro a la pared, y oró a Jehová y dijo: te ruego, oh Jehová, te ruego que hagas memoria de que he

---

<sup>8</sup> **J. P. Morgan** (1837-1913) – Financiero, banquero y filántropo estadounidense que creó General Electric y la United States Steel Corporation.

<sup>9</sup> **Andrew Carnegie** (1835-1919) – Industrial y filántropo escocés estadounidense, lideró la enorme expansión de la industria siderúrgica estadounidense a fines del siglo XIX.

<sup>10</sup> **John Davison Rockefeller Sr.** (1839-1937) – Magnate de los negocios y filántropo estadounidense, cofundador de Standard Oil Company.

<sup>11</sup> **Nota del editor** – El autor comenta esto desde la perspectiva de que todos los hombres tienen una naturaleza, totalmente depravada como resultado de la Caída y, por lo tanto, todos los hombres sin Cristo, merecen el infierno. Sin embargo, Dios, a veces, permite circunstancias miserables en la vida de los creyentes, no a causa del pecado, sino para poder usar las pruebas para hacerlos crecer en fe (Stg. 1:2-4).

andado delante de ti en verdad y con íntegro corazón, y que he hecho las cosas que te agradan. Y lloró Ezequías con gran lloro. Y antes que Isaías saliese hasta la mitad del patio, vino palabra de Jehová a Isaías, diciendo: Vuelve, y di a Ezequías, príncipe de mi pueblo: Así dice Jehová, el Dios de David tu padre: *Yo he oído tu oración*, y he visto tus lágrimas; he aquí que yo te sano; al tercer día subirás a la casa de Jehová. Y añadiré a tus días quince años” (2 R. 20:1-6). Ambos hombres tenían la sentencia de muerte sobre sí mismos y ambos oraron fervorosamente al Señor por un indulto: El uno escribió: El Señor no quiso escucharme y murió; pero al otro se le dijo: “Yo he oído tu oración” y su vida fue preservada. ¡Qué ilustración y ejemplo de la verdad expresada en Romanos 9:15, “pues a Moisés dice: Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca”!

El ejercicio soberano de la misericordia (compasión de Dios mostrada a los miserables), se manifestó cuando Jehová se hizo carne e hizo tabernáculo<sup>12</sup> entre los hombres. Considere una ilustración. Durante una de las fiestas de los judíos, el Señor Jesús subió a Jerusalén. Llegó al estanque de Betesda donde yacía “una gran *multitud* de gente enferma, ciega, coja, paralítica, esperando el movimiento del agua”. Entre esta “gran multitud” había “un hombre que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo”. ¿Qué pasó? “Cuando Jesús *lo* vio acostado, y supo que llevaba ya mucho tiempo así, le dijo: ¿Quieres ser sano? Señor, le respondió el enfermo, no tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua; y entre tanto que yo voy, otro desciende antes que yo. Jesús le dijo: Levántate, toma tu lecho, y anda. Y al instante aquel hombre fue sanado, y tomó su lecho, y anduvo” (Jn. 5:3-9). ¿Por qué este hombre fue escogido de entre todos los demás? No se nos dice que haya clamado: “Señor, ten misericordia de mí”. No hay una palabra en la narración que indique que este hombre poseía alguna cualificación que lo facultara para

---

<sup>12</sup> **Hizo tabernáculo** – La palabra σκηνοωσεν es traducida como “habitar en tienda” por la versión interlineal al español (IntEspWH+) y “*tabernacle*” en al menos dos versiones en inglés: Wesley’s y la IGNT. El autor escoge usar “*tabernacled*”, traducida, literalmente al español, como “*tabernaculó*” o, más bien, “*hizo tabernáculo*”. Se traduce al español con esta última para transmitir el énfasis del autor, pues ésta parece ser más dicente que simplemente decir “*habituó*” (como aparece en Jn. 1:14, RVR), pues remite al lector al tabernáculo como el lugar de la habitación de Dios entre el pueblo de Israel en el A.T.

recibir un favor especial. Éste fue un caso del ejercicio soberano de divina misericordia porque era igual de fácil para Cristo sanar a toda esa “gran multitud” como a este “cierto hombre”. Pero no lo hizo. Extendió su poder y alivió la miseria de esta persona sufriendo en particular y, por alguna razón conocida sólo por Él mismo, se rehusó a hacer lo mismo por los demás. Nuevamente decimos, ¡qué ilustración y ejemplo de Romanos 9:15: “Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca”!

### 3. Amor

Dios es soberano en el ejercicio de su amor. ¡Oh! Esa es una palabra dura, ¿quién puede recibirla? Escrito está, “no puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo” (Jn. 3:27). Cuando decimos que Dios es soberano en el ejercicio de su amor, queremos decir que ama a quien elige. Dios no ama a todos<sup>13</sup>; si lo hiciera, amaría al diablo. ¿Por qué Dios no ama al diablo? Porque no hay nada en él que amar; porque no hay nada en él que atraiga el corazón de Dios. Tampoco hay nada que atraiga el amor de Dios en ninguno de los hijos caídos de Adán, porque *todos* ellos son, por naturaleza, “hijos de ira” (Ef. 2:3). Si entonces no hay nada en ningún miembro de la raza humana que atraiga el amor de Dios y si, a pesar de eso, sí ama a *algunos*, se sigue necesariamente que la causa de su amor debe encontrarse en Sí mismo, que es sólo otra forma de decir que el ejercicio del amor de Dios hacia los hijos caídos de los hombres es conforme a su beneplácito.

En el análisis final, el ejercicio del amor de Dios debe remontarse a su Soberanía o, de lo contrario, Él amaría por regla y, si Él amara por regla, entonces estaría bajo una ley de amor y si Él está bajo una ley de amor, entonces Él no es supremo, sino que está gobernado por la ley. “No obstante”, se puede preguntar: “De seguro, ¿no niegas que Dios ama a toda la familia humana?”. Respondemos, escrito está, “a Jacob amé, pero a Esaú aborrecí” (Ro. 9:13). Si luego Dios amó a Jacob y aborreció a Esaú, y eso fue antes de nacer o de haber hecho bien o mal, entonces la *razón* de su amor no estaba en ellos, sino en Dios mismo.

---

<sup>13</sup> Juan 3:16 – “Porque de tal manera amó Dios al mundo,...”, será examinado más tarde.

Que el ejercicio del amor de Dios está de acuerdo con su propio placer soberano, también está claro en el lenguaje de Efesios 1:3-5, donde leemos: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, *en amor habiéndonos predestinado* para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad”. Fue “en amor” que Dios el Padre predestinó a sus escogidos “para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo”, para Sí mismo, “conforme”, ¿conforme a qué? ¿Conforme a alguna excelencia que el descubrió en ellos? No. ¿Entonces qué? ¿De acuerdo con lo que Él previó de antemano que llegarían a ser? No; nótese con cuidado la respuesta inspirada: “Según el puro afecto *de su voluntad*”.

No somos conscientes del hecho de que son los hombres los que han inventado la distinción entre el amor de complacencia de Dios y su amor de compasión, pero esto es una invención pura y simple. La Escritura califica esta última como la “compasión” de Dios (*Ver Mt. 18:33*) y “él es benigno para con los ingratos y malos” (*Lc. 6:35*).

#### **4. Gracia**

Dios es soberano en el ejercicio de su gracia. Esto es necesario porque la gracia es el favor mostrado a los que no lo merecen, sí, a los que merecen el infierno. La gracia es la antítesis de la justicia. La justicia exige la aplicación imparcial de la ley. La justicia requiere que cada uno reciba lo que es debido legítimamente, ni más ni menos. La justicia no otorga favores y no hace acepción de personas. La justicia, como tal, no muestra compasión alguna y no conoce misericordia. Pero después de que la justicia se ha satisfecho por completo, fluye la gracia. La gracia divina no se ejerce a expensas de la justicia, sino que “la gracia reine por la justicia” (*Ro. 5:21*) y, si la gracia “reina”, entonces la gracia es soberana.

La gracia ha sido definida como el favor inmerecido de Dios<sup>14</sup> y si inmerecido, ninguno puede reclamarlo como su derecho inalienable.

---

<sup>14</sup> Un amigo estimado, quien amablemente leyó este libro en su forma manuscrita, y a quien le debemos una serie de excelentes sugerencias, ha señalado que la gracia es algo más que un “favor inmerecido”. Dar alimento a un vagabundo

Si la gracia es no ganada e inmerecida, nadie tiene derecho a ella. Si la gracia es un regalo, entonces nadie puede exigirla. Por lo tanto, como la salvación es por gracia, don gratuito de Dios, entonces Él la otorga a quien le place. Debido a que la salvación es por gracia, el primero y más grande de los pecadores no está más allá del alcance de la misericordia divina. Debido a que la salvación es por gracia, la jactancia queda excluida y Dios obtiene toda la gloria.

El ejercicio soberano de la gracia se ilustra en casi todas las páginas de las Escrituras. A los gentiles se les deja caminar en sus propios caminos, mientras que Israel se convierte en el pueblo del pacto de Jehová. Ismael, el primogénito, es expulsado, comparativamente, con menos bendición, mientras que Isaac, el hijo de la vejez de sus padres, es hecho el hijo de la promesa. A Esaú, el de corazón generoso y espíritu perdonador, se le niega la bendición, aunque la procuró con lágrimas, mientras que el gusano de Jacob recibe la herencia y se convierte en un vaso de honor. También en el Nuevo Testamento: La verdad divina está oculta de los sabios y prudentes, pero se revela a los niños. A los fariseos y saduceos se les deja seguir su propio camino, mientras que los publicanos y las ramera son traídos por cuerdas de amor.

De manera notable, la gracia divina fue ejercida en el momento del nacimiento del Salvador. La encarnación del Hijo de Dios fue uno de los eventos más grandes en la historia del universo y, sin embargo, su ocurrencia real no se dio a conocer a toda la humanidad; en cambio, fue revelada, especialmente, a los pastores de Belén y a los sabios de oriente. Y esto fue profético e indicativo de todo el curso de esta dispensación<sup>15</sup> porque, aún hoy, Cristo no se da a conocer a todos. Hubiera sido fácil para Dios haber enviado una compañía de ángeles a cada nación y haber anunciado el nacimiento de su Hijo. Pero Él no lo hizo. Dios podría haber atraído fácilmente la atención de toda la humanidad hacia la “estrella”; pero Él no lo hizo. ¿Por qué? Porque Dios es soberano y dispensa sus favores como le place. Note, particularmente, las dos clases a quienes se dio a conocer el nacimiento del

---

que me pide es "favor inmerecido", pero es apenas gracia. Pero supongamos que, después de haberme *robado*, yo decido dar alimento a este vagabundo hambriento —eso sería “gracia”—. La gracia, entonces, es un favor que se muestra donde hay un positivo demérito en el que lo recibe. —A. W. P.

<sup>15</sup> **Dispensación** – Era, período de tiempo.

Salvador, a saber, las clases más improbables: Pastores analfabetos y paganos de un país lejano. ¡Ningún ángel se presentó ante el Sane-drín y anunció el advenimiento del Mesías de Israel! ¡Ninguna “estrella” se apareció a los escribas y doctores de la ley cuando ellos, en su orgullo y auto-justificación, escudriñaban las Escrituras! Buscaron diligentemente para descubrir dónde debería nacer y, aun así, no se les dio a conocer cuándo Él realmente vendría. ¡Qué despliegue de soberanía divina: Los pastores analfabetos señalados para un honor peculiar, y los eruditos y eminentes pasados por alto! ¿Y por qué fue revelado el nacimiento del Salvador a estos extranjeros y no a aquellos en cuyo seno nació? Véase en esto una maravillosa prefiguración de los tratos de Dios con nuestra raza a lo largo de toda la dispensación cristiana: Soberano en el ejercicio de su gracia, otorgando sus favores a quien le place, a menudo a los más improbables e indignos<sup>16</sup>.

### ***Preguntas para estudio personal y discusión en grupo***

*Las siguientes preguntas están diseñadas para reforzar la comprensión y la aplicación.*

#### *Introducción*

1. Si el hombre es un “agente libre”, ¿quién cree que debería gobernar sus vidas?
2. ¿Cuáles son las dos únicas alternativas posibles con respecto al reino de Dios?
3. ¿Cuál es el “primer postulado” que sirve como base a este libro?

#### *Capítulo 1*

4. Describa el significado de “la soberanía de Dios”.
5. ¿Cómo es Dios soberano en el ejercicio de su poder? ¿Misericordia? ¿Amor? ¿Gracia?

---

<sup>16</sup> Se nos ha señalado que la soberanía de Dios se manifestó de manera significativa en su elección del lugar donde su Hijo nació. ¡No vino a Grecia o Italia, el Señor de la Gloria, sino a la insignificante tierra de Palestina! Emmanuel no nació en Jerusalén —la ciudad real— sino en Belén que era “pequeña para estar entre las familias [ciudades y aldeas] de Judá” (Mi. 5:2). Y fue en la despreciada Nazaret que Él creció. Verdaderamente, los caminos de Dios no son los nuestros. — A.W.P.

## 2. LA SOBERANÍA DE DIOS EN LA CREACIÓN

*“Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas” (Apocalipsis 4:11).*

Habiendo demostrado que la soberanía caracteriza todo el Ser de Dios, observemos ahora cómo marca todos sus caminos y tratos.

En la gran extensión de la eternidad que se expande detrás de Génesis 1:1, el universo no había nacido y la creación existía sólo en la mente del gran Creador. En su soberana majestad, Dios habitaba totalmente solo. Nos referimos a ese período muy distante antes de que los cielos y la tierra fueran creados. Entonces, no había ángeles para cantar las alabanzas de Dios, ni criaturas para ocupar su atención, ni rebeldes para ser traídos a sujeción. El gran Dios estaba solo en medio del tremendo silencio de su propio vasto universo. Sin embargo, incluso en ese tiempo, si se le pudiera llamar tiempo, Dios era soberano. Él podía crear o no crear de acuerdo con su propio beneplácito. Él podía crear de esta manera o de aquella otra; Él podía crear un mundo o un millón de mundos y ¿quién estaba allí para resistir su voluntad? Podía llamar a la existencia a un millón de criaturas diferentes y colocarlas en igualdad absoluta, dándoles las mismas facultades y colocándolas en el mismo entorno o Él podía crear un millón de criaturas, cada una diferente de las demás y que no poseyeran nada en común, salvo su condición de criaturas y ¿quién estaba allí para desafiar su derecho? Si le hubiera agradado, podía haber llamado a la existencia a un mundo tan inmenso que sus dimensiones estuvieran completamente más allá de la computación finita y si hubiere estado tan dispuesto, podía crear un organismo tan pequeño que sólo el microscopio más poderoso podría revelar su existencia a los ojos humanos. Fue su derecho soberano el crear, por un lado, los serafines exaltados para volar como llama alrededor de su trono y, por otro lado, el pequeño insecto que muere en la misma hora en

que nace. Si el Dios poderoso eligió tener una vasta variedad, en su universo —desde el serafín más elevado al reptil rastrero, desde mundos giratorios a átomos flotantes, desde el macrocosmos al microcosmos, en lugar de hacer todo uniforme— ¿quién estaba allí para cuestionar su placer soberano?

Contemplan entonces, el ejercicio de la soberanía divina mucho antes de que el hombre hubiera visto la luz. ¿De quién tomó consejo Dios en la creación y disposición de sus criaturas? Observen a los pájaros volar por el aire, a las bestias que deambulan por la tierra, a los peces que nadan en el mar y luego, pregúntense: ¿Quién fue el que los diferenció? ¿No fue su Creador, quien asignó soberanamente sus diversas ubicaciones y adaptaciones a ellas?

Dirijan su mirada a los *cielos* y observen los misterios de la soberanía divina que confronta al contemplador pensativo: “Una es la gloria del sol, otra la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas, pues una estrella es diferente de otra en gloria” (1 Co. 15:41). Pero, ¿por qué deberían ser así? ¿Por qué debería el sol ser más glorioso que todos los otros planetas? ¿Por qué debería haber estrellas de primera magnitud y otras de la décima<sup>17</sup>? ¿Por qué tales desigualdades asombrosas? ¿Por qué deberían algunos de los cuerpos celestes estar situados más favorablemente que otros en relación con el sol? ¿Y por qué debería haber “estrellas fugaces”, estrellas que caen, “estrellas errantes” (Jud. 13), en una palabra, estrellas en ruinas? Y la única respuesta posible es: “Por [su] voluntad existen y fueron creadas” (Ap. 4:11).

Volvamos ahora a *nuestro planeta*. ¿Por qué deberían dos tercios de su superficie estar cubiertos de agua y por qué debería gran parte de su tercio restante no ser apto para el cultivo o la habitación de humanos? ¿Por qué debería haber grandes extensiones de marismas, desiertos y glaciares? ¿Por qué debería un país ser, topográficamente, tan inferior a otro? ¿Por qué debería uno ser fértil y otro casi estéril?

---

<sup>17</sup> **Nota del editor** – El autor se refiere a la escala de magnitud de las estrellas. Las estrellas de la primera magnitud, son las más brillantes en el cielo de la noche, 100 veces más brillantes que las estrellas de la sexta magnitud, que son las del brillo más tenue que se pueden ver al ojo desnudo. Las estrellas de décima magnitud son imperceptibles al ojo humano. El telescopio Hubble ha detectado estrellas hasta de la trigésima (30<sup>a</sup>) magnitud.

¿Por qué uno debería ser rico en minerales y otro no? ¿Por qué debería el clima de uno ser agradable y saludable, y el de otro desagradable e insalubre? ¿Por qué debería uno abundar en ríos y lagos, y otro estar casi desprovisto de ellos? ¿Por qué debería uno estar constantemente preocupado por los terremotos y otro estar casi completamente libre de ellos? ¿Por qué? Porque así le plació al Creador y Sustentador de todas las *cosas*.

Miren el *reino animal* y noten la maravillosa variedad. ¿Qué comparación es posible entre el león y el cordero, el oso y el cabrito, el elefante y el ratón? Algunos, como el caballo y el perro, están dotados de gran inteligencia; mientras que otros, como ovejas y cerdos, están casi desprovistos de ella. ¿Por qué? Algunos están diseñados para ser bestias de carga, mientras que otros disfrutan de una vida de libertad. Pero, ¿por qué deberían la mula y el burro ser encadenados a una vida de trabajo pesado, mientras que el león y el tigre pueden vagar por la jungla a su gusto? Algunos son aptos para ser consumidos, otros no; algunos son hermosos, otros feos; algunos están dotados de gran fortaleza, otros son bastante indefensos; algunos son ágiles de pies, otros apenas pueden arrastrarse (contrástese la liebre y la tortuga); algunos son para el uso del hombre, otros parecen carecer de valor; algunos viven durante siglos, otros unos pocos meses como máximo; algunos son dóciles, otros feroces. Pero, ¿por qué todas estas variaciones y diferencias? Lo que es cierto para los animales es igualmente cierto para las aves y los peces.

Pero consideren ahora, *el reino vegetal*. ¿Por qué deberían tener las rosas espinas y los lirios crecen sin ellas? ¿Por qué debería una flor emitir un aroma fragante y otra no tener ninguno? ¿Por qué debería un árbol dar fruto que sea sano y otro que sea venenoso? ¿Por qué debería un vegetal ser capaz de soportar las heladas y otra marchitarse debajo de ellas? ¿Por qué debería un árbol de manzanas estar cargado de frutas y otro árbol de la misma edad y en el mismo huerto ser casi estéril? ¿Por qué debería una planta florecer una docena de veces en un año y otra dar flores, sino una vez cada siglo? Verdaderamente, “*todo lo que Jehová [quiso, lo hizo], en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos*” (Sal. 135:6).

Consideren las *huestes angelicales*. Seguramente, quisiéramos encontrar uniformidad aquí. Pero no; allí, como en todas partes, se muestra el mismo placer soberano del Creador. Algunos tienen un

rango más alto que otros; hay unos más poderosos que otros; tenemos aquellos que están más cerca de Dios que otros. La Escritura revela una jerarquía definida y bien determinada en los órdenes angélicos. Desde arcángel, pasamos a serafines y querubines, luego a “principados y potestades” (Ef. 3:10) y, de principados y potestades a “gobernadores” (Ef. 6:12). Y después, a los mismos ángeles, e incluso, entre ellos leemos acerca de “los ángeles *elegidos*” (1 Ti. 5:21). Nuevamente preguntamos: ¿Por qué esta desigualdad, esta diferencia de rango y orden? Y todo lo que podemos decir es: “Nuestro Dios está en los cielos; todo lo que quiso ha hecho” (Sal. 115:3).

Si vemos entonces, la soberanía de Dios desplegada a lo largo de toda la creación, ¿por qué debería pensarse que es algo extraño si lo vemos operar en medio de la *familia humana*? ¿Por qué debería pensarse que es extraño si a Dios le agrada dar cinco talentos a uno y a otro sólo un talento? ¿Por qué debería pensarse que es extraño si uno nace con una constitución robusta y otro de los mismos padres, es frágil y enfermizo? ¿Por qué debería pensarse que es extraño si Abel es cortado en su mejor momento, mientras que Caín sufre el vivir durante muchos años? ¿Por qué debería pensarse que es extraño el que algunos nazcan negros y otros blancos; que algunos nazcan idiotas y otros con altas dotes intelectuales; que unos nazcan, constitucionalmente, letárgicos y otros llenos de energía; que algunos nazcan con un temperamento centrados en sí mismos, con carácter fuerte, egoístas, y otros que sean, naturalmente, auto-sacrificados, sumisos y mansos? ¿Por qué debería pensarse que es extraño que algunos sean calificados por naturaleza para dirigir y gobernar, mientras que otros sólo están capacitados para seguir y servir? La herencia y el medio ambiente no pueden explicar todas estas variaciones y desigualdades. No, es *Dios* quien hace que uno se diferencie de otro. ¿Por qué debería hacerlo así? “Sí, Padre, porque así te agradó” (Lc. 10:21), así te pareció que era bueno delante de tus ojos, debería ser nuestra respuesta.

Aprendan entonces, esta verdad básica, que el Creador es soberano absoluto, ejecutando su propia voluntad, realizando su propio placer y considerado nada más que su propia gloria. “Todas las cosas ha hecho Jehová para sí mismo” (Pr. 16:4). ¿Y no tenía Él un derecho

perfecto para hacerlo? Dado que Dios es Dios, ¿quién se atreve a desafiar su prerrogativa<sup>18</sup>? Murmurar contra Él es rebelión de rango. Cuestionar sus caminos es impugnar su sabiduría. Criticarlo es pecado del tinte más profundo. ¿Hemos olvidado quién es Él? He aquí, “como nada son todas las naciones delante de él; y en su comparación serán estimadas en menos que nada, y que lo que no es. ¿A qué, pues, haréis semejante a Dios?” (Is. 40:17-18).

### ***Preguntas para estudio personal y discusión en grupo***

*Las siguientes preguntas refuerzan la comprensión y la aplicación.*

1. ¿Cuál es el punto clave de cada uno de los siguientes textos?

“Clave” — *La frase del versículo que se relaciona con el tema en cuestión.* “Punto” — *El significado básico de la frase en tus propias palabras.*

- a. Apocalipsis 4:11
- b. Salmos 135:6
- c. Proverbios 16:4
- d. Isaías 40:17-18

---

<sup>18</sup> **Prerrogativa** – Privilegio o derecho exclusivo.

### 3. LA SOBERANÍA DE DIOS EN LA ADMINISTRACIÓN

*“Jehová estableció en los cielos su trono, y su reino  
domina sobre todos” (Salmos 103:19).*

#### **A. Nuestra necesidad**

En primer lugar, una palabra en cuanto a la necesidad de que Dios gobierne *el mundo material*. Supongamos lo opuesto por un momento. En aras de la argumentación, digamos que Dios creó el mundo, diseñó y fijó ciertas leyes (que los hombres llaman “las leyes de la naturaleza”), y que luego, se retiró, dejando al mundo a su suerte y a la operación de estas leyes. En tal caso, deberíamos tener un mundo sobre el cual no hubiera un gobernador inteligente que lo presidiera, un mundo controlado por nada más que leyes impersonales —un concepto digno del materialismo burdo y simple ateísmo—. Pero, digo yo, supongamos esto por un momento y, a la luz de tal suposición, sopesen bien la siguiente pregunta: ¿Qué garantía tenemos de que algún día, dentro de poco, el mundo no será destruido? Una observación muy superficial de “las leyes de la naturaleza”, revela el hecho de que no son uniformes en su funcionamiento. La prueba de esto se ve en el hecho de que no hay dos estaciones iguales.

Si las leyes de la naturaleza son irregulares en sus operaciones, ¿qué garantía tenemos contra una terrible catástrofe que golpee nuestra tierra? “El viento sopla de donde *quiere*” (Jn. 3:8), lo que significa que el hombre no puede dominarlo ni obstaculizarlo. Algunas veces, el viento sopla con gran furia, y es posible que, repentinamente, se acumule en volumen y velocidad hasta que se convierte en un huracán de ancho rango sobre la tierra. Si no hay nada más que las leyes de la naturaleza regulando el viento, entonces, tal vez mañana, ¡puede llegar un tornado terrible y barrer todo en la superficie de la tierra! ¿Qué seguridad tenemos contra tal calamidad? De nuevo; en los últimos años hemos escuchado y leído mucho acerca de las

nubes que se revientan e inundan distritos enteros, causando estragos terribles en la destrucción de la propiedad y la vida. El hombre está indefenso ante ellas, dado que la ciencia no puede idear medios para evitar que las nubes se descarguen. Entonces, ¿cómo sabemos que estas nubes desbordantes no se multiplicarán indefinidamente y que toda la tierra se verá inundada por el aguacero? Esto no sería nada nuevo: ¿Por qué no debería repetirse el diluvio de los días de Noé? ¿Y qué hay de los terremotos? Cada pocos años, una isla o una gran ciudad es azotada por uno de ellos y ¿qué puede hacer el hombre? ¿Dónde está la garantía de que, dentro de poco, un terremoto gigantesco no destruya el mundo entero? La ciencia nos dice que hay grandes fuegos subterráneos que arden bajo la corteza, comparativamente delgada, de nuestra tierra. ¿Cómo sabemos si estos fuegos no estallarán repentinamente y consumirán todo nuestro planeta? Seguramente, el lector ve ahora el punto al que queremos llegar: Niéguese que Dios gobierna la materia, niéguese que Él “sustenta todas las cosas con la palabra de su poder” (He. 1:3) y *¡todo sentido de seguridad desaparecerá!*

Sigamos un curso similar de razonamiento en relación con *la raza humana*. ¿Está Dios gobernando este mundo nuestro? ¿Está dando forma a los destinos de las naciones, controlando el curso de los imperios, determinando los límites de las dinastías? ¿Ha prescrito los límites de los malhechores, diciendo: Hasta aquí irás y no pasarás adelante? (Job 38:11). Supongamos lo opuesto por un momento. Asumamos que Dios ha entregado el timón en la mano de sus criaturas y veamos a dónde nos conduce tal suposición. En aras de la argumentación, diremos que cada hombre ingresa a este mundo dotado de una voluntad absolutamente libre, y que es imposible obligarlo o, incluso, forzarlo sin destruir su libertad. Digamos que todo hombre posee un conocimiento del bien y del mal, que él tiene el poder de elegir entre ellos y que se le deja completamente libre para hacer su propia elección y seguir su propio camino. Luego, ¿qué? Entonces, se deduce que el hombre es soberano porque *él* hace lo que le place y es el arquitecto de su propio destino. Pero en tal caso, no podemos tener la seguridad de que, antes de mucho tiempo, todos rechacen lo bueno y elijan lo malo. En tal caso, no tenemos ninguna garantía contra toda la raza humana, de que ésta cometa suicidio moral. Que se eliminen todas las restricciones divinas y se deje al

hombre absolutamente libre, y todas las distinciones éticas desaparecerían inmediatamente, el espíritu de la barbarie prevalecería universalmente y el pandemonio<sup>19</sup> reinaría supremo. ¿Por qué no? Si una nación depone sus gobernantes y repudia su constitución, ¿qué puede impedir que todas las naciones hagan lo mismo?

Si hace poco más de un siglo, por las calles de París corría la sangre de los alborotadores<sup>20</sup>, ¿qué seguridad tenemos de que, antes de que finalice el presente siglo, cada ciudad en todo el mundo no será testigo de un espectáculo similar? ¿Qué puede obstaculizar el desfreno mundial y la anarquía universal?

Por lo tanto, hemos tratado de mostrar la *necesidad*, la necesidad imperiosa, de que Dios ocupe el Trono, tome el gobierno sobre su hombro y controle las actividades y los destinos de sus criaturas.

Pero, ¿tiene el hombre de fe alguna dificultad para percibir el gobierno de Dios sobre este mundo? ¿No discierne el ojo ungido, incluso en medio de tanta aparente confusión y caos, la mano del Altísimo controlando y dando forma a los asuntos de los hombres, aun en las *preocupaciones comunes de la vida cotidiana*? Tomemos como ejemplo a los agricultores y sus cultivos. Supongamos que Dios los dejara solos: ¿Qué les impediría, a todos y cada uno, cubrir con pastos sus tierras cultivables y dedicarse exclusivamente a la cría de ganado y lechería? ¡En tal caso, habría una hambruna mundial de trigo y maíz! Consideren el trabajo de la oficina de correos. Supongamos que todo el mundo decidiera escribir cartas sólo los lunes, ¿podrían las autoridades ocuparse del correo los martes? y ¿cómo ocuparían su tiempo el resto de la semana? Lo mismo ocurriría con los tenderos. ¿Qué pasaría si cada ama de casa hiciera sus compras el miércoles y se quedara en casa el resto de la semana? No obstante, en lugar de que sucedan tales cosas, los agricultores de diferentes países crían ganado suficiente y cultivan suficiente grano de diversos tipos para satisfacer las necesidades casi incalculables de la raza humana; los correos se distribuyen, casi uniformemente, durante los

---

<sup>19</sup> **Pandemonio** – Del latín *pandemónium*. Este término se usó, inicialmente, para referirse a un palacio en medio del infierno (John Milton, 1608-1674) o un lugar donde habitan todos los demonios, hoy se entiende como un lugar en donde hay mucho ruido y confusión.

<sup>20</sup> **Revolución Francesa** (1789-1799) – Un período de agitación social y política en Francia, marcado por la anarquía y el derramamiento de sangre.

seis días de la semana y algunas mujeres compran el lunes, otras el martes y así sucesivamente. ¡Estas cosas son evidencia clara de la mano dominante y controladora de Dios!

Habiendo mostrado, en resumen, la imperiosa necesidad de que Dios reine sobre nuestro mundo, observemos, aún más, el hecho de que Dios *sí* gobierna, realmente gobierna, y que su gobierno se extiende y se ejerce sobre todas las cosas y todas las criaturas.

## B. Dios gobierna sobre la materia inanimada

Que Dios gobierna la materia inanimada, que la materia inanimada realiza sus órdenes y cumple sus decretos, se muestra claramente en el mismo *frontispicio*<sup>21</sup> de la revelación divina. Dios dijo: “Sea la luz” y leemos: “Fue la luz”. “Dijo también Dios: Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase lo seco. Y fue así. Después dijo Dios: Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su semilla esté en él, sobre la tierra. Y fue así”. Y el salmista declara: “Porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió” (Sal. 33:9).

Lo que se afirma en el capítulo uno de Génesis se ilustra, posteriormente, a lo largo de la Biblia. Después de la creación de Adán, pasaron dieciséis siglos antes de que una lluvia cayera sobre la tierra porque, antes de Noé, “subía de la tierra un vapor, el cual regaba toda la faz de la tierra” (Gn. 2:6). Pero, cuando las iniquidades de los antediluvianos<sup>22</sup> habían llegado al colmo, entonces Dios dijo: “Y he aquí que *yo traigo un diluvio* de aguas sobre la tierra, para destruir toda carne en que haya espíritu de vida debajo del cielo; todo lo que hay en la tierra morirá” y en el cumplimiento de esto leemos, “el año seiscientos de la vida de Noé, en el mes segundo, a los diecisiete días del mes, aquel día fueron rotas todas las fuentes del grande abismo, y las cataratas de los cielos fueron abiertas, y hubo lluvia sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches” (Gn. 6:17 y 7:11, 12).

Sean testigos del control absoluto (y soberano) de Dios sobre la materia inanimada, en relación con *las plagas de Egipto*. A su orden,

---

<sup>21</sup> **Frontispicio** o **frontis** – En artes gráficas, es una ilustración decorativa elaborada que suele llevar algún dibujo, grabado o retrato y aparece en la hoja que antecede a la página del título (primera página); en esta misma o en el dorso de la primera hoja de una publicación que queda frente a la portada.

<sup>22</sup> **Antediluvianos** – Personas que vivieron antes del Diluvio del Génesis.

la luz se convirtió en oscuridad y los ríos en sangre; cayó granizo, y la muerte descendió sobre la tierra impía del Nilo hasta que, incluso, su altivo monarca se vio obligado a clamar por liberación. Nótese, particularmente, cómo el registro inspirado enfatiza aquí, el control absoluto de Dios sobre los elementos: “Y Moisés extendió su vara hacia el cielo, y *Jehová hizo tronar y granizar*, y el fuego se descargó sobre la tierra; y Jehová hizo llover granizo sobre la tierra de Egipto. Hubo, pues, granizo, y fuego mezclado con el granizo, tan grande, cual nunca hubo en toda la tierra de Egipto desde que fue habitada. Y aquel granizo hirió en toda la tierra de Egipto todo lo que estaba en el campo, así hombres como bestias; asimismo destrozó el granizo toda la hierba del campo, y desgajó todos los árboles del país. *Solamente en la tierra de Gosén, donde estaban los hijos de Israel, no hubo granizo*” (Éx. 9:23-26). La misma distinción se observó en relación con la novena plaga: “Jehová dijo a Moisés: Extiende tu mano hacia el cielo, para que haya tinieblas sobre la tierra de Egipto, tanto que cualquiera las palpe. Y extendió Moisés su mano hacia el cielo, y hubo densas tinieblas sobre toda la tierra de Egipto, por tres días. Ninguno vio a su prójimo, ni nadie se levantó de su lugar en tres días; mas todos los hijos de Israel tenían luz en sus habitaciones” (Éx. 10:21- 23).

Los ejemplos anteriores no son de ningún modo casos aislados. Al decreto de Dios, *el fuego y el azufre* descendieron del cielo y las ciudades de la llanura fueron destruidas, y un valle fértil se convirtió en un abominable mar de muerte. A su orden, *las aguas del Mar Rojo* se separaron para que los israelitas pasaran de largo por calzada seca y, por su palabra, se volvieron a juntar y destruyeron a los egipcios que los perseguían. Una palabra de Él y la *tierra abrió* su boca, y Coré y su compañía rebelde fueron tragados. El *horno de Nabucodonosor* fue calentado siete veces más allá de su temperatura normal y en él fueron arrojados tres de los hijos de Dios, pero el fuego ni siquiera quemó sus vestidos, aunque mató a los hombres que los arrojaron en él.

¡Qué demostración del control gubernamental del Creador sobre los elementos fue provisto cuando *se hizo carne* e hizo tabernáculo entre los hombres! Contempladlo durmiendo en el bote. Una tormenta se levanta. Los vientos rugen y las olas se vuelven furiosas. Los discípulos que están con Él, temerosos de que su pequeña nave

pueda naufragar, despiertan a su Maestro, diciendo: “Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos?”. Y luego leemos: “Y levantándose, reprendió al viento, y dijo al mar: Calla, enmudece. Y cesó el viento, y se hizo grande bonanza” (Mr. 4:39). Noten de nuevo, el mar, a la voluntad de su Creador, lo llevó sobre sus olas. A una palabra de Él, la higuera se secó; en su toque, la enfermedad huyó al instante.

Los *cuerpos celestes* también son gobernados por su Hacedor y llevan a cabo su placer soberano. Consideren dos ilustraciones. Por mandato de Dios, el sol retrocedió diez grados en el reloj de Acaz para ayudar a la débil fe de Ezequías. En los tiempos del Nuevo Testamento, Dios hizo que una estrella anunciara la encarnación de su Hijo, la estrella que apareció a los sabios de oriente. Se nos dice que esta estrella “iba delante de ellos, hasta que llegando, se detuvo sobre donde estaba el niño” (Mt. 2:9).

¡Qué declaración es ésta! *Él envía* su palabra a la tierra; velozmente corre su palabra. *Da* la nieve como lana, y *derrama* la escarcha como ceniza. *Echa* su hielo como pedazos; ante su frío, ¿quién resistirá? *Enviará* su palabra, y los derretirá; *soplará* su viento, y fluirán las aguas (Sal. 147:15-18). Las mutaciones de los elementos están por debajo del control soberano de Dios. Es Dios quien retiene la lluvia y es Dios quien da la lluvia cuando quiere, donde quiere, como quiere y a quien quiere. Las oficinas meteorológicas pueden intentar dar pronósticos del clima, ¡pero con qué frecuencia se burla Dios de sus cálculos! Las manchas solares, las actividades variables de los planetas, la aparición y desaparición de los cometas (a los que, a veces, se les atribuye un clima anormal), las perturbaciones atmosféricas, son simplemente causas secundarias, puesto que detrás de ellas está Dios mismo. Que su Palabra hable una vez más: “También *os detuve* la lluvia tres meses antes de la siega; e *hice* llover sobre una ciudad, y sobre otra ciudad no hice llover; sobre una parte llovió, y la parte sobre la cual no llovió, se secó. Y venían dos o tres ciudades a una ciudad para beber agua, y no se saciaban; con todo, no os volvisteis a mí, dice Jehová. Os herí con viento solano y con oruga; la langosta devoró vuestros muchos huertos y vuestras viñas, y vuestros higuerales y vuestros olivares; pero nunca os volvisteis a mí, dice Jehová. Envié contra vosotros mortandad tal como en Egipto; maté a espada a vuestros jóvenes, con cautiverio de vuestros caballos, e hice

subir el hedor de vuestros campamentos hasta vuestras narices; mas no os volvisteis a mí, dice Jehová” (Am. 4:7-10).

Entonces, Dios gobierna, verdaderamente, la materia inanimada. La tierra y el aire, el fuego y el agua, el granizo y la nieve, los vientos tempestuosos y los mares enfurecidos, todos llevan a cabo la palabra de su poder y cumplen su placer soberano. Por lo tanto, cuando nos quejamos del clima, estamos, en realidad, murmurando contra Dios.

### C. Dios gobierna sobre las criaturas irracionales

¡Qué sorprendente ilustración del gobierno de Dios sobre el reino animal se encuentra en Génesis 2:19! “Jehová Dios formó, pues, de la tierra toda bestia del campo, y toda ave de los cielos, y *las trajo a Adán* para que viese cómo las había de llamar; y todo lo que Adán llamó a los animales vivientes, ese es su nombre”. Debe decirse que esto ocurrió en el Edén y que se llevó a cabo antes de la caída de Adán y la consecuente maldición que fue infligida a toda criatura, entonces, nuestra siguiente referencia suple totalmente la objeción: El control de Dios sobre las bestias se volvió a mostrar, abiertamente, a las puertas del diluvio. Noten cómo Dios hizo que “viniera a” Noé toda especie de criatura viviente: “Y de todo lo que vive, de toda carne, dos de cada especie meterás en el arca, para que tengan vida contigo; macho y hembra serán. De las aves según su especie, y de las bestias según su especie, de todo reptil de la tierra según su especie, dos de cada especie *entrarán contigo*, para que tengan vida” (Gn. 6:19, 20) —todos estaban bajo el control soberano de Dios. El león de la jungla, el elefante del bosque, el oso de las regiones polares; la pantera feroz, el lobo indomable, el tigre feroz; el águila que vuela alto y el cocodrilo que se arrastra— ¡mírenlos a todos en su ferocidad natural y, sin embargo, silenciosamente sometió a la voluntad de su Creador y viniendo de dos en dos al arca!

Nos referimos a las plagas enviadas a Egipto como ilustración del control de Dios sobre la materia inanimada, ahora, volvamos a ellos nuevamente para ver cómo ellas demuestran el perfecto dominio de Dios sobre las criaturas irracionales. A su Palabra, el río trajo abundantes ranas y estas ranas entraron en el palacio de Faraón y en las casas de sus siervos y, contrario a sus instintos naturales, entraron en las camas, los hornos y las artesas de amasar (Éx. 8:13). Enjambres de moscas invadieron la tierra de Egipto, ¡pero no había moscas

en la tierra de Gosén! (Éx. 8:22). Luego, el ganado fue herido y leemos:

“He aquí *la mano de Jehová* estará sobre tus ganados que están en el campo, caballos, asnos, camellos, vacas y ovejas, con plaga gravísima. Y Jehová hará separación entre los ganados de Israel y los de Egipto, de modo que nada muera de todo lo de los hijos de Israel. Y Jehová fijó plazo, diciendo: Mañana hará Jehová esta cosa en la tierra. Al día siguiente Jehová hizo aquello, y murió todo el ganado de Egipto; mas del ganado de los hijos de Israel *no murió uno*” (Éx. 9:3-6).

De igual manera, Dios envió nubes de langostas para plagar al Faraón y su tierra, designándoles el tiempo de su visitación, determinándoles el curso y asignándoles los límites de sus estragos.

Los ángeles no son los únicos que obedecen las órdenes de Dios. Las bestias salvajes realizan, igualmente, su placer. El arca sagrada, el arca del pacto, está en el país de los filisteos. ¿Cómo hacer para traerla de regreso a su tierra natal? Consideren los siervos de la elección de Dios y cómo estaban bajo su pleno control:

“Entonces los filisteos, llamando a los sacerdotes y adivinos, preguntaron: ¿Qué haremos del arca de Jehová? Hacednos saber de qué manera la hemos de volver a enviar a su lugar. Ellos dijeron... Haced, pues, ahora un carro nuevo, y tomad luego dos vacas que críen, a las cuales no haya sido puesto yugo, y uncid las vacas al carro, y haced volver sus becerros de detrás de ellas a casa. Tomaréis luego el arca de Jehová, y la pondréis sobre el carro, y las joyas de oro que le habéis de pagar en ofrenda por la culpa, las pondréis en una caja al lado de ella; y la dejaréis que se vaya. Y observaréis; si sube por el camino de su tierra a Bet-semes, él nos ha hecho este mal tan grande; y si no, sabremos que no es su mano la que nos ha herido, sino que esto ocurrió por accidente” (1 S. 6:2-3, 7-9).

¿Y qué pasó? ¡Qué resultado tan sorprendente! “Y las vacas *se encaminaron por el camino* de Bet-semes, y seguían camino recto, andando y bramando, sin apartarse ni a derecha ni a izquierda” (1 S. 6:12).

Igual de sorprendente es el caso de Elías: “Y vino a él palabra de Jehová, diciendo: Apártate de aquí, y vuélvete al oriente, y escóndete

en el arroyo de Querit, que está frente al Jordán. Beberás del arroyo; y yo he mandado a los cuervos que te den allí de comer” (1 R. 17:2-4). El instinto natural de estas aves de presa se mantuvo bajo control y, en lugar de consumir la comida ellos mismos, la llevaron al siervo de Jehová en su retirada solitaria.

¿Se requieren más pruebas? Entonces, helas aquí. Dios hace que una asna muda reprenda la locura del profeta. Él envía dos osas del bosque para devorar a cuarenta y dos de los escarnecedores de Eliseo. En cumplimiento de su palabra, hace que los perros laman la sangre de la malvada Jezabel. Él sella las bocas de los leones de Babilonia cuando Daniel es arrojado a la cueva, aunque, más tarde, los hace devorar a los acusadores del profeta. Él prepara un gran pez para tragar al desobediente Jonás y luego, cuando su hora determinada llegó, lo obligó a vomitarlo en tierra firme. A su orden, un pez lleva una moneda a Pedro para el dinero de tributo y para cumplir su palabra, hace que el gallo cante dos veces después de la negación de Pedro. Así vemos que Dios reina sobre las criaturas irracionales: Las bestias del campo, las aves del aire, los peces del mar, todos cumplen su mandato soberano.

#### **D. Dios gobierna sobre los hijos de los hombres**

Apreciamos, totalmente, el hecho de que ésta es la parte más difícil de nuestro tema y, en consecuencia, se tratará con mayor detalle en las páginas siguientes; pero en este momento, consideraremos el hecho del gobierno de Dios sobre los hombres en general, antes de intentar tratar el problema en detalle.

Dos alternativas nos confrontan y, entre ellas, estamos obligados a elegir una u otra: O Dios gobierna o Él es gobernado; Dios rige o Él es regido; Dios tiene sus caminos o los hombres tienen los suyos.

¿Y nos es difícil hacer nuestra elección entre estas alternativas? ¿Diremos que en el hombre contemplamos a una criatura tan rebelde que está más allá del control de Dios? ¿Afirmaremos que el pecado ha apartado al pecador tan lejos del tres veces Santo que está fuera de su jurisdicción? O, ¿diremos que el hombre ha sido dotado de responsabilidad moral y, por lo tanto, Dios debe dejarlo completamente

libre, al menos durante un período de prueba<sup>23</sup>? ¿Sigue necesariamente que, debido a que el hombre natural es un criminal contra el cielo, un rebelde contra el gobierno divino, Dios no puede cumplir su propósito a través de él? No queremos decir, meramente, que Él puede anular los efectos de las acciones de los malhechores, ni que Él hará comparecer todavía, a los malvados ante su tribunal de juicio<sup>24</sup> para que se les pueda imponer una sentencia de castigo —muchitudes de no cristianos creen en estas cosas—, sino que queremos decir que cada acción de sus súbditos más criminales, está completamente, bajo su control, sí, que el actor, aunque desconocido para sí mismo, está llevando a cabo los decretos secretos del Altísimo. ¿No fue así con Judas? y ¿es posible seleccionar un caso más extremo? Si entonces este archi-rebelde llevó a cabo el consejo de Dios, ¿hay algún impuesto mayor sobre nuestra fe para creer lo mismo de todos los rebeldes?

Nuestro objeto presente no es la investigación filosófica ni la casuística metafísica<sup>25</sup>, sino determinar la enseñanza de las Escrituras sobre este tema tan profundo. A la Ley y al Testimonio porque, sólo allí, podemos aprender sobre el gobierno divino —su carácter, su diseño, su *modus operandi*<sup>26</sup>, su alcance—. ¿Qué ha hecho que Dios se haya agradado en revelarnos en su bendita Palabra lo concerniente a su gobierno sobre las obras de sus manos y, particularmente, sobre aquel que, originalmente, fue hecho a su propia imagen y semejanza?

“Porque en él vivimos, y nos *movemos*, y somos” (Hch. 17:28). ¡Qué gran afirmación es ésta! Estas palabras, nótese, fueron dirigidas, no a una de las iglesias de Dios, no a una compañía de santos quienes habían alcanzado un plano exaltado de espiritualidad, sino a una audiencia pagana, a aquellos que adoraban al “Dios no conocido” y que se “burlaron” cuando oyeron hablar de la resurrección de los muertos. Y, sin embargo, a los filósofos atenienses, a los epicúreos y estoicos, el apóstol Pablo no dudó en afirmarles que ellos vivían y se movían y tenían su ser en Dios, lo que significaba, no sólo que debían

---

<sup>23</sup> **Período de prueba** – Tiempo de la vida física en la tierra por el cual cada persona será juzgada, haya o no confiado en Jesucristo.

<sup>24</sup> **Tribunal de juicio** – Corte de justicia.

<sup>25</sup> **Casuística metafísica** – Razonamiento muy abstracto para derivar el bien y el mal.

<sup>26</sup> **Modus operandi** – Modo de funcionamiento; procedimiento normal.

su existencia y preservación a Aquel que hizo el mundo y todas las cosas en él, sino también que sus propias acciones estaban incluidas y, por lo tanto, controladas por el Señor del cielo y de la tierra. ¡Compárese con la última cláusula de Daniel 5:23<sup>27</sup>!

“Del hombre son las disposiciones [el borde] del corazón; mas de Jehová es la respuesta de la lengua” (Pr. 16:1). Nótese que la declaración anterior es de aplicación general —es del “hombre”, no simplemente de los creyentes, que esto es predicado<sup>28</sup>—. “El corazón del hombre piensa su camino; mas *Jehová endereza sus pasos*” (Pr. 16:9). Si el Señor dirige los pasos de un hombre, ¿no es una prueba de que Dios lo controla o lo gobierna? De nuevo, “muchos pensamientos hay en el corazón del hombre; *mas el consejo de Jehová permanecerá*” (Pr. 19:21). ¿Puede esto significar algo menos que eso, que no importa lo que el hombre pueda desear y planificar, es la voluntad de su Hacedor la que se ejecuta? Como ilustración, considérese al “rico insensato”. Los “pensamientos” de su corazón nos son conocidos: “Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos? Y dijo: Esto haré: *derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regójate*”. Tales eran los “pensamientos” de su corazón, sin embargo, fue el “consejo del Señor” el que permaneció. Los “yo haré” del hombre rico se desvanecieron porque “Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?” (Lc. 12:17-20).

“Como los repartimientos de las aguas, así está el corazón del rey en la mano de Jehová; a todo lo que quiere lo inclina” (Pr. 21:1). ¿Qué podría ser más explícito? “...de él [el corazón] mana la vida” (Pr. 4:23), “porque cual es su pensamiento [del hombre] en su corazón, tal es él” (Pr. 23:7). Por lo tanto, si el corazón está en la mano del Señor y si Él “a todo lo que quiere lo inclina”, ¡entonces es claro que los hombres —sí, los gobernadores y regentes, y, por tanto, todos los hombres— estén completamente bajo el control gubernamental del Todopoderoso!

---

<sup>27</sup> “... y al Dios en cuya mano está tu vida, y cuyos son todos tus caminos, nunca honraste” (Dn. 5:23).

<sup>28</sup> **Es predicado** – Se afirma; se declara.

No se deben imponer limitaciones a las declaraciones anteriores. Insistir en que algunos hombres, al menos, *sí* frustran la voluntad de Dios y revocan sus consejos, es repudiar otras Escrituras igualmente explícitas. Sopécese bien lo siguiente: “Pero si él determina una cosa, ¿quién lo hará cambiar? su alma deseó, e hizo” (Job 23:13). “El consejo de Jehová permanecerá para siempre; los pensamientos de su corazón por todas las generaciones” (Sal. 33:11). “No hay sabiduría, ni inteligencia, ni consejo, contra Jehová” (Pr. 21:30). “Porque Jehová de los ejércitos lo ha determinado, ¿y quién lo impedirá? Y su mano extendida, ¿quién la hará retroceder?” (Is. 14:27). “Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: *Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero*” (Is. 46:9-10). No hay ambigüedad en estos pasajes. Afirman en los términos más inequívocos e incondicionales que es imposible anular el propósito de Jehová.

Leemos las Escrituras en vano, si no descubrimos que las acciones de los hombres, tanto los hombres malos como los buenos, son gobernadas por el Señor Dios. Nimrod y sus compañeros decidieron erigir la torre de Babel, pero antes de que su tarea se completara, Dios frustró sus planes. Dios llamó a Abraham “solo” (Is. 51:2), pero sus parientes lo acompañaron al salir de Ur de los caldeos. ¿Fue entonces, derrotada la voluntad del Señor? No, en verdad. Nótese el resultado. Taré murió antes de que llegaran a Canaán (Gn. 11:32) y, aunque Lot acompañó a su tío a la tierra prometida, pronto se separó de él y se estableció en Sodoma. Jacob fue el hijo a quien se le prometió la herencia y, aunque Isaac trató de revertir el decreto de Jehová y otorgar la bendición a Esaú, sus esfuerzos se desvanecieron. Esaú juró, nuevamente, vengarse de Jacob, pero la siguiente vez que se encontraron lloraron de alegría en lugar de luchar con odio. Los hermanos de José determinaron su destrucción, pero sus malos consejos fueron derribados. Faraón se negó a permitir que Israel cumpliera las instrucciones de Jehová y pereció en el Mar Rojo por sus dolores. Balac contrató a Balaam para maldecir a los israelitas, pero Dios lo obligó a bendecirlos. Amán erigió una horca para Mardoqueo pero él mismo fue ahorcado esta ésta. Jonás resistió la voluntad revelada de Dios, pero ¿qué fue de sus esfuerzos?

Oh, los paganos pueden “amotinarse enfurecidos” y las personas pensar “cosas vanas”; “se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su ungido, diciendo: “Romparamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas”” (Sal. 2:1-3). ¿Pero es el gran Dios perturbado o trastornado por la rebelión de sus criaturas insignificantes? No, de hecho: “El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos” (v. 4). Él es infinitamente exaltado sobre todo y las mayores confederaciones son los peones de la tierra, y sus más extensos y vigorosos preparativos para vencer su propósito son, a su vista, todos de poca importancia. Él contempla sus insignificantes esfuerzos, no sólo sin alarma alguna, sino que “se ríe” de su locura; Él trata su impotencia con “burla”. Él sabe que Él puede aplastarlos como a polillas cuando le plazca o consumirlos en un momento con el aliento de su boca. Oh, no es más que “una cosa vana” que los tiestos<sup>29</sup> de la tierra luchan con la gloriosa Majestad del cielo. ¡Tal es nuestro Dios; a Él adorad!

¡Noten, también, la soberanía que Dios mostró en su trato con los hombres! Moisés, que era tardo de habla —y no Aarón, su hermano mayor, que no era tardo de habla— fue el elegido para ser su embajador al exigir del monarca de Egipto la liberación de su pueblo oprimido. Moisés nuevamente, aunque muy amado, pronunció una sola palabra apresurada y fue excluido de Canaán; mientras que Elías, murmura apasionadamente y sufre una leve reprobación, ¡y luego fue llevado al cielo sin ver la muerte! Uza, simplemente tocó el arca y fue muerto al instante, mientras que los filisteos se la llevaron con un triunfo insultante y no sufrieron ningún daño inmediato. Las exhibiciones de gracia que habrían llevado al arrepentimiento a una Sodomía condenada, no lograron mover a una Capernaum altamente privilegiada. Las poderosas obras que habrían sometido a Tiro y a Sidón, dejaron las ciudades de Galilea, fuertemente desaprobadas bajo la maldición de un evangelio rechazado. Si ellas habrían de prevalecer en lo primero, ¿por qué no fueron destruidas allí? Si probaron ser ineficaces para rendirse a lo último, ¿por qué llevarlas [exhibiciones de gracia] a cabo? ¡Qué exhibiciones son éstas de la voluntad soberana del Altísimo!

---

<sup>29</sup> **Tiestos** – Fragmentos de cerámica rota; por tanto, cosas de poco valor.

## E. Dios gobierna sobre los ángeles

Los ángeles son siervos de Dios, sus mensajeros, sus carros de combate. Ellos siempre escuchan atentamente la palabra de su boca y cumplen sus mandamientos. “Y *envió* Jehová *el ángel* a Jerusalén para destruirla; pero cuando él estaba destruyendo, miró Jehová y se arrepintió de aquel mal, y dijo al ángel que destruía: Basta ya; detén tu mano... Entonces Jehová *habló al ángel*, y éste volvió su espada a la vaina” (1 Cr. 21:15, 27). Se pueden citar muchas otras Escrituras para mostrar que los ángeles están sujetos a la voluntad de su Creador y cumplen sus órdenes: “Entonces Pedro, volviendo en sí, dijo: Ahora entiendo verdaderamente que el Señor ha enviado su ángel, y me ha librado de la mano de Herodes...” (Hch. 12:11). “Y me dijo: Estas palabras son fieles y verdaderas. Y el Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, ha enviado su ángel, para mostrar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto” (Ap. 22:6). Así será cuando nuestro Señor regrese: “Enviaré el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad...” (Mt. 13:41). De nuevo, leemos: “Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro” (Mt. 24:31).

Lo mismo es verdad para los espíritus malignos: Ellos también cumplen los decretos soberanos de Dios. Dios envía un espíritu maligno para provocar una rebelión en el campamento de Abimelec: “Envió Dios un mal espíritu entre Abimelec y los hombres de Siquem, y los de Siquem se levantaron contra Abimelec...”, lo cual le ayudó en la matanza de sus hermanos (Jue. 9:23). Él envió otro espíritu maligno para ser un espíritu de mentira en la boca de los profetas de Acab: “Y ahora, he aquí Jehová ha puesto espíritu de mentira en la boca de todos tus profetas, y Jehová ha decretado el mal acerca de ti” (1 R. 22:23). Y otro más, fue enviado por el Señor para atormentar a Saúl: “El Espíritu de Jehová se apartó de Saúl, y le atormentaba un espíritu malo de parte de Jehová” (1 S. 16:14). Así también, en el Nuevo Testamento: Toda una legión de demonios sale de su víctima cuando el Señor les da permiso para entrar en el hato de cerdos.

Es claro entonces en las Escrituras que los ángeles, buenos y malos, están bajo el control de Dios y cumplen, voluntaria o involunta-

riamente, el propósito de Dios. Sí, Satanás mismo está, absolutamente, sujeto al control de Dios. Cuando compareció en Edén, escuchó la horrible sentencia, pero no respondió una palabra. Fue incapaz de tocar a Job hasta que Dios le concedió el permiso (Job 1:12). Así también, tuvo que pedir el consentimiento de nuestro Señor antes de poder “zarandear” a Pedro (Lc. 22:31). Cuando Cristo le ordenó irse —“Vete, Satanás...”— leemos: “El diablo entonces le dejó” (Mt. 4:11). Y, al final, será arrojado al lago de fuego que ha sido preparado para él y sus ángeles (Ap. 20:10).

“¡...el Señor nuestro Dios todopoderoso reina!” (Ap. 19:6). Su gobierno se ejerce sobre la materia inanimada, sobre las bestias salvajes, sobre los hijos de los hombres, sobre los ángeles buenos y malos, y sobre Satanás mismo. Ningún mundo convulsionado, ningún brillo de estrella, ninguna tormenta, ninguna criatura que se mueve, ninguna acción de hombres, ningún encargo de ángeles, ninguna hazaña del demonio —nada en todo el vasto universo, puede suceder de otra manera diferente a lo que Dios se ha propuesto eternamente—. Aquí hay un fundamento de fe. Aquí hay un lugar de descanso para el intelecto. Aquí hay un ancla para el alma, segura y firme. No es el destino ciego, el mal desenfrenado, el hombre o el demonio —sino el Señor todopoderoso que gobierna el mundo, rigiéndolo según su propio beneplácito y para su propia gloria eterna—<sup>30</sup>.

*Diez mil edades antes que los cielos;  
del Creador recibieran el movimiento;  
todos los largos años y mundos por venir,  
permanecieron presentes en su pensamiento:*

*No hay gorrion y gusano,  
pero se encuentran en sus decretos;  
Él eleva los reyes a su trono  
y los hunde como le place<sup>31</sup>.*

<sup>30</sup> Las preguntas para estudio y discusión aparecen al final del capítulo 4.

<sup>31</sup> Isaac Watts (1674-1748) – Himno 99: El libro de los decretos de Dios. “Salmos e himnos de Isaac Watts”.

## 4. LA SOBERANÍA DE DIOS EN LA SALVACIÓN

*“¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!” (Romanos 11:33).*

### A. La salvación es de Jehová

“La salvación es de Jehová” (Jon. 2:9); pero el Señor no salva a todos. ¿Por qué no? Él salva a algunos; entonces, si salva a algunos, ¿por qué no a otros? ¿Es porque son demasiado pecadores y depravados? No; porque el Apóstol escribió: “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero” (1 Ti. 1:15). Por lo tanto, si Dios salvó al “primero” de los pecadores, ninguno queda excluido a causa de su depravación. ¿Por qué entonces, Dios no salva a todos? ¿Es porque algunos son tan duros de corazón para ser ganados? No; porque está escrito, que Dios [dice]: “...Y quitaré el corazón de piedra de en medio de su carne<sup>32</sup>, y les daré un corazón de carne...” (Ez. 11:19). Entonces, ¿es porque algunos son tan obstinados, tan intratables, tan desafiantes, que Dios es incapaz de atraerlos a Sí mismo? Antes de responder a esta pregunta, hagamos otra; apelemos a la experiencia del lector cristiano.

Amigo, ¿no hubo un tiempo en que anduviste en el consejo de los impíos, te paraste en el camino de los pecadores, te sentaste en silla de escarnecedores y con ellos dijiste: “No queremos que éste reine sobre nosotros” (Lc. 19:14)? ¿No hubo un tiempo cuando no quisiste

---

<sup>32</sup> **De carne** – La “*carne*”, en las Escrituras, a veces habla de un estado carnal, pecaminoso y no renovado (Ro. 7:18), a veces del cuerpo (Sal. 38: 3), a veces del hombre en su totalidad (Lc. 3:6; Ro. 3:20). —Y así, en este lugar, habla de las personas y del hombre completo—. “Un corazón de carne”: no como el viejo, duro y obstinado, sino aconsejable, dócil, que escuchará, considerará, obedecerá, hará el bien mandado y resistirá los males prohibidos, se someterá a mi Ley y se reformará, según las amonestaciones. —*Matthew Poole* (1624-1679).

venir a Cristo para que tuvieras vida (Jn. 5:40)? Sí, ¿no hubo un momento en que mezclaste tu voz con los que le dijeron a Dios: “Apártate de nosotros, porque no queremos el conocimiento de tus caminos? ¿Quién es el Todopoderoso, para que le sirvamos? ¿Y de qué nos aprovechará que oremos a él?” (Job 21:14-15)? Con la cara avergonzada, tienes que reconocer que sí hubo tal tiempo. Pero, ¿cómo es que ahora todo ha cambiado? ¿Qué fue lo que te trajo de la autosuficiencia arrogante a la súplica humilde, de aquel que estaba en enemistad con Dios a uno que está en paz con Él; de la anarquía a la sujeción; del odio al amor? Y como uno “nacido del Espíritu”, responderás fácilmente: “*Por la gracia de Dios, soy lo que soy*” (1 Co. 15:10). Entonces, ¿no ves que no se debe a la falta de poder de Dios, ni a su negativa de coaccionar al hombre, que otros rebeldes no sean salvos también? Si Dios pudo someter tu voluntad y ganar tu corazón, y eso sin interferir con tu responsabilidad moral, entonces, ¿no podrá hacer lo mismo por otros? Seguramente sí. Entonces, qué inconsistente, qué ilógico, qué tonto de tu parte, buscar dar cuenta del curso actual de la malvados y su destino final para argumentar que Dios es incapaz de salvarlos, puesto que ellos *no se lo permitirán*. ¿Dices: “Pero llegó el momento en que estaba dispuesto, dispuesto a recibir a Cristo como mi Salvador”? Es cierto, pero fue el Señor quien te hizo estar dispuesto (Sal. 110:3; Fil. 2:13); ¿por qué entonces, Él no hace que todos los pecadores estén dispuestos? ¿Por qué? ¡Sólo por el hecho de que Él es soberano y hace lo que le place! Pero volvamos a nuestra pregunta de apertura.

¿Por qué no todos son salvos, particularmente, todos los que escuchan el evangelio? ¿Todavía respondes, porque la mayoría se niega a creer? Bien, eso es cierto, pero es sólo una parte de la verdad. Es la verdad desde el lado *humano*. Pero también hay un lado divino y este lado de la verdad necesita ser enfatizado o Dios será despojado de su gloria. Los inconversos están perdidos porque se niegan a creer; los otros son salvados porque creen. Pero, ¿por qué creen estos otros? ¿Qué es lo que les hace confiar en Cristo? ¿Es porque son más inteligentes que sus compañeros y más rápidos para discernir su necesidad de salvación? Perezca el pensamiento: “Porque ¿quién te distingue? ¿o qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?” (1 Co. 4:7). Es Dios mismo quien hace la diferencia entre los elegidos y los no elegidos

porque de los suyos está escrito: “Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna” (1 Jn. 5:20).

La fe es un don de Dios y “porque no es de todos la fe” (2 Ts. 3:2); por lo tanto, vemos que Dios no concede este don a todos. ¿A quién otorga Él este favor salvador? Y respondemos, a sus propios elegidos: “Y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna” (Hch. 13:48). Por eso es que leemos de “la fe de los escogidos de Dios” (Tit. 1:1). Pero, ¿es Dios parcial en la distribución de sus favores? ¿No tiene Él, derecho de serlo? ¿Todavía hay algunos que murmuran contra el buen hombre de la casa? Entonces, sus propias palabras son respuesta suficiente: “¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío?” (Mt. 20:15). Dios es soberano en el otorgamiento de sus dones, tanto en el ámbito natural como en el espiritual. Hasta aquí para una declaración general, en adelante será más particular.

## B. El propósito eterno del Padre en la elección

### 1. Romanos 9:21-23

“¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra? ¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción, y para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria...?”.

Tal vez, la Escritura que más enfáticamente declara la soberanía absoluta de Dios en relación con la determinación del destino de sus criaturas, es el capítulo 9 de Romanos. No intentaremos revisar aquí todo el capítulo, sino que nos limitaremos a los versículos 21-23. Estos versículos representan a la humanidad caída tan inerte e impotente como una masa de barro sin vida. Esta Escritura evidencia que “no hay diferencia” en sí mismos, entre los elegidos y los no elegidos; son barro de la “misma masa” —que concuerda con Efesios 2:3, donde se nos dice que todos son *por naturaleza* “hijos de ira”—. Nos enseña que el destino final de cada individuo es decidido por la voluntad de Dios y bendito que así sea; si se dejara a nuestra voluntad, el destino final de todos nosotros sería el Lago de Fuego. Esto declara

que Dios mismo, sí hace la diferencia en los destinos respectivos a los que asigna sus criaturas porque “[hace] de la misma masa un vaso *para* honra y otro *para* deshonra”; algunos son “vasos de ira preparados para destrucción”, otros son “vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria”.

Reconocemos con facilidad que es muy humillante para el orgulloso corazón de la criatura, contemplar a toda la humanidad en la mano de Dios como el barro en la mano del alfarero, sin embargo, así es como las Escrituras de la verdad representan el caso. En esta época de jactancia humana, orgullo intelectual y deificación del hombre, es necesario insistir en que el alfarero forma sus vasijas para sí mismo. Que los hombres contiendan con su Hacedor como lo deseen, pero lo cierto es que no son más que barro en manos del alfarero celestial. Y, aunque sabemos que Dios tratará justamente con sus criaturas, el Juez de toda la tierra hará lo correcto, sin embargo, Él moldea sus vasos para su propio propósito y según su propio placer. Dios reclama el derecho indiscutible de hacer lo que quiera con los suyos.

Dios, no sólo tiene el derecho de hacer lo que quiere con las criaturas de sus propias manos, sino que ejerce este derecho, y en ninguna parte se ve esto más claramente que en su gracia predestinadora. Antes de la fundación del mundo, Dios hizo una escogencia, una selección, una elección. Ante su ojo omnisciente estaba toda la raza de Adán y, de ella, escogió a un pueblo y los predestinó a “ser conformados a la imagen de su Hijo”, y los “ordenó” para vida eterna.

## ***2. El hecho de la elección de Dios***

Muchas son las Escrituras que establecen esta bendita verdad, siete de las cuales, ahora captarán nuestra atención.

### *a. Hechos 13:48:*

“... y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna”.

Todo artificio de la ingenuidad humana se ha empleado para embotar el filo de esta Escritura y para acomodar el significado obvio de estas palabras, pero se ha empleado en vano, aunque nada será capaz de conciliar éste y otros pasajes similares en la mente del hombre natural. “... Y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna”. Aquí aprendemos cuatro cosas: Primero, que creer es la consecuencia y no la causa del decreto de Dios. Segundo, que sólo un

número limitado está “ordenado para vida eterna” porque si todos los hombres, sin excepción, fueron ordenados por Dios, entonces las palabras “todos los que”, son una calificación sin sentido. Tercero, que esta “ordenación” de Dios no es para meros privilegios externos, sino para la “vida eterna”, no para el servicio, sino para la salvación misma. Cuarto, que “todos los que”, ni uno menos, que así son ordenados por Dios para la vida eterna, ciertamente creerán.

Los comentarios del amado Spurgeon<sup>33</sup> sobre el pasaje anterior son bien dignos de nuestra atención. Dice él:

“Se han hecho intentos para demostrar que estas palabras no enseñan la predestinación, pero estos intentos violan tan claramente el lenguaje que no perderé el tiempo en responderlos. Leo: "... Y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna" y no torceré el texto, sino que glorificaré la gracia de Dios al atribuir a esa gracia, la fe de cada hombre. ¿No es Dios quien da la disposición para creer? Si los hombres están dispuestos a tener vida eterna, ¿no los dispone Él en todos los casos? ¿Está mal que Dios dé gracia? Si es correcto que Él la dé, ¿está mal que Él se proponga darla? ¿Le permitiría que la diera por accidente? Si es correcto que Él se proponga dar gracia hoy, fue correcto que Él se propusiera darla antes de hoy y, dado que Él no cambia, desde la eternidad”.

*b. Romanos 11:5-6:*

“Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia. Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra”.

Las palabras “así también aun” al comienzo de esta cita, nos remiten al versículo anterior en el que se nos dice: “Me he reservado siete mil hombres, que no han doblado la rodilla delante de Baal” (Ro. 11:4). Nótese, particularmente, la palabra “reservado”. En los días de Elías, había siete mil, una pequeña minoría, que fueron reservados, divinamente, de la idolatría y llevados al conocimiento del

---

<sup>33</sup> **Charles H. Spurgeon** (1834-1892) – Influyente predicador bautista inglés; el más leído de la historia (aparte de los que se encuentran en las Escrituras). Hoy en día, hay más material escrito por Spurgeon que por cualquier otro autor cristiano, vivo o muerto. Nacido en Kelvedon, Essex, Inglaterra.

Dios verdadero. Esta preservación e iluminación no provenía de nada en ellos mismos, sino únicamente de la influencia y la acción especiales de Dios. ¡Cuán altamente favorecidos fueron esos individuos así “reservados” por Dios! Ahora, dice el Apóstol, así como había un “remanente” en los días de Elías “reservado por Dios”, así también lo hay en esta dispensación presente.

“Un remanente escogido por gracia”. Aquí la *causa* de la elección se remonta a su origen. La base sobre la cual Dios eligió este “remanente” no fue la fe prevista en ellos porque una elección fundada en la previsión de buenas obras, se hace tan verdaderamente sobre la base de las obras como cualquier elección puede ser y, en tal caso, no sería “*de gracia*” porque, dice el Apóstol, “si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia”; lo que significa que la gracia y las obras son opuestas, no tienen nada en común y no se mezclarán más que el aceite y el agua. Por lo tanto, la idea del bien inherente prevista en los elegidos o de cualquier cosa meritoria realizada por ellos, está rígidamente excluida. “Un remanente escogido *por gracia*”, significa una elección incondicional que resulta del favor soberano de Dios; en una palabra, es absolutamente una elección gratuita.

c. *1 Corintios 1:26-29*:

“Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia”.

Tres veces en este pasaje, se hace referencia a la *elección de Dios* y, la elección, necesariamente supone una selección, tomar algunos y dejar a otros. El que elige aquí es Dios mismo, como dijo el Señor Jesús a los apóstoles: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros” (Jn. 15:16). El número elegido está estrictamente definido —“no sois muchos sabios según la carne, ni muchos nobles”, etc.— que concuerda con Mateo 20:16: “Así, los primeros serán postreros, y los postreros, primeros; porque muchos son llamados, mas

*pocos escogidos*". Tanto, entonces, por el hecho de la elección de Dios; ahora noten los objetos de su elección.

### 3. *Los objetos de la elección de Dios*

Los que se mencionan arriba como elegidos de Dios son "lo débil, lo necio, lo vil y menospreciado del mundo" (1 Co. 1:26-29). ¿Pero, por qué? Para demostrar y magnificar su gracia. Los *camino*s de Dios y sus pensamientos están totalmente en desacuerdo con los del hombre. La mente carnal habría supuesto que se había hecho una selección de las filas de los opulentos e influyentes, los amables y cultos, de modo que el cristianismo podría haber ganado la aprobación y el aplauso del mundo por su pompa y gloria carnal. Ah, pero "lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación" (Lc. 16:15).

Dios elige "*los viles*". Lo hizo en los tiempos del Antiguo Testamento. La nación que Él eligió como la depositaria de sus santos oráculos y el canal por el cual debía venir la simiente prometida, no fueron los antiguos egipcios, los imponentes babilonios, ni los altamente civilizados y cultos griegos. No; el pueblo sobre quien Jehová puso su amor y que fue considerado como "la niña de sus ojos"<sup>34</sup>, fueron los despreciados y nómadas hebreos. Así fue cuando nuestro Señor hizo tabernáculo entre los hombres. Aquellos a quienes Él tomó en favor de la intimidad consigo mismo y comisionó para salir como sus embajadores fueron, en su mayor parte, pescadores iletrados. Y así ha sido desde entonces. Así es hoy: Al ritmo actual de aumento, no pasará mucho tiempo antes de que se manifieste<sup>35</sup> que el Señor tiene más en la despreciada China que realmente son suyos, que los que tiene en la muy favorecida Estados Unidos; más entre los negros incivilizados de África, que entre la culturizada-Alemania! Y el propósito de la elección de Dios, la *raison d'etre*<sup>36</sup> de la elección que Él ha hecho es: "A fin de que nadie se jacte en su presencia" (1 Co. 1:29); no habiendo nada en los objetos de su elección que les dé derecho a sus favores especiales, entonces, toda la alabanza se atribuirá libremente a las abundantes riquezas de su multiforme gracia.

---

<sup>34</sup> **La niña de sus ojos** – La referencia es a la pupila del ojo; pues es la parte más tierna del cuerpo y la más cuidada (Dt. 32:10).

<sup>35</sup> **Manifieste** – Que sea un hecho claro o evidente; mostrado claramente; revelado.

<sup>36</sup> **Raison d'etre** – Expresión en francés que significa "razón de ser"; justificación de la existencia.

*a. Efesios 1:3-5, 11:*

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad...En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad”.

Aquí se nos dice, nuevamente, en qué punto del tiempo —si es que pudiera llamarse tiempo— cuando Dios eligió a los que serían sus hijos por medio de Jesucristo. No fue después de que Adán había caído y sumido a su raza en el pecado y la miseria, sino mucho antes de que Adán viera la luz, incluso antes de que el mundo fuera fundado, Dios nos escogió en Cristo. Aquí también aprendemos el *propósito* que Dios tenía delante de Él en relación con sus propios elegidos: Era que ellos fuesen “santos y sin mancha ante Él” (Ef. 1:4); fue “para ser adoptados hijos” (Ef. 1:5); fue para que “obtuvieran una herencia” (Ef. 1:11). Aquí también descubrimos el *motivo* que lo movió. Fue “en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo” (Ef. 1:5), es una declaración que refuta la acusación tan frecuente y malvada de que el hecho de que Dios decida el destino eterno de sus criaturas antes de nacer es tiránico e injusto. Finalmente, se nos informa aquí, que en este asunto no consultó con nadie, sino que somos “predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad” (Ef. 1:11).

*b. 2 Tesalonicenses 2:13:*

“Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad...”.

Hay tres cosas aquí que merecen una atención especial. Primero, el hecho de que se nos dice, expresamente, que los elegidos de Dios son “escogidos para salvación”. El lenguaje no puede ser más explí-

cito. ¡Cuán resumidamente estas palabras se deshacen de los sofismas<sup>37</sup> y equívocos de todos los que quisieran hacer que la elección se refiriera a nada más que privilegios externos o rango en el servicio! Es para la “salvación” misma que Dios nos ha elegido.

Segundo, se nos advierte aquí que la elección para la salvación no ignora el uso de los medios<sup>38</sup> apropiados: La salvación se alcanza a través de la “santificación por el Espíritu y la fe en la verdad”. No es cierto que debido a que Dios haya elegido a alguien para la salvación, él será salvo quiera o no, ya sea que crea o no —en ninguna parte las Escrituras se la representa así—. El mismo Dios que predestinó el fin, también designó los medios; el mismo Dios que “escogió para salvación”, decretó que su propósito sería realizado a través de la obra del Espíritu y la fe en la verdad.

Tercero, que Dios nos haya elegido para salvación es un motivo profundo de ferviente alabanza. Observen con cuanta fuerza lo expresa el Apóstol: “Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación”, etc. En lugar de retroceder con horror ante la doctrina de predestinación, el creyente, cuando ve esta bendita verdad tal como se manifiesta en la Palabra, descubre un terreno para la gratitud y la acción de gracias que ninguna otra cosa puede ofrecer, salvo el don inefable del Redentor mismo.

### *c. 2 Timoteo 1:9:*

“Quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos...”.

¡Cuán claro y directo es el lenguaje de las Sagradas Escrituras! Es el hombre quien, por sus palabras, oscurece el consejo (Job 38:2). Es imposible exponer el caso de manera más clara o contundente de lo que se establece aquí. Nuestra salvación no es “según nuestras obras”; es decir, no se debe a nada en nosotros, ni a la recompensa de nada de nosotros; en cambio, es el resultado del mismo “propósito y gracia” de Dios; y esta gracia nos fue dada en Cristo Jesús antes de que

---

<sup>37</sup> **Sofismas** – Argumentos ingeniosos, pero engañosos.

<sup>38</sup> **Medios** – Instrumentos a través de los cuales, Dios obra para comunicarse con los corazones de los hombres.

el mundo comenzara. Es por gracia que somos salvos y, en el propósito de Dios, esta gracia nos fue otorgada, no sólo antes de que viéramos la luz, no sólo antes de la caída de Adán, sino incluso antes del distante “principio” de Génesis 1:1. En esto radica el consuelo inextinguible del pueblo de Dios. ¡Si su elección ha sido desde la eternidad, durará hasta la eternidad!

“Nada puede sobrevivir hasta la eternidad, sino lo que vino de la eternidad, y lo que así *ha* llegado, así será”<sup>39</sup>.

*d. 1 Pedro 1:2:*

“Elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo...”.

Aquí, nuevamente, la elección del Padre precede a la obra del Espíritu Santo y la obediencia de la fe por aquellos que son salvos; sacándola por completo del terreno de la criatura y haciéndola descansar en el placer soberano del Todopoderoso. “La presciencia de Dios Padre”, *no* se refiere aquí a su presciencia de todas las cosas, sino que significa que los santos estaban eternamente presentes en Cristo delante de la mente de Dios. No era que Dios “supiera de antemano” que ciertos que escucharían el evangelio, lo creerían aparte del hecho de que Él había “ordenado” a estos ciertos para vida eterna. Lo que la presciencia de Dios vio en todos los hombres fue amor por el pecado y el odio a Él mismo. El “conocimiento previo” de Dios se basa en sus propios decretos, como se desprende claramente de Hechos 2:23: “A éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole”. Note el orden aquí: Primero, el “determinado consejo” de Dios (su decreto) y, segundo, su “previo conocimiento”. Así ocurre de nuevo en Romanos 8:28-29: “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo”, pero esta primera palabra aquí “porque”, mira al versículo anterior y, en su última cláusula, se lee: “A los que conforme a su propósito son llamados” —estos son los que Él “antes conoció y predestinó”—. Finalmente, se debe señalar que cuando leemos en la

---

<sup>39</sup> **George Sayles Bishop** (1836-1914) – Pastor emérito de la Primera Iglesia Reformada de Orange, New Jersey y presidente del Sínodo General en 1899. Autor de *Las doctrinas de la gracia*.

Escritura de Dios “conociendo” a ciertas personas, la palabra se usa en el sentido de conocer con aprobación<sup>40</sup> y amor: “Pero si alguno ama a Dios, es *conocido* por él” (1 Co. 8:3). A los hipócritas, Cristo les dirá: “Nunca os conocí”. Él nunca los amó. “Elegidos según la presciencia de Dios Padre” significa, entonces, elegidos por Él como los objetos especiales de su aprobación y amor.

#### 4. Resumen

Resumiendo la enseñanza de estos siete pasajes, aprendemos:

a) Que Dios ha “ordenado para vida eterna” a algunos y que, en consecuencia de su ordenación, ellos, a su debido tiempo, “creerán”.

b) Que la ordenación de Dios para la salvación de sus propios elegidos, no es debido a algo bueno en ellos ni a nada meritorio de ellos, sino únicamente por “su gracia”.

c) Que Dios ha seleccionado, deliberadamente, los objetos más improbables para ser receptores de sus favores especiales, “a fin de que nadie se jacte en su presencia” (1 Co. 1:29).

d) Que Dios escogió a su pueblo en Cristo antes de la fundación del mundo, no porque lo fueran, sino para “*ser santos y sin mancha* delante de él” (Ef. 1:4).

e) Que habiendo seleccionado a algunos para salvación, Él también decretó los medios por los cuales su consejo eterno debería *ser cumplido*.

f) Que la misma “gracia” por la cual somos salvos fue, en el propósito de Dios, “dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos” (2 Ti. 1:9).

g) Que mucho antes de que fueran realmente creados, los elegidos de Dios estaban presentes delante de su mente, fueron “los que antes conoció” (Ro. 8:29), es decir, fueron los objetos definidos de su amor eterno.

Antes de pasar a la siguiente división de este capítulo, una palabra más sobre los *temas* de la gracia predestinadora de Dios. Volvemos sobre este terreno porque es en este punto en el cual la doctrina de la soberanía de Dios al predestinar a algunos para salvación es atacada con mayor frecuencia. Los pervertidores de esta verdad buscan, invariablemente, alguna causa fuera de la voluntad misma de Dios

---

<sup>40</sup> **Aprobación** – Cálida aceptación; con gusto y alabanza.

que lo mueva a otorgar la salvación a los pecadores. Alguna cosa u otra se le atribuye a la criatura que le da derecho a recibir misericordia de manos del Creador. Volvemos a la pregunta: ¿Por qué Dios eligió a quienes eligió?

¿Qué había en los elegidos en sí mismos que atrajo el corazón de Dios hacia ellos? ¿Fue por ciertas virtudes que poseían? ¿porque eran de corazón generoso, de dulce temperamento, hablaban con la verdad? En una palabra, ¿porque eran “buenos”, Dios los escogió? No; porque nuestro Señor dijo: “Ninguno hay bueno sino uno: Dios” (Mt. 19:17). ¿Fue por alguna buena obra que hayan realizado? No; porque está escrito: “No hay quien haga lo bueno, ni siquiera uno” (Ro. 3:12). ¿Fue porque demostraron sinceridad y celo al indagar por Dios? No, porque está escrito otra vez: “No hay quien busque a Dios” (Ro. 3:11). ¿Fue porque Dios previó de antemano que ellos creerían? No; porque ¿cómo pueden los que están “*muertos* en delitos y pecados” (Ef. 2:1), creer en Cristo? ¿Cómo pudo Dios prever de antemano a algunos hombres como creyentes cuando la fe era imposible para ellos? La Escritura declara que “por la gracia habían creído” (Hch. 18:27). La fe es un don de Dios y, sin este don, nadie creería. La causa de su elección descansa en Sí mismo y no en los objetos de su elección. Él eligió a los que eligió, simplemente porque eligió elegirlos.

*“Hijos de Dios por elección,  
los que en Jesucristo creemos,  
por eterna determinación,  
gracia soberana ahora recibimos,  
Señor por tu misericordia,  
¡Gracia y gloria poseemos!”.*

## C. El designio limitado del Hijo en la expiación

### 1. ¿Por quién murió Cristo?

¿Por quién murió Cristo?<sup>41</sup> Seguramente, no es necesario argumentar que el Padre tenía un propósito expreso al entregarlo a la muerte o que Dios el Hijo tenía un designio limitado ante Él al dar su vida: “Dice el Señor, que hace conocer todo esto desde tiempos

---

<sup>41</sup> Para más información sobre este tema, ver *For Whom Did Christ Die* (¿Por quién murió Cristo?) sólo en inglés, de Charles Spurgeon; *The Atonement* (La expiación), sólo en inglés de John Murray o el Portavoz de la Gracia N° 36: *Cristo en la cruz*. Todos disponibles en CHAPEL LIBRARY.

antiguos” (Hch. 15:18). ¿Cuál fue entonces el propósito del Padre y el designio del Hijo? Respondemos: Cristo murió por “los elegidos de Dios”.

No desconocemos el hecho de que el *designio limitado* en la muerte de Cristo ha sido objeto de mucha controversia —¿qué gran verdad revelada en las Escrituras no lo ha sido?—. Tampoco olvidamos que todo lo que tiene que ver con la Persona y obra de nuestro bendito Señor requiere ser manejado con la mayor reverencia, y que un “Así dice el Señor”, debe ser dado en apoyo de cada afirmación que hacemos. Nuestra apelación será a la Ley y al Testimonio.

¿Por quién murió Cristo? ¿A quiénes pretendía redimir con el derramamiento de su sangre? Seguramente, el Señor Jesús tenía una determinación absoluta delante de Él cuando fue a la cruz. Si así fue, entonces, necesariamente, se deduce que el alcance de ese propósito era limitado porque se debe efectuar una determinación absoluta del propósito. Si la determinación absoluta de Cristo incluyera a toda la humanidad, entonces, toda la humanidad, con toda seguridad, sería salvada. Para escapar de esta conclusión inevitable, muchos han afirmado que no había tal determinación absoluta ante Cristo, que en su muerte, se ha hecho una provisión, meramente condicional, de salvación para toda la humanidad.

La refutación de esta afirmación se encuentra en las promesas hechas por el Padre a su Hijo antes de ir a la cruz, sí, antes de encararse. Las Escrituras del Antiguo Testamento representan al Padre como prometiendo cierta recompensa al Hijo por sus sufrimientos en nombre de los pecadores. En este punto, nos limitaremos a una o dos declaraciones registradas en el bien conocido capítulo 53 de Isaías. Allí encontramos a Dios diciendo: “Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, *verá linaje*”, que “verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará *satisfecho*” y que su siervo justo “por su conocimiento justificará [...] a muchos” (vs. 10-11). Pero aquí nos gustaría detenernos y preguntar: ¿Cómo podría ser cierto que Cristo “verá linaje” y que “verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho”, a menos que la salvación de ciertos miembros de la raza humana hubiera sido divinamente decretada y, por lo tanto, que ésta fuera segura? ¿Cómo podría ser cierto que Cristo “justificará a muchos” si ninguna provisión eficaz se hiciera para que alguien lo re-

ciba como su Señor y Salvador? Por otro lado, insistir en que el Señor Jesús sí se propuso expresamente la salvación de toda la humanidad es acusarlo de lo que ningún ser inteligente debería ser culpable, a saber, diseñar aquello que en virtud de su omnisciencia sabía que nunca llegaría a ocurrir.

Por lo tanto, la única alternativa que nos queda es que, en lo que respecta al propósito predeterminado de su muerte, Cristo murió sólo por los elegidos. Resumiendo en una oración, que confiamos será inteligible para cada lector, diríamos que Cristo murió, no meramente para hacer *posible* la salvación de toda la humanidad, sino para *asegurar* la salvación de todos los que el Padre le había dado. Cristo murió, no simplemente para hacer que los pecados sean perdonados, sino “por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado” (He. 9:26). En cuanto al “pecado” de quien (es decir, la culpa, como en 1 Jn. 1:7, etc.) ha sido “quitado”, la Escritura no nos deja ninguna duda: ¡Fue el de los elegidos, el “mundo” (Jn. 1:29) del pueblo de Dios!

## ***2. Evidencias de su designio limitado***

### *a. La elección eterna*

El designio limitado en la expiación sigue, necesariamente, de la elección eterna del Padre de algunos para salvación. Las Escrituras nos informan que antes de que el Señor se encarnara, dijo: “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad” (He. 10:7) y, después de encarnarse, declaró: “Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Jn. 6:38). Si entonces Dios había escogido desde el principio a algunos para la salvación, entonces, debido a que la voluntad de Cristo estaba en perfecto acuerdo con la voluntad del Padre, no trataría de aumentar su elección. Lo que acabamos de decir no es, simplemente, una deducción personal plausible, sino que está en estricta armonía con la enseñanza expresa de la Palabra. Una y otra vez, nuestro Señor se refirió a aquellos que el Padre le había “dado” y por quienes Él estaba, particularmente, preocupado.

“Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera... Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero” (Jn. 6:37, 39).

“Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti; como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste [...] He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra [...] Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son [...] Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo” (Jn. 17:1, 2, 6, 9, 24).

Antes de la fundación del mundo, el Padre destinó a un pueblo para ser conformado a la imagen de su Hijo, y la muerte y resurrección del Señor Jesús fue para llevar a cabo el propósito divino.

#### *b. La naturaleza de la expiación*

La misma naturaleza de la expiación evidencia que, en su aplicación a los pecadores, estaba limitada en el propósito de Dios. La expiación de Cristo puede considerarse desde dos puntos de vista principales —hacia Dios y hacia el hombre—. Hacia Dios, la obra de Cristo fue una propiciación, un apaciguamiento de la ira divina, una satisfacción otorgada a la justicia y santidad divinas; hacia el hombre, fue una sustitución, el Inocente tomando el lugar de los culpables, el Justo muriendo por los injustos. Pero una sustitución estricta de una Persona por personas y la imposición sobre Él de sufrimientos voluntarios, implican el reconocimiento definido —por parte del Sustituto y de Aquel quien debe propiciar—, de las personas por las cuales actúa, cuyos pecados lleva, cuyas obligaciones legales Él cumple. Además, si el legislador acepta la satisfacción que hace el sustituto, entonces aquellos para quienes actúa el sustituto, cuyo lugar toma, necesariamente deben ser absueltos. Si tengo una deuda y no puedo pagarla, y otro se presenta y paga a mi acreedor en su totalidad y recibe un recibo en reconocimiento, entonces, a la vista de la ley, mi acreedor ya no tiene ningún derecho sobre mí.

En la cruz, el Señor Jesús se dio a sí mismo en rescate y que esto fue aceptado por Dios, fue atestiguado por la tumba abierta luego, al tercer día. La pregunta que plantearíamos aquí es: ¿por quién se ofreció este rescate? Si se ofreció para toda la humanidad, entonces la

deuda incurrida por cada hombre ha sido cancelada. Si Cristo llevó en su propio cuerpo en la cruz, los pecados de todos los hombres sin excepción, entonces, ninguno perecerá. Si Cristo fue “hecho maldición” por toda la raza de Adán, entonces ninguno está ahora “bajo condenación”. “Dios no podría exigir este pago dos veces: Primero de la mano sangrante de mi Fiador y, luego, otra vez de la mía”. Pero Cristo no pagó las deudas de todos los hombres, sin excepción, porque hay algunos que serán “echados en prisión” (Ver 1 P. 3:19, donde aparece la misma palabra griega para “prisión”<sup>42</sup>) y ellos, “de cierto te digo que no [saldrán] de allí, hasta que [paguen] el último cuadrante” (Mt. 5:26), lo que, por supuesto, nunca lograrán.

Cristo no cargó con los pecados de toda la humanidad porque hay algunos que “mueren en sus pecados” (Jn. 8:21) y cuyo “pecado permanece” (Jn. 9:41). Cristo no fue “hecho maldición” por toda la raza de Adán porque aún hay algunos a quienes les dirá: “Apartaos de mí, *malditos*” (Mt. 25:41). Decir que Cristo murió por todos por igual; decir que se convirtió en el sustituto y fiador de toda la raza humana; decir que sufrió en nombre y en lugar de toda la humanidad, es decir que Él “llevó la maldición por muchos que ahora llevan la maldición por sí mismos; que sufrió el castigo de muchos que ahora están levantando sus propios ojos en el infierno, estando en tormentos; que pagó el precio de redención por muchos que aún pagarán en su propia angustia eterna la paga del pecado, que es la muerte” (George S. Bishop). Pero, por otro lado, decir como dice la Escritura, que Cristo fue herido por las transgresiones del pueblo de Dios; decir que dio su vida “por las ovejas”; decir que dio su vida en rescate por “muchos”, es decir que hizo una expiación que expía completamente; es decir que pagó un precio que en realidad rescata; es decir que se presentó una propiciación que realmente propicia; es decir que Él es un Salvador que verdaderamente salva.

---

<sup>42</sup> **Prisión** – En el griego se lee εν φυλακη. Según Kittel, en este contexto específico, significa “cárcel”. Y comenta: “En 1 Pedro 3:19, la φυλακή es el lugar de los espíritus que han partido”. Si se lee el vs. 20, son “los que en otro tiempo desobedecieron”.

### c. El sacerdocio

Estrechamente conectada y en confirmación de lo que hemos dicho arriba, está la enseñanza de la Escritura concerniente al sacerdocio de nuestro Señor. Cristo ahora intercede como el gran Sumo Sacerdote. Pero, ¿por quién intercede? ¿Por toda la raza humana o sólo por su propio pueblo? La respuesta dada por el Nuevo Testamento a esta pregunta es tan clara como un rayo de sol. Nuestro Salvador ha entrado “en el cielo mismo para presentarse ahora *por nosotros* ante Dios” (He. 9:24), es decir, por aquellos que son “participantes del llamamiento celestial” (He. 3:1). Y otra vez está escrito: “Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder *por ellos*” (He. 7:25). Esto está en estricto acuerdo con el tipo<sup>43</sup> del Antiguo Testamento. Después de matar al animal sacrificial, Aarón entraba en el Lugar Santísimo como representante y en nombre del pueblo de Dios: Eran los nombres de las tribus de Israel los que estaban grabados en su pectoral y era para el beneficio de ellos que aparecía ante Dios. De acuerdo con esto, están las palabras de nuestro Señor en Juan 17:9: “Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son”.

Otro pasaje de las Escrituras que merece una cuidadosa atención en relación con esto, se encuentra en Romanos 8. En el versículo 33, se formula la pregunta: “¿Quién acusará a los escogidos de Dios?”. Y luego, sigue la respuesta inspirada: “Dios es el que justifica”. “¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros”.

¡Note, particularmente, que la muerte y la intercesión de Cristo tienen los mismos objetivos! Como fue en el tipo, así es con el anti-tipo<sup>44</sup> —la expiación<sup>45</sup> y la súplica son coextensivas—. Si entonces Cristo intercede sólo por los elegidos y “no por el mundo”, entonces Él murió por ellos solamente. Y obsérvese además, que la muerte, la resurrección, la exaltación y la intercesión del Señor Jesús se asignan aquí como la razón por la cual nadie puede “acusar” a los elegidos de

<sup>43</sup> **Tipo** – Símbolo que representa algo más con características similares.

<sup>44</sup> **Anti-tipo** – Persona o cosa representada por el tipo o símbolo.

<sup>45</sup> **Expiación** – Remoción o cubrimiento del pecado.

Dios. Que aquellos que aún discrepan con lo que estamos exponiendo, pesen cuidadosamente, la siguiente pregunta: Si la muerte de Cristo se extiende por igual a todos, ¿cómo se convierte en seguridad contra una “acusación”, viendo que todos los que no creen están “bajo condenación”? (Jn. 3:18).

#### d. Su poder

El número de quienes comparten los beneficios de la muerte de Cristo está determinado, no sólo por la naturaleza de la expiación y el sacerdocio de Cristo, sino también por su Poder. Concédase que Aquel que murió en la cruz fue Dios manifestado en la carne y se sigue, inevitablemente, que lo que Cristo se propuso, eso realizará; que lo que ha comprado, lo poseerá; lo que Él ha puesto en su corazón, eso asegurará. Si el Señor Jesús posee todo el poder en el cielo y la tierra, entonces ninguno puede resistir con éxito su voluntad.

Pero se puede decir, [aunque] esto es cierto en abstracto, sin embargo, Cristo se niega a ejercer este poder, en la medida en que nunca *forzará* a nadie a recibirlo como su Señor y Salvador. En cierto sentido, eso es verdad, pero en otro sentido es totalmente falso. La salvación de cualquier pecador es un asunto de poder divino. Por naturaleza, el pecador está en enemistad con Dios y nada más que el poder divino operando dentro de él, puede vencer esta enemistad; de ahí que esté escrito: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere” (Jn. 6:44). El poder divino que vence la enemistad innata del pecador es el que lo hace estar dispuesto a *venir* a Cristo [para] que pueda tener vida.

Pero esta “enemistad” no se supera en todos, ¿por qué? ¿Es porque la enemistad es demasiado fuerte para ser vencida? ¿Hay algunos corazones tan endurecidos contra Él que Cristo no puede lograr entrar? Responder afirmativamente es negar su omnipotencia. En el análisis final, no se trata de la voluntad o la falta de voluntad del pecador, puesto que, por naturaleza, todos son reacios. La voluntad de venir a Cristo es el producto final del poder divino operando en el corazón humano y en la superación de la “enemistad” inherente y crónica del hombre, como está escrito: “Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder” (Sal. 110:3). Decir que Cristo es incapaz de ganar para sí mismo a los que no están dispuestos, es negar que todo el poder en el cielo y en la tierra le pertenece.

Decir que Cristo no puede mostrar su poder sin destruir la responsabilidad del hombre es un subterfugio<sup>46</sup> de la pregunta aquí planteada, puesto que Él ha manifestado su poder y ha dado disposición a aquellos que han venido a Él, y si lo hizo sin destruir su responsabilidad, ¿por qué “no puede” hacer eso con otros? Si Él puede ganar el corazón de un pecador para sí mismo, ¿por qué no el de otro? Decir, como generalmente se dice, que los otros no se lo permitirán, es impugnar su suficiencia. Esto es una cuestión de *su* Voluntad. Si el Señor Jesús decretó, deseó y se propuso la salvación de toda la humanidad, entonces toda la raza humana será salvada o, de lo contrario, le faltaría el poder para cumplir sus intenciones y, en tal caso, nunca podría decirse: “Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho” (Is. 53:11). La cuestión planteada implica la deidad del Salvador porque un Salvador derrotado no puede ser Dios.

### 3. ¿Qué dicen las Escrituras?

Después de revisar algunos de los principios generales que nos obligan a creer que la muerte de Cristo fue limitada en su designio, pasamos ahora a considerar algunas de las declaraciones explícitas de las Escrituras que lo afirman expresamente.

#### a. Isaías 53:8:

En ese maravilloso e inigualable capítulo 53 de Isaías, Dios nos dice acerca de su Hijo: “Por cárcel y por juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de *mi pueblo* fue herido” (v. 8). En perfecta armonía con esto, está la palabra del ángel a José: “Llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a *su pueblo* de sus pecados” (Mt. 1:21), es decir, no meramente a Israel, sino a todos los que el Padre le había “dado”. Nuestro Señor mismo declaró: “... el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate *por muchos*” (Mt. 20:28). Pero, ¿por qué haber dicho “por muchos”, si todos sin excepción, fueron incluidos? Fue “su pueblo” a quien “redimió” (Lc. 1:68). Fue por “las ovejas” y no por las “cabras” que el Buen Pastor entregó su vida (Jn. 10:11). Fue “la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre” (Hch. 20:28).

---

<sup>46</sup> **Subterfugio** – Escapatoria o medio engañoso y hábil para solucionar una situación difícil, escapar de un problema o peligro, o eludir algo.

*b. Juan 11:49-52:*

Si hay una Escritura, más que cualquier otra, sobre la cual debemos estar dispuestos a apoyar nuestro caso, es Juan 11:49-52. Aquí se nos dice:

“Entonces Caifás, uno de ellos, sumo sacerdote aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada; ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca. Esto no lo dijo por sí mismo, sino que como era el sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación; y no solamente por la nación, sino también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos”.

Aquí se nos dice que Caifás “no lo dijo por sí mismo”, es decir, como aquellos [profetas] que Dios empleó en los tiempos del Antiguo Testamento (*Ver* 2 P. 1:21), su profecía no se originó en él mismo, sino que habló siendo movido por el Espíritu Santo; así, el valor de su declaración es cuidadosamente protegido y la fuente divina de esta revelación está expresamente avalada. Aquí, también se nos informa, definitivamente, que Cristo murió por “esa nación”, es decir, Israel, y también por un cuerpo, su Iglesia, porque es en la Iglesia donde los hijos de Dios —“dispersos” entre las naciones— ahora están siendo “reunidos en uno”. ¿Y no es notable que los miembros de la Iglesia sean aquí llamados “hijos de Dios”, incluso antes de que Cristo muriera, y, por lo tanto, antes de que comenzara a edificar su Iglesia? La gran mayoría de ellos, aún no había nacido, sin embargo, eran considerados como “hijos de Dios”; hijos de Dios porque habían sido escogidos en Cristo antes de la fundación del mundo y, por lo tanto, “predestinado[s] para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo” (Ef. 1:4-5). De la misma manera, Cristo dijo: “También tengo [no “tendré”] otras ovejas que no son de este redil...” (Jn. 10:16).

*c. La última semana de ministerio*

Si alguna vez el verdadero diseño de la cruz fue predominante en el corazón y el habla de nuestro bendito Salvador, fue durante la última semana de su ministerio terrenal. Entonces, ¿qué registran las Escrituras que tratan de esta parte de su ministerio en relación con nuestra investigación actual? Dicen: “...sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado *a los suyos* que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (Jn.

13:1). Nos dicen como Él dijo: “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida *por sus amigos*” (Jn. 15:13). Ellas registran su palabra: “*Por ellos* yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad” (Jn. 17:19); lo que significa que, por el bien de los suyos, los que el Padre “le dio”, se apartó a sí mismo hasta la muerte de cruz. Uno bien puede preguntar: ¿Por qué tal discriminación de términos, si Cristo murió por todos los hombres indiscriminadamente?

*d. 2 Corintios 5:14, 17:*

Antes de cerrar esta sección del capítulo, consideraremos, brevemente, algunos de esos pasajes que parecen enseñar con mayor fuerza, un designio *ilimitado* en la muerte de Cristo.

En 2 Corintios 5:14 leemos, “...uno murió *por todos*” —pero eso no es todo lo que ésta Escritura afirma—. Si se examinan, cuidadosamente, el versículo y el pasaje completo de los que se citan estas palabras, se encontrará que, en lugar de enseñar una expiación ilimitada, argumentan enfáticamente un designio *limitado* en la muerte de Cristo. Todo el versículo dice: “Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que *si uno murió por todos*, luego todos murieron...”. Debe señalarse que, en el griego, está el artículo definido antes del último “todos” y que el verbo aquí está en tiempo aoristo<sup>47</sup> y, por lo tanto, se debe leer así: “...pensando esto: que si uno murió por todos, *entonces los todos* murieron”. El Apóstol está aquí sacando una conclusión, tal como se desprende de las palabras “...pensando esto, que si... luego...”. Su significado es que aquellos por quienes el Uno murió son considerados, *judicialmente*, como muertos, también. El siguiente versículo continúa diciendo: “...y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos”. El Uno, no sólo murió, sino que “resucitó” y así también lo hicieron los “todos” por quienes murió porque aquí se dice que ellos “viven”. Aquellos por quienes un sustituto actúa, son considerados legalmente como habiendo actuado ellos mismos. A la vista de la Ley, el sustituto y aquellos a quienes él representa, son uno. Así también lo es a los ojos de Dios. Cristo se identificó *con su pueblo* y su pueblo se identificó con Él, por lo

---

<sup>47</sup> **Tiempo aoristo** – Indica una acción que se toma una sola vez o de una vez por todas.

tanto, cuando Él murió, ellos murieron (judicialmente) y cuando Él resucitó, ellos también resucitaron.

Pero más adelante, se nos dice en este pasaje (v. 17), que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; él ha recibido una nueva vida, tanto de hecho como a la vista de la Ley, de ahí que los “todos” por los que Cristo murió, son llamados a vivir de ahora en adelante, no más para sí mismos, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos. En otras palabras, aquellos que pertenecieron a estos “todos” por quienes Cristo murió, son aquí exhortados a manifestar prácticamente en su vida diaria, lo que es verdad acerca de ellos, judicialmente: Deben “vivir para Cristo que murió *por ellos*”. Así, el “Uno murió por todos”, queda definido para nosotros. Los “todos” por los cuales Cristo murió, son los que “viven” y que son aquí llamados a vivir “para Él”.

Este pasaje, entonces, enseña tres verdades importantes y para mostrar mejor su alcance, las mencionamos en su orden inverso:

- A algunos aquí se les pide que no vivan más para sí mismos, sino para Cristo.
- Los así amonestados, son “los que viven”, es decir, los que viven espiritualmente, por lo tanto, los hijos de Dios porque, del género humano, sólo ellos poseen vida espiritual —todos los demás están muertos en sus delitos y pecados—.
- Aquellos que viven así son los que pertenecen a los “todos”, los “ellos” por quienes Cristo murió y resucitó.

Por lo tanto, este pasaje enseña 1) que Cristo murió por *todo su pueblo*, los elegidos, aquellos que el Padre le dio; 2) que como el resultado de su muerte (y resurrección “por ellos”), ellos “viven” —y los elegidos son los únicos que así “viven”— y 3) que esta vida, que es de ellos a través de Cristo, debe ser vivida “para Él” —el *amor* de Cristo debe, ahora, “constreñirlos”—.

#### e. 1 Timoteo 2:5-6:

“Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres [no el “hombre”, pues esto habría sido un término genérico y significaría humanidad. ¡Oh, precisión de la Sagrada Escritura!], Jesucristo hombre; el cual se dio a sí mismo *en rescate por todos*, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo”.

Es sobre las palabras “el cual se dio a sí mismo en rescate por todos” que ahora queremos comentar. En las Escrituras, la palabra *todos* (tal como se aplica a humanidad) se usa en dos sentidos: Uno

absoluto y otro relativo. En algunos pasajes significa todos sin *excepción*; en otros significa todos sin *distinción*. Cuál de estos significados tiene en un pasaje particular, debe ser determinado por el contexto y decidido por una comparación de Escrituras paralelas.

Que la palabra *todos* se usa en un sentido relativo y restringido y, en tal caso, significa *todos sin distinción* y *no todos sin excepción*, es claro a partir de varias Escrituras, de las cuales seleccionamos dos o tres como ejemplos. “Y salían a él *toda* la provincia de Judea, y *todos* los de Jerusalén; y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados” (Mr. 1:5). ¿Significa esto que todo hombre, mujer y niño de “*toda* la tierra de Judea y los de Jerusalén” fueron bautizados por Juan en el Jordán? Seguramente, no. Lucas 7:30, haciendo la distinción dice: “Mas los fariseos y los intérpretes de la ley desecharon los designios de Dios respecto de sí mismos, no siendo bautizados por Juan”. Entonces, ¿qué significa “*todos... eran bautizados por él*”? Respondemos que no significa todos sin excepción, sino todos sin distinción, es decir, toda clase y condición de hombres. La misma explicación se aplica a Lucas 3:21.

Nuevamente leemos: “Y por la mañana volvió al templo, y *todo el pueblo* vino a él; y sentado él, les enseñaba” (Jn. 8:2); ¿debemos entender esta expresión de manera absoluta o relativa? ¿Significa “*todo el pueblo*”, todos sin excepción o todos sin distinción, es decir, toda clase y condición de personas? Evidentemente, es esto último porque el templo no podía acomodar a todos los que estaban en Jerusalén en este momento, es decir, en la Fiesta de los Tabernáculos. Otra vez, leemos en Hechos 22:15: “Porque [tu Pablo] serás testigo suyo *a todos los hombres*, de lo que has visto y oído”. Sin duda, “*todos los hombres*” aquí, no significa todos los miembros de la raza humana.

Ahora, sostenemos que las palabras “el cual se dio a sí mismo en rescate por todos” en 1 Timoteo 2:6, significan todos sin distinción y *no* todos sin excepción. Él se dio a sí mismo en rescate por hombres de todas las nacionalidades, de todas las generaciones, de todas las clases; en una palabra, para todos los elegidos, como leemos en Apocalipsis 5:9: “... Porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de *todo linaje* y lengua y pueblo y nación”.

Que ésta no es una definición arbitraria del “*todos*” en nuestro pasaje, está claro en Mateo 20:28, donde leemos: “Como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida

en rescate *por muchos*". Limitación que sería absolutamente sin sentido, si Él se diera a sí mismo en rescate por todos sin excepción. Además, las palabras calificativas aquí, "de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo", deben ser tomadas en consideración. Si Cristo se dio a sí mismo en rescate por toda la raza humana, ¿en qué sentido de esto se dará "testimonio a su debido tiempo", viendo que multitud de hombres, ciertamente, se perderán eternamente? Pero si nuestro texto significa que Cristo se dio a sí mismo en rescate por los elegidos de Dios, por todos sin distinción alguna, sin distinción de nacionalidad, prestigio social, carácter moral, edad o sexo, entonces, el significado de estas palabras calificativas es bastante comprensible porque "a su debido tiempo", se dará "testimonio" de esto en la salvación real y consumada de cada uno de ellos.

*f. Hebreos 2:9:*

"Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos".

No necesitamos detenernos por mucho tiempo en este pasaje. Con base en una falsa traducción, se ha erigido una falsa doctrina aquí. No hay palabra alguna en el griego correspondiente a "hombre" en nuestra versión en inglés<sup>48</sup>. En griego, se deja en abstracto — "gustase la muerte por todos"—. La Versión Revisada<sup>49</sup> ha omitido correctamente "hombre" del texto, pero lo ha insertado incorrectamente en cursiva. Otros suponen que debe incluirse la palabra "cosas" —"gustase la muerte por todas las cosas"— pero esto también

---

<sup>48</sup> **Nota del editor** – En la versión King James: "...should taste death for every *man*". A está última palabra "*man*" es a la que se refiere el autor. También en la Versión Revisada (RV).

<sup>49</sup> **Versión Revisada** (1879-1885) – [*Revised Version* (RV.), en inglés]. O la Versión Revisada en Inglés (ERV) de la Biblia. Una revisión británica de finales del siglo XIX de la versión King James. Fue la primera y sigue siendo la única revisión oficialmente autorizada y reconocida de la versión King James en Gran Bretaña. El trabajo fue confiado a más de 50 eruditos de varias denominaciones en Gran Bretaña. Los miembros más conocidos del comité de traducción fueron Brooke Foss Westcott y Fenton John Anthony Hort. El texto griego usado para traducir el Nuevo Testamento no fue el *Textus Receptus* usado para la versión King James [KJV], por lo que es considerada, el precursor de todo el movimiento de traducción moderno.

nos parece un error. Nos parece que las palabras que siguen inmediatamente, explican nuestro texto: “Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos” (He. 2:10). Es de los “hijos” que el Apóstol escribe aquí, y sugerimos una elipsis<sup>50</sup> de “hijo” —Así: “Para que... gustase la muerte por cada...”— e incluimos “hijo” en cursiva. Por lo tanto, en lugar de enseñar el designio ilimitado de la muerte de Cristo, Hebreos 2:9-10, está en perfecto acuerdo con las otras Escrituras que hemos citado, las cuales establecen el propósito restringido en la expiación: Fue por los “hijos” y no por la raza humana que nuestro Señor gustó la muerte.

Al cerrar esta sección del capítulo, digamos que la única limitación en la expiación por la que hemos contendido, surge de la soberanía pura; es una limitación, no de valor y virtud, sino de designio y aplicación.

## D. El restringido alcance del Espíritu Santo en la vivificación

### 1. La Deidad trabaja junta

Pasemos ahora a considerar la soberanía de Dios el Espíritu Santo en la salvación. Como el Espíritu Santo es una de las tres personas en la bendita Trinidad, necesariamente se deduce que Él simpatiza plenamente con la voluntad y el designio de las otras Personas de la Deidad. El *propósito eterno* del Padre en la elección, el *designio limitado* de la muerte del Hijo y el *alcance restringido* de las operaciones del Espíritu Santo están en perfecto acuerdo. Si el Padre escogió a algunos antes de la fundación del mundo y se los dio a su Hijo, y si fue por ellos que Cristo se dio a sí mismo en rescate, entonces el Espíritu Santo *no* está trabajando ahora para “traer el mundo a Cristo”. La misión del Espíritu Santo en el mundo de hoy es aplicar los beneficios del sacrificio redentor de Cristo. La cuestión que ahora nos ocupa no es el alcance del poder del Espíritu Santo —en ese punto no puede haber ninguna duda, es infinito— sino que lo que

---

<sup>50</sup> **Elipsis** —Supresión de una o más palabras de una frase que, desde un punto de vista gramatical, deberían estar presentes, pero sin las cuales se comprende perfectamente el sentido de la frase.

buscaremos mostrar es que su poder y sus operaciones están dirigidas por la sabiduría y soberanía divinas.

## **2. La voluntad soberana del Espíritu Santo**

Acabamos de decir que el poder y las operaciones del Espíritu Santo están dirigidos por la divina sabiduría y la indiscutible soberanía. Como prueba de esta afirmación, apelamos primero a las palabras de nuestro Señor a Nicodemo en Juan 3:8: “El viento sopla de *donde quiere*, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu”. Aquí se traza una comparación entre el viento y el Espíritu. La comparación es doble: Primero, ambos son soberanos en sus acciones y, segundo, ambos son misteriosos en sus operaciones. La comparación se señala por la palabra “así”. El primer punto de analogía se ve en las palabras *de donde quiere* (o le place); el segundo se encuentra en las palabras *más ni sabes*. Del segundo punto de analogía, no nos ocupa ahora, pero del primero, quisiéramos comentar más.

“El viento sopla de donde quiere [es decir de donde le place]... así es todo aquel que es nacido del Espíritu”. El viento es un elemento que el hombre no puede controlar ni obstaculizar. El viento no consulta la voluntad del hombre ni puede ser regulado por sus artilugios. Lo mismo ocurre con el Espíritu. El viento sopla cuando le place, donde le place, como le place. Similarmente pasa con el Espíritu. El viento está regulado por la sabiduría divina, sin embargo, en lo que concierne al hombre, es absolutamente soberano en sus operaciones. Lo mismo aplica al Espíritu. A veces, el viento sopla tan suavemente que apenas hace crujir una hoja, otras veces, sopla tan fuerte que su rugido puede escucharse a kilómetros de distancia. Así es en el asunto del nuevo nacimiento, con algunos, el Espíritu Santo trata con tanta gentileza que su obra es imperceptible para los espectadores humanos, con otros, su acción es tan poderosa, radical, revolucionaria, que sus operaciones son patentes<sup>51</sup> para muchos. En cuanto a su alcance, a veces el viento es puramente local, en otras ocasiones, ampliamente extendido. Así es con el Espíritu: Hoy, Él actúa sobre una o dos almas, mañana, Él puede, como en Pentecostés, “tocar el corazón” de toda una multitud. Pero ya sea que obre en

---

<sup>51</sup> **Patente** – Abierta a la vista o al conocimiento; manifiesto; evidente; simple.

pocos o muchos, no consulta al hombre. Él actúa como le place. El nuevo nacimiento se debe a *la soberana voluntad del Espíritu*.

### **3. El Espíritu Santo efectúa la salvación**

Cada una de las tres personas en la bendita Trinidad se ocupa de nuestra salvación: a) con el Padre es la predestinación; con el Hijo, la propiciación; con el Espíritu, la regeneración. b) El Padre nos eligió; el Hijo murió por nosotros; el Espíritu nos vivifica. c) El Padre estaba preocupado por nosotros; el Hijo derramó su sangre por nosotros, el Espíritu realiza su obra dentro de nosotros. d) Lo que hizo el Uno fue eterno, lo que el Otro hizo fue externo, lo que el Espíritu hace es interno. Es la obra del Espíritu lo que ahora nos concierne, su obra en el nuevo nacimiento y, particularmente, sus operaciones soberanas en el nuevo nacimiento. e) El Padre se propuso nuestro nuevo nacimiento; el Hijo ha hecho posible (por sus “dolores como de parto”) el nuevo nacimiento; pero es el Espíritu quien efectúa el nuevo nacimiento: “Nacido del Espíritu” (Jn. 3:6).

El nuevo nacimiento es únicamente obra de Dios el Espíritu y el hombre no tiene arte ni parte en ello. Esto desde la misma naturaleza del asunto. El nacimiento excluye, por completo, la idea de cualquier esfuerzo u obra de parte del que nace. Personalmente, no tenemos que ver con nuestro nacimiento espiritual, más de lo que tuvimos que ver con nuestro nacimiento natural. El nuevo nacimiento es una resurrección espiritual, un “pasar de muerte a vida” (Jn. 5:24) y, claramente, la resurrección está completamente fuera de la jurisdicción del hombre. Ningún cadáver puede re-animarse a sí mismo. Por lo tanto, está escrito: “El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha” (Jn. 6:63).

### **4. La vivificación precede a la fe**

Pero el Espíritu no “vivifica” a todos, ¿por qué? La respuesta habitual a esta pregunta es: Porque no todos “confían” en Cristo. Se supone que el Espíritu Santo vivifica sólo a aquellos que creen — pero esto es poner el coche antes que el caballo—. La fe no es la causa del nuevo nacimiento, sino la consecuencia de ello. Esto no debería necesitar discusión. La fe (en Dios) es algo exótico, algo que no nace en el corazón humano. Si la fe fuese un producto natural del corazón humano, el ejercicio de un principio común a la naturaleza humana, nunca se habría escrito: “No es de todos la fe” (2 Ts. 3:2). La fe es una

gracia espiritual, el fruto de la naturaleza espiritual y, debido a que los no regenerados están muertos espiritualmente —“muertos en delitos y pecados” (Ef. 2:1)— se sigue que la fe de ellos es imposible porque un hombre muerto no puede creer nada. “Y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Ro. 8:8) —pero podrían hacerlo si fuera posible que la carne pudiera “creer”—. Compárese con esta última Escritura en Hebreos 11:6: “Pero sin fe es imposible agradar a Dios”. ¿Puede Dios estar “complacido” o satisfecho con cualquier cosa que no tenga su origen en Él mismo?

Que la obra del Espíritu Santo precede a nuestra fe, está inequívocamente establecida en 2 Tesalonicenses 2:13: “...de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad”. Nótese que “la santificación por el Espíritu” viene antes y hace posible la “fe en la verdad”. ¿Qué es entonces, la “santificación por el Espíritu”? Respondemos, *el nuevo nacimiento*. En la Escritura, la “santificación” siempre significa “separación”, separación por algo y para algo o alguien. Ampliemos ahora nuestra afirmación de que la “santificación por el Espíritu” corresponde al nuevo nacimiento y señala el efecto *posicional* de éste.

Aquí tenemos un siervo de Dios que predica el evangelio a una congregación en la que hay un centenar de personas no salvas. Él les presenta la enseñanza de la Escritura acerca de su condición arruinada y perdida: Él habla de Dios, de su carácter y de sus justas demandas; él habla de Cristo cumpliendo con las demandas de Dios y muriendo el Justo por los injustos (1 P. 3:18), y declara que a través de “este Hombre”, ahora se predica el perdón de los pecados; él cierra instando a los perdidos a creer lo que Dios ha dicho en su Palabra y a recibir a su Hijo como su Señor y Salvador. La reunión termina; la congregación se dispersa. Noventa y nueve de los inconversos se han negado a venir a Cristo para tener vida y salen esa noche sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero el centésimo escuchó la Palabra de vida; la semilla sembrada cayó en la tierra que había sido preparada por Dios; él creyó las Buenas Nuevas y se va a casa regocijándose de que su nombre está escrito en el cielo. Esta persona ha “nacido de nuevo” y así como un bebé recién nacido en el mundo natural comienza la vida aferrándose instintivamente, en su impotencia, a su madre, entonces esta alma recién nacida se ha aferrado a Cristo.

Justo como leemos: “Entonces una mujer llamada Lidia... estaba oyendo; y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía” (Hch. 16:14). Así, en el caso supuesto anteriormente, el Espíritu Santo la vivificó antes de que creyera el mensaje del evangelio. Aquí está la “santificación por el Espíritu”: Esta única alma que ha nacido de nuevo, en virtud de su nuevo nacimiento, ha sido *separada* de las otras noventa y nueve. Los nacidos de nuevo son, por el Espíritu, *apartados* de los que están muertos en delitos y pecados.

Un hermoso tipo de las operaciones del Espíritu Santo, antecedente a la “fe en la verdad” del pecador, se encuentra en el primer capítulo del Génesis. Leemos en el versículo 2: “Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo”. El hebreo original aquí podría, literalmente, traducirse así: “Y la tierra había llegado a ser una ruina desolada, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo”. En “el principio”, la tierra no fue creada en la condición descrita en el versículo 2. Entre los primeros dos versículos de Génesis 1, había ocurrido una terrible catástrofe —posiblemente la caída de Satanás— y, como consecuencia, la tierra había sido destruida y arruinada, y se había convertido en un “ruina desolada”, yaciendo bajo un manto de “oscuridad”<sup>52</sup>. Tal es también la historia del hombre. Hoy, el hombre no está en la condición que estaba antes de apartarse del cuidado de su Creador: Una terrible catástrofe ha sucedido, y ahora, el hombre es una “ruina desolada” y está en total “oscuridad” con respecto a las cosas espirituales. A continuación, leemos en Génesis 1, cómo Dios reformó la tierra en ruinas y creó nuevos seres para habitarla. Primero leemos: “...y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas”. Luego se nos dice: “Y Dios dijo: sea la luz; y fue la luz”. El orden es el mismo en la nueva creación: Primero, está la acción del Espíritu y luego, la Palabra de Dios que da luz. Antes de que la Palabra entrara en la escena de desolación y oscuridad, trayendo consigo la luz, el Espíritu de Dios “se movía”. Lo mismo sucede en la nueva creación. “La exposición de

---

<sup>52</sup> **Nota del editor** – Éste es un punto de vista minoritario entre los que interpretan la Biblia literalmente.

tus palabras alumbra...” (Sal. 119:130), pero antes de que pueda entrar en el corazón humano entenebrecido, el Espíritu de Dios debe operar sobre él<sup>53</sup>.

Volviendo a 2 Tesalonicenses 2:13: “Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad”. El *orden* de pensamiento aquí es muy importante e instructivo. Primero, la elección eterna de Dios; segundo, la santificación del Espíritu; tercero, fe en la verdad. Precisamente, el mismo orden se encuentra en 1 Pedro 1:2: “...elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo”. Consideramos que la “obediencia” aquí es “obediencia a la fe” (Ro. 1:5), que se apropia de las virtudes de la sangre rociada del Señor Jesús. Entonces, antes de la “obediencia” (de la fe, *ver* He. 5:9), está la obra del Espíritu separándonos y, detrás de ella, está la elección de Dios el Padre. Los “santificados por el Espíritu” entonces, son aquellos a quienes “Dios... haya escogido desde el principio para salvación” (2 Ts. 2:13), aquellos que son “elegidos según la presciencia de Dios Padre” (1 P. 1:2).

### 5. Juan 16:8-11

Pero, se puede decir, ¿no es la misión actual del Espíritu Santo “convencer al mundo de pecado”? Y respondemos, no. La misión del Espíritu es triple: Glorificar a Cristo, vivificar<sup>54</sup> a los elegidos, edificar a los santos.

“Y cuando él venga, *convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio*. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por

---

<sup>53</sup> La prioridad que se pretendía más arriba, está más en el orden de la naturaleza que del tiempo, así como el efecto debe estar siempre precedido por la causa. Un ciego debe tener los ojos abiertos antes de que pueda ver y, sin embargo, no hay intervalo de tiempo entre uno y otro. Tan pronto como abre los ojos, él ve. Por eso, un hombre debe nacer de nuevo antes de poder “ver el reino de Dios” (Jn. 3:3). Ver al Hijo es necesario para creer en Él. La incredulidad se atribuye a la ceguera espiritual: Aquellos que no creyeron en el “informe” del evangelio, “no vieron belleza” en Cristo para desearlo. La obra del Espíritu al “dar vida” al muerto en pecados, precede a la fe en Cristo, así como la causa siempre precede al efecto. Pero tan pronto como el corazón se vuelve hacia Cristo por el Espíritu, el pecador abraza al Salvador. — A. W. P.

<sup>54</sup> **Vivificar** – Impartir vida; animar; para traer a la vida espiritual de la muerte espiritual.

cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado”.

Juan 16:8-11 no describe la “misión” del Espíritu, sino que expone el significado de su presencia aquí en el mundo. No trata su obra *subjetiva* en los pecadores, mostrándoles su necesidad de Cristo, escudriñando sus conciencias y aterrorizando sus corazones; lo que tenemos allí, es completamente *objetivo*. Para ilustrarlo, supongamos que vi a un hombre colgado en la horca<sup>55</sup>, ¿de qué me “convencería” eso? De que era un asesino. ¿Cómo sería, por lo tanto, convencido? ¿Al leer el acta de su juicio? ¿Al escuchar una confesión de sus propios labios? No, sino por el hecho de que él estaba colgado allí. Así que el hecho de que el Espíritu Santo está aquí, proporciona una prueba de la culpabilidad del mundo, de la justicia de Dios y del juicio del diablo.

El Espíritu Santo no debería estar aquí en absoluto. Esa es una declaración sorprendente, pero la hacemos deliberadamente. Cristo es el que debería estar aquí. Fue enviado aquí por el Padre, pero el mundo no lo quiso, no quiso tenerlo, lo odió y lo expulsó. Y la presencia del Espíritu aquí, en su lugar, *evidencia su culpa*. La venida del Espíritu fue una prueba para la demostración de la resurrección, ascensión y gloria del Señor Jesús. Su presencia en la tierra revierte el veredicto del mundo, mostrando que Dios ha dejado de lado el juicio blasfemo en el palacio del sumo sacerdote de Israel y en la sala del gobernador romano. La “inculpación”<sup>56</sup> del Espíritu permanece, y permanece, completa e independientemente, de la recepción o el rechazo de su testimonio por parte del mundo.

Si nuestro Señor se hubiera estado refiriendo aquí, a la obra de gracia que el Espíritu realizaría en aquellos que deberían ser llevados a sentir [subjetivamente] su necesidad de Él, Él habría dicho que el

---

<sup>55</sup> **Nota del editor** – Para la época en que se escribe este libro, la horca era la pena de muerte para muchos asesinos en los Estados Unidos.

<sup>56</sup> **Inculpación** – Ésta palabra no es la traducción literal del término usado en inglés, “*reproof*” (o “*reprove*”) que traducen, literalmente, “*reprensión*”, pero expresa la idea del autor. El sentido de la palabra *elegcho* (en griego) en Juan 16:8, según la *International Standard Bible Encyclopedia*, es: “El Espíritu enseñará a los hombres el verdadero significado de estas tres palabras: Pecado, justicia, juicio”. Es decir, pondrá al descubierto o en evidencia la culpa del mundo; probará su culpa; lo hará “convicto” de pecado (convicción de culpa por el pecado); lo traerá a culpabilidad, declarará culpable o inculpará. En conclusión, lo reprebará o condenará al respaldar la obra de Cristo que el mundo rechazó.

Espíritu condenaría a los hombres por su injusticia, por su falta de justicia. Pero éste no es el pensamiento aquí en absoluto. El descenso del Espíritu del cielo establece la *justicia* de Dios, la justicia de Cristo. La prueba de eso es que Cristo fue al Padre. Si Cristo hubiera sido un impostor, como el mundo religioso insistió cuando lo expulsaron, el Padre no lo habría recibido. El hecho de que el Padre sí lo exaltó a su propia diestra, demuestra que era inocente de los cargos que se le imputaban y la prueba de que el Padre lo ha recibido, es la presencia del Espíritu Santo ahora en la tierra porque Cristo lo ha enviado del Padre (Jn. 16:7). El mundo no fue justo al rechazarlo, el Padre fue justo al glorificarlo y esto es lo que la presencia del Espíritu establece aquí.

El convencerá<sup>57</sup> al mundo “de *juicio*, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado” (v. 11). Éste es el clímax lógico e inevitable. El mundo es declarado culpable por su rechazo, por rehusarse a recibir a Cristo. Su condenación se exhibe por la exaltación del Padre del Despreciado. Por lo tanto, nada le espera al mundo ni a su príncipe, sino el juicio. El “juicio” de Satanás ya está establecido por la presencia del Espíritu aquí porque Cristo “[destruyó] por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo” (He. 2:14). Cuando llegue el tiempo de Dios para que el Espíritu se aparte de la tierra, entonces, su sentencia será ejecutada, tanto sobre el mundo como sobre su príncipe. A la luz de este pasaje, inefablemente solemne, no debemos sorprendernos al encontrar a Cristo diciendo: “El Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce” (Jn. 14:17). No, el mundo no lo quiere; Él condena al mundo.

“Y cuando él venga, convencerá [o mejor, hará convicto<sup>58</sup>, traerá a culpabilidad] al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado” (Jn. 16:8-11). Tres cosas entonces, la presencia del Espíritu Santo en la tierra demuestra al mundo: Primero, su pecado

---

<sup>57</sup> **Convencer** – En Juan 16:8, esta palabra corresponde al griego ελεγει (G1651) que significa “pondrá al descubierto” o acusar, convencer, convicto, redargüir o reprender, según el Diccionario Strong. Ver nota anterior: Inculpación.

<sup>58</sup> **Convicto** – Que tiene probado legalmente un delito y ha sido sentenciado a una pena, aunque no lo haya confesado ni aún se le haya aplicado dicha pena.

porque el mundo se negó a creer en Cristo; segundo, la justicia de Dios al exaltar a su diestra al Aquel rechazado y a quien el mundo ya no ve más y, tercero, el juicio porque Satanás, el príncipe del mundo, ya ha sido juzgado, aunque la ejecución de su juicio es aún futura.

Por lo tanto, la presencia del Espíritu Santo aquí, muestra las cosas como realmente son. Repetimos, Juan 16:8-11 no hace referencia a la misión del Espíritu de Dios en el mundo porque durante esta dispensación, el Espíritu no tiene misión ni ministerio hacia el mundo [es decir, a toda la gente del mundo]. El Espíritu Santo es soberano en sus operaciones y su misión se limita a los elegidos de Dios: Ellos son a los que Él “consuela”, “sella”, guía a toda verdad, muestra las cosas por venir, etc. La obra del Espíritu es necesaria para el completo logro del propósito eterno del Padre.

Hablando hipotética, pero reverentemente, se podría decir, que si Dios no hubiera hecho nada más que entregar a Cristo a la muerte por los pecadores, ni un solo pecador habría sido salvo. Para que cualquier pecador pueda ver su necesidad de un Salvador y esté dispuesto a recibir al Salvador, se requiere, imperativamente, la obra del Espíritu Santo sobre y dentro de él. Si Dios no hubiera hecho nada más que dar a Cristo a la muerte por los pecadores y luego, enviar a sus siervos a proclamar la salvación por medio de Jesucristo, dejando a los pecadores enteramente a sí mismos para aceptar o rechazar según quisieran, entonces, todo pecador lo habría rechazado porque, en el fondo, cada hombre odia a Dios y está en enemistad con Él (Ro. 1:30; 8:7). Por lo tanto, la obra del Espíritu Santo era necesaria para llevar al pecador a Cristo, vencer su oposición innata y obligarlo a aceptar la provisión que Dios ha hecho. Decimos “obligar” al pecador porque esto es, precisamente, lo que el Espíritu Santo hace, tiene que hacer.

## ***6. La cena de bodas***

Esto nos lleva a considerar con cierto detalle, aunque sea lo más brevemente posible, la “parábola de la gran cena” de bodas.

“<sup>16</sup>Entonces Jesús le dijo: Un hombre hizo una gran cena, y convidó a muchos. <sup>17</sup>Y a la hora de la cena envió a su siervo a decir a los convidados: Venid, que ya todo está preparado. <sup>18</sup>Y todos a una comenzaron a excusarse. El primero dijo: He comprado una hacienda, y necesito ir a verla; te ruego que me excuses. <sup>19</sup>Otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlos; te ruego

que me excuses. <sup>20</sup>Y otro dijo: Acabo de casarme, y por tanto no puedo ir. <sup>21</sup>Vuelto el siervo, hizo saber estas cosas a su señor. Entonces enojado el padre de familia, dijo a su siervo: Ve pronto por las plazas y las calles de la ciudad, y trae acá a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos. <sup>22</sup>Y dijo el siervo: Señor, se ha hecho como mandaste, y aún hay lugar. <sup>23</sup>Dijo el señor al siervo: Ve por los caminos y por los vallados, y fuérganlos a entrar, para que se llene mi casa. <sup>24</sup>Porque os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron convidados, gustará mi cena” (Lc. 14:16-24).

<sup>2</sup>“El reino de los cielos es semejante a un rey que hizo fiesta de bodas a su hijo; <sup>3</sup>y envió a sus siervos a llamar a los convidados a las bodas; mas éstos no quisieron venir. <sup>4</sup>Volvió a enviar otros siervos, diciendo: Decid a los convidados: He aquí, he preparado mi comida; mis toros y animales engordados han sido muertos, y todo está dispuesto; venid a las bodas. <sup>5</sup>Mas ellos, sin hacer caso, se fueron, uno a su labranza, y otro a sus negocios; <sup>6</sup>y otros, tomando a los siervos, los afrentaron y los mataron. <sup>7</sup>Al oírlo el rey, se enojó; y enviando sus ejércitos, destruyó a aquellos homicidas, y quemó su ciudad. <sup>8</sup>Entonces dijo a sus siervos: Las bodas a la verdad están preparadas; mas los que fueron convidados no eran dignos. <sup>9</sup>Id, pues, a las salidas de los caminos, y llamad a las bodas a cuantos halléis. <sup>10</sup>Y saliendo los siervos por los caminos, juntaron a todos los que hallaron, juntamente malos y buenos; y las bodas fueron llenas de convidados” (Mt. 22:2-10).

En Lucas 14:16, leemos: “Un hombre hizo una gran cena, y convidó a muchos”. Al comparar cuidadosamente lo que sigue aquí con Mateo 22:2-10, se observarán varias distinciones importantes. Consideramos que estos pasajes, son dos relatos independientes de la misma parábola, que difieren en los detalles de acuerdo con el propósito y el diseño distintivos del Espíritu Santo en cada Evangelio. El relato de Mateo, en armonía con la presentación que el Espíritu hace allí de Cristo como el Rey, dice: “... un rey que hizo fiesta de bodas a su hijo”. El relato de Lucas, donde el Espíritu presenta a Cristo como el Hijo del Hombre, dice: “Un hombre hizo una gran cena, y convidó a muchos”. Mateo 22:3 dice: “Y envió a sus siervos...”, Lucas 14:17 dice: “Envió a su siervo”. Ahora, a lo que queremos llamar especialmente la atención es que, a través del relato de Mateo, es “siervos”, mientras que en Lucas siempre es “siervo”. La clase de lectores para quienes estamos escribiendo, son

aquellos que creen, sin reservas, en la inspiración verbal de las Escrituras y que, fácilmente, reconocerán que debe haber alguna razón para este cambio del número plural en Mateo, al número singular en Lucas. Creemos que la razón es de peso y que dar atención a esta variación revela una verdad importante.

Creemos que los “siervos” en Mateo, hablando en términos generales, son todos los que salen a predicar el evangelio, pero que el “Siervo” en Lucas 14, es el Espíritu Santo porque Dios el Hijo, en los días de su ministerio terrenal, era el Siervo de Jehová (Is. 42:1). Se observará que en Mateo 22, los “siervos” son enviados a hacer tres cosas: Primero, “llamar” a las bodas (v. 3); segundo, “decid a los convidados: He aquí [...] todo está dispuesto; venid a las bodas” (v. 4) y, tercero, “llamad a las bodas a cuantos halléis” (v. 9); y estas tres, son las cosas que los que ministran el evangelio de hoy, están haciendo. En Lucas 14, el Siervo también es enviado para hacer tres cosas: Primero, debe “decir a los convidados: Venid, que ya todo está preparado” (v. 17); segundo, Él debe traer “a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos” (v. 21) y, tercero, Él debe “[forzarlos] a entrar” (v. 23), y estas dos últimas, ¡sólo el Espíritu Santo puede hacerlas!

En la Escritura mencionada anteriormente, vemos que “el siervo”, el Espíritu Santo, fuerza a ciertos individuos a entrar a las “bodas”—y aquí se ve su Soberanía, su Omnipotencia, su divina suficiencia. La clara implicación de esta palabra “forzar” es que aquellos a quienes el Espíritu Santo sí “trae”, no están dispuestos a venir por sí mismos. Esto es, exactamente, lo que hemos querido mostrar en párrafos anteriores. Por naturaleza, los elegidos de Dios son “hijos de ira, lo mismo que los demás” (Ef. 2:3) y como tales, sus corazones están en enemistad con Dios. Pero esta “enemistad” de ellos es vencida por el Espíritu y Él los “fuerza” a entrar. ¿No está claro entonces, que la razón por la cual otros quedan afuera, no es sólo porque no están dispuestos a entrar, sino también porque el Espíritu Santo no los “fuerza” a entrar? ¿No es manifiesto que el Espíritu Santo es soberano en el ejercicio de su poder, que así como el viento “sopla de donde quiere”, el Espíritu Santo opera donde le place?

Y ahora para resumir. Hemos tratado de mostrar la perfecta coherencia de los caminos de Dios: Que cada Persona en la Deidad actúa en simpatía y armonía con los Otros. Dios el Padre eligió a algunos

para salvación, Dios el Hijo murió por los elegidos y Dios el Espíritu vivifica a los elegidos. Bien podemos cantar,

*¡Alabad a Dios! fuente de toda bendición,  
alabadle en la tierra toda su creación,  
alabadle arriba, oh huestes, con celestial canto,  
alabad al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo*<sup>59</sup>.

### ***Preguntas para estudio personal y discusión en grupo***

*Las siguientes preguntas refuerzan la comprensión y la aplicación.*

#### *Capítulo 3*

1. ¿Cuáles son los puntos clave<sup>60</sup> de Juan 3:8, Hebreos 1:3 y Job 38:11?
2. ¿Qué resultaría en un mundo donde el hombre pueda hacer lo que le plazca?
3. ¿Cuáles son los puntos clave de Salmos 147:15-18; Amós 4:7-10; Daniel 5:24; Proverbios 16:1, 9; 19:21; 21:1; 21:30; Job 23:13?

#### *Capítulo 4*

4. ¿Son algunos hombres demasiado depravados y obstinados para ser salvos (Ver 1 Timoteo 1:15)?
5. Explique Romanos 3:21-23, Efesios 2:3 con respecto a la soberanía de Dios.
6. Resuma lo que aprendemos sobre la soberanía en Hechos 13:48.
7. ¿Por qué no es posible que la elección de una persona por parte de Dios se base en haber conocido de antemano sus buenas obras (Ver 2 Timoteo 1:9, 1 Pedro 1:2, Romanos 8:28-29)?
8. ¿Por quién murió Cristo? ¿Cómo sabemos esto? (Use las Escrituras).

---

<sup>59</sup> **Thomas Ken** (1637-1711) – Clérigo de la Iglesia de Inglaterra y uno de los padres de la himnodia inglesa moderna. Estas palabras son el verso final de un himno más largo titulado: “Despierta, alma mía y con el sol”, escrito en 1674 y, comúnmente, conocido como “La Doxología” y cantado con la melodía “Old 100<sup>th</sup>”.

<sup>60</sup> Consulte el capítulo 2: Preguntas para obtener una aclaración sobre lo que es un “punto clave”.

9. Explique bíblicamente la expiación.
10. ¿Cómo la intercesión de Cristo apoya la expiación limitada?
11. ¿Cómo se usa la palabra *todos* en las Escrituras?
12. ¿Cómo la obra del Espíritu Santo en la salvación habla contra el libre albedrío del hombre de “tomar una decisión por Cristo”?

# 5. LA SOBERANÍA DE DIOS EN LA REPROBACIÓN

*“Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios...” (Romanos 11:22).*

## A. Introducción

### 1. *La oposición del hombre a esta doctrina*

En el último capítulo, al tratar sobre la soberanía de Dios el Padre en la salvación, examinamos siete pasajes que lo representan como haciendo una elección de entre los hijos de los hombres y predestinando a algunos para ser conformados a la imagen de su Hijo. El lector reflexivo preguntará naturalmente: ¿Y qué de aquellos que no fueron “ordenados para vida eterna”? La respuesta que, generalmente, se devuelve a esta pregunta, incluso por aquellos que profesan creer lo que las Escrituras enseñan acerca de la soberanía de Dios, es que Dios pasa por alto a los no elegidos, los deja solos para que sigan su propio camino y, al final, los arroja al Lago de Fuego porque rechazaron su camino y rechazaron al Salvador que Él proveyó. Pero esto es sólo una parte de la verdad; la otra parte —la que es más ofensiva para la mente carnal— es ignorada o negada.

En vista de la terrible solemnidad del tema que nos ocupa aquí, en vista del hecho de que hoy casi todos, incluso los que profesan ser calvinistas<sup>61</sup>, rechazan y repudian esta doctrina y en vista del hecho de que éste es uno de los puntos en nuestro libro que, probablemente, genera la mayor controversia, creemos que se requiere una investigación más amplia sobre este aspecto de la verdad de Dios. Que esta rama del tema de la soberanía de Dios es profundamente misteriosa, lo admitimos libremente, sin embargo, esa no es razón para rechazarla. El problema es que, hoy en día, hay tantos que reciben el testimonio de Dios sólo en la medida en que *ellos* puedan explicar satisfactoriamente todas las razones y los motivos de su conducta, lo

---

<sup>61</sup> **Calvinistas** – Aquellos que se aferran a la doctrina ortodoxa de la fe cristiana como se articuló durante la Reforma.

que significa que no aceptarán nada más que lo que pueda medirse en las balanzas mezquinas de *sus propias* capacidades limitadas.

## **2. Razonamiento de la elección**

Al afirmarlo en su forma más sencilla, el punto que ahora se debe considerar es: ¿Ha pre-ordenado Dios a algunos a la condenación? Que muchos serán eternamente condenados, es claro en la Escritura, que cada uno será juzgado según sus obras y cosechará lo que haya sembrado, y que, en consecuencia, su “condenación es justa” (Ro. 3:8), es igualmente seguro, y que Dios decretó que los no elegidos *deberían elegir* el curso que ellos siguen, ahora nos comprometemos a probarlo.

De lo que se nos ha presentado en el capítulo anterior con respecto a la elección de algunos para salvación, inevitablemente se seguiría, incluso si las Escrituras hubiesen guardado silencio al respecto, que debe haber un *rechazo* de otros. Toda elección implica, evidente y necesariamente, un rechazo porque donde no hay exclusión, no puede haber elección. Si hay algunos que Dios ha elegido para salvación (2 Ts. 2:13), debe haber otros que *no* son elegidos para tal salvación. Si hay algunos que el Padre le dio a Cristo (Jn. 6:37), debe haber otros que no le dio a Cristo. Si hay algunos cuyos nombres están escritos en el Libro de la vida del Cordero (Ap. 21:27), debe haber otros cuyos nombres no están escritos allí. Que éste es el caso, lo demostraremos, completamente, a continuación.

Ahora, todos reconocerán que desde la fundación del mundo, Dios ciertamente conoció y previó de antemano, quién recibiría y quien no recibiría a Cristo como su Salvador, por lo tanto, al dar el ser y el nacimiento a aquellos que Él sabía que rechazarían a Cristo, necesariamente los creó para condenación. Todo lo que puede decirse en respuesta a esto es: No, aunque Dios sabía de antemano que estos rechazarían a Cristo, sin embargo, *no decretó* que deberían hacerlo. Pero esto es hacer un subterfugio a la verdadera pregunta en cuestión. Dios tuvo una razón definida por la cual Él creó a los hombres, un propósito específico por el cual Él creó éste y aquel individuo, y, en vista del destino eterno de sus criaturas, Él se *propuso* que éste pasaría la eternidad en el cielo o que aquel pasara la eternidad en el Lago de Fuego. Si entonces, Él previó que al crear a cierta persona, esa persona despreciaría y rechazaría al Salvador, aun sabiendo esto

de antemano, Él, no obstante, trajo a esa persona a la existencia, entonces está claro que Él diseñó y ordenó que esa persona se perdiera eternamente. De nuevo; la fe es un don de Dios y el propósito de dársela sólo a algunos, implica el propósito de no dársela a otros. Sin fe no hay salvación — “El que no *creyere*, será condenado” (Mr. 16:16)— por lo tanto, si hubo algunos de los descendientes de Adán, a quienes Él se propuso no dar fe, debe ser porque Él *ordenó* que debían ser condenados.

### **3. La confirmación de la historia**

No sólo no hay escapatoria de estas conclusiones, sino que la historia las confirma. Antes de la encarnación divina, durante casi dos mil años, la gran mayoría de la humanidad quedó desprovista, incluso, de los medios externos de gracia, siendo favorecidos sin predicación de la Palabra de Dios y sin ninguna revelación escrita de su voluntad. Durante muchos siglos, Israel fue la única nación a la que la Deidad concedió algún descubrimiento especial de sí mismo: “En las edades pasadas él ha dejado a *todas* las gentes andar en sus propios caminos” (Hch. 14:16). “A vosotros [Israel] solamente he conocido de todas las familias de la tierra” (Am. 3:2). En consecuencia, como todas las demás naciones fueron privadas de la predicación de la Palabra de Dios, fueron ajenas a la fe que viene por oírla (Ro. 10:17). Estas naciones, no sólo ignoraban a Dios mismo, sino también de la forma de agradecerle, de la verdadera manera de ser aceptado por Él y de los medios para llegar al disfrute eterno de Él mismo.

Ahora bien, si Dios hubiera querido su salvación, ¿no les habría concedido los medios de salvación? ¿No les habría dado todas las cosas necesarias para ese fin? Pero es un hecho innegable que Él no lo hizo. Entonces, si la Deidad puede, de acuerdo con su justicia, misericordia y benevolencia, negar a algunos los medios de la gracia y encerrarlos en una gran oscuridad e incredulidad (debido a los pecados de sus antepasados, generaciones antes), ¿por qué debería considerarse incompatible con sus perfecciones, excluir a algunas personas, muchas, de la gracia misma y de la vida eterna que está relacionada con ella? ¿Viendo que Él es Señor y Soberano determinante, tanto del fin al que conducen los medios como de los medios que conducen a ese fin?

Viniendo a nuestros días y a los de nuestro país, dejando de lado a la multitud casi innumerable de paganos no evangelizados, ¿no es

evidente que hay muchos que viven en tierras donde se predica el evangelio, tierras llenas de iglesias, que mueren ajenas a Dios y su santidad? Ciertamente, los medios de gracia estuvieron a su disposición, pero muchos de ellos no lo supieron. Miles de personas nacen en hogares donde se les enseña desde la infancia, a considerar a todos los cristianos como hipócritas y a los predicadores como archifarsantes<sup>62</sup>. Otros, son instruidos desde la cuna en el catolicismo romano y están entrenados para considerar el cristianismo evangélico como una herejía mortal, y la Biblia como un libro muy peligroso para leer. Otros, criados en familias de la “ciencia cristiana”, no conocen más del verdadero evangelio de Cristo que los paganos no evangelizados. La gran mayoría de ellos muere en completa ignorancia del camino de paz. Ahora, ¿no estamos obligados a concluir que no era la voluntad de Dios comunicarles gracia? Si su voluntad hubiera sido diferente, ¿no les habría comunicado realmente su gracia? Entonces, si fue la voluntad de Dios, en el tiempo, negarles su gracia, debe haber sido su voluntad desde toda la eternidad, puesto que su voluntad como Él mismo, es la misma ayer, hoy y para siempre (He. 13:8). Que no se olvide que las providencias de Dios no son más que las manifestaciones de sus decretos: Lo que Dios hace en el tiempo es sólo lo que se propuso en la eternidad, siendo su propia voluntad la única causa de todos sus actos y obras. Por lo tanto, debido a que Él dejó a algunos hombres en impenitencia e incredulidad definitivas, con certeza, concluimos que fue su determinación eterna la que lo hizo y, por consiguiente, que Él reprobó<sup>63</sup> a algunos desde antes de la fundación del mundo.

En la *Confesión de Westminster*<sup>64</sup> se dice: “Dios desde toda la eternidad, por el sapientísimo y santísimo consejo de su propia voluntad, *ordenó* libre e inmutablemente *todo* lo que acontece...”. El difunto señor F.W. Grant (1902) —un estudiante y escritor muy cui-

---

<sup>62</sup> **Archifarsantes** – Aquellos que buscan imponerse engañosamente a los demás; impostores totales.

<sup>63</sup> **Reprobado o réprobo** – Uno justamente juzgado y condenado por Dios por su pecado y dejado sin redención.

<sup>64</sup> **Confesión de Fe de Westminster** – Una de las grandes confesiones de la fe cristiana, producida entre 1645-1646 por la Asamblea de Westminster, conformada por 121 teólogos, nombrados por el Parlamento Largo “Puritano” para hacer propuestas para reformar la Iglesia de Inglaterra.

dadoso y cauteloso— comentando sobre estas palabras dijo: “Es perfecta y divinamente cierto, que Dios ha ordenado para su propia gloria todo lo que sucede”. Ahora, si estas afirmaciones son ciertas, ¿no es la doctrina de la reprobación establecida por ellas? ¿Qué, en la historia humana, es lo único que acontece todos los días? ¿Qué, sino que hombres y mujeres mueran, salgan de este mundo a una eternidad sin esperanza, una eternidad de sufrimiento y dolor? Si Dios ha pre-ordenado todo lo que sucede, entonces debe haber decretado que un gran número de seres humanos deben salir de este mundo sin salvación para sufrir eternamente en el Lago de Fuego. Al admitir la premisa general, ¿no es inevitable la conclusión específica?

## B. ¿Qué dicen las Escrituras?

En respuesta a los párrafos anteriores, el lector puede decir: Todo esto es simplemente razonamiento lógico sin duda, pero aún, meras inferencias. Muy bien, ahora señalaremos que, además de las conclusiones anteriores, hay muchos pasajes en las Sagradas Escrituras que son más claros y definidos en su enseñanza sobre este tema solemne; pasajes que son demasiado sencillos para ser malentendidos y demasiado fuertes para ser evadidos. Lo asombroso es que muchísimos buenos hombres han negado sus innegables afirmaciones.

“Por mucho tiempo tuvo guerra Josué con estos reyes. No hubo ciudad que hiciese paz con los hijos de Israel, salvo los heveos que moraban en Gabaón; todo lo tomaron en guerra. Porque esto vino de Jehová, que endurecía el corazón de ellos para que resistiesen con guerra a Israel, para destruirlos, y que no les fuese hecha misericordia, *sino que fuesen desarraigados, como Jehová lo había mandado a Moisés*” (Jos. 11:18-20). ¿Qué podría ser más sencillo que esto? Aquí había un gran número de cananeos, cuyos corazones el Señor endureció, a quienes se había propuesto destruir por completo, a quienes no mostró “favor”. Concedido que eran malvados, inmorales e idólatras; ¿eran peores que los caníbales inmorales e idólatras de las Islas del Mar del Sur (y muchos otros lugares), a quienes Dios dio el evangelio a través de John G. Paton<sup>65</sup>? ¡Seguro que no! Entonces,

---

<sup>65</sup> **John Gibson Paton** (1824-1907) – Misionero protestante en las islas Nuevas Hébridas del Pacífico Sur; nacido en Escocia. Convencido de la soberanía absoluta de Dios para edificar su Iglesia y constantemente bajo la amenaza de muerte, vio muy poco fruto de su labor durante décadas, pero sirvió fielmente.

¿por qué no ordenó Jehová a Israel que enseñaran a los cananeos sus leyes y les instruyeran acerca de los sacrificios al verdadero Dios? Claramente, porque los había designado para la destrucción y, si es así, desde toda la eternidad.

“Todas las cosas ha hecho Jehová para sí mismo, y aun al impío para el día malo” (Pr. 16:4). Que el Señor hizo todo, tal vez cada lector de este libro lo admita; que Él hizo todo para *Sí mismo*, no es tan ampliamente creído. Que Dios nos hizo —no por nosotros mismos, sino por Sí mismo; no para nuestra propia felicidad, sino para su gloria— es, sin embargo, afirmado repetidamente en las Escrituras (Ap. 4:11). Pero Proverbios 16:4, va aún más allá y declara, expresamente, que el Señor hizo al malvado para el día malo: Ese fue su designio al darles el ser. Pero, ¿por qué? Romanos 9:17 nos dice: “Porque la Escritura dice a Faraón: Para esto mismo te he levantado, para *mostrar en ti mi poder*, y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra”. Dios ha hecho al malvado para que, al final, pueda demostrar en ellos su poder, lo demuestra dejando ver lo fácil que es para Él someter al rebelde más empedernido y derrocar a su enemigo más poderoso.

“Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (Mt. 7:23). En el capítulo anterior, quedó demostrado que las palabras “conocer” y “pre-conocimiento”, cuando se aplican a Dios en las Escrituras, hacen referencia, no sólo a su presciencia (es decir, a su básico conocimiento de antemano), sino a su conocimiento de aprobación. Cuando Dios le dijo a Israel: “A vosotros solamente he *conocido* de todas las familias de la tierra” (Am. 3:2), es evidente que quiso decir: “Sólo por ustedes tuve una consideración favorable”. Cuando leemos en Romanos 11:2: “No ha desechado Dios a su pueblo [Israel], al cual desde antes conoció”, es obvio que lo que significaba era: “Dios no ha rechazado, finalmente, a las personas que ha elegido como los objetos de su Amor” (*Léase* Dt. 7:8). De la misma manera (y es la única manera posible), debemos entender Mateo 7:23. En el Día del Juicio, el Señor dirá a muchos: “Nunca os conocí”. Nótese que es más que simplemente: “No los conozco”. Su solemne declaración será: “Nunca os conocí” —nunca fueron el objeto de mi aprobación. Contrasten esto con “conozco (amo a) mis ovejas, y las mías me conocen (aman)” (Jn. 10:14). Las “ovejas”, sus elegidos, los “pocos” que Él sí “conoce”; pero los réprobos, los no

elegidos, los “muchos” que Él *no* conoce— ¡No, ni siquiera antes de la fundación del mundo los conoció; “nunca” los conoció!

## C. Romanos 9

En Romanos 9, se trata, extensamente, la doctrina de la soberanía de Dios en su aplicación, tanto a los elegidos como a los réprobos. Una exposición detallada de este importante capítulo, estaría más allá de nuestro alcance actual; todo lo que podemos intentar es detenernos en la parte que más claramente influye en el aspecto del tema que estamos considerando ahora.

### 1. “*Para esto mismo te he levantado*” (v. 17)

Versículo 17. “Porque la Escritura dice a Faraón: Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra”. Estas palabras nos remiten a versículos 13 y 14. En el versículo 13, se declara el amor de Dios a Jacob y su aborrecimiento a Esaú. En el versículo 14, se pregunta “¿...hay injusticia en Dios?”. Y aquí en el versículo 17, el Apóstol continúa su respuesta a la objeción. No podemos hacer mejor ahora que citar los comentarios de Calvino<sup>66</sup> sobre este versículo.

“Aquí hay dos cosas para considerar: 1) la predestinación de Faraón a la ruina, que se refiere al pasado y, sin embargo, el consejo oculto de Dios y, luego; 2) el designio de esto, que era dar a conocer el nombre de Dios. Como muchos intérpretes, esforzándose por modificar este pasaje, lo pervierten, debemos observar que para la frase “te he *levantado*” o designado, en el hebreo es, “te he designado”, por lo cual, parece que Dios, con el propósito de mostrar que la contumacia<sup>67</sup> de Faraón no le impediría liberar a su pueblo, no sólo afirma que su furor había sido previsto por Él y que había preparado los medios para restringirla, sino que también así lo había *ordenado* deliberadamente y, de hecho, para este fin: Que Él pudiera exhibir una evidencia más ilustre de su propio poder”.

---

<sup>66</sup> **Juan Calvino** (1509-1564) – Teólogo suizo; el padre de la teología reformada. Durante su ministerio de 25 años en Ginebra, Calvino disertó y predicó, un promedio de cinco sermones por semana, además de escribir un comentario sobre casi todos los libros de la Biblia. Nacido en Noyon, Picardie, Francia.

<sup>67</sup> **Contumacia** – Obstinada resistencia a la autoridad.

Se observará que Calvino da la fuerza de la palabra hebrea que Pablo traduce “por eso mismo te he levantado” a “te he designado”. Como ésta es la palabra sobre la cual gira la doctrina y el argumento del versículo, señalaremos que al hacer esta cita de Éxodo 9:16, el Apóstol se aparta, significativamente, de la Septuaginta —la versión de uso común en su época y de la cual cita con mayor frecuencia— y sustituye una cláusula por el versículo que da la Septuaginta: En lugar de “por esta razón has sido preservado”, él escribe: ¡“Para esto mismo te he levantado”!

## 2. Faraón

Pero ahora, debemos considerar con más detalle, el caso de Faraón que resume en un ejemplo concreto la gran controversia entre el hombre y su Hacedor. “Porque ahora yo extenderé mi mano para herirte a ti y a tu pueblo de plaga, y serás *quitado* de la tierra. Y a la verdad yo te he puesto para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado en toda la tierra” (Éx. 9:15, 16). Sobre estas palabras, ofrecemos los siguientes comentarios:

Primero, sabemos por Éxodo 14 y 15 que el Faraón fue “*cortado*”, que él fue cortado por Dios, que fue cortado en medio de su maldad, que no fue cortado por las enfermedades propias de la vejez, ni por lo que los hombres llaman un “accidente”, sino cortado por la mano inmediata de Dios en juicio.

Segundo, está claro que Dios levantó a Faraón *para este fin*: “Cortarlo”, lo que en el lenguaje del Nuevo Testamento significa “destruirlo”. Dios nunca hace nada sin un diseño previo. Al darle ser, al preservarlo durante la infancia y la niñez, al elevarlo al trono de Egipto, Dios tenía un objetivo en mente. Que tal fue el propósito de Dios, es claro por sus palabras a Moisés antes de descender a Egipto para exigir de Faraón que se le permitiera al pueblo de Jehová ir a un viaje de tres días en el desierto para adorarlo: “Y dijo Jehová a Moisés: Cuando hayas vuelto a Egipto, mira que hagas delante de Faraón todas las maravillas que he puesto en tu mano; pero yo endureceré su corazón, de modo que no dejará ir al pueblo” (Éx. 4:21). Pero no sólo eso, el designio y el propósito de Dios fueron declarados mucho antes de esto. Cuatrocientos años antes, Dios le había dicho a Abraham: “Entonces Jehová dijo a Abram: Ten por cierto que tu descendencia morará en tierra ajena, y será esclava allí, y será oprimida cuatrocientos años. Mas también a la nación a la cual servirán, juzgaré yo;

y después de esto saldrán con gran riqueza” (Gn. 15:13-14). De estas palabras, es evidente (una nación y su rey son considerados como uno en el Antiguo Testamento) que el propósito de Dios se formó mucho antes de que Él le diera la existencia a Faraón.

Tercero, un examen de los tratos de Dios con Faraón, deja en claro que el rey de Egipto era, en verdad, un “vaso de ira *preparado* para la destrucción”. Establecido en el trono de Egipto, con las riendas del gobierno en sus manos, se sentó como jefe de la nación que ocupaba el mayor rango entre los pueblos del mundo. No había otro monarca en la tierra capaz de controlar o imponer condiciones a Faraón. A tal altura vertiginosa, levantó Dios a este réprobo y, tal proceder, fue un paso natural y necesario para prepararlo para su destino final porque es un axioma<sup>68</sup> divino que “antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu” (Pr. 16:18). Además —y esto es profundamente importante de notar y altamente significativo— Dios quitó de Faraón, la única restricción externa que estaba calculada para actuar como un freno sobre él. El otorgar a Faraón los poderes ilimitados de un rey, lo estaba colocando por encima de toda influencia y control legal. Pero, además de esto, Dios quitó a Moisés de su presencia y reino. Si Moisés —quien, no sólo era hábil en toda la sabiduría de los egipcios, sino que también había sido criado en la casa de Faraón— hubiera sufrido la cercanía del trono, no hay duda de que su ejemplo e influencia hubieran sido un freno poderoso para la maldad y la tiranía del rey. Ésta, aunque no la única causa, fue claramente, una de las razones por las cuales Dios envió a Moisés a Madián, dado que fue durante su ausencia que el inhumano rey de Egipto publicó sus más crueles edictos. Dios designó, al eliminar esta restricción, darle a Faraón plena oportunidad de llenar la medida completa de sus pecados y madurarse para su completamente merecida, pero predestinada, ruina.

Cuarto, Dios “*endureció*” su corazón como declaró que lo haría (Éx. 4:21). Esto está en completo acuerdo con las declaraciones de la Sagrada Escritura: “Del hombre son las disposiciones del corazón; mas de Jehová es la respuesta de la lengua” (Pr. 16:1). “Como los repartimientos de las aguas, así está el corazón del rey en la mano de Jehová; a todo lo que quiere lo inclina” (Pr. 21:1). Como todos los

---

<sup>68</sup> **Axioma** – Verdad universalmente reconocida.

demás reyes, el corazón de Faraón estaba en la mano del Señor y Dios tenía, tanto el derecho como el poder, para inclinarlo a donde Él quisiera —y a Él le agradó inclinarlo contra todo bien. Dios determinó impedir que Faraón concediera su pedido, a través de Moisés, de dejar ir a Israel hasta que lo hubiera preparado completamente para su derrocamiento final— y, puesto que nada menos que esto encajaría completamente, Dios endureció su corazón.

Finalmente, es digno de cuidadosa consideración, observar cómo la *vindicación* de Dios en sus tratos con Faraón ha sido completamente atestiguada. ¡Lo más notable es descubrir que tenemos el propio testimonio de Faraón a favor de Dios y contra sí mismo! En Éxodo 9:15 y 16, aprendemos cómo Dios le había dicho a Faraón con qué propósito lo había levantado y, en el versículo 27 del mismo capítulo, se nos dice que Faraón dijo: “He pecado esta vez; Jehová es justo, y yo y mi pueblo impíos”. Nótese que esto fue dicho por el Faraón *después* de saber que Dios lo había levantado para “cortarlo”, después de que severos juicios fueron enviados sobre él, después de haber endurecido su propio corazón. Para entonces, Faraón ya estaba bastante maduro para el juicio y estaba completamente preparado para decidir si Dios lo había herido o si había intentado herir a Dios; y reconoció plenamente que había “pecado” y que Dios era “justo”. De nuevo; tenemos el testimonio de Moisés, quien estaba completamente familiarizado con la conducta de Dios hacia Faraón. Él había escuchado desde el principio, cuál era el designio de Dios en relación con Faraón; él había sido testigo de los tratos de Dios con él; él había observado su “longanimidad” hacia este vaso de ira preparado para la destrucción y, finalmente, lo había visto cortado bajo el juicio divino en el Mar Rojo. Entonces, ¿cuál fue la impresión de Moisés? ¿Levanta él un grito por la injusticia? ¿Se atreve a acusar a Dios de injusticia? Nada de eso. En cambio, dice: “¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad, terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios?” (Éx. 15:11).

¿Fue Moisés movido por un espíritu vengativo cuando vio que el archienemigo de Israel fue “cortado” por las aguas del Mar Rojo? Seguramente no. Pero para eliminar para siempre toda duda al respecto, queda por señalar cómo los santos en el cielo, después de haber presenciado los dolorosos juicios de Dios, se unen “y cantan el cántico de Moisés siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo:

Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos” (Ap. 15:3). He Aquí el clímax y la vindicación, total y final, de los tratos de Dios con Faraón. Los santos en el cielo se unen para cantar la canción de Moisés, en la cual el siervo de Dios celebró la alabanza de Jehová al derrocar a Faraón y sus huestes, declarando que al actuar así, Dios no era injusto, sino *justo* y *verdadero*. Debemos creer, por lo tanto, que el Juez de toda la tierra, hizo lo correcto al crear y destruir este vaso de ira, Faraón.

El caso de Faraón establece el principio e ilustra la doctrina de la reprobación. Si Dios realmente reprobó a Faraón, podemos concluir, justamente, que Él reprueba a todos los otros a quienes Él no predestinó para ser conformados a la imagen de su Hijo. Esta inferencia es hecha por el apóstol Pablo, basado en el destino de Faraón porque en Romanos 9, después de referirse al propósito de Dios al levantar al Faraón (v. 17), él continúa escribiendo: “De manera que...” (v. 18). El caso de Faraón es presentado para probar la doctrina de la reprobación como la contraparte de la doctrina de la elección.

En conclusión, diríamos que, al formar a Faraón, Dios no mostró justicia ni injusticia, sino sólo su pura Soberanía. Así como el alfarero es soberano en la formación de vasijas, Dios es soberano en la formación de agentes morales.

### **3. “Al que quiere endurecer, endurece” (v. 18)**

Versículo 18. “De manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere *endurecer, endurece*”. Este “de manera que...”, anuncia la conclusión general que el Apóstol extrae de todo lo que había dicho en los tres versículos precedentes, al negar que Dios era injusto en amar a Jacob y odiar a Esaú, y, específicamente, aplica el principio ejemplificado en el trato de Dios con Faraón. Esto nos hace remontar a la voluntad soberana del Creador. Él ama a uno y odia a otro. Ejerce misericordia hacia algunos y endurece a otros, sin referencia a nada, excepto a su propia voluntad soberana.

Lo que más repulsivo resulta para la mente carnal en el versículo anterior es la referencia al endurecimiento: “Al que quiere endurecer,

endurece” —y es justamente aquí, que tantos comentaristas y expositores han adulterado<sup>69</sup> la verdad—. La opinión más común es que el Apóstol no habla más que de un endurecimiento judicial, es decir, un abandono de parte de Dios *porque* estos sujetos de su descontento habían rechazado *primero* su verdad y lo habían abandonado. Aquellos que defienden esta interpretación, apelan a Escrituras como Romanos 1:19-26: “Dios los entregó”, es decir (ver contexto), aquellos que “habiendo conocido a Dios”, sin embargo, “no le glorificaron como a Dios” (v. 21). También se apela a 2 Tesalonicenses 2:10-12.

Pero debe notarse que la palabra “endurecer”, no aparece en ninguno de estos pasajes. Pero, aún más, sostenemos que Romanos 9:18 no hace referencia alguna al “endurecimiento” *judicial*. El Apóstol no está hablando de aquellos que ya habían dado la espalda a la verdad de Dios, sino que él está tratando con la *soberanía* de Dios, la soberanía de Dios vista, no sólo al mostrar misericordia a quien Él quiere, sino también al endurecer a quien quiere. Las palabras exactas son “al que *quiere* (no “a todos los que han rechazado su verdad”), *endurece*” —y esto, que viene inmediatamente después de la mención de Faraón, claramente establece su significado—. El caso de Faraón es bastante claro, aunque el hombre con sus comentarios, ha hecho todo lo posible para ocultar la verdad.

“De manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece”. Esta afirmación del “endurecimiento” soberano de Dios de los corazones de los pecadores —en contraposición al endurecimiento judicial— no está sola. Consideren el lenguaje de Juan 12:37-40:

“Pero a pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él; para que se cumpliese la palabra del profeta Isaías, que dijo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor? Por esto no podían creer, [¿por qué?] porque también dijo Isaías: Cegó los ojos de ellos, y *endureció su corazón...*”.

¿Por qué? ¿Porque se negaron a creer en Cristo? Ésta es la creencia popular, pero noten la respuesta de la Escritura:

---

<sup>69</sup> **Adulterado** – Hecho falso por una interpretación incorrecta.

“... para que no vean con los ojos, y entiendan con el corazón, y se conviertan, y yo los sane”.

Ahora lector, sólo es cuestión de si creerá o no, lo que Dios ha revelado en su Palabra. No se trata de una búsqueda prolongada o un estudio profundo, sino de un espíritu de niño lo que se necesita para comprender esta doctrina.

#### 4. “¿Por qué, pues, inculpa?” (v. 19)

Versículo 19. “Pero me dirás: ¿Por qué, pues, inculpa? porque ¿quién ha resistido a su voluntad?” ¿No es ésta la misma objeción que se plantea hoy? La fuerza de las preguntas del Apóstol aquí, parece ser la siguiente: Dado que todo depende de la voluntad de Dios, que es irreversible, y desde esta voluntad de Dios —según la cual Él puede hacer todo como soberano— dado que puede tener misericordia de quien Él quiera tener misericordia y rechazar la misericordia e infligir un castigo a quien escoge hacerlo; ¿por qué no quiere tener misericordia de todos para hacerlos obedientes y, por lo tanto, no inculparlos ante su tribunal? Ahora, debe notarse, particularmente, que el Apóstol no repudia el fundamento sobre el cual descansa la objeción. Él no dice que Dios no inculpa. Tampoco dice que los hombres pueden resistir su Voluntad. Además, él no aclara la objeción diciendo: Has malinterpretado por completo mi significado cuando dije: “A quién quiere, Él trata amablemente y a quién desea, trata severamente”. Sino que dice: “Primero, ésta es una objeción que no tienes derecho a hacer y luego, ésta es una objeción que no tienes razón para hacer” (*Vide*<sup>70</sup> Dr. Brown). La objeción era totalmente inadmisibles porque era una réplica en contra de Dios. ¡Era para quejarse, discutir en contra de lo que Dios había hecho!

“Pero me dirás: ¿Por qué, pues, inculpa? porque ¿quién ha resistido a su voluntad?”. El lenguaje que el Apóstol pone aquí en boca del objetor es tan claro y puntual que el malentendido debería ser imposible. ¿Por qué, pues, inculpa? Ahora, lector, ¿qué pueden significar estas palabras? Formule su propia respuesta antes de considerar la nuestra. ¿Puede la fuerza de la pregunta del Apóstol ser diferente a ésta: Si es verdad que Dios tiene “misericordia” de quien quiere y

---

<sup>70</sup> *Vide* – Palabra en latín que significa ver una parte particular de un texto referenciado.

también “endurece” a quien quiere, entonces, qué pasa con la responsabilidad humana? En tal caso, los hombres no son nada mejor que marionetas y, si esto fuera cierto, entonces sería *injusto* que Dios “inculpara” a sus indefensas criaturas. Nótese la palabra *pero*, “*Pero me dirás:...*”, él declara la (falsa) inferencia o conclusión que el objetor extrae de lo que el Apóstol había estado diciendo. Y, preste atención mi lector, el Apóstol vio fácilmente [que] la doctrina que había formulado *plantearía* esta misma objeción y, a menos que lo que hemos escrito a lo largo de este libro provoque, al menos en algunos (todos cuyas mentes carnales no sean sometidas por la gracia divina), la misma objeción, entonces debe ser porque no hemos presentado la doctrina que se establece en Romanos 9 o porque la naturaleza humana ha cambiado desde los días del Apóstol.

Considere ahora el resto del versículo (19). El Apóstol repite la misma objeción en una forma ligeramente diferente —la repite para que este significado no se malinterprete— es decir: “¿Quién ha resistido a su voluntad?”. Está claro entonces que el tema inmediato de discusión se relaciona con la “voluntad” de Dios. Es decir, sus caminos soberanos, que confirma lo que hemos dicho arriba sobre los versículos 17 y 18, donde sostuvimos que no es endurecimiento judicial lo que está a la vista (es decir, endurecimiento debido al rechazo previo de la verdad), sino “endurecimiento soberano”, es decir, el “endurecimiento” de una criatura caída y pecadora por ninguna otra razón que no sea la inherente<sup>71</sup> a la voluntad soberana de Dios. Y de ahí la pregunta: “¿Quién ha resistido a su voluntad?” ¿Qué dice entonces el Apóstol en respuesta a estas objeciones?

### **5. “¿Quién eres tú, para que alterques con Dios?” (v. 20)**

Versículo 20. “Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: Por qué me has hecho así?”. El Apóstol, entonces, no dijo que la objeción era inútil y carente de fundamento, en cambio, reprende al objetor por su impiedad. Le recuerda que no es más que un “hombre”, una criatura, y que como tal, es muy impropio e impertinente que “alterque [discuta o razone] contra con Dios”. Además, le recuerda que no es nada más que una “cosa formada” y, por lo tanto, es una locura y una blasfemia levantarse contra el Formador mismo.

---

<sup>71</sup> **Inherente** – Que existe de forma permanente e inseparable en algo.

Antes de dejar este versículo, debe señalarse que sus palabras finales: “¿Por qué me has hecho así?”, nos ayudan a determinar, sin lugar a dudas, el tema preciso en discusión. A la luz del contexto inmediato, ¿cuál puede ser la fuerza del “así”? Qué, sino como en el caso de Esaú, ¿por qué me has hecho objeto de “aborrecimiento”? Qué, sino como en el caso de Faraón, ¿por qué me has hecho, simplemente para “endurecerme”? ¿Qué otro significado, justamente, se le puede asignar?

Es muy importante mantener claramente ante nosotros que el objetivo del Apóstol a lo largo de este pasaje, es tratar la soberanía de Dios al lidiar, por una parte, con aquellos a quienes ama, vasos para honra y vasos de misericordia; y también, por otro lado, con aquellos a quienes “aborrece” y “endurece”, vasos de deshonra y vasos de ira.

#### **6. “El alfarero tiene potestad sobre el barro” (v. 21)**

Versículos 21-23. “¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra? ¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción, y para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria...?”. En estos versículos, el Apóstol proporciona una respuesta completa y definitiva a las objeciones planteadas en el versículo 19. Primero, pregunta: “¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro...?”, etc. Debe notarse que la palabra aquí traducida como “potestad” es diferente en griego de la que se traduce como “poder” en el versículo 22, donde sólo puede significar su Poder; pero aquí en el versículo 21, la “potestad” de la que se habla debe referirse a los derechos del Creador o las prerrogativas soberanas. Que esto es así, se desprende del hecho de que la misma palabra griega se emplea en Juan 1:12: “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”, lo cual, como es bien sabido, significa el derecho o privilegio de convertirse en hijos de Dios. La Versión Revisada (*Revised Version* [RV.], en inglés)

emplea, tanto en Juan 1:12 como en Romanos 9:21, la palabra “*right*” (derecho)<sup>72</sup>.

Versículo 21. “¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro *para deshonra*?”. Que el “alfarero” aquí es Dios mismo, es cierto por el versículo anterior, donde el Apóstol pregunta: “¿Quién eres tú, para que alterques con Dios?”. Y luego, hablando en los términos de la figura que estaba a punto de utilizar, continúa: “¿Dirá el vaso de barro al que lo formó...? etc. Hay quienes le robarían a estas palabras su fuerza, argumentando que, si bien el alfarero humano hace que ciertos recipientes se utilicen con fines menos honorables que otros, sin embargo, están diseñados para ocupar un lugar útil. Pero el Apóstol no dice aquí: “¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para uso honorable y otro para uso menos honorable? Sino que habla de algunos vasos hechos para *deshonra*. Es cierto, por supuesto, que la sabiduría de Dios aún ha de ser plenamente vindicada<sup>73</sup>, en la medida en que la destrucción del réprobo promoverá su gloria, de la manera como nos dice el siguiente versículo.

### *Resumen*

Antes de pasar al siguiente versículo, resumamos la enseñanza de éste y los dos anteriores. En el versículo 19, se hacen dos preguntas: “Pero me dirás: ¿Por qué, pues, inculpa? porque ¿quién ha resistido a su voluntad?”. A esas preguntas se responde con una respuesta triple.

Primero, en el versículo 20, el Apóstol le niega a la criatura el derecho de sentarse a juzgar sobre los caminos del Creador: “Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: Por qué me has hecho así?”. El Apóstol insiste en que la rectitud<sup>74</sup> de la voluntad de Dios no debe ser cuestionada. Todo lo que Él hace *debe* ser correcto.

---

<sup>72</sup> **Derecho** – Poder, potestad o autoridad que alguien tiene sobre una persona o una cosa. El autor hace esta aclaración porque, tanto en la versión King James como en la versión Reina Valera (RVR 1960), las palabras usadas en lugar de “*right*” [RV.] son “*power*”/“*potestad*” y “*poder*” (vs. 21 y 22), respectivamente.

<sup>73</sup> **Vindicado** – Libre de críticas; confirmado por pruebas.

<sup>74</sup> **Rectitud** – Se refiere a integridad moral.

Segundo, en el versículo 21, el Apóstol declara que el Creador tiene el derecho de disponer de sus criaturas como lo considere conveniente: “¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?”. Debe notarse cuidadosamente que la palabra para “potestad” aquí es *exousian*, una palabra completamente diferente de la que se traduce como “poder” en el siguiente versículo (“hacer notorio su poder”), que corresponde a *duaton*. En las palabras, “¿o no tiene potestad el alfarero sobre el barro...?”, debe ser el poder de Dios justamente ejercido lo que está a la vista, el ejercicio de los derechos de Dios consistentemente con su justicia porque la mera afirmación de su Omnipotencia, no sería una respuesta como la que Dios daría a las preguntas formuladas en el versículo 19.

En tercer lugar, en los versículos 22 y 23, el Apóstol da las razones por las cuales Dios procede de manera diferente con una de sus criaturas que con otra. Por un lado, es para “mostrar su ira” y “hacer notorio su poder”; por otro lado, es “para hacer notorias las riquezas de su gloria”.

“¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?”. Ciertamente, Dios tiene el *derecho* de hacer esto porque Él es el Creador. ¿Ejerce Él este derecho? Sí, como los versículos 13 y 17 nos lo muestran claramente: “Dice a Faraón: Para esto mismo te he levantado”.

### **7. “Los vasos de ira preparados para destrucción” (v. 22)**

Versículo 22. “¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia *los vasos de ira* preparados para destrucción...?”. Aquí, el Apóstol nos dice, en segundo lugar, por qué Dios actúa así, es decir, de manera diferente con personas diferentes, teniendo misericordia de algunos y endureciendo a otros, haciendo un vaso “para honra” y otro “para deshonra”. Obsérvese que aquí, en el versículo 22, el Apóstol menciona primero, “vasos de ira”, antes de que se refiera en el versículo 23 a “vasos de misericordia”. ¿Por qué esto? La respuesta a esta pregunta es de primordial importancia. Respondemos, porque los “vasos de ira” son los sujetos a la vista ante el objetor en el versículo 19. Se dan dos razones por las cuales Dios hace a algunos “vasos para deshonra”; primero, para “mostrar su ira” y, en segundo lugar, “para hacer notorio su poder”, ambas ejemplificadas en el caso de Faraón.

Un punto en el versículo anterior requiere consideración por separado — “vasos de ira *preparados para destrucción*”—. La explicación usual que se da de estas palabras es que los vasos de ira *se preparan a sí mismos* para destrucción, es decir, se preparan a sí mismos en virtud de su iniquidad y se argumenta que no es necesario que Dios los “prepare para destrucción” porque ya están preparados por su propia depravación y que éste debe ser el verdadero significado de esta expresión. Ahora, si por “destrucción” entendemos *castigo*, es perfectamente cierto que los no elegidos sí “se preparan a sí mismos” porque cada uno será juzgado “según sus obras” y, además, concedemos libremente que, subjetivamente, los no elegidos sí se preparan a sí mismos para destrucción. Pero el punto a decidir es: ¿Es a esto es a lo que el Apóstol se está refiriendo aquí? Y, sin dudar, respondemos que *no*. Regresemos a los versículos 11-13: ¿Se preparó Esaú a sí mismo para ser un objeto del aborrecimiento de Dios o, no lo era antes de que naciera? De nuevo; ¿Se preparó Faraón a sí mismo para destrucción o, no endureció Dios su corazón antes de que las plagas fueran enviadas a Egipto (*Ver Éx. 4:21*)?!

Romanos 9:22 es, claramente, una continuación del pensamiento del versículo 21, y el versículo 21 es parte de la respuesta del Apóstol a la pregunta planteada en el versículo 20: Por lo tanto, para seguir fielmente la figura, debe ser Dios mismo, quien “prepara” para destrucción a los vasos de ira. Si se preguntase: ¿Cómo Dios hace esto? La respuesta, necesariamente es, objetivamente: Él prepara a los no elegidos para destrucción por medio de sus decretos pre-ordenados. Si se pregunta: ¿Por qué Dios hace esto? La respuesta debe ser, para promover su propia gloria, es decir, la gloria de su justicia, poder e ira.

“La suma de la respuesta del Apóstol aquí es que el gran objetivo de Dios, tanto en la elección como en la reprobación de los hombres, es lo que es supremo a todas las cosas en la creación de los hombres, a saber, su propia gloria”<sup>75</sup>.

---

<sup>75</sup> **Robert Haldane** (1764-1842) – Noble británico nacido en Londres, asistió a la Universidad de Edimburgo; sirvió en la Royal Navy; se dedicó a sí mismo y a sus medios, al avance del cristianismo por completo, a través de la predicación, el discipulado y las misiones. Conocido por su *Exposición de la epístola a los Romanos*.

### 8. “Él preparó de antemano para gloria” (v. 23)

Versículo 23. “... Y para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que él *preparó de antemano* para gloria”. El único punto de este versículo que exige atención es el hecho de que los “vasos de misericordia”, se nos dice aquí, están “preparados de antemano para gloria”. Muchos han señalado que el versículo anterior no dice que los vasos de ira fueron preparados de *antemano* para destrucción y, de esta omisión, han concluido que debemos entender la referencia allí como que los no elegidos se preparan a sí mismos en el tiempo, en vez de que Dios los ordenara para destrucción desde la eternidad. Pero, de ninguna manera, ésta es la conclusión que sigue. Necesitamos devolver la mirada al versículo 21 y observar la figura que allí se usa. El “barro” es materia inanimada, corrupta, descompuesta y, por lo tanto, una sustancia adecuada para representar a la humanidad caída. Entonces, como el Apóstol está contemplando el trato soberano de Dios con la humanidad en vista de la Caída, no dice que los vasos de ira estaban preparados “de antemano” para destrucción, por la razón obvia y suficiente de que no fue hasta después de la Caída que se volvieron (en sí mismos) lo que aquí está simbolizado por el “barro”. Todo lo necesario para refutar la conclusión errónea mencionada anteriormente, es señalar que lo que se dice de los vasos de ira no es que sean *aptos* para la destrucción (que es la palabra que habría sido utilizada si la referencia hubiera sido a ellos haciéndose aptos por su propia maldad), sino *preparados* para destrucción; que, a la luz de todo el contexto, debe significar una ordenación soberana para destrucción por el Creador. Citamos aquí las palabras escritas por Calvino sobre este pasaje:

“Estos son vasos preparados para destrucción, es decir, entregados y destinados a la destrucción; ellos también son vasos de ira, es decir, hechos y formados para este fin, para que sean ejemplos de la venganza y del desagrado de Dios. Aunque en la segunda cláusula, el Apóstol afirma más expresamente, que es Dios quien preparó a los elegidos para la gloria, como simplemente había dicho antes, que los réprobos son vasos preparados para destrucción, no hay duda de que la preparación de ambos está conectada con el consejo secreto de Dios. Pablo podría haber dicho de otra ma-

nera que los réprobos se entregaron o se arrojaron a la destrucción, pero él da a entender aquí, que, antes de que nazcan, están destinados a su suerte”.

Con esto estamos en total acuerdo. Romanos 9:22 no dice que los vasos de ira se prepararon a sí mismos, ni dice que son aptos para la destrucción, sino que, en su lugar, declara que están “preparados para destrucción” y el contexto muestra, claramente, que es Dios quien así “los prepara”, objetivamente, por sus decretos eternos.

#### D. Otros pasajes

Aunque Romanos 9 contiene la presentación más completa de la doctrina de la reprobación, todavía hay otros pasajes que se refieren a ella, uno o dos más, de los cuales ahora vamos a mirar brevemente:

“¿Qué pues? Lo que buscaba Israel, no lo ha alcanzado; pero los escogidos sí lo han alcanzado, y los demás  *fueron endurecidos* ” (Ro. 11:7). Aquí tenemos dos clases distintas y claramente definidas que están establecidas en agudas antítesis: La “elección” y “los demás”; la una que “alcanzó”, la otra que “fue endurecida”. Sobre este versículo, citamos los comentarios de John Bunyan<sup>76</sup>, cuyo recuerdo es inmortal: “Estas son palabras solemnes: Separan entre hombres y hombres —la elección y los demás, los escogidos y los dejados, los abrazados y los rechazados—. Por “los demás”, aquí debe entenderse los que no son elegidos porque ponen a unos en oposición a otros y, si no elegidos, ¿quién entonces, sino los réprobos?”.

Escribiendo a los santos en Tesalónica, el Apóstol declaró: “Porque  *no nos ha puesto Dios para ira* , sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Ts. 5:9). Ahora, es evidente para cualquier mente imparcial que esta declaración es completamente inútil si Dios no ha “ *puesto* ” a  *nadie*  para ira. Decir que “no nos ha puesto Dios para ira”, implica claramente que hay algunos a quienes Él “ha puesto para ira” y si no fuera porque las mentes de tantos cristianos profesantes están tan cegadas por el prejuicio, no podrían fallar en ver esto con claridad.

---

<sup>76</sup> **John Bunyan** (1628-1688) – Ministro inglés, predicador y uno de los escritores más influyentes del siglo XVII. Amado autor de *El progreso del peregrino*, *La guerra santa* y muchos otros títulos. Nacido en Elstow cerca de Bedford, Inglaterra.

“Piedra de tropiezo, y roca que hace caer, porque tropiezan en la palabra, siendo desobedientes; a lo cual  *fueron*  también  *destinados* ” (1 P. 2:8). El “a lo cual”, señala claramente, el tropiezo de la Palabra y su desobediencia a ella. Aquí, entonces, Dios afirma expresamente que hay algunos que han sido “puestos” (es la misma palabra griega que aparece en 1 Ts. 5:9) para desobediencia. Nuestra responsabilidad no es razonar al respecto, sino inclinarnos ante la Sagrada Escritura. Nuestro primer deber no es entender, sino  *creer*  lo que Dios ha dicho.

“Pero éstos, hablando mal de cosas que no entienden, como animales irracionales,  *nacidos para presa y destrucción* , perecerán en su propia perdición” (2 P. 2:12). Aquí, nuevamente, se hacen todos los esfuerzos para escapar de la enseñanza clara de este solemne pasaje. Se nos dice [por algunos] que son los “animales irracionales” los que son nacidos para presa y destrucción, y no las personas comparadas con ellas. Todo lo que se necesita para refutar ese sofisma, es preguntar en qué radica el punto de analogía entre los “éstos” (hombres) y los “animales irracionales”. ¿Cuál es la fuerza del “como”, sino “éstos,... como animales irracionales”? Claramente, es que “estos” hombres  *como*  animales irracionales, son los que, como las bestias, “[nacieron] para presa y destrucción”. Las palabras de cierre confirman esto al reiterar el mismo sentimiento: “Perecerán en su propia perdición”.

“Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido  *destinados para esta condenación* , hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo” (Jud. 4). Se han hecho intentos de escapar de la fuerza obvia de este versículo ofreciendo una traducción diferente. La American Standard Version, dice: “Porque hay ciertos hombres que se han infiltrado en secreto, incluso aquellos de quienes desde la antigüedad se escribió de antemano para esta condenación”<sup>77</sup>. Pero esta traducción alterada, de ninguna manera elimina lo que es tan desagradable para nuestra sensibilidad. Surge la pregunta: ¿De dónde, desde la antigüedad, se escribió de estos de antemano? Ciertamente, no en el Antiguo Testamento,

---

<sup>77</sup> **Nota del editor** – La cita en el original en inglés, se lee así: “There are certain men crept in privily, even they  *who were of old written of beforehand*  unto this condemnation” (Jude 4), la cual, conforme al contenido de su explicación, corresponde a la American Standard Version en inglés.

debido a que, en ninguna parte, hay referencias a hombres malvados que se introdujeron en las asambleas cristianas. Si “se escribió de” es la mejor traducción de *prographo*, la referencia sólo puede ser al libro de los decretos divinos. Por lo tanto, cualquiera que sea la alternativa seleccionada, no se puede eludir el hecho de que ciertos hombres son, “desde antes de la antigüedad”, marcados por Dios “para condenación”.

“Y la adoraron todos los moradores de la tierra *cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida* del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo” (Ap. 13:8, *compárese con Ap. 17:8*). Aquí, entonces, hay una declaración positiva que afirma que hay algunos cuyos nombres *no fueron* escritos en el libro de la vida.

Aquí, pues, hay no menos de diez pasajes que implican claramente o enseñan expresamente, el hecho de la reprobación. Afirman que los malvados fueron hechos para el día malo; que Dios moldea algunos vasos para deshonra y, por su eterno decreto (objetivamente), los prepara para destrucción; que son como animales irracionales, hechos para presa y destrucción, siendo de antiguo ordenados para esta condenación. Por lo tanto, frente a estas Escrituras, afirmamos sin titubear (después de casi veinte años de estudio cuidadoso y de mucha oración sobre el tema) que la Palabra de Dios, incuestionablemente, enseña, tanto la predestinación como la reprobación, o usando las palabras de Calvino: “La elección eterna de Dios es la predestinación de algunos para salvación y de otros para destrucción”.

## **E. Protección contra el abuso de la doctrina**

Habiendo declarado así, la doctrina de la reprobación, tal como se presenta en la Sagrada Escritura, mencionemos ahora una o dos consideraciones importantes para protegerla del abuso y evitar que el lector haga deducciones poco razonables:

Primero, la doctrina de reprobación, *no significa que Dios se propuso tomar criaturas inocentes, hacerlas malvadas y luego condenarlas*. La Escritura dice: “... Dios hizo al hombre recto, pero ellos buscaron muchas perversiones” (Ec. 7:29). Dios no ha creado criaturas pecaminosas para destruirlas porque Dios no debe ser acusado del pecado de sus criaturas. La responsabilidad y la criminalidad son del hombre.

El decreto de la reprobación de Dios contemplaba la raza de Adán como caída, pecaminosa, corrupta, culpable. De ésta, Dios se propuso salvar a unos pocos como los monumentos de su gracia soberana; a los demás, Él determinó destruirlos como la ejemplificación de su justicia y severidad. Al determinar destruir a estos otros, Dios no les hizo nada malo. Ya habían caído en Adán, su representante legal; por lo tanto, nacen con una naturaleza pecaminosa y Él los deja en sus pecados. Tampoco pueden quejarse. Eso es lo que *ellos* desean; no tienen deseo de santidad; aman las tinieblas más que la luz. ¿Dónde, entonces, se haya la injusticia, si Dios “los [dejó], por tanto, a la dureza de su corazón...” (Sal. 81:12)?

En segundo lugar, la doctrina de la reprobación *no significa que Dios se niegue a salvar a aquellos que sinceramente buscan la salvación*. El hecho es que los réprobos no tienen ningún anhelo por el Salvador: No ven en Él ninguna belleza como para desearlo. *No vendrán* a Cristo: ¿por qué entonces, Dios los obligaría a hacerlo? Él no rechaza a ninguno de los que sí vienen, ¿dónde está entonces, la injusticia de Dios para predeterminar su condenación? Ninguno será castigado, sino por sus iniquidades; ¿Dónde está entonces, la supuesta crueldad tiránica del procedimiento divino? Recuerden que Dios es el Creador de los malvados, no de su maldad; Él es el Autor de su ser, pero no el que les infunde<sup>78</sup> su pecado.

Dios no obliga (como calumniosamente se ha dicho que afirmamos) al malvado a pecar, como el jinete que aplica el espolón a un caballo reacio. Dios sólo dice, en efecto, esa terrible palabra: “Dejadlos” (Mt. 15:14). Sólo necesita aflojar las riendas de la restricción providencial y retener la influencia de la gracia salvadora para que el hombre apóstata, con gran prontitud y seguridad, por su propia voluntad, caiga por sus iniquidades. Así, el decreto de reprobación no interfiere con la inclinación de la propia naturaleza caída del hombre, ni sirve para hacerlo menos inexcusable.

Tercero, el decreto de reprobación, *en ninguna manera, entra en conflicto con la bondad de Dios*. Aunque los no elegidos no son los objetos de su bondad, de la misma manera o en la misma medida en que lo son los elegidos, sin embargo, no están totalmente excluidos

---

<sup>78</sup> **Infundir** – Verter algo en otro.

de una participación de ella. Disfrutan de las cosas buenas de la Providencia (bendiciones temporales) en común con los propios hijos de Dios y, muy a menudo, en mayor grado. Pero, ¿cómo los mejoran? ¿La bondad (temporal) de Dios los lleva al arrepentimiento? No, en verdad, no hacen sino menospreciar las riquezas de “su benignidad, paciencia, y longanimidad [...] pero por [su] dureza y por [su] corazón no arrepentido, atesora[n] para [si] mismo[s] ira para el día de la ira” (Ro. 2:4-5). ¿Sobre qué fundamento justo, entonces, pueden murmurar en contra de no ser los objetos de su benevolencia en las eras infinitas por venir? Además, si no choca con la misericordia y la bondad de Dios dejar todo el cuerpo de los ángeles caídos (2 P. 2:4) bajo la culpa de su apostasía, menos aún, puede chocar con las perfecciones divinas dejar a algunos de la humanidad caída en sus pecados y castigarlos por ellos.

Finalmente, interpongamos esta precaución necesaria: Es absolutamente *imposible* para cualquiera de nosotros, durante la vida presente, *determinar quién está entre los réprobos*. Ahora no debemos juzgar a un hombre, no importa cuán malvado sea. El pecador más vil puede, por todo lo que sabemos, ser incluido en la elección de la gracia y ser un día vivificado por el Espíritu de la gracia. Nuestras órdenes de marcha son claras y ay de nosotros si las despreciamos: “Predica el evangelio a *toda* criatura” (Mr. 16:15). Cuando lo hayamos hecho, nuestras vestiduras estarán limpias. Si los hombres se niegan a prestar atención, su sangre estará sobre sus propias cabezas; sin embargo, “para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden; a éstos ciertamente olor de muerte para muerte, y a aquéllos olor de vida para vida” (2 Co. 2:15-16).

## **F. Pasajes que parecen hablar en contra de esta doctrina**

Ahora, debemos considerar una serie de pasajes que, a menudo, se citan con el propósito de mostrar que Dios no ha preparado a ciertos vasos para destrucción ni ordenado la condenación de ciertos otros.

Primero, citamos Ezequiel 18:31: “¿Por qué moriréis, casa de Israel?”. Sobre este pasaje, no podemos hacer otra cosa que citar los comentarios de Augustus Toplady<sup>79</sup>:

“Sobre este pasaje insisten los arminianos<sup>80</sup>, con mucha frecuencia, pero muy inútilmente, como si fuera un martillo que de un golpe aplasta y pulveriza toda la estructura. Pero sucede que la “muerte” aquí aludida, no es ni muerte espiritual ni eterna como es, abundantemente evidente, en todo el tenor del capítulo. La muerte prevista por el profeta es una muerte *política*; una muerte de prosperidad nacional, tranquilidad y seguridad. El sentido de la pregunta es, precisamente, éste: ¿Qué es lo que te enamora de la cautividad, el destierro y la ruina civil? Abstenerse de adorar imágenes podría, como pueblo, eximirlos de estas calamidades y, una vez más, convertirlos en una nación respetable. ¿Son las miserias de la devastación pública tan atractivas como para atraer su determinada búsqueda? ¿Por qué morirás? ¿Morir como la casa de Israel y considerarlo como un cuerpo político? Así el profeta argumentó el caso, al mismo tiempo que agregaba: “Porque no quiero la muerte del que muere, dice Jehová el Señor; convertíos, pues, y viviréis”. Esto quiere decir: Primero, el cautiverio nacional de los judíos no añadió nada a la felicidad de Dios. En segundo lugar, si los judíos se apartaban de la idolatría y desechaban sus imágenes, no deberían morir en un país extranjero y hostil, sino vivir pacíficamente en su propia tierra y disfrutar de sus libertades como pueblo independiente”.

A lo anterior, podemos añadir: ¡La muerte política *debe* ser lo que se ve en Ezequiel 18:31-32 por la simple, pero suficiente razón de que ya estaban *espiritualmente muertos!*

A menudo, se cita Mateo 25:41 para mostrar que Dios no ha preparado a ciertos vasos para destrucción: “Apartaos de mí, malditos,

---

<sup>79</sup> **Augustus Montague Toplady** (1740-1778) – Clérigo anglicano y escritor de himnos; mejor recordado como el autor del himno “*Roca de la Eternidad*”. Nació en Surrey, Inglaterra.

<sup>80</sup> **Arminianos** – Aquellos que siguen el sistema de doctrina adoptado por el teólogo holandés Jacobus Arminius (1560-1609), teólogo holandés, quien rechazó la comprensión de la predestinación de los reformadores, enseñando, en cambio, que la predestinación de los individuos por parte de Dios, se basaba en su conocimiento previo de que aceptaban o rechazaban a Cristo por su propia voluntad.

al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles”. Éste es, de hecho, uno de los principales versículos en los que se basan para refutar la doctrina de la reprobación. Pero sostenemos que la palabra enfática aquí no es *para*, sino *diablo*. Este versículo (ver contexto) establece la severidad del juicio que espera a los perdidos. En otras palabras, la Escritura anterior, expresa el *horror* del fuego eterno, en lugar de los *sujetos* destinados a él —si el fuego está “preparado para el diablo y sus ángeles”, entonces, ¡cuán intolerable será!—. Si el lugar del tormento eterno en el cual los condenados serán arrojados es el mismo que sufrirá el archienemigo de Dios, ¡cuán terrible debe ser ese lugar!

Nuevamente, si Dios ha elegido sólo a algunos para la salvación, ¿por qué se nos dice que Dios “manda a todos los hombres en todo lugar que se arrepientan”? (Hch. 17:30). Que Dios mande que “todos los hombres” se arrepientan es la imposición de sus justos reclamos como el gobernador moral del mundo. ¿Cómo podría Él pedir menos, viendo que todos los hombres en todas partes han pecado contra Él? Además, que Dios ordene a todos los hombres en todas partes que se arrepientan, argumenta la universalidad de la responsabilidad de las criaturas. Pero esta Escritura no declara que sea el placer de Dios “dar arrepentimiento” (Hch. 5:31) en todas partes. Que el apóstol Pablo no creía que Dios le diera arrepentimiento a toda alma, está claro por sus palabras en 2 Timoteo 2:25: “... que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por *si* quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad...”.

De nuevo, se nos pregunta, ¿si Dios ha “ordenado” sólo algunos para la vida eterna, entonces, por qué leemos: “...el cual quiere que *todos* los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Ti. 2:4)? La respuesta es que las palabras “todos” y “todos los hombres”, como el término “mundo”, a menudo, se usan en un sentido general y relativo. Que el lector examine cuidadosamente los siguientes pasajes: Marcos 1:5; Juan 6:45; 8:2; Hechos 21:28; 22:15; 2 Corintios 3:2, etc. —y encontrará una prueba completa de nuestra afirmación—. 1 Timoteo 2:4 no puede enseñar que Dios quiere la salvación de toda la humanidad o, de lo contrario, toda la humanidad sería salvada: “¡Su alma deseó, e hizo!” (Job 23:13).

Otra vez, nos preguntan: ¿No declara la Escritura, una y otra vez, que Dios no hace “acepción de personas”? (Ro. 2:11). Respondemos,

ciertamente es así y la gracia de la elección de Dios lo prueba. Los siete hijos de Isaí, aunque mayores y físicamente superiores a David, son pasados por alto, mientras que el joven pastorcillo es exaltado al trono de Israel. Los escribas y los abogados pasan desapercibidos, y los ignorantes pescadores son elegidos para ser los apóstoles del Cordero. La verdad divina está escondida a los sabios y prudentes, y, en cambio, se revela a los niños. La gran mayoría de los sabios y nobles son ignorados, mientras que los débiles, los inferiores, los despreciados son llamados y salvados. Las ramerías y los publicanos son dulcemente obligados a asistir a la fiesta del evangelio, mientras que los fariseos que se justifican por sí mismos, se dejan morir en su immaculada moralidad. En verdad, Dios “no hace acepción de personas” o Él no *me* habría salvado.

Que la doctrina de la reprobación es una “palabra dura” para la mente carnal se reconoce fácilmente. Sin embargo, ¿es “más dura” que la del *castigo eterno*? Hemos tratado de demostrar que se enseña claramente en las Escrituras y que no nos corresponde elegir entre las verdades reveladas en la Palabra de Dios. Que aquellos que se inclinan a recibir esas doctrinas que se encomiendan a su juicio y que rechazan las que no pueden entender completamente, recuerden esas agudas palabras de nuestro Señor: “¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer *todo* lo que los profetas han dicho!” (Lc. 24:25): Necios porque son tardos de corazón; tardos de corazón, ¡no torpes de mente!

Una vez más, nos serviremos del lenguaje de Calvino:

“Pero, como hasta ahora sólo he recitado las cosas como se entregan sin ningún tipo de oscuridad o ambigüedad en las Escrituras, que las personas que no dudan en marcar con ignominia<sup>81</sup> los oráculos del cielo, tengan cuidado con el tipo de oposición que hacen. Porque, si fingen ignorancia con un deseo de ser elogiados por su modestia, ¡qué ejemplo más grande de orgullo se puede concebir, que oponer una pequeña palabra a la autoridad de Dios! Como “soy de una opinión diferente” o “preferiría no entrometeme en este tema”. Pero si censuran abiertamente, ¿qué gana-

---

<sup>81</sup> **Ignominia** – Deshonra, desgracia.

rán con sus insignificantes intentos contra el cielo? Su petulancia<sup>82</sup>, de hecho, no es ninguna novedad; porque en todas las épocas ha habido hombres impíos y profanos que se han opuesto con severidad a esta doctrina. Pero ellos sentirán la verdad de lo que el Espíritu declaró hace mucho tiempo por la boca de David, que Dios es puro en su juicio (Sal. 51:4). David insinúa, indirectamente, la locura de los hombres que muestran tal presunción excesiva en medio de su insignificancia, no sólo para disputar contra Dios, sino para arrogarse<sup>83</sup> el poder de condenarlo. Mientras tanto, sugiere brevemente que Dios no se ha visto afectado por todas las blasfemias que descargan contra el cielo, sino que disipa las brumas de la calumnia<sup>84</sup> e, ilustremente, muestra su justicia; también nuestra fe, siendo fundada en la Palabra divina y, por lo tanto, superior a todo el mundo, desde su exaltación mira hacia abajo con desprecio sobre esas brumas”.

## G. Teólogos clásicos

Al cerrar este capítulo, proponemos citar los escritos de algunos de los teólogos modelos desde los días de la Reforma, no que respaldemos nuestras propias declaraciones apelando a la autoridad humana, por venerable o antigua que sea, sino para demostrar que lo que hemos avanzado en estas páginas no es novedad del siglo XX, ni una herejía de los “últimos días” sino, en cambio, una doctrina que ha sido definitivamente formulada y comúnmente enseñada por muchos de los más piadosos y eruditos estudiantes de las Sagradas Escrituras.

“Llamamos predestinación al decreto de Dios, por el cual Él ha determinado en Sí mismo, lo que tendría que llegar a ser cada individuo de la humanidad. Porque no todos fueron creados con un destino similar, sino que la vida eterna está pre-ordenada para algunos y la condenación eterna para otros. Por lo tanto, cada hombre, siendo creado para uno u otro de estos fines, decimos que está predestinado,

---

<sup>82</sup> **Petulancia** – Discurso arrogante.

<sup>83</sup> **Arrogar** – Reclamar por sí mismo sin derecho.

<sup>84</sup> **Calumnia** – Falsa acusación; tergiversación maliciosa.

ya sea para vida o para muerte” —de *Institución* de Juan Calvino<sup>85</sup>—

Les pedimos a nuestros lectores que consideren bien el lenguaje anterior. Una lectura detenida de esto debería mostrar que lo que el autor actual ha avanzado en este capítulo no es “hiper-calvinismo”, sino calvinismo<sup>86</sup> real, puro y simple. Nuestro propósito al hacer esta observación es mostrar que aquellos que, al no estar familiarizados con los escritos de Calvino, en su ignorancia condenan como ultra-calvinismo lo que es, simplemente, una reiteración de lo que Calvino mismo enseñó —una reiteración porque ese príncipe de los teólogos, así como su humilde deudor, han encontrado esta doctrina en la Palabra de Dios misma—.

Martín Lutero<sup>87</sup> en su obra más excelente, *De Servo Arbitrio (La esclavitud de la voluntad)*, escribió: “Todas las cosas surgen de, y dependen de los designios divinos, por las cuales estaba predestinado quién recibiría la Palabra de Vida y quién no la creería, a quién se libraría de sus pecados y quién se endurecería en ellos, quién sería justificado y quién sería condenado. Ésta es la verdad misma que arrasa con la doctrina del libre albedrío desde sus cimientos, a saber, que el amor eterno de Dios hacia algunos hombres y el odio hacia los demás es inmutable y no puede ser revertido”.

John Foxe<sup>88</sup>, cuyo *Libro de los Mártires* fue una vez la obra más conocida en el idioma inglés (¡Qué triste que hoy no es así, cuando el catolicismo romano nos arrasa como una gran marea destructiva!), escribió: “La predestinación es el eterno decreto de Dios, quien

---

<sup>85</sup> *Institución de la religión cristiana* (1536 d.C.), Libro III, Capítulo XXI, titulado “La elección eterna o la predestinación de Dios de unos a la salvación y de otros a la destrucción”. Otros extractos disponibles en CHAPEL LIBRARY: *Abnegación, Oración y El mediador*.

<sup>86</sup> **Calvinismo** – Sistema de doctrina delineado durante la Reforma Protestante, en el cual, Dios salva infaliblemente a aquellos que ha marcado para la salvación, enteramente por su gracia, sin ningún efecto del mérito o decisión humana.

<sup>87</sup> **Martín Lutero** (1483-1546) – Exmonje alemán, teólogo, profesor y reformador, cuyas ideas inspiraron la Reforma Protestante, desafiando al papado por sostener que la Biblia es la única autoridad religiosa infalible. Su obra, *La esclavitud de la voluntad*, disponible en CHAPEL LIBRARY.

<sup>88</sup> **John Foxe** (1516/17-1587) – Historiador y martirólogo inglés; autor de *Acts and Monuments* (conocido popularmente como *El libro de los mártires de Foxe*), un relato de los mártires cristianos a lo largo de la historia occidental.

se propuso antes en Sí mismo, lo que debería acontecer a todos los hombres, ya sea para la salvación o la condenación”.

*El Catecismo mayor de Westminster*<sup>89</sup>, adoptado por la Asamblea General de la Iglesia Presbiteriana, declara: “Dios, por un decreto eterno e inmutable, por su puro amor, para la alabanza de su gloriosa gracia, que ha de manifestarse en su debido tiempo, ha elegido algunos ángeles para la gloria y, en Cristo, escogió algunos hombres para vida eterna y los medios de la misma; y también, de acuerdo con su propia voluntad (por la cual Él extiende o retiene el favor como Él quiere), ha pasado por alto y pre-ordenó a los demás a la deshonra y la ira, a ser por su pecado infligida, para la alabanza de la gloria de su justicia”.

John Bunyan, autor de *El progreso del peregrino*, escribió un volumen completo sobre la “Reprobación”. De éste, hacemos un breve extracto:

“La reprobación es antes de que la persona venga al mundo o haya hecho bien o mal. Esto se evidencia en Romanos 9:11.

Aquí se encuentran dos en el vientre de su madre y ambos reciben su destino, no sólo antes de haber hecho bien o mal, sino antes de que estuvieran en capacidad de hacerlo, sin haber nacido aún — su destino, digo yo, el uno para alcanzar la bendición de la vida eterna, el otro para no alcanzarla; el uno elegido, el otro réprobo; el uno escogido, el otro rechazado—”.

En su libro, *Suspiros del infierno*, John Bunyan también escribió: “Los que continúan rechazando y menospreciando la Palabra de Dios son, en su mayor parte, los que están ordenados para ser condenados”

Comentando sobre Romanos 9:22: “¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha pacien-

---

<sup>89</sup> *Catecismo Mayor de Westminster* (1647) – Formato de preguntas y respuestas para enseñar doctrina, escrito por la Asamblea de Westminster después de que terminó su trabajo sobre la *Confesión de Fe de Westminster* (1646), diseñado para ayudar a los padres a enseñar a sus familias.

cia los vasos de ira preparados para destrucción...?”, Jonathan Edwards<sup>90</sup> dice: “¡Cuán terrible se manifiesta la majestad de Dios en el horror de su Ira! De esto puede que aprendamos que uno es el fin de la condenación de los malvados”<sup>91</sup>.

Augustus Toplady, autor de “Roca de la eternidad” y otros sublimes himnos, escribió: “Dios, desde toda la eternidad, decretó dejar en sus pecados a algunos de la posteridad caída de Adán, y excluirlos de la participación de Cristo y sus beneficios”. Y de nuevo, “nosotros, con las Escrituras, afirmamos que hay una predestinación de algunas personas, en particular, para vida, para la alabanza de la gloria de la gracia divina y, también, una predestinación de otras personas, en particular, para muerte para la gloria de la justicia divina —cuya muerte padecerán inevitablemente como castigo y eso, justamente, a causa de sus pecados—”.

George Whitefield<sup>92</sup>, ese caballero valiente del siglo dieciocho, usado por Dios para bendecir a tantos, escribió: “Sin duda, las doctrinas de la elección y la reprobación deben mantenerse o caer juntas... yo reconozco, con franqueza, que creo en la doctrina de la reprobación, que Dios tiene la intención de dar gracia salvadora, a través de Jesucristo, sólo a un cierto número y que el resto de la humanidad, después de la caída de Adán, siendo justamente dejada por Dios para continuar en pecado, finalmente sufrirá esa muerte eterna que es su justo pago”.

---

<sup>90</sup> **Jonathan Edwards** (1703-1758) – Predicador congregacional estadounidense; considerado como el teólogo evangélico más grande de Estados Unidos y conocido por su predicación en el Gran Despertar junto con George Whitefield. Autor de *Pecadores en manos de un Dios airado*, tratado sobre *Los afectos religiosos* y muchos otros títulos.

<sup>91</sup> Citado por el autor de *Las obras de Jonathan Edwards* (*The Works of Jonathan Edwards*); Sermón XIV, Hombres malvados útiles sólo en su destrucción (*Wicked men useful in their destruction only*); 1743, Vol. 4, 306.

<sup>92</sup> **George Whitefield** (1714-1770) – Evangelista inglés; nacido en Gloucester, Inglaterra. Estudió en la Universidad de Oxford con los hermanos Wesley. Cuando la oposición a su predicación le cerró las puertas de la iglesia, abrió el camino en la predicación al aire libre. Fue usado poderosamente por Dios en Inglaterra y las colonias americanas durante el “Gran Despertar”.

“Preparados para destrucción” (Ro. 9:22). Después de declarar que esta frase admite dos interpretaciones, el Dr. Hodge<sup>93</sup> —quizá el comentarista más conocido y más leído sobre Romanos— dice: “La otra interpretación supone que la referencia es a Dios y que la palabra griega para “preparados” tiene su fuerza completa en el participio: *preparados (por Dios) para destrucción*”. Esto, dice el Dr. Hodge, “es adoptado, no sólo por la mayoría de los agustinianos, sino también por muchos luteranos”.

Si fuera necesario, estamos dispuestos a dar citas de los escritos de Wycliffe, Huss, Ridley, Hooper, Cranmer, Ussher, John Trapp, Thomas Goodwin, Thomas Manton (capellán de Cromwell), John Owen, Witsius, John Gill (predecesor de Spurgeon) y muchos otros. Mencionamos esto, simplemente, para mostrar que muchos de los santos más eminentes de antaño, los hombres más ampliamente utilizados por Dios, sostuvieron y enseñaron esta doctrina que es tan amargamente odiada en estos últimos días, cuando los hombres ya no “soportarán la sana doctrina”; odiada por hombres de elevadas pretensiones, pero que, a pesar de su jactanciosa ortodoxia y su muy promocionada piedad, no son dignos de desatar los zapatos de los fieles y audaces siervos de Dios de otros días.

“¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado? Porque de él, y por él, y para él<sup>94</sup>, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén” (Ro. 11:33-36).

### ***Preguntas para estudio personal y discusión en grupo***

*Las siguientes preguntas refuerzan la comprensión y la aplicación.*

---

<sup>93</sup> **Charles Hodge** (1797-1878) – Teólogo presbiteriano más influyente del siglo XIX. Enseñó teología en el Seminario de Princeton. Mejor conocido por su *Comentario sobre Romanos* (1837) y *Teología sistemática* en tres volúmenes. Nacido en Filadelfia, PA.

<sup>94</sup> “De él”, su voluntad es el origen de toda existencia; “a través de” o “por él”, Él es el Creador y Controlador de todo; “para él”, todas las cosas promueven su gloria en su fin final. —A.W.P.

1. Con respecto a la reprobación, describa la diferencia entre la presencia de Dios y el decreto de Dios.
2. ¿Qué enseñan Faraón y el barro sobre la reprobación en Romanos 9:17-23?
3. ¿Cuáles son los puntos claves<sup>95</sup> de Proverbios 16:4; Mateo 7:23; Romanos 11:7; 1 Tesalonicenses 5:9; 1 Pedro 2:8; Judas 4; Apocalipsis 13:8?
4. ¿La doctrina de la reprobación entra en conflicto con la bondad de Dios? ¿Por qué?
5. ¿Cuáles son los puntos claves de Mateo 25:41; Hechos 17:30; 1 Timoteo 2:4?

---

<sup>95</sup> Consulte el capítulo 2: Preguntas para obtener una aclaración sobre lo que es un “punto clave”.

# 6. LA SOBERANÍA DE DIOS EN OPERACIÓN

*“Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén” (Romanos 11:36).*

## A. Introducción

### 1. *¿Está Dios gobernando?*

¿Ha pre-ordenado<sup>96</sup> Dios todo lo que pasa? ¿Ha decretado qué lo que es, debió haber sido? En el análisis final, ésta es sólo otra forma de preguntar: ¿Está Dios *gobernando* ahora el mundo, y a todos y todo lo que hay en él? Si Dios está gobernando el mundo, ¿lo está gobernando de acuerdo con un propósito definido o sin rumbo y al azar? Si Él lo gobierna de acuerdo con algún propósito, ¿cuándo se hizo ese propósito? ¿Cambia Dios continuamente su propósito y crea uno nuevo todos los días, o su propósito se formó desde el principio? ¿Las acciones de Dios, como las nuestras, están reguladas por el cambio de circunstancias o son el resultado de su propósito eterno? Si Dios formuló un propósito antes de que el hombre fuera creado, ¿se va a ejecutar ese propósito de acuerdo con sus diseños originales y está Él trabajando ahora hacia ese fin? ¿Qué dicen las Escrituras? Declaran que Dios es Aquel “que hace *todas las cosas* según el designio de su voluntad” (Ef. 1:11).

Probablemente, pocos de los que leen este libro, cuestionen la afirmación de que Dios sabe y conoce por anticipado todas las cosas, pero tal vez, muchos dudarían en ir más allá de esto. Sin embargo, ¿no es evidente que si Dios conoce de antemano todas las cosas, también *pre-ordenó* todas las cosas? ¿No está claro que Dios conoce de antemano lo que será porque Él ha decretado lo que será? El previo conocimiento de Dios no es la causa de los eventos, más bien, son los eventos los efectos de su propósito eterno. Cuando Dios ha decretado que una cosa será, ¡Él sabe que será! En la naturaleza de las cosas, no

---

<sup>96</sup> **Pre-ordenado** – Ordenado, decretado o determinado de antemano. Predestinado.

puede haber nada conocido como lo que será, a menos que sea cierto que sea y no hay nada seguro, a menos que Dios haya ordenado que será. Tómese la crucifixión como ilustración. En este punto, la enseñanza de las Escrituras es tan clara como un rayo de sol. Cristo como el Cordero cuya sangre iba a ser derramada fue “[pre]destinado desde antes de la fundación del mundo...” (1 P. 1:20). Después de haber “ordenado” la muerte del Cordero, Dios sabía que sería “llevado al matadero” y, por lo tanto, lo dio a conocer, en consecuencia, por medio del profeta Isaías. El Señor Jesús no fue “entregado” por Dios porque lo conoció de antemano antes de que tomara lugar, sino por su determinado consejo y pre-ordenación (Hch. 2:23). El previo conocimiento de los eventos futuros se basa, entonces, en los decretos de Dios, por lo tanto, si Dios conoce de antemano todo lo que ha de ser, es porque ÉL ha determinado en Sí mismo desde toda la eternidad todo lo que *será*: “[Dios] que hace conocer todo esto desde tiempos antiguos” (Hch. 15:18), lo cual muestra que Dios tiene un plan [y] que Dios no comenzó su obra al azar o sin conocer cómo tendría éxito su plan.

Dios creó todas las cosas. Nadie que se incline ante el testimonio de la Sagrada Escritura, cuestionará esta verdad; ni ninguno estaría dispuesto a argumentar que la obra de la creación fue una obra accidental. Dios primero tuvo el propósito de crear y luego, realizó el acto creativo en cumplimiento de ese propósito. Todos los verdaderos cristianos, adoptarán fácilmente las palabras del salmista y dirán: “¡Cuán innumerables son tus obras, oh Jehová! Hiciste todas ellas *con sabiduría*” (Sal. 104:24). ¿Alguien que respalde lo que acabamos de decir, acaso negará que Dios se propuso gobernar el mundo que ÉL creó? Sin duda, la creación del mundo no fue el fin del propósito de Dios en lo concerniente a éste. Seguramente, ÉL no determinó, simplemente, crear el mundo y colocar al hombre en él, y luego, abandonar a ambos a su suerte. Debe ser evidente que Dios tiene un fin o grandes fines en perspectiva, dignos de sus infinitas perfecciones y que, ahora, está gobernando el mundo para lograr estos fines: “El consejo de Jehová permanecerá para siempre; los pensamientos de su corazón por todas las generaciones” (Sal. 33:11).

“Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que

aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero” (Is. 46:9-10). Se pueden aducir<sup>97</sup> muchos otros pasajes para mostrar que Dios tiene muchos consejos acerca de este mundo y acerca del hombre, y que todos estos consejos se realizarán con toda seguridad. Sólo cuando se los considera así, podremos apreciar inteligentemente, las profecías de la Escritura. En la profecía, el poderoso Dios ha condescendido llevarnos a la cámara secreta de sus consejos eternos y darnos a conocer lo que se ha propuesto hacer en el futuro. Los cientos de profecías que se encuentran, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, no son, por tanto, predicciones de lo que sucederá, sino revelaciones para nosotros de lo que Dios se ha propuesto que sucederá.

## ***2. ¿Cuál fue el gran propósito de Dios al crear?***

¿Cuál fue entonces, el gran propósito por el cual se crearon este mundo y la raza humana? La respuesta de la Escritura es: “Todas las cosas ha hecho Jehová para sí mismo” (Pr. 16:4). Y otra vez, “tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas” (Ap. 4:11). El gran fin de la creación fue la manifestación de la gloria de Dios. “Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos” (Sal. 19:1), pero fue a través del hombre, originalmente hecho a su propia imagen y semejanza, a quien Dios designó principalmente para manifestar su gloria. Pero, ¿cómo sería glorificado por el hombre el gran Creador? Antes de su creación, Dios previó la caída de Adán y la consecuente ruina de su raza, por lo tanto, no podría haber designado que el hombre le glorificaría, continuando en un estado de inocencia. Por consiguiente, se nos enseñó que Cristo fue “[pre] destinado desde antes de la fundación del mundo” (1 P. 1:20) para ser el Salvador de los hombres caídos. La redención de los pecadores por Cristo no fue una mera idea tardía de Dios: no fue una oportunidad para enfrentar una calamidad inesperada. No, fue una provisión divina y, por lo tanto, cuando el hombre cayó, encontró la misericordia caminando de la mano con la justicia.

Desde toda la eternidad, Dios diseñó que nuestro mundo sería el escenario en el que mostraría su multiforme gracia y sabiduría en la redención de los pecadores perdidos: “Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los

---

<sup>97</sup> **Aducir** – Exponer pruebas, razones y argumentos para demostrar o justificar algo.

principados y potestades en los lugares celestiales, *conforme al propósito eterno* que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor...” (Ef. 3:10-11). Para el cumplimiento de este glorioso designio, Dios ha gobernado el mundo desde el principio y lo continuará haciendo hasta el fin. Bien se ha dicho: “Nunca podremos comprender la providencia de Dios sobre nuestro mundo, a menos que la consideremos como una complicada máquina que tiene diez mil partes, dirigida en todas sus operaciones a un fin glorioso: La manifestación de la multiforme sabiduría de Dios en la salvación de la Iglesia”, es decir, los “llamados”. Todo lo demás aquí abajo, está subordinado a este propósito central. Fue por la comprensión de esta verdad fundamental que el Apóstol, movido por el Espíritu Santo, fue llevado a escribir: “Por tanto, todo lo soporto por amor de los escogidos, para que ellos también obtengan la salvación que es en Cristo Jesús con gloria eterna” (2 Ti. 2:10). Lo que ahora contemplaríamos es la *operación* de la soberanía de Dios en el gobierno de este mundo.

Con respecto a la operación del gobierno de Dios sobre el mundo material, ahora hay poco que decir. En capítulos anteriores, hemos mostrado que la materia inanimada y todas las criaturas irracionales están absolutamente sujetas al deseo de su Creador. Si bien admitimos libremente que el mundo material parece estar gobernado por leyes [naturales] que son estables y más o menos uniformes en sus operaciones, la Escritura, la historia y la observación nos obligan a reconocer el hecho de que Dios suspende estas leyes y actúa al margen de ellas, cada vez que le place hacerlo. Al enviar sus bendiciones o juicios sobre sus criaturas, Él puede hacer que el propio sol se detenga y las estrellas, en sus cursos, luchen por su pueblo (Jue. 5:20); Él puede enviar o retener “la lluvia temprana y la tardía” (Stg. 5:7), de acuerdo con los dictados de su propia sabiduría infinita; Él puede herir con peste o bendecir con salud. En resumen, siendo Dios, siendo soberano absoluto, Él no está limitado ni atado por ley alguna de la naturaleza, sino que gobierna el mundo material como mejor le parece.

Pero, ¿qué pasa con el gobierno de Dios sobre la familia humana? ¿Qué revela la Escritura con respecto al *modus operandi* de las operaciones de su administración gubernamental sobre la humanidad? ¿Hasta qué punto y con qué influencia, controla Dios a los hijos de los hombres? Dividiremos nuestra respuesta a esta pregunta en dos

partes y consideraremos, primero, el método de Dios para tratar con los justos, sus elegidos; y luego, su método para tratar con los malvados.

## B. El método de Dios para tratar con los justos

### 1. *Influencia vivificante*

Dios ejerce sobre sus propios elegidos una influencia o poder vivificante. Por naturaleza, ellos están espiritualmente muertos, muertos en delitos y pecados, y su primera necesidad es la vida espiritual porque “el que no naciere de nuevo, *no puede* ver el reino de Dios” (Jn. 3:3). En el nuevo nacimiento, Dios nos trae de muerte a vida (Jn. 5:24). Él nos imparte su propia naturaleza (2 P. 1:4). Él “nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo” (Col. 1:13). Ahora, evidentemente, nosotros no podíamos hacer esto nosotros mismos porque “aún éramos débiles” (Ro. 5:6), por lo tanto, escrito está: “Somos hechura *suya*, creados en Cristo Jesús” (Ef. 2:10).

En el nuevo nacimiento, somos hechos partícipes de la naturaleza divina: Se nos comunica un principio, una “semilla”, una vida, el que es “nacido del Espíritu”, por lo tanto, “espíritu es” (Jn. 3:6); nace del Espíritu Santo y, por lo tanto, es *santo*. Aparte de esta naturaleza divina y santa que se nos imparte en el nuevo nacimiento, es absolutamente imposible que un hombre genere un impulso espiritual, forme un concepto espiritual, tenga un pensamiento espiritual, entienda las cosas espirituales y, menos aún, que se comprometa en obras espirituales. Sin santidad, “nadie verá al Señor” (He. 12:14), pero el hombre natural no desea la santidad y no quiere la provisión que Dios ha hecho. Entonces, ¿un hombre orará, buscará, luchará por lo que no le gusta? Seguramente no. Entonces, si un hombre verdaderamente “procura” lo que por naturaleza le desagrade con todo su corazón, si ahora ama a Aquel que una vez odió, es porque un cambio milagroso ha tenido lugar dentro de él; un poder externo a él mismo ha operado sobre él, una naturaleza completamente diferente a la antigua le ha sido impartida —y por eso escrito está, “de modo que si alguno está en Cristo, *nueva criatura* es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Co. 5:17)—. El que

acabamos de describir, ha pasado de muerte a vida, “se [ha convertido] de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios” (Hch. 26:18). De ninguna otra manera, se puede explicar el gran cambio.

El nuevo nacimiento es muchísimo más que, simplemente, derramar algunas lágrimas debido a un remordimiento temporal por el pecado. Es mucho más que cambiar el rumbo de nuestra vida, dejar de lado los malos hábitos y sustituirlos por buenos. Es algo diferente de la mera apreciación y práctica de nobles ideales. Va infinitamente más allá de venir adelante a tomar la mano de un evangelista popular, firmar una tarjeta de compromiso o “unirse a la iglesia”. El nuevo nacimiento no es meramente dar vuelta a una nueva página, sino el comienzo y la recepción de una nueva vida. No es una mera reforma, sino una transformación completa. En resumen, el nuevo nacimiento es un milagro, el resultado de la operación sobrenatural de Dios. Es radical, revolucionario, duradero.

Entonces, aquí está lo primero, en el tiempo, que Dios hace en sus propios elegidos. Él echa mano de aquellos que están espiritualmente muertos y los levanta a novedad de vida. Él toma a uno que fue formado en iniquidad y concebido en pecado, y lo conforma a la imagen de su Hijo. Él toma un cautivo del diablo y lo hace un miembro de la familia de la fe. Él toma un mendigo y lo hace coheredero con Cristo. Viene a quien está lleno de enemistad contra Él y le da un corazón nuevo, lleno de amor por Él. Se inclina hacia alguien que por naturaleza es un rebelde y obra en él tanto el querer como el hacer conforme a su beneplácito. Mediante su poder irresistible, Él transforma a un pecador en un santo, a un enemigo en un amigo, a un esclavo del diablo en un hijo de Dios. Seguramente entonces, nos sentimos movidos a decir:

*“Cuando tus misericordias, oh mi Dios amado,  
mi alma contempla con admiración,  
me hallo perdido, por la vista transportado,  
en asombro, amor y alabanza”.*

## **2. Influencia energizante**

Dios ejerce sobre sus propios elegidos una influencia o poder energizante. El Apóstol oró a Dios por los santos de Éfeso para que los ojos de su entendimiento pudieran ser iluminados, a fin de que,

entre otras cosas, pudieran saber “cuál [es] la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos” (Ef. 1:19) y que pudieran ser “fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu” (3:16). “Porque este Dios es Dios nuestro eternamente y para siempre; Él nos guiará más allá de la muerte” (Sal. 48:14).

Es así como los hijos de Dios están capacitados para pelear la buena batalla de la fe y luchar contra las fuerzas adversas que, constantemente, hacen guerra contra ellos. En sí mismos, no tienen fuerza, no son más que “ovejas” y las ovejas son de los animales más indefensos que hay; pero la promesa es segura: “El da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas” (Is. 40:29).

Este poder energizante que Dios ejerce sobre y dentro de los justos, es el que los capacita para servirle aceptablemente. Dijo el profeta de la antigüedad: “Mas yo estoy lleno de poder *del Espíritu de Jehová*” (Mi. 3:8). Y dijo nuestro Señor a sus apóstoles: “Pero *recibiréis poder*, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo” (Hch. 1:8) y, así, demostró porque, de estos mismos hombres, leemos a continuación: “Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia era sobre todos ellos” (Hch. 4:33). Lo mismo ocurrió con el apóstol Pablo “y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder” (1 Co. 2:4). Pero el alcance de este poder no se limita al servicio porque leemos en 2 Pedro 1:3: “Como *todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad* nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia”. De ahí que las diversas gracias del carácter cristiano, “amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza”, se atribuyen directamente a Dios mismo, siendo llamadas “el fruto *del Espíritu*” (Gá. 5:22-23). Compárese con Efesios 5:9.

### **3. Influencia directriz**

Dios ejerce sobre sus propios elegidos, una influencia o poder que los dirige. En la antigüedad, condujo a su pueblo a través del desierto, dirigiendo sus pasos con una columna de nube durante el día y una columna de fuego durante la noche; y todavía hoy, dirige a sus santos, aunque ahora desde adentro, más bien que desde afuera. “Porque este Dios es Dios nuestro eternamente y para siempre; él *nos*

guiará aún más allá de la muerte” (Sal. 48:14), pero nos “guía” al obrar en nosotros, tanto el querer como el hacer *su* buena voluntad. Que Él nos guía, es claro por las palabras del Apóstol en Efesios 2:10: “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales *Dios preparó de antemano* para que anduviésemos en ellas”. Así se remueve todo motivo de jactancia y Dios recibe toda la gloria porque con el profeta tenemos que decir: “Jehová, tú nos darás paz, porque también hiciste en nosotros todas nuestras obras” (Is. 26:12). ¡Cuán cierto es entonces, que “el corazón del hombre piensa su camino; mas Jehová endereza sus pasos”! (Pr. 16:9, *compárese con* Sal. 65:4; Ez. 36:27).

#### **4. Influencia preservadora**

Dios ejerce sobre sus propios elegidos una influencia o poder preservador. Muchas son las Escrituras que establecen esta bendita verdad: “El guarda las almas de sus santos; de mano de los impíos los libra” (Sal. 97:10). “Porque Jehová ama la rectitud, y no desampara a sus santos. Para siempre serán guardados; mas la descendencia de los impíos será destruida” (Sal. 37:28). “Jehová guarda a todos los que le aman, mas destruirá a todos los impíos” (Sal. 145:20). Es innecesario multiplicar los textos o plantear un argumento en este punto en lo que respecta a la responsabilidad y fidelidad del creyente —no podemos “perseverar” sin que Dios nos preserve más de lo que podemos respirar cuando Dios deja de darnos aliento—. Somos “guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo pos-trero” (1 P. 1:5, *compárese con* 1 Cr. 18:6).

### **C. El método de Dios para tratar con los malvados**

Ahora, nos falta por considerar el método de Dios para tratar con los malvados. Al contemplar las relaciones del gobierno de Dios con los no elegidos, encontramos que Él ejerce sobre ellos una influencia o poder cuádruple. Adoptamos las claras divisiones, sugeridas por el Dr. Rice<sup>98</sup>:

---

<sup>98</sup> **Nathan Lewis Rice** (1807-1877) – En su obra: Dios soberano y hombre libre: O la doctrina de la pre-ordenación divina y el libre albedrío del hombre, declarada, ilustrada y probada a partir de las Escrituras (*God Sovereign and Man Free*:

### 1. *Influencia restrictiva*

Dios ejerce sobre los malvados una influencia restrictiva por la cual se les impide hacer lo que, naturalmente, están inclinados a hacer.

Un ejemplo sorprendente de esto se ve en Abimelec, rey de Gerar. Abraham descendió a Gerar y temeroso de que lo mataran a causa de su esposa, él la instruyó para que se hiciera pasar por su hermana. Considerándola como una mujer soltera, Abimelec mandó traer a Sara para él y luego, aprendemos cómo Dios mostró su poder para proteger su honor: “Y le dijo Dios en sueños: Yo también sé que con integridad de tu corazón has hecho esto; y *yo también te detuve* de pecar contra mí, y así no te permití que la tocases” (Gn. 20:6). Si no se hubiera interpuesto Dios, Abimelec habría ultrajado gravemente a Sara, pero el Señor lo restringió y no le permitió llevar a cabo las intenciones de su corazón.

Un ejemplo similar se encuentra en relación con José y el tratamiento que sus hermanos le dieron. Debido a la parcialidad de Jacob hacia José, sus hermanos lo “odiaban” y cuando pensaron que lo tenían en su poder “conspiraron contra él para *matarle*” (Gn. 37:18). Pero Dios no les permitió llevar a cabo sus designios malvados. Primero, Él movió a Rubén para librarlo de sus manos y luego, hizo que Judá sugiriera que José fuera vendido a los ismaelitas que pasaban, quienes lo llevaron a Egipto. ¡Que fue Dios quien los restringió así, es claro [cuando] se dio a conocer a sus hermanos; y dijo: “Así, pues, no me enviasteis acá vosotros, sino Dios...” (Gn. 45:8)!

La influencia restrictiva que Dios ejerce sobre los malvados fue notablemente ejemplificada en la persona de Balaam, el profeta contratado por Balac para maldecir a los israelitas. Uno no puede leer la narración inspirada sin descubrir que, abandonado a sí mismo, Balaam había aceptado, fácil y ciertamente, la oferta de Balac. Cuán evidentemente, Dios contuvo los impulsos de su corazón, se ve en su propio reconocimiento: “¿Por qué maldeciré yo al que Dios no maldijo? ¿Y por qué he de execrar al que Jehová no ha execrado?... He

---

*or the Doctrine of Divine Foreordination and Man's Free Agency, Stated, Illustrated and Proved from the Scriptures*). Junta Presbiteriana de Publicaciones, Filadelfia, 1850.

aquí, he *recibido orden* de bendecir; Él dio bendición, y no podré revocarla” (Nm. 23:8, 20).

Dios, no sólo ejerce una influencia restrictiva sobre los malvados, sino que también lo hace sobre pueblos enteros. Una ilustración notable de esto, se encuentra en Éxodo 34:24: “Porque yo arrojaré a las naciones de tu presencia, y ensancharé tu territorio; y ninguno codiciará tu tierra, cuando subas para presentarte delante de Jehová tu Dios tres veces en el año”. Tres veces, todo varón israelita, por orden de Dios, dejaba su hogar y su heredad, y viajaba a Jerusalén para celebrar las fiestas del Señor y, en las Escrituras anteriores, aprendemos que Él les prometió que mientras ellos estuvieran en Jerusalén, Él guardaría sus desprotegidos hogares al restringir los designios y deseos codiciosos de sus vecinos paganos.

## **2. Influencia suavizante**

Dios ejerce sobre los malvados una influencia suavizante que los pone en contra de sus inclinaciones naturales para hacer lo que promoverá su causa. Anteriormente, nos referimos a la historia de José como una ilustración de Dios ejerciendo una influencia restrictiva sobre los malvados, notemos ahora sus experiencias en Egipto como ejemplo de nuestra afirmación de que Dios también ejerce una influencia suavizante sobre los injustos. Se nos dice que mientras él estuvo en la casa de Potifar, “Jehová estaba con José... y vio su amo que Jehová estaba con él... así halló José gracia en sus ojos, y le servía; y él le hizo mayordomo de su casa” (Gn. 39:2-4). Más tarde, cuando José fue encarcelado injustamente, se nos dice: “Pero Jehová estaba con José y le extendió su misericordia, y *le dio gracia* en los ojos del jefe de la cárcel” (Gn. 39:21) y, en consecuencia, el guardián de la prisión le mostró mucha bondad y honor. Finalmente, después de su liberación de la prisión, aprendemos de Hechos 7:10 que el Señor “*le dio gracia* y sabiduría delante de Faraón rey de Egipto, el cual lo puso por gobernador sobre Egipto y sobre toda su casa”.

Una evidencia, igualmente sorprendente, del poder de Dios para derretir los corazones de sus enemigos, se vio en el tratamiento de la hija de Faraón al niño Moisés. El incidente es bien conocido. Faraón había emitido un edicto ordenando la destrucción de cada hijo varón de los israelitas. A cierto levita le nació un hijo, quien durante tres meses fue ocultado por su madre. Incapaz ya de ocultar al niño Moisés, lo puso en una arquilla de juncos y lo dejó a la orilla del río.

La arquilla fue descubierta nada menos que por la hija del rey, quien había bajado al río a bañarse, pero en vez de obedecer el malvado decreto de su padre y arrojar el niño al río, se nos dice que ¡ella tuvo “compasión de él” (Éx. 2:6)! En consecuencia, ¡la vida del joven fue salvada y, más tarde, Moisés se convirtió en el hijo adoptivo de esta princesa!

Dios tiene acceso a los corazones de todos los hombres y los suaviza o endurece de acuerdo con su propósito soberano. El profano Esaú, juró vengarse de su hermano por el engaño que había practicado con su padre, pero cuando volvió a encontrarse con Jacob, en lugar de matarlo, se nos dice que Esaú ¡“...se echó sobre su cuello y lo besó...” (Gn. 33:4)! Acab, el débil y malvado consorte de Jezabel, estaba muy enojado contra el profeta Elías, por cuya palabra se habían cerrado los cielos durante tres años y medio. Tan enojado estaba contra aquel a quien consideraba su enemigo, que se nos dice que lo hizo buscar en todas las naciones y reinos, y cuando no pudieron encontrarlo, “él [los] ha hecho jurar que no [le] han hallado” (1 R. 18:10). Sin embargo, cuando se encontraron, en lugar de matar al profeta, Acab obedeció dócilmente el mandato de Elías y “entonces Acab convocó a todos los hijos de Israel, y reunió a los profetas en el monte Carmelo” (v. 20). De nuevo; Ester, la humilde judía, está a punto de entrar en la cámara de la presencia del agosto<sup>99</sup> monarca medo-persa, a lo cual dijo ella: “Aunque no sea conforme a la ley” (Est. 4:16). Ella entró esperando “la muerte”, pero se nos dice que “ella obtuvo gracia ante sus ojos; y el rey extendió a Ester el cetro de oro” (5:2). Una vez más; el joven Daniel es un cautivo en una corte extranjera. El rey “asignó” una provisión diaria de carne y bebida para Daniel y sus compañeros. Pero Daniel se propuso en su corazón que no se contaminaría a sí mismo con la porción asignada y así, dio a conocer su propósito a su superior, el jefe de los eunucos. ¿Qué sucedió? Su jefe era un pagano y “temía” al rey. ¿Dio la vuelta entonces hacia Daniel y le exigió airadamente que sus órdenes se llevaran a cabo con prontitud? ¡No, porque leemos: “Y puso Dios a Daniel en gracia y en buena voluntad con el jefe de los eunucos” (Dn. 1:9)!

“Como los repartimientos de las aguas, así está el corazón del rey en la mano de Jehová; a todo lo que quiere lo inclina” (Pr. 21:1). Una

---

<sup>99</sup> **Augusto** – Majestuoso; inspirador asombro; solemnemente grandioso.

notable ilustración de esto se ve en **Ciro**<sup>100</sup>, el rey pagano de Persia. El pueblo de Dios estaba en cautiverio, pero la culminación predicha de su cautiverio, ya casi llegaba. Mientras tanto, el Templo de Jerusalén estaba en ruinas y como hemos dicho, los judíos estaban en esclavitud en una tierra lejana. ¿Qué esperanza había entonces, de que se reconstruyera la casa del Señor? Nótese ahora lo que Dios hizo:

“En el primer año de **Ciro** rey de Persia, para que se cumpliera la palabra de Jehová por boca de Jeremías, despertó Jehová el espíritu de **Ciro** rey de Persia, el cual hizo pregonar de palabra y también por escrito por todo su reino, diciendo: Así ha dicho **Ciro** rey de Persia: Jehová el Dios de los cielos me ha dado todos los reinos de la tierra, y me ha mandado que le edifique casa en Jerusalén, que está en Judá” (Esd. 1:1-2).

**Ciro**, se debe recordar, era un pagano, y como la historia secular da testimonio, un hombre muy malvado, sin embargo, el Señor lo movió a emitir este edicto para que su Palabra —a través de Jeremías setenta años antes— se cumpliera. Una ilustración similar y adicional, se encuentra en Esdras 7:27, donde encontramos a Esdras respondiendo en agradecimiento por lo que Dios había hecho —que el rey Artajerjes hiciera completar y embellecer la casa, que **Ciro** había ordenado erigir—: “Bendito Jehová Dios de nuestros padres, *que puso* tal cosa en el corazón del rey, para honrar la casa de Jehová que está en Jerusalén”.

### 3. *Influencia directriz*

Dios ejerce sobre los malvados una influencia que dirige para que el bien sea hecho como el resultado de su mal intencionado. Una vez más, volvemos a la historia de José como un ejemplo. Al vender a José a los ismaelitas, sus hermanos fueron movidos por motivos crueles y desalmados. Su objetivo era deshacerse de él y el paso de estos comerciantes ambulantes, les proporcionó una salida fácil. Para ellos, el acto no era más que esclavizar a un noble joven en aras de la ganancia. Pero ahora, observen cómo Dios estaba trabajando

---

<sup>100</sup> **Ciro el Grande** (c. 600 ó 576 – 530 a.C.)— Figura en la Biblia como el liberador de los judíos. Es mencionado 23 veces por su nombre y aludido varias veces más. Según la Biblia, **Ciro el Grande**, rey de Persia, era el monarca bajo el cual la cautividad babilónica acabó.

secretamente y rigiendo sus acciones malvadas. La Providencia lo ordenó de tal manera que estos ismaelitas pasaron justo a tiempo para evitar que José fuera asesinado, porque sus hermanos ya habían determinado juntos, matarlo. Además; estos ismaelitas viajaban a Egipto, que era el mismo país al cual Dios se había propuesto enviar a José y Él *ordenó* que compraran a José justo cuando lo hicieron. Que la mano de Dios estuvo en este incidente, que fue algo más que una afortunada coincidencia, se desprende de las palabras de José a sus hermanos en una fecha posterior: “Y Dios me envió delante de vosotros, para preservaros posteridad sobre la tierra, y para daros vida por medio de gran liberación” (Gn. 45:7).

Otra ilustración, igualmente sorprendente, de Dios dirigiendo a los malvados, se encuentra en Isaías 10:5-7: “Oh Asiria, vara y báculo de mi furor, en su mano he puesto mi ira. Le mandaré contra una nación pérfida, y sobre el pueblo de mi ira le enviaré, para que quite despojos, y arrebate presa, y lo ponga para ser hollado como lodo de las calles. *Aunque él no lo pensará así*, ni su corazón lo imaginará de esta manera, sino que su pensamiento será desarraigar y cortar naciones no pocas”. El rey de Asiria había determinado ser un conquistador del mundo para “cortar naciones no pocas”. Pero Dios dirigió y controló su lujuria y ambición militar, y le hizo enfocar su atención a la conquista de la insignificante nación de Israel. Tal tarea no estaba en el corazón del rey orgulloso, —“él no lo [pensaba] así”— pero Dios le dio este encargo y no podía hacer nada más que cumplirlo (*Compárese con* Jue. 7:22).

El ejemplo supremo de la influencia controladora y directriz que Dios ejerce sobre los malvados es la Cruz de Cristo con todas las circunstancias que la acompañan. Si alguna vez se dio testimonio de la providencia supervisora de Dios, fue allí. Desde toda la eternidad, Dios había predestinado cada detalle de ese evento de todos los eventos. Nada se dejó al azar o al capricho<sup>101</sup> del hombre. Dios había decretado cuándo, dónde y cómo moriría su bendito Hijo. Mucho de lo que se había propuesto en cuanto a la crucifixión, se había dado a conocer a través de los profetas del Antiguo Testamento y en el cumplimiento preciso y literal de estas profecías, tenemos una prueba

---

<sup>101</sup> **Capricho** – Veleidad o impulso.

clara, una demostración completa de la influencia controladora y directa que Dios ejerce sobre los malvados. Ninguna cosa sucedió, excepto como Dios lo había ordenado, y todo lo que Él había ordenado, tuvo lugar exactamente como se propuso.

Si se decretó (y se dio a conocer en las Escrituras) que el Salvador sería traicionado por uno de sus propios discípulos —por su “amigo familiar<sup>102</sup>” — (*Ver* Sal. 41:9 y *compárese con* Mt. 26:50)— entonces el Apóstol Judas [Iscariote], es aquel que lo vendió. Si había sido decretado que el traidor recibiría por su horrenda perfidia<sup>103</sup>, treinta piezas de plata, entonces los sumos sacerdotes fueron movidos a ofrecerle esa misma suma. Si había sido decretado que esta suma de traición sería destinada para un uso particular, es decir, la compra del campo del alfarero, entonces, la mano de Dios dirige a Judas que devuelva el dinero a los sumos sacerdotes y así, guío su “consejo” (Mt. 27:7) para que hicieran esto mismo. Si había sido decretado que existirían “testigos falsos” contra nuestro Señor (Sal. 35:11), entonces, en consecuencia, los tales fueron levantados. Si había sido decretado que el Señor de la gloria sería escupido y “azotado” (Is. 50:6), entonces no faltaron aquellos que fueron lo suficientemente viles como para hacerlo. Si había sido decretado que el Salvador debía ser “contado con los transgresores”, entonces, en su desconocimiento, Pilato, dirigido por Dios, ordenó su crucifixión junto con dos ladrones. Si había sido decretado que, mientras colgaba de la cruz, le dieran a beber vinagre y hiel (Jn. 19:29), entonces este decreto de Dios se ejecutó al pie de la letra. Si había sido decretado que los desalmados apostarían por sus vestiduras, entonces, ciertamente, hicieron esto mismo (Mt. 27:35). Si había sido decretado que ni un hueso de Él se rompería (Sal. 34:20), entonces, la mano controladora de Dios que permitió al soldado romano quebrarle las piernas a los ladrones, le impidió hacer lo mismo con nuestro Señor (Jn. 19:32-33). ¡Oh! no hubo suficientes soldados en todas las legiones romanas, no hubo suficientes demonios en todas las jerarquías de Satanás, para romper un hueso en el cuerpo de Cristo. ¿Y por qué? Porque el todopoderoso

---

<sup>102</sup> **Amigo familiar** – El autor toma ese término de la versión de la Biblia en inglés, King James: “Yea, mine own *familiar friend*, in whom I trusted”. En la RVR 1960, “el hombre de mi paz”.

<sup>103</sup> **Perfidia** – Deliberada traición de la confianza.

Soberano había decretado que no se rompería un hueso. ¿Necesitamos extender más este párrafo? ¿Acaso el cumplimiento preciso y literal de todo lo que la Escritura había predicho en relación con la crucifixión, no demuestra más allá de toda controversia que un poder Todopoderoso estaba dirigiendo y supervisando todo lo que se hizo en ese día de días?

#### ***4. Influencia endurecedora***

Dios también endurece los corazones de los hombres malvados y ciega sus mentes. [Algunos pueden responder:] “¿Dios endurece los corazones de los hombres!? ¿Dios ciega las mentes de los hombres!?”. Sí, así lo representan las Escrituras. Al desarrollar este tema de la soberanía de Dios en operación, reconocemos que ahora hemos alcanzado su aspecto más solemne de todos y que aquí, especialmente, necesitamos mantenernos muy cerca de las palabras de las Sagradas Escrituras. Que Dios no permita que vayamos una fracción más allá de lo que dice su Palabra; sino que Él quiera darnos la gracia para ir tan lejos como su Palabra lo permita. Es verdad que las cosas secretas le pertenecen al Señor, pero también es verdad que las cosas que se revelan en las Escrituras nos pertenecen a nosotros y a nuestros hijos (Dt. 29:29).

##### *a. Faraón*

“Cambió el corazón de ellos para que aborreciesen a su pueblo, para que contra sus siervos pensasen mal” (Sal. 105:25). Aquí se hace referencia a la permanencia de los descendientes de Jacob en la tierra de Egipto cuando, después de la muerte del Faraón que había acogido al viejo patriarca y su familia, “se levantó sobre Egipto un nuevo rey que no conocía a José” (Éx. 1:8) y, en sus días, los hijos de Israel “fructificaron y se multiplicaron, fueron aumentados y fortalecidos en extremo”, de modo que superaban en número a los egipcios. Entonces fue cuando Dios “cambió el corazón de ellos para que aborreciesen a su pueblo”.

La consecuencia del “aborrecimiento” de los egipcios es bien conocida: Los sometieron a una esclavitud cruel y los colocaron bajo despiadados capataces hasta que su suerte se volvió insostenible. Impotentes y miserables, los israelitas clamaron a Jehová y, en respuesta, Él designó a Moisés como su libertador. Dios se reveló a Sí

mismo a su siervo escogido, le dio una cantidad de señales milagrosas que debía exhibir en la corte egipcia y luego, le ordenó ir a Faraón y exigirle que permitiera a los israelitas ir a un viaje de tres días por el desierto para que ellos pudieran adorar al Señor. Pero antes de que Moisés comenzara su viaje, Dios le advirtió acerca de Faraón: “Yo endureceré su corazón, de modo que no dejará ir al pueblo” (Éx. 4:21). Si se pregunta, ¿por qué Dios endureció el corazón de Faraón? La respuesta proporcionada por la Escritura misma es: Para que Dios muestre su poder en él (Ro. 9:17).-En otras palabras, fue para que el Señor demostrara que era tan fácil para Él derrocar a este monarca arrogante y poderoso como lo era para Él aplastar a un gusano. Si insistiésemos más, ¿por qué Dios seleccionó ese método para mostrar su poder? Entonces, la respuesta debe ser que siendo soberano, Dios se reserva para Sí mismo, el derecho de *actuar como a Él le plazca*.

No sólo se nos dice que Dios endureció el corazón de Faraón para que no dejara ir a los israelitas, sino que, después de que Dios había plagado su tierra tan severamente que él, a regañadientes, dio un permiso restringido, y después de que el primogénito de todos los egipcios había sido asesinado e Israel realmente había dejado la tierra de la esclavitud, Dios le dijo a Moisés:

“He aquí, yo endureceré el corazón de los egipcios para que los sigan; y yo me glorificaré en Faraón y en todo su ejército, en sus carros y en su caballería; y sabrán los egipcios que yo soy Jehová, cuando me glorifique en Faraón, en sus carros y en su gente de a caballo” (Éx. 14:17-18).

#### *b. Cananeos*

Lo mismo sucedió posteriormente en relación con Sehón, rey de Hesbón, a través de cuyo territorio tenía que pasar Israel en su camino hacia la tierra prometida. Repasando su historia, Moisés le dijo al pueblo: “Mas Sehón rey de Hesbón no quiso que pasásemos por el territorio suyo; porque Jehová tu Dios había endurecido su espíritu, y obstinado su corazón para entregarlo en tu mano, como hasta hoy” (Dt. 2:30).

Así fue también después de que Israel entró en Canaán. Leemos: “No hubo ciudad que hiciese paz con los hijos de Israel, salvo los heveos que moraban en Gabaón; todo lo tomaron en guerra. Porque

esto vino de Jehová, que endurecía el corazón de ellos para que resistiesen con guerra a Israel, para destruirlos, y que no les fuese hecha misericordia, sino que fuesen desarraigados, como Jehová lo había mandado a Moisés” (Jos. 11:19-20). De otras Escrituras, aprendemos por qué Dios se propuso “destruir por completo” a los cananeos, fue a causa de su terrible maldad y corrupción.

### c. En el Nuevo Testamento

La revelación de esta solemne verdad, tampoco se limita al Antiguo Testamento. En Juan 12:37-40 leemos:

“Pero a pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él; para [con el propósito de] que se cumpliese la palabra del profeta Isaías, que dijo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor? Por esto no podían creer, porque también dijo Isaías: Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón; para que no vean con los ojos, y entiendan con el corazón, y se conviertan, y yo los sane”.

Aquí es necesario notar con cuidado que aquellos cuyos ojos Dios “cegó” y cuyo corazón “endureció”, eran hombres quienes, deliberadamente, habían despreciado la Luz y rechazado el testimonio del Hijo de Dios mismo.

De manera similar, leemos en 2 Tesalonicenses 2:11-12: “Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia”. Lo que Dios hizo con los judíos de antaño, Él lo hará aún con la cristiandad. Así como los judíos de los días de Cristo menospreciaron su testimonio y, en consecuencia, fueron “cegados”, así, a una cristiandad culpable, la cual ha rechazado la verdad, les será enviado de parte de Dios, un “poder engañoso” para que puedan creer una mentira.

## D. Resumen

¿Está Dios, realmente, gobernando el mundo? ¿Está ejerciendo el gobierno sobre la familia humana? ¿Cuál es el *modus operandi* de su administración gubernamental sobre la humanidad? ¿En qué medida y con qué medios controla Él a los hijos de los hombres? ¿Cómo ejerce Dios una influencia sobre los malvados, al ver que sus corazones están en enemistad contra Él? Estas son algunas de las preguntas

que hemos tratado de responder a partir de las Escrituras en las secciones anteriores de este capítulo. Sobre sus propios elegidos, Dios ejerce un poder vivificador, energizante, directriz y preservador. Sobre el malvado, Dios ejerce un poder restrictivo, suavizante, directriz, endurecedor y cegador, de acuerdo con los dictados de su propia sabiduría infinita y para la realización de su propio propósito eterno. Los decretos de Dios *están* siendo ejecutados. Lo que Él ha ordenado se está cumpliendo. La maldad del hombre está delimitada. Los límites de la maldad y de los malhechores han sido divinamente definidos y no pueden ser excedidos. Aunque muchos lo ignoran, todos los hombres, buenos y malos, están bajo la jurisdicción y absolutamente sujetos a la administración del supremo Soberano: “Aleluya: porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina” (Ap. 19:6), reina sobre todo<sup>104</sup>.

---

<sup>104</sup> Las preguntas para estudio y discusión aparecen al final del capítulo 7.

# 7. LA SOBERANÍA DE DIOS Y LA VOLUNTAD HUMANA

*“Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13).*

## A. Introducción

Con respecto a la naturaleza y el poder de la voluntad del hombre caído, la mayor confusión prevalece hoy en día y los puntos de vista más erróneos son sostenidos, incluso por muchos de los hijos de Dios. La idea popular que ahora prevalece y que se enseña desde la gran mayoría de los púlpitos, es que el hombre tiene un “libre albedrío” y que la salvación viene al pecador por su voluntad cooperando con el Espíritu Santo. Negar el “libre albedrío” del hombre, es decir, su poder de elegir lo que es bueno, su capacidad natural para aceptar a Cristo, es traer desaprobación contra uno mismo de inmediato, incluso, ante la mayoría de los que profesan ser ortodoxos. Y, sin embargo, la Escritura dice, enfáticamente: “Así que *no* depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia” (Ro. 9:16). ¿A quién creeremos: A Dios o a los predicadores?

Pero alguien puede responder: ¿No dijo Josué a Israel: “Escogeos hoy a quién sirváis”? Sí, lo hizo; pero ¿por qué no completar su oración? —“*si* a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres, cuando estuvieron al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis” (Jos. 24:15)—. Pero, ¿por qué intentar poner la Escritura contra la Escritura? La Palabra de Dios nunca se contradice y la Palabra declara, expresamente: “*No hay quien* busque a Dios” (Ro. 3:11). ¿No dijo Cristo a los hombres de su época: “Y *no queréis* venir a mí, para que tengáis vida”? (Jn. 5:40). Sí, pero algunos *sí* “vinieron” a Él, algunos sí lo recibieron. Ciertamente, ¿y quiénes fueron? Juan 1:12-13 nos dice: “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les *dio* potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, *ni de voluntad de varón*, sino de Dios”.

Pero, ¿no dice la Escritura: “El que quiera” venga (Ap. 22:17)? Sí lo dice, pero ¿significa esto que todos tienen la voluntad de venir? ¿Qué hay de los que no quieren venir? “El que quiera” venga, no quiere decir que el hombre caído tiene el poder (en sí mismo) *para* venir como “extiende tu mano”, no significa que el hombre con la mano seca tenía la capacidad (en sí mismo) para obedecer (Mr. 3:5). En sí mismo, el hombre natural tiene poder para *rechazar* a Cristo; pero en sí mismo, no tiene el poder de *recibir* a Cristo. ¿Y por qué? Porque tiene una mente que está en “enemistad contra Dios” (Ro. 8:7); porque tiene un corazón que lo aborrece (Jn. 15:18). El hombre elige lo que está de acuerdo con su naturaleza y, por lo tanto, antes de que él pueda elegir o preferir lo que es divino y espiritual, se le debe impartir una nueva naturaleza —en otras palabras, debe nacer de nuevo—.

Si se preguntase, ¿pero el Espíritu Santo no vence la enemistad y el odio de un hombre cuando Él convence al pecador de sus pecados y de su necesidad de Cristo? Y, ¿el Espíritu de Dios no produce tal convicción en muchos que perecen? Tal lenguaje demuestra confusión de pensamiento: Si la enemistad de ese hombre fuera realmente “vencida”, entonces él se *volvería* fácilmente hacia Cristo; el hecho de que él no venga al Salvador, demuestra que su enemistad no es vencida. Pero, el hecho de que muchos, a través de la predicación de la Palabra, son inculcados por el Espíritu Santo, y que, no obstante, mueren en incredulidad, es una verdad solemne. Sin embargo, es un hecho que no debe perderse de vista que el Espíritu Santo hace algo más en cada uno de los elegidos de Dios, que lo que hace en los no elegidos: “[Dios] es el que en [ellos] produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Fil. 2:13).

En respuesta a lo que hemos dicho anteriormente, los arminianos responderían: No; la obra de convicción del Espíritu es la misma, tanto para los conversos como para los inconversos, lo que distingue a una clase de la otra es que la primera cedió a los esfuerzos del Espíritu Santo, mientras que los últimos se resistieron a ellos. Pero si éste fuera el caso, entonces el cristiano tendría motivos para jactarse y gloriarse por su cooperación con el Espíritu; pero esto contradiría rotundamente a Efesios 2:8, “porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto *no de vosotros*, pues es don de Dios”.

Apelemos a la experiencia real del lector cristiano. ¿No es cierto que hubo un momento (y que el recuerdo de esto nos humille a cada uno de nosotros hasta el polvo) cuando no querías venir a Cristo? Sí, lo hubo. Dado que entonces, *has* venido a Él, ¿estás preparado ahora para darle toda la gloria por eso (Sal. 115:1)? ¿No reconoces que viniste a Cristo porque el Espíritu Santo te trajo del no querer al querer? Sí lo reconoces. Entonces, ¿no es también, un hecho patente que el Espíritu Santo no ha hecho en muchos otros lo que Él sí ha hecho en ti —concediendo que muchos otros han escuchado el evangelio, se les ha mostrado su necesidad de Cristo y, sin embargo, todavía no están dispuestos a venir a Él—? Así, Él ha obrado más en ti que en ellos. Más tú dices: Sin embargo, recuerdo bien el momento en que se me presentó el gran asunto y mi conciencia testifica que *mi* voluntad actuó y que cedí a las demandas de Cristo sobre mí. Muy cierto. Pero antes de que “cedieras”, el Espíritu Santo venció la enemistad natural de tu mente contra Dio; y esta “enemistad”, Él no la vence en todos. Si se dijera: Eso es porque no están dispuestos a que su enemistad sea vencida. ¡Oh, nadie está así de “dispuesto” hasta que Él manifieste su poder omnipotente y realice un milagro de gracia en el corazón!

## B. La naturaleza de la “voluntad”

### 1. Definición

Pero ahora, preguntémosnos: ¿Qué es la voluntad humana? ¿Es un agente auto-determinante o es, a su vez, determinado por algo más? ¿Es soberana o sierva? ¿Es la voluntad superior a cualquier otra facultad de nuestro ser para que las gobierne o se mueve por sus impulsos y está sujeta a su placer? ¿La voluntad gobierna a la mente o la mente controla la voluntad? ¿Es la voluntad libre de hacer lo que le plazca o está bajo la necesidad de rendir obediencia a algo fuera de sí misma?

“¿La voluntad se distingue de las otras grandes facultades o poderes del alma como un hombre dentro de un hombre, que puede oponerse al hombre, y actuar contra el hombre y dividirlo en segmentos como una serpiente de cristal se rompe en pedazos? O ¿está la voluntad conectada con las otras facultades como la cola de la serpiente está con su cuerpo, y éste, a la vez con su cabeza, de modo que donde va la cabeza, va toda la criatura, y, como un

hombre piensa en su corazón así es él (Pr. 23:7)? En primer lugar, el pensamiento; luego, el corazón (deseo o aversión); y después, el acto. ¿Es de esta manera que el perro mueve la cola? O ¿es la voluntad, la cola, la que menea al perro? ¿Es la voluntad lo primero y principal en el hombre o es la última cosa a mantenerse subordinada y en su lugar debajo de las otras facultades? Y, ¿es verdadera la filosofía de la acción moral y su proceso, la de Génesis 3:6: "Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer [percepción de los sentidos, inteligencia], y árbol codiciable [afectos] y tomó de su fruto, y comió [la voluntad]"?" (George S. Bishop).

Estas son preguntas de más que interés académico. Son de importancia práctica. Creemos que no vamos demasiado lejos cuando afirmamos que la respuesta a estas preguntas es una prueba fundamental de solidez doctrinal<sup>105</sup>.

¿Qué es la voluntad? Respondemos, la voluntad es la facultad de elección, la causa inmediata de toda acción. La elección implica, necesariamente, el rechazo de una cosa y la aceptación de otra. Lo positivo y lo negativo deben estar presentes en la mente, antes de que pueda haber alguna elección. En cada acto de la voluntad hay una preferencia: El desear una cosa en lugar de otra. Donde no hay preferencia, sino completa indiferencia, no hay volición<sup>106</sup>. La voluntad es elegir, y elegir es decidir entre dos o más alternativas. Pero hay algo que *influye* en la elección; algo que determina la decisión. Por lo tanto, la voluntad no puede ser soberana porque es la sierva de ese "algo". La voluntad no puede ser ambos, soberana y sierva. No puede ser causa y efecto simultáneamente. La voluntad no es causativa porque, como hemos dicho, algo la hace elegir, por lo tanto, ese algo

---

<sup>105</sup> Desde que escribimos lo anterior, hemos leído un artículo del difunto J.N. Darby titulado "*El llamado libre albedrío del hombre*", que comienza con estas palabras: "Esta reaparición de la doctrina del libre albedrío sirve para apoyar la de las pretensiones de que el hombre natural no sea irremediabilmente caído porque esto es a lo que tiende tal doctrina. Todos los que nunca han sido profundamente convencidos de pecado, todas las personas en quienes esta convicción se basa en graves pecados externos, creen más o menos en el libre albedrío". — *A.W.P.*

<sup>106</sup> **Volición** – Del latín, *voluntas* [voluntad]. Capacidad para tomar decisiones; elecciones conscientes o acto de la voluntad.

debe ser el agente causal. La elección misma se ve afectada por ciertas consideraciones, está determinada por diversas influencias ejercidas sobre el individuo mismo.

Por lo tanto, la volición es el efecto de estas consideraciones e influencias, y si el efecto debe ser su siervo; y si la voluntad es su sierva, entonces no es soberana, y si la voluntad no es soberana, no podemos, ciertamente, predicar la “libertad” absoluta de la misma. Los actos de la voluntad no pueden ocurrir por sí mismos; decir que pueden, es postular un efecto no causado. *Ex nihilo nihil fit* —La nada no puede producir algo—.

## **2. ¿Libertad de la voluntad?**

En todas las épocas, sin embargo, ha habido quienes han contenido por la libertad absoluta o la soberanía de la voluntad humana. Los hombres argumentarán que la voluntad posee un poder de auto-determinación. Dicen, por ejemplo, puedo subir o bajar la vista, la mente es bastante indiferente, lo que hago, la voluntad debe decirlo. Pero esto es una contradicción en términos. Este caso supone que elijo una cosa con preferencia a otra, mientras estoy en un estado de total indiferencia. Evidentemente, ambos no pueden ser verdad. Pero se puede responder: La mente era bastante indiferente hasta que llegó a tener una preferencia. Exactamente; ¡y en ese momento [cuando la mente era indiferente] la voluntad también estaba inactiva! Pero en el momento en que la indiferencia desapareció, se hizo una elección, y el hecho de que la indiferencia dio lugar a la preferencia, derriba el argumento de que la voluntad es capaz de elegir entre dos cosas iguales. Como dijimos, la elección implica la aceptación de una alternativa y el rechazo de la otra o las otras.

Lo que determina la voluntad es lo que hace que ella elija. Si la voluntad es determinada, entonces debe haber un determinante. ¿Qué es *lo* que determina la voluntad? Respondemos: La fuerza motriz más poderosa que se ejerce sobre ella. Lo que es esa fuerza motriz, varía en diferentes casos. Con uno, puede ser la lógica de la razón; con otro, la voz de la conciencia; con alguien más, el impulso de las emociones; con otro, el susurro del Tentador; con aquel otro, el poder del Espíritu Santo; cualquiera que presente la fuerza motriz más poderosa y ejerza la mayor influencia sobre el individuo mismo es aquello que impulsa la voluntad de actuar. En otras palabras, la acción de la voluntad está determinada por esa condición de la mente

(que, a su vez, está influenciada por el mundo, la carne y el diablo, así como por Dios) que tenga el mayor grado de tendencia a excitar la volición.

Para ilustrar lo que acabamos de decir, analicemos un ejemplo simple: Cierta tarde del Día del Señor, un amigo sufría un fuerte dolor de cabeza. Estaba ansioso por visitar a los enfermos, pero temía que, si lo hacía, su propia condición empeoraría y, como consecuencia, no podría asistir a la predicación del evangelio esa noche. Dos alternativas lo confrontaban: Visitar a los enfermos esa tarde y arriesgarse, estando enfermo él mismo, o tomarse un descanso esa tarde (y visitar a los enfermos al día siguiente) y, probablemente, levantarse fresco y en forma para el servicio vespertino. Ahora, ¿qué fue lo que decidió en nuestro amigo al elegir entre estas dos alternativas? ¿La voluntad? De ninguna manera. Es cierto que, al final, la voluntad hizo una elección, pero la voluntad misma fue movida a tomar la decisión. En el caso anterior, ciertas consideraciones presentaron fuertes motivos para seleccionar cualquiera de las alternativas; estos motivos fueron sopesados el uno contra el otro por el individuo mismo, es decir, su corazón y su mente. Una alternativa apoyada por motivos más fuertes que la otra, y la decisión se tomó en consecuencia, y *luego*, actuó la voluntad. Por un lado, nuestro amigo se sintió impulsado por el sentido del deber de visitar a los enfermos; fue movido por la compasión a hacerlo y, así, se le presentó un fuerte motivo en su mente. Por otro lado, su juicio le recordó que él mismo se sentía muy mal, que necesitaba urgentemente descansar, que si visitaba a los enfermos, su propia condición, probablemente, empeoraría y, en tal caso, no podría asistir a la predicación del evangelio esa noche; además, sabía que al día siguiente, si el Señor lo permitía, podría visitar a los enfermos y, siendo así, concluyó que debería descansar esa tarde. Aquí, entonces, se presentaron dos conjuntos de alternativas a nuestro hermano cristiano: Por un lado, el sentido del deber más su propia simpatía, por el otro lado, una sensación de su propia necesidad más una preocupación real por la gloria de Dios porque sintió que él debía asistir a la predicación del evangelio esa noche. Éste último, prevaleció. Las consideraciones espirituales superan su sentido del deber. Habiendo tomado su decisión, la voluntad actuó en consecuencia y se retiró a descansar. Un análisis del caso anterior, muestra que la mente o la facultad del razonamiento, fue dirigida

por consideraciones espirituales, y la mente reguló y controló la voluntad. Por lo tanto, decimos que, si la voluntad está controlada, no es soberana ni libre, sino que es la sierva de la mente.

Sólo cuando vemos la verdadera naturaleza de la libertad y notamos que la voluntad está sujeta a los motivos emergentes que la influyen, podemos discernir que no hay conflicto entre dos declaraciones de la Sagrada Escritura que conciernen a nuestro bendito Señor. En Mateo 4:1, leemos: “Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo”, pero en Marcos 1:12-13, se nos dice: “Y luego el Espíritu le impulsó al desierto. Y estuvo allí en el desierto cuarenta días, y era tentado por Satanás”. Es completamente imposible armonizar estas dos afirmaciones con la concepción arminiana de la voluntad. Pero, en realidad, no hay dificultad. Que Cristo fue “impulsado”, implica que fue un motivo de fuerza o un impulso poderoso, tal como para que no pudiera ser resistido o rechazado; el hecho de que fue “guiado”, denota su libertad para ir. Al juntar los dos, aprendemos que fue conducido con una condescendencia voluntaria hacia eso. Así, tenemos la libertad de la voluntad del hombre y la eficacia victoriosa de la gracia de Dios ligadas: Un pecador puede ser “traído” y, aún, “venir” a Cristo (Jn. 6:44) —la “atracción”, presentándole el motivo irresistible; el “venir”, significando la respuesta de su voluntad— como Cristo fue “impulsado” y “guiado” por el Espíritu al desierto.

### **3. El “corazón”**

La filosofía humana insiste en que es la voluntad la que gobierna al hombre, pero la Palabra de Dios enseña que es el *corazón* el que es el centro dominante de nuestro ser. Se pueden citar muchas Escrituras en apoyo a esto. “Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida” (Pr. 4:23). “Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios”, etc. (Mr. 7:21). ¡Aquí nuestro Señor, rastrea estos actos pecaminosos hasta su fuente y declara que su fuente es el “corazón” y no la voluntad! De nuevo: “Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí” (Mt. 15:8). Si se requirieran más pruebas, podríamos llamar la atención sobre el hecho de que la palabra “corazón” se encuentra en la Biblia con una frecuencia tres veces mayor que la palabra “voluntad”, aunque ¡casi

la mitad de las referencias a esta última, se refieren a la voluntad *de Dios!*

Cuando afirmamos que es el corazón y no la voluntad lo que gobierna al hombre, no estamos, simplemente, conteniendo en cuanto a palabras, sino insistiendo en una distinción que es de vital importancia. Aquí hay un individuo ante quien se colocan dos alternativas; ¿cuál escogerá? Respondemos, la que sea más agradable para él, es decir, para su “corazón” —el núcleo más íntimo de su ser—. Ante el pecador es puesta una vida de virtud y piedad, y una vida de indulgencia pecaminosa; ¿cuál seguirá? Esta última. ¿Por qué? Porque esa es su elección. ¿Pero eso prueba que la voluntad es soberana? De ninguna manera. Regresa del efecto a la causa. ¿Por qué el pecador elige una vida de indulgencia pecaminosa? Porque él lo prefiere, —y él sí lo prefiere, a pesar de todos los argumentos en contra, aunque, por supuesto, no disfruta de los efectos de tal curso—. ¿Y por qué lo prefiere? Porque su corazón es pecaminoso. Las mismas alternativas, de manera similar, confrontan al cristiano, y él elige y se esfuerza procurando una vida de piedad y virtud. ¿Por qué? Porque Dios le ha dado un nuevo corazón o naturaleza. Por lo tanto, decimos que no es la voluntad la que hace que el pecador sea inmune a todos los llamamientos a “abandonar su camino”, sino su corazón corrupto y malvado. ¡Él no vendrá a Cristo porque no quiere y no quiere porque su corazón lo odia y ama el pecado (*Ver Jer. 17:9!*)

Al definir la voluntad, hemos dicho anteriormente: “La voluntad es la facultad de elección, la causa inmediata de toda acción”. Decimos la causa *inmediata* porque la voluntad no es “la causa principal” de ninguna acción, más de lo que la mano lo es. Así como la mano está controlada por los músculos y nervios del brazo, y el brazo por el cerebro; así la voluntad es la sierva de la mente y la mente, a su vez, se ve afectada por diversas influencias y motivos que se ejercen sobre ella.

Pero, se puede preguntar: ¿No apela la Escritura a la voluntad del hombre? ¿No está escrito: “El que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (Ap. 22:17)? ¿Y no dijo nuestro Señor: “Y no queréis venir a mí para que tengáis vida” (Jn. 5:40)? Nosotros contestamos: La apelación de la Escritura no siempre se hace a la “voluntad” del hombre; otras de sus facultades también son tratadas. Por ejemplo:

“El que tiene oídos para oír, oiga”. “Escucha y tu alma vivirá”. “Mírame y sé salvo”. “Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo”. “Ven ahora y razonemos juntos”, “con el corazón se cree para justicia”, etc., etc.

## C. La esclavitud de la voluntad humana

### 1. La voluntad en tres aspectos

En cualquier tratado que se proponga tratar la voluntad humana, su naturaleza y funciones, se debe considerar la voluntad en tres hombres diferentes, a saber, el Adán no caído, el pecador y el Señor Jesucristo. En el Adán no caído, la voluntad era libre; libre en ambas direcciones, libre hacia el bien y libre hacia el mal. Adán fue creado en un estado de inocencia, pero no en un estado de santidad, como a menudo se asume y afirma. Por lo tanto, la voluntad de Adán estaba en una condición de equilibrio moral; es decir, en Adán no había un sesgo restrictivo hacia el bien o el mal y como tal, Adán se diferenciaba, radicalmente, de todos sus descendientes, así como de “el Cristo Jesús Hombre” (1 Ti. 2:5). Pero con el pecador es todo lo contrario. El pecador nace con una voluntad que no está en una condición de equilibrio moral porque en él hay un corazón que es “engañoso sobre todas las cosas y perverso” (Jer. 17:9) y esto le da un sesgo hacia el mal.

Así también, con el Señor Jesús fue bastante diferente; Él también se diferenciaba, radicalmente, del Adán no caído. El Señor Jesucristo no podía pecar porque era el “Santo de Dios”. Antes de nacer en este mundo, se le dijo a María: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios” (Lc. 1:35). Hablando con reverencia, decimos entonces, que la voluntad del Hijo del Hombre no estaba en una condición de equilibrio moral, es decir, capaz de volverse hacia el bien o el mal. La voluntad del Señor Jesús estaba predispuesta hacia lo que es bueno porque, al lado de su humanidad sin pecado, santa y perfecta, estaba su Deidad eterna.

Ahora, a diferencia de la voluntad del Señor Jesús, la cual estaba predispuesta hacia el bien; y la voluntad de Adán —la cual, antes de su caída, estaba en una condición de equilibrio moral, capaz de volverse hacia el bien o el mal— la voluntad del pecador está predispuesta hacia el mal y, por lo tanto, es libre sólo en una dirección, a

saber, en la dirección del mal. La voluntad del pecador está esclavizada porque está cautiva y es la sierva de un corazón depravado<sup>107</sup>.

## **2. *La libertad del pecador***

¿En qué consiste la libertad del pecador? Esta pregunta es sugerida, naturalmente, por lo que acabamos de decir. El pecador es “libre” en el sentido de no ser forzado desde afuera. Dios nunca obliga al pecador a pecar. Pero el pecador no es libre de hacer ni el bien ni el mal porque un corazón malvado en su interior, siempre lo inclina hacia el pecado. Permitámonos ilustrar lo que tenemos en mente. Sostengo un libro en la mano. Lo suelto. ¿Qué pasa? Cae. ¿En qué dirección? Hacia abajo; siempre hacia abajo. ¿Por qué? Porque, respondiendo a la ley de la gravedad, su propio peso lo hace caer. Supongamos que deseo que ese libro ocupe una posición un metro más arriba; ¿entonces qué? Debo levantarlo; un poder fuera de ese libro debe elevarlo. Tal es la relación que el hombre caído sostiene con Dios. Mientras el poder divino lo sostiene, es preservado de hundirse, aún más profundamente, en el pecado; se retira ese poder y él cae — su propio peso (del pecado) lo arrastra hacia abajo—. Dios no lo empuja hacia abajo más de lo que lo hice con ese libro. Que toda restricción divina sea eliminada, y todo hombre es capaz de llegar a ser un Caín, un Faraón, un Judas. Entonces, ¿cómo puede el pecador moverse hacia el cielo? ¿Por un acto de su propia voluntad? Así no. Un poder fuera de él mismo debe agarrarlo y levantarlo en cada centímetro del camino. El pecador es libre, pero libre en una sola dirección —libre para caer; libre para pecar—. Como la Palabra lo expresa: “Porque cuando erais esclavos del pecado, erais *libres* acerca de la justicia” (Ro. 6:20). El pecador es libre de hacer lo que le plazca, siempre que lo desee (excepto cuando Dios lo refrena), pero su placer es pecar.

## **D. La impotencia de la voluntad humana**

### **1. *La depravación humana***

En el párrafo inicial de este capítulo, insistimos en que una concepción adecuada de la naturaleza y la función de la voluntad es de

---

<sup>107</sup> Para más información sobre este tema, ver *La esclavitud de la voluntad* de Martín Lutero (1483-1546), disponible en CHAPEL LIBRARY.

importancia práctica, es más, que constituye una prueba fundamental de la ortodoxia teológica o de la solidez doctrinal. Queremos ampliar esta afirmación e intentar demostrar su precisión. La libertad o esclavitud de la voluntad fue la línea divisoria entre el agustinianismo<sup>108</sup> y el pelagianismo<sup>109</sup>, y en tiempos más recientes, entre el calvinismo y el arminianismo<sup>110</sup>. Reducido a términos simples, esto significa que la diferencia involucrada era la afirmación o la negación de la depravación total del hombre.

Al tomar lo afirmativo, ahora consideremos la impotencia de la voluntad humana. ¿Dentro de la competencia de la voluntad del hombre está el aceptar o rechazar al Señor Jesucristo como Salvador? Concedido que el evangelio es predicado al pecador [y] que el Espíritu Santo lo convence de su condición perdida, ¿acaso, en el análisis final, se encuentra dentro del poder de su propia voluntad el *resistir o entregarse* a Dios? La respuesta a esta pregunta, define nuestra concepción de la depravación humana<sup>111</sup>. Que el hombre es una criatura caída, todos los cristianos profesantes lo aceptarán, pero lo que muchos de ellos quieren decir por “caído”, a menudo, es difícil de determinar. La impresión general parece ser que el hombre es ahora mortal; que ya no está en la condición en la que dejó las manos de su Creador, que está expuesto a la enfermedad; que hereda malas tendencias; pero que, si emplea sus poderes de la mejor manera posible, de alguna manera será feliz al final. ¡Oh, qué tan lejos de la triste verdad! ¡Las dolencias, las enfermedades, incluso la muerte corporal, no son más que insignificancias en comparación con los

---

<sup>108</sup> **Agustinianismo** – Doctrina de Agustín de Hipona (354-430), teólogo de la Iglesia primitiva en el norte de África, enseñando la depravación total del hombre y su absoluta dependencia de la gracia de Dios en la salvación.

<sup>109</sup> **Pelagianismo** – Doctrina de Pelagio (c. 354-c. 420), monje británico que defendía una voluntad humana totalmente libre para hacer el bien. Sostuvo que la gracia divina se otorga en relación con el mérito humano. Sus opiniones fueron condenadas como herejía por el Concilio de Éfeso (431).

<sup>110</sup> **Arminianismo** – Sistema de doctrina adoptado por Jacobus Arminius (1560-1609), teólogo holandés. Rechazó la comprensión de los reformadores de la predestinación, enseñando en cambio, que la predestinación de los individuos por parte de Dios se basaba en su conocimiento previo de que aceptaban o rechazaban a Cristo por su propia voluntad.

<sup>111</sup> Ver *La doctrina de la depravación humana (The Doctrine of Human Depravity)* de A. W. Pink; disponible sólo en inglés, en CHAPEL LIBRARY.

efectos morales y espirituales de la Caída! Sólo consultando las Sagradas Escrituras podemos obtener una idea de la magnitud de esa terrible calamidad.

Cuando decimos que el hombre es totalmente depravado, queremos decir que la entrada del pecado en la constitución humana ha afectado cada parte y facultad del ser humano. La depravación total significa que el hombre es, en espíritu, alma y cuerpo, esclavo del pecado y cautivo del diablo, caminando “conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia” (Ef. 2:2). Esta afirmación no debería necesitar discusión: Es un hecho común de la experiencia humana. El hombre no puede hacer realidad sus propias aspiraciones y materializar sus propios ideales. Él no puede hacer las cosas que quisiera. Hay una inhabilidad moral que lo paraliza. Ésta es una prueba positiva de que él no es un hombre libre, sino que en su lugar, es esclavo del pecado y de Satanás. “Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer” (Jn. 8:44).

El pecado es más que un acto o una serie de actos; es un estado o condición. Es lo que está detrás y produce los actos. El pecado ha penetrado y permeado<sup>112</sup> toda la constitución del hombre. Ha cegado su entendimiento, corrompido su corazón y alejado la mente de Dios. Y la voluntad *no se ha escapado*. La voluntad está bajo el dominio del pecado y de Satanás. Por lo tanto, la voluntad no es libre. En resumen, los afectos aman como aman y la voluntad elige como elige, debido al estado del *corazón* y puesto que el corazón es engañoso más que todas las cosas y perverso: “*No hay* quien busque a Dios” (Ro. 3:11).

## ***2. El poder de la voluntad del pecador***

Repetimos nuestra pregunta: ¿Está dentro del poder de la voluntad del pecador entregarse a Dios? Intentemos dar una respuesta haciendo varias preguntas: ¿Puede el agua (por sí misma) elevarse por encima de su propio nivel? ¿Puede algo limpio salir de algo inmundo? ¿Puede la voluntad revertir toda la tendencia y la tensión de la naturaleza humana? ¿Puede eso que está bajo el dominio del pecado, originar lo que es puro y santo? Evidentemente, no.

---

<sup>112</sup> **Permeado** – Impregnado, difundido a través, saturado.

Si alguna vez, la voluntad de una criatura caída y depravada ha de moverse hacia Dios, se le debe aplicar un poder divino que superará las influencias del pecado que tira en una dirección opuesta. Ésta es sólo otra forma de decir: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere” (Jn. 6:44). En otras palabras, “tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder” (Sal. 110:3). Como dijo el Señor Darby:

“Si Cristo vino a salvar lo que se había perdido, el libre albedrío no tiene cabida. No es que Dios impida que los hombres reciban a Cristo, lejos de eso. No obstante, aun cuando Dios usa todos los estímulos posibles, todo lo que pueda ejercer influencia en el corazón del hombre, sólo sirve para mostrar que el hombre no tendrá nada de eso, que tan corrupto es su corazón y por eso decidió en su voluntad no someterse a Dios (por mucho que sea el diablo quien lo aliente a pecar), que nada puede inducirlo a recibir al Señor y a abandonar el pecado. Si con las palabras *libertad del hombre* quieren decir que nadie lo obliga a rechazar al Señor, esta libertad existe por completo. Pero si se dice que, a causa del dominio del pecado, del cual es esclavo, y que, voluntariamente, no puede escapar de su condición y hacer la elección del bien — aun reconociendo que es bueno y aprobándolo— entonces, *él no tiene libertad alguna* [cursivas nuestras]. Él no está sujeto a la Ley, ni tampoco puede; por lo tanto, “los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Ro. 8:7-8)”.

La voluntad no es soberana; es una sierva porque está influenciada y controlada por las otras facultades del ser humano. El pecador no es un agente libre porque es un esclavo del pecado —esto estaba claramente implícito en las palabras de nuestro Señor: “Si el Hijo *os libertare*, seréis verdaderamente libres” (Jn. 8:36)—. El hombre es un ser racional y como tal, responsable de rendir cuentas ante Dios, pero afirmar que es un agente moral libre, es negar que es totalmente depravado, es decir, depravado en la voluntad como en todo lo demás. Debido a que la voluntad del hombre está gobernada por su mente y corazón, y debido a que han sido viciados y corrompidos por el pecado, se deduce que si el hombre debe volverse o moverse hacia Dios, Dios mismo debe obrar en él “el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Fil. 2:13). La libertad jactanciosa del hombre es,

en verdad, “la esclavitud de la corrupción”; él “sirve a diversos deseos y placeres”. Un siervo de Dios profundamente enseñado, dijo:

“El hombre es impotente en cuanto a su voluntad. Él no tiene voluntad favorable hacia Dios. Yo creo en el libre albedrío, pero entonces, es una voluntad *sólo libre de actuar de acuerdo a la naturaleza* [cursivas nuestras]. Una paloma no tiene la voluntad de comer carroña; un cuervo no quiere comer la comida limpia de la paloma. Pon la naturaleza de la paloma en el cuervo y comerá la comida de la paloma. Satanás no podría tener voluntad de santidad. Hablamos con reverencia: Dios no puede tener voluntad para el mal. El pecador en su naturaleza pecaminosa nunca podría tener una voluntad según Dios. Para esto debe nacer de nuevo”<sup>113</sup>.

Esto es, exactamente, lo que hemos sostenido a lo largo de este capítulo: La voluntad es regulada por la naturaleza.

### ***3. La posición de catolicismo romano***

Entre los “decretos” del Concilio de Trento (1563), que es el estándar reconocido del papado, encontramos los siguientes:

“Si alguien afirma que el libre albedrío del hombre, movido y excitado por Dios, no coopera, por consentimiento, con Dios, el que mueve y excita, para prepararse y disponerse para el logro de la justificación; si además, cualquiera dice que la voluntad humana no puede negarse a cumplir, si lo desea; sino que es inactiva y simplemente pasiva; que el tal sea maldito.

Si alguien afirma, que desde la caída de Adán, el libre albedrío del hombre se pierde y se extingue; o que es algo titular<sup>114</sup>, sí, un nombre sin nada y una ficción introducida por Satanás en la Iglesia; que el tal sea maldito”.

¡Por lo tanto, aquellos que hoy insisten en el libre albedrío del hombre natural creen, precisamente, lo que Roma enseña sobre el tema! Que los católicos romanos y los arminianos caminen de la mano, puede verse en otros de los decretos emitidos por el Concilio de Trento:

---

<sup>113</sup> **Joseph Denham Smith** (1816-1889) – Nacido en Romsey, Hampshire, Inglaterra. Pastor y autor de una gran cantidad de tratados, panfletos, libros pequeños y también muchos himnos. Su obra evangelizadora en Inglaterra e Irlanda es bien conocida.

<sup>114</sup> **Titular** – Existente sólo en el título.

“Si alguien afirmara que un hombre regenerado y justificado está obligado a creer que, ciertamente, está en el número de los elegidos [lo cual 1 Ts. 1:4-5, claramente enseña —A.W.P.], que el tal sea maldito.

Si alguien afirmara con certeza positiva y absoluta que, ciertamente, tendrá el don de la perseverancia hasta el fin [lo cual Jn. 10:28-30, sin duda, garantiza —A.W.P.]; que sea maldito”.

#### **4. ¿Una invitación a la salvación?**

Para que cualquier pecador sea salvo, tres cosas [son] indispensables: Dios el Padre tuvo que proponerse darle salvación, Dios el Hijo tuvo que comprarla, Dios el Espíritu tuvo que aplicarla. Dios hace más que “proponernos”: Si Él sólo “invitase”, cada uno de nosotros estaría perdido. Esto está, sorprendentemente ilustrado, en el Antiguo Testamento. En Esdras 1:1-3, leemos:

“En el primer año de Ciro rey de Persia, para que se cumpliese la palabra de Jehová por boca de Jeremías, despertó Jehová el espíritu de Ciro rey de Persia, el cual hizo pregonar de palabra y también por escrito por todo su reino, diciendo: Así ha dicho Ciro rey de Persia: Jehová el Dios de los cielos me ha dado todos los reinos de la tierra, y me ha mandado que le edifique casa en Jerusalén, que está en Judá. Quien haya entre vosotros de su pueblo, sea Dios con él, y suba a Jerusalén que está en Judá, y edifique la casa a Jehová Dios de Israel (él es el Dios)...”.

Aquí se hizo una “oferta”, hecha a un pueblo en cautiverio, brindándoles la oportunidad de irse y regresar a Jerusalén, la morada de Dios. ¿*Todo* Israel respondió con entusiasmo a esta oferta? De hecho, no. La gran mayoría estaba contenta de permanecer en la tierra del enemigo. ¡Sólo un insignificante “remanente” aprovechó esta oferta de misericordia! ¿Y por qué ellos? Escucha la respuesta de la Escritura: ¡“Entonces se levantaron los jefes de las casas paternas de Judá y de Benjamín, y los sacerdotes y levitas, todos aquellos cuyo espíritu despertó Dios para subir a edificar la casa de Jehová, la cual está en Jerusalén”! (Esd. 1:5) De la misma manera, Dios “despierta” los espíritus de sus elegidos cuando les llega el llamamiento eficaz y no es sino hasta entonces que tienen voluntad para responder a la proclamación divina.

### **5. La predicación errónea**

El trabajo superficial de muchos de los evangelistas profesionales de los últimos cincuenta años es, en gran parte, responsable de los puntos de vista erróneos actuales sobre la esclavitud del hombre natural, alentados por la pereza de los que están en las bancas en su incapacidad para “probar todas las cosas” (1 Ts. 5:21). El púlpito evangélico promedio transmite la impresión de que está totalmente en el poder del pecador, si se salva o no. Se dice que “Dios ha hecho su parte, ahora el hombre debe hacer la suya”. ¡Ay!, ¿qué *puede* hacer un hombre sin vida, un hombre que por naturaleza está “muerto en delitos y pecados” (Ef. 2:1)? Si se creyese esto realmente, habría más dependencia del Espíritu Santo para que entre con su poder milagroso y menos confianza en *nuestros* intentos de “ganar hombres para Cristo”.

Al dirigirse a los que no son salvos, los predicadores, a menudo, hacen una analogía entre el envío de Dios del evangelio al pecador y un hombre enfermo en la cama con una medicina sanadora en una mesa a su lado: todo lo que necesita hacer es extender su mano y tomarla. Pero para que esta ilustración sea fiel a la imagen que la Escritura nos da del pecador caído y depravado, el enfermo en la cama debe ser descrito como uno que está ciego (Ef. 4:18) para que no pueda ver la medicina, su mano paralizada (Ro. 5:6), de modo que es incapaz de alcanzarla, y su corazón, no sólo está desprovisto de toda confianza en la medicina, sino que está lleno de odio contra el médico mismo (Jn. 15:18). ¡Oh, qué superficiales visiones de la desesperada situación del hombre se tienen hoy día! Cristo vino aquí, no para ayudar a los que estaban dispuestos a ayudarse a sí mismos, sino para hacer por su pueblo lo que ellos eran incapaces de hacer por sí mismos: “[Abrir] los ojos de los ciegos [...] [sacar] de la cárcel a los presos, y de casas de prisión a los que moran en tinieblas” (Is. 42:7)<sup>115</sup>.

### **6. Objeción: ¿Por qué predicar?**

Ahora, en conclusión, anticipemos y eliminemos la objeción habitual e inevitable: ¿Por qué predicar el evangelio, si el hombre es incapaz de responder? ¿Por qué vino el pecador a Cristo si el pecado lo

---

<sup>115</sup> Para más información sobre este tema, ver *La incapacidad humana* por Charles Spurgeon (1834-1892), disponible en CHAPEL LIBRARY.

tiene tan esclavizado que no tiene poder en sí mismo para venir? Respuesta: No predicamos el evangelio porque creamos que los hombres son agentes morales libres y, por lo tanto, capaces de recibir a Cristo, sino que lo predicamos porque *se nos ha ordenado que lo hagamos* (Mr. 16:15); aunque “es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios” (1 Co. 1:18). “Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres” (1 Co. 1:25). El pecador está muerto en delitos y pecados (Ef. 2:1) y un hombre muerto es completamente incapaz de querer cualquier cosa. Por lo tanto, es que “los que viven según la carne [los no-regenerados] no pueden agradar a Dios” (Ro. 8:8).

Para la sabiduría carnal, predicar el evangelio a los que están muertos y, por lo tanto, más allá del alcance de hacer cualquier cosa por sí mismos, parece el colmo de la locura. Sí, pero los caminos de Dios son diferentes a los nuestros. “Agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación” (1 Co. 1:21). El hombre puede considerar una locura profetizar a “huesos muertos” y decirles: “Huesos secos, oíd palabra de Jehová” (Ez. 37:4). ¡Ah!, pero es la Palabra del *Señor* y las palabras que Él habla “son espíritu, y son vida” (Jn. 6:63). Los hombres sabios parados junto a la tumba de Lázaro podrían considerar una evidencia de locura cuando el Señor se dirigió a un hombre muerto con las palabras: “Lázaro, ven fuera”. ¡Ah! pero Aquel que así habló fue y es, Él mismo, la Resurrección y la Vida, y por su palabra, incluso los muertos, viven. Salimos a predicar el evangelio entonces, no porque creamos que los pecadores tienen dentro de sí el poder de recibir al Salvador que proclama, sino porque el evangelio mismo, es el poder de Dios para salvación a todo aquel que cree y porque sabemos que “todos los que fueron ordenados para la vida eterna” (Hch. 13:48) *creerán* (Jn. 6:37; 10:16 —nótese “los verbos en futuro”<sup>116</sup>) en el tiempo señalado por Dios porque está escrito: ¡“Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de *tu* poder” (Sal. 110:3)!

---

<sup>116</sup> **Nota del editor** – En Juan 6:37, se lee: “Todo el que el Padre me da, *vendrá* a mí” y, en Juan 10:16, dice: “Aquellas también debo traer, y *oírán* mi voz”.

## E. Resumen

Lo que hemos expuesto en este capítulo no es un producto del “pensamiento moderno”; de hecho, no. Está en directo desacuerdo con él. Son aquellos de las últimas generaciones, los que se han apartado tanto de las enseñanzas de sus padres, escrituralmente instruidos. En los *Treinta y nueve artículos* de la Iglesia de Inglaterra<sup>117</sup>, leemos:

“La condición del hombre tras la caída de Adán es tal que no puede, mediante su propio esfuerzo natural y buenas obras, regresar ni prepararse para la fe e invocar a Dios. Por lo cual, no tenemos ningún poder para hacer buenas obras agradables y aceptables ante Dios si carecemos de la gracia de Dios por mediación de Cristo, quien nos permite alcanzar la buena voluntad y trabaja con nosotros cuando poseemos esa buena voluntad (Artículo 10)”.

En el *Catecismo mayor de Westminster* (adoptado por los presbiterianos en 1647), leemos:

“La pecaminosidad de ese estado en el que el hombre cayó, consiste en la culpa del primer pecado de Adán, la pérdida de esa justicia original en la que fue creado y la corrupción de su naturaleza, por lo cual, está completamente indispuesto, incapacitado y opuesto a todo lo que es espiritualmente bueno, y totalmente inclinado a todo mal y eso, continuamente (Respuesta a la pregunta 25)”.

También, en la Confesión de fe bautista de Filadelfia de 1742, leemos:

“El hombre, al caer en un estado de pecado, ha perdido por completo toda capacidad de voluntad para cualquier bien espiritual que acompañe a la salvación; así como hombre natural, siendo totalmente opuesto al bien y muerto en pecado, no puede, por su propia fuerza, convertirse a sí mismo ni prepararse para ello (Capítulo 9)”.

---

<sup>117</sup> **Treinta y nueve artículos** – Confesión de fe de la Iglesia de Inglaterra y la Iglesia Episcopal, formulada en la Convocación de Canterbury en 1563. Todos los ministros estaban obligados a aceptarlos o enfrentarse a sanciones o encarcelamiento.

***Preguntas para estudio personal y discusión en grupo***

*Las siguientes preguntas refuerzan la comprensión y la aplicación.*

***Capítulo 6***

1. Defina “pre-ordenar”. Defina “profecías”.
2. ¿Cuál es el diseño de Dios para el mundo?
3. ¿Qué es “nacer del espíritu” (Ver Jn. 3:3, 6; 5:24; 2 P. 1:4; Col. 1:13)? Describa todo lo que Dios hace cuando alguien es nacido de nuevo.

***Capítulo 7***

4. Describa el “libre albedrío” del hombre; incluya “alternativas” y “preferencia”.
5. ¿Cuáles son los puntos clave de Romanos 3:11, 8:7; Juan 1:12-13, 5:40?
6. ¿Qué determina la voluntad? Incluya la causa primaria e inmediata.
7. ¿En qué consiste la libertad del pecador? ¿Cómo no es libre?
8. ¿Qué es el pecado? ¿Cuáles son sus consecuencias en el hombre?

# 8. SOBERANÍA Y RESPONSABILIDAD HUMANA

*“De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí”  
(Romanos 14:12).*

## A. Introducción

### 1. Resumen

En nuestro último capítulo, consideramos con cierto detalle la cuestión tan debatida y difícil de la voluntad humana. Hemos demostrado que la voluntad del hombre natural no es ni soberana ni libre, sino, en su lugar, sierva y esclava. Hemos argumentado que una concepción correcta de la voluntad del pecador —su servidumbre—, es esencial para una estimación justa de su depravación y ruina. La completa corrupción y degradación de la naturaleza humana es algo que el hombre odia reconocer, y que negará ardiente e insistentemente hasta que sea “enseñado por Dios”. Mucha, pero mucha, de la doctrina errónea que ahora escuchamos en todas partes, es el resultado directo y lógico del repudio del hombre a la estimación expresa de Dios de la depravación humana. Los hombres afirman que son “[ricos], y [que se han] enriquecido, y [que] de ninguna cosa [tienen] necesidad; y no [saben] que [son desventurados, miserables, pobres, ciegos y desnudos]” (Ap. 3:17). Ellos parlotean sobre el “Ascenso del Hombre”<sup>118</sup> y niegan su caída. Ponen tinieblas por luz y luz por tinieblas (Is. 5:20). Se jactan del “libre albedrío moral” del hombre cuando, de hecho, él está en esclavitud del pecado y esclavizado por Satanás: “Están cautivos a voluntad de él” (2 Ti. 2:26). Pero si el hombre natural no es un “agente moral libre”, ¿también se concluye que él no es responsable?

---

<sup>118</sup> Se hace referencia a *El ascenso del hombre* (*The Ascent of Man*) de Henry Drummond (1851-1897), publicado en 1894, que abogaba por la creciente prosperidad del hombre, debido a sus habilidades innatas.

“El libre albedrío moral” es una expresión de la invención humana y como hemos dicho antes, hablar de la libertad del hombre natural es negar rotundamente su ruina espiritual. En ninguna parte, la Escritura habla de la libertad o la capacidad moral del pecador, por el contrario, insiste en su incapacidad moral y espiritual.

Ésta es, sin duda, la derivación más difícil de nuestro tema. Aquellos que alguna vez han dedicado mucho estudio a este tema, han reconocido, uniformemente, que la armonización de la soberanía de Dios con la responsabilidad del hombre es el nudo gordiano<sup>119</sup> de la teología.

## ***2. La relación entre la soberanía de Dios y la responsabilidad del hombre***

La mayor dificultad que se encuentra es definir la *relación* entre la soberanía de Dios y la responsabilidad del hombre. Muchos han resuelto la dificultad, livianamente, al negar su existencia. Una cierta clase de teólogos, en su ansiedad por mantener la responsabilidad del hombre, la han magnificado más allá de todas las debidas proporciones hasta que la soberanía de Dios se ha perdido de vista y, en no pocos casos, se ha negado rotundamente. Otros han reconocido que las Escrituras presentan, tanto la soberanía de Dios como la responsabilidad del hombre, pero afirman que en nuestra presente condición finita y con nuestro conocimiento limitado, es imposible reconciliar las dos verdades, aunque el deber fundamental del creyente es aceptar ambos<sup>120</sup>.

El presente escritor cree que se ha asumido con demasiada facilidad que las Escrituras mismas no revelan los diversos puntos que muestran la conciliación de la soberanía de Dios y la responsabilidad del hombre. Mientras que, quizás, la Palabra de Dios no aclara todo el misterio (y esto se dice con reservas), sí arroja mucha luz sobre el

---

<sup>119</sup> **Nudo gordiano** – (Leyenda griega) Un nudo atado por el rey Gordio de Frigia, que un oráculo reveló que sólo lo desharía el futuro gobernante de Asia. Alejandro el Grande o Magno, al no desatarlo, cortó el nudo con su espada. Por lo tanto, se refiere a una dificultad que no se puede resolver, a un obstáculo difícil de salvar o de difícil solución o desenlace, en especial, cuando esta situación sólo admite soluciones creativas.

<sup>120</sup> Ver *La Soberanía divina y la responsabilidad humana (Divine Sovereignty and Human Responsibility)* de J. I. Packer; disponible sólo en inglés, en CHAPEL LIBRARY.

problema, y nos parece más honroso para Dios y su Palabra, escudriñar en oración las Escrituras para una solución más completa de la dificultad. Y, aunque otros hasta ahora han buscado en vano, eso sólo debería llevarnos más y más a nuestras rodillas. Dios se complació en iluminar muchas cosas de su Palabra durante el siglo pasado que estaban ocultas a los estudiantes anteriores. ¿Quién se atreve a afirmar que aún no hay mucho que aprender en cuanto a nuestra investigación?!

Como se dijo anteriormente, nuestra principal dificultad es determinar el punto de encuentro de la soberanía de Dios y la responsabilidad del hombre. A muchos les ha parecido que el que Dios afirme su soberanía; haga uso de su poder y ejerza una influencia directa sobre el hombre; que Él haga cualquier cosa más que advertir o invitar, sería interferir con la libertad del hombre, destruir su responsabilidad y reducirlo a una máquina. Es realmente triste, encontrar personas como el difunto Dr. A. T. Pierson<sup>121</sup>, cuyos escritos son generalmente tan bíblicos y útiles, diciendo: “Es una idea tremenda que, incluso Dios mismo, no puede controlar mi marco moral ni limitar mi elección moral. Él no puede evitar que lo desafíe y lo niegue, y no ejercería su poder en tales direcciones si pudiera, y no podría si quisiera” (*Una clínica espiritual*). Más triste aún, es descubrir que muchos otros hermanos respetados y amados, expresan los mismos sentimientos. Triste porque está, directamente, en desacuerdo con las Sagradas Escrituras.

Es nuestro deseo enfrentar honestamente las dificultades involucradas y examinarlas cuidadosamente con la luz que Dios se ha complacido en concedernos. Las principales dificultades podrían expresarse así: Primero, ¿cómo es posible que Dios ejerza así su poder sobre los hombres, de tal manera que les impida hacer lo que desean hacer y que se les impulse a hacer otras cosas que no desean hacer, y, sin embargo, preservar su responsabilidad? Segundo, ¿cómo puede responsabilizarse al pecador por hacer lo que es incapaz de hacer? ¿Y cómo puede ser justamente condenado por no hacer lo que no puede hacer? Tercero, ¿cómo es posible que Dios decreta que los hombres

---

<sup>121</sup> **Arthur Tappan Pierson** (1837-1911) – Pastor presbiteriano estadounidense; prolífico predicador y escritor. Era amigo de C. I. Scofield, D. L. Moody, George Müller y C. H. Spurgeon, a quien sucedió en el Tabernáculo Metropolitano de Londres.

cometerán ciertos pecados, los haga responsables de cometerlos y los declare culpables porque los cometieron? Cuarto, ¿cómo puede el pecador ser considerado responsable de recibir a Cristo y ser condenado por rechazarlo cuando Dios lo pre-ordenó para condenación? Ahora, trataremos con estos varios problemas en el orden dado. Que el Espíritu Santo mismo sea nuestro maestro para que en su luz podamos ver la luz (Sal. 36:9).

## B. Preservando la responsabilidad humana

¿Cómo es posible que Dios ejerza así su poder sobre los hombres de tal manera que les impida hacer lo que desean hacer y que se les impulse a hacer otras cosas que no desean hacer y, sin embargo, preservar su responsabilidad? Parecería que si Dios hiciera uso de su poder y ejerciera una influencia directa sobre los hombres, su libertad sería interferida. Parecería que si Dios hiciera algo más que advertir e invitar a los hombres, se violaría su responsabilidad. Se nos dice que Dios no debe coaccionar al hombre, mucho menos obligarlo o, de lo contrario, sería reducido a una máquina. Esto suena muy plausible; parece ser una buena filosofía y se basa en un razonamiento sólido; ha sido aceptado casi universalmente como un axioma en la ética; sin embargo, ¡es refutado por las Escrituras!

### 1. Dios detiene el pecado

#### a. Abimelec

Vayamos primero a Génesis 20:6: “Y le dijo Dios en sueños [a Abimelec]: Yo también sé que con integridad de tu corazón has hecho esto; y yo también *te detuve de pecar* contra mí, y así no te permití que la tocases”. Se argumenta, casi universalmente, que Dios no debe interferir con la libertad del hombre, que no debe usar coerción ni obligarlo para que no sea reducido a una máquina. Pero la Escritura, anteriormente citada, demuestra, inequívocas pruebas de que no es imposible que Dios ejerza su poder sobre el hombre sin destruir su responsabilidad. Aquí hay un caso en el que Dios sí ejerció su poder, restringió la libertad del hombre y le impidió hacer lo que, de otro modo, hubiera hecho.

*b. Adán*

Antes de pasar de esta Escritura, observemos cómo arroja luz sobre el caso del primer hombre. Los aspirantes a filósofos que trataron de ser sabios por encima de lo que estaba escrito, han argumentado que Dios no pudo haber evitado la caída de Adán sin reducirlo a una simple autómeta. Nos dicen, constantemente, que Dios no debe forzar ni obligar a sus criaturas, de lo contrario, Él destruiría su responsabilidad. Pero la respuesta a tales filosofías es que la Escritura registra varios ejemplos en los que se nos dice, expresamente, que Dios *sí* impidió que algunas de sus criaturas pecaran, tanto contra Él mismo como contra su pueblo, en vista de lo cual, todos los razonamientos de los hombres son completamente sin valor. Si Dios pudo “detener” a Abimelec para que no pecara contra Él, ¿por qué entonces, no pudo hacer lo mismo con Adán? Si alguien preguntara entonces, ¿por qué Dios no lo hizo? Podemos devolver la pregunta haciendo otra: ¿Por qué Dios no “detuvo” a Satanás para que no cayera? O, ¿por qué Dios no “detuvo” al Káiser para evitar comenzar la guerra<sup>122</sup>? La respuesta habitual es, como hemos dicho, que Dios no podría sin interferir con la “libertad” del hombre y reducirlo a una máquina. Pero el caso de Abimelec prueba, de manera concluyente, que tal respuesta es insostenible y errónea, podríamos agregar malvada y blasfema, porque ¿quiénes somos para limitar al Altísimo! ¿Cómo se atreve cualquier criatura finita a asumir decir lo que el Todopoderoso puede y no puede hacer?

Si se nos presiona más en cuanto a por qué Dios se negó a ejercer su poder para evitar la caída de Adán, deberíamos decir: Debido a que la caída de Adán sirvió mejor a su propio propósito sabio y bendito. Entre otras cosas, brindó la oportunidad de demostrar que cuando el pecado abundó, la gracia pudo ser mucho más abundante (Ro. 5:20). Pero podríamos preguntarnos más: ¿Por qué Dios colocó en el jardín el árbol del conocimiento del bien y del mal cuando previó que el hombre desobedecería su prohibición y comería de él? Para resaltar, fue Dios y no Satanás quien hizo ese árbol. Si alguien responde: ¿Entonces, es Dios el autor del pecado? Tendríamos que preguntar, a su vez, ¿qué significa “autor”? Claramente, era la voluntad de Dios que

---

<sup>122</sup> El káiser Guillermo II de Alemania declaró la guerra a Rusia el 1 de agosto de 1914, una importante escalada del conflicto en los Balcanes y el comienzo de la Primera Guerra Mundial.

el pecado entrara en este mundo, de lo contrario, no habría entrado porque nada sucede, salvo lo que Dios ha decretado eternamente. Además, hubo más que un simple permiso, pues Dios sólo permite lo que Él se ha propuesto. Pero dejemos ahora el origen del pecado, insistiendo una vez más, sin embargo, en que Dios podría haber “detenido” a Adán de pecar sin destruir su responsabilidad.

### *c. Balaam*

El caso de Abimelec no es el único. Otra ilustración del mismo principio se ve en la historia de Balaam, ya mencionada en el capítulo anterior, pero con respecto a la cual hay una palabra adicional que decir. Balac, el moabita, envió a este profeta pagano a “maldecir” a Israel. Se ofreció una atractiva recompensa por sus servicios y, una lectura cuidadosa de Números 22-24, mostrará que Balaam estaba dispuesto, sí, ansioso, de aceptar la oferta de Balac —y así pecar contra Dios y su pueblo—. Pero el poder divino lo “detuvo”. Resáltese su propia admisión: “Balaam respondió a Balac: He aquí yo he venido a ti; mas ¿podré ahora hablar alguna cosa? La palabra que Dios pusiere en mi boca, esa hablaré” (Nm. 22:38). Nuevamente, después de que Balac había protestado contra Balaam, leemos: “El respondió y dijo: ¿No cuidaré de decir lo que Jehová ponga en mi boca?... He aquí, he recibido orden de bendecir; el dio bendición, y no podré revocarla” (23:12, 20). Seguramente, estos versículos nos muestran el poder de Dios y la impotencia de Balaam: La voluntad del hombre frustrada y la voluntad de Dios realizada. Pero, ¿fue destruida la “libertad” o la responsabilidad de Balaam? Ciertamente no, como intentaremos demostrar.

### *d. Los reinos alrededor*

Una ilustración más: “Y cayó el pavor de Jehová sobre todos los reinos de las tierras que estaban alrededor de Judá, y no osaron hacer guerra contra Josafat” (2 Cr. 17:10). La implicación aquí es clara. Si el “temor de Jehová” no hubiera caído sobre estos reinos, ellos habrían hecho guerra contra Judá. Sólo el poder restrictivo de Dios los detuvo. Si se hubiera permitido que su propia voluntad actuara, “guerra” habría sido la consecuencia. Así vemos, que la Escritura enseña que Dios “detiene”, tanto a las naciones como a los individuos, y que cuando le place hacerlo así, se interpone y evita la guerra. Compárese también con Génesis 35:5.

## 2. El hombre sigue siendo responsable

La pregunta que ahora exige nuestra consideración es: ¿Cómo es posible que Dios “detenga” a los hombres de pecar y, sin embargo, no interfiera con su libertad y responsabilidad? Una pregunta que muchos dicen que es imposible de resolver en nuestra presente condición finita. Esta pregunta hace que preguntemos: ¿En qué consiste la “libertad” moral, la real libertad moral? Respondemos, es el ser liberado de la esclavitud del pecado. Cuanto más se emancipa un alma de la esclavitud del pecado, más entra en un estado de libertad: “Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres” (Jn. 8:36). En los casos anteriores, Dios “detuvo” de pecar a Abimelec, Balaam y los reinos paganos, y, por lo tanto, afirmamos que Él, de ninguna manera, interfirió con su verdadera libertad. Cuanto más se acerca un alma a la impecabilidad, más se acerca a la santidad de Dios. La Escritura nos dice que Dios “no puede mentir” (Tit. 1:2) y que “no puede ser tentado” (Stg. 1:13), pero, ¿es Él menos libre porque no puede hacer lo malo? Seguramente no. Entonces, ¿no es evidente que cuanto más el hombre es levantado a Dios y cuanto más es “detenido” de pecar, mayor es su verdadera libertad?

Un ejemplo pertinente que establece el punto de encuentro de la soberanía de Dios y la responsabilidad del hombre, en lo que se refiere a la cuestión de la libertad moral, se encuentra en relación con la entrega de las Sagradas Escrituras. En la comunicación de su Palabra, Dios se complació en emplear instrumentos humanos y, al usarlos, no los redujo a meros amanuenses<sup>123</sup> mecánicos: “Entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada [*En griego*: De su propio origen]. Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que *los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo*” (2 P. 1:20-21). Aquí tenemos la responsabilidad del hombre y la soberanía de Dios puesta en yuxtaposición<sup>124</sup>. Estos santos hombres fueron “inspirados”<sup>125</sup> [*En griego*: “llevados a lo largo”] por el Espíritu Santo, no obstante, no fue perturbada su responsabilidad moral ni

<sup>123</sup> **Amanuense** – Persona que escribe lo que otro dicta.

<sup>124</sup> **Yuxtaposición** – Lado a lado.

<sup>125</sup> **Inspirados** – En griego, Φερομενοι Traducido en la versión griego-español (IntEspWH+) como “siendo *llevados*”. En inglés: “*Moved*” (movidos) o “*borne along*” (llevados a lo largo).

su “libertad” fue impedida. Dios iluminó sus mentes, encendió sus corazones, les reveló su verdad y los controló, de tal manera, que el error de parte de ellos fue imposibilitado por Él, mientras comunicaba su mente y voluntad a los hombres. Pero, ¿qué habría causado el error si Dios no hubiera controlado como lo hizo, los instrumentos que empleó? La respuesta es el pecado, el pecado que había en ellos. Pero como hemos visto, la contención del pecado, la prevención del ejercicio de la mente carnal en estos “hombres santos”, no fue una destrucción de su “libertad”, sino que fue la inducción de ellos a la libertad real.

Aquí debe agregarse una última palabra sobre la naturaleza de la verdadera libertad. Hay tres cosas principales acerca de las cuales los hombres, en general, se equivocan grandemente: La miseria y la felicidad, la locura y la sabiduría, la esclavitud y la libertad. El mundo no cuenta a nadie miserable, sino a los afligidos, y a ninguno feliz, sino a los prósperos porque juzgan por la facilidad presente de la carne. De nuevo; el mundo se complace con una falsa demostración de sabiduría (que es “insensatez para con Dios”. 1 Co. 3:19), descuidando lo que hace sabio para la salvación (2 Ti. 3:15). En cuanto a la libertad, los hombres estarían a su propia disposición y vivirían como les placiera. Suponen que la única libertad verdadera es no estar bajo el mando ni el control de nadie sobre ellos mismos y vivir de acuerdo con el deseo de su corazón. Pero esto es una esclavitud y una cautividad de la peor clase.

¡La verdadera libertad no es el poder de vivir como nos plazca, sino vivir como debemos! Por lo tanto, el único que ha pisado esta tierra desde la caída de Adán que ha disfrutado la libertad perfecta fue el Hombre Cristo Jesús, el Santo Siervo de Dios, cuya comida fue siempre hacer la voluntad del Padre (Jn. 4:34).

### **C. Condenación justa**

Ahora pasamos a considerar la pregunta: ¿Cómo puede responsabilizarse al pecador por hacer lo que es incapaz de hacer? ¿Y cómo puede ser justamente condenado por no hacer lo que no puede hacer? Como criatura, el hombre natural es responsable de amar, obedecer y servir a Dios; como pecador, él es responsable de arrepentirse y creer en el evangelio. Pero al principio, nos enfrentamos al hecho

de que el hombre natural es incapaz de amar y servir a Dios, y que el pecador, por sí mismo, no puede arrepentirse y creer.

### **1. Qué es “venir a Cristo”**

Primero, demostremos lo que acabamos de decir. Comenzamos citando y considerando, Juan 6:44: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere”. El corazón del hombre natural (todo hombre) es tan “desesperadamente malvado” que si se le deja a sí mismo, nunca “vendrá a Cristo”. Esta afirmación no sería cuestionada si la fuerza completa de las palabras “venir a Cristo” fuera, apropiadamente, aprehendida. Por lo tanto, haremos una pequeña digresión en este punto para definir y considerar lo que está implícito e involucrado en las palabras “ninguno puede venir a mí” —compárese con Juan 5:40, “no queréis venir a mí para que tengáis vida”—.

Para el pecador, venir a Cristo para tener vida, es darse cuenta del terrible peligro de su situación; es para él ver que la espada de la justicia divina está suspendida sobre su cabeza; es despertar al hecho de que hay sólo un paso entre él y la muerte, y que después de la muerte, está el “juicio” (He. 9:27); y como consecuencia de este descubrimiento, para él escapar es un asunto serio y tal es la seriedad que huirá de la ira venidera, clamará a Dios por misericordia y agonizará para entrar por la “puerta angosta” (Lc. 13:24).

Venir a Cristo por vida, es para el pecador, sentir y reconocer que está completamente desprovisto de cualquier derecho al favor de Dios; es verse a sí mismo como “sin fuerzas” (Ro. 5:6), perdido y deshecho; es admitir que no merece más que la muerte eterna, poniéndose así, del lado de Dios contra sí mismo; es arrojarse al polvo ante Dios y pedir, humildemente, la divina misericordia.

Venir a Cristo por vida es para el pecador, abandonar su propia justicia y que esté listo para ser hecho justicia de Dios en Cristo; es renunciar a su propia sabiduría y ser guiado por la de Él; es repudiar su propia voluntad y ser gobernado por la de Él; es recibir sin reservas al Señor Jesús como su Señor y Salvador, como su Todo en todo.

### **2. La voluntad de “venir a Cristo”**

Eso es, en parte y brevemente, lo que está implícito e involucrado en el “venir a Cristo”. Pero, ¿está el pecador dispuesto a asumir tal actitud ante Dios? No, porque, en primer lugar, no se da cuenta del peligro de su situación y, en consecuencia, escapar no es para él un

asunto serio. En su lugar, los hombres están en gran parte, tranquilos y —aparte de las operaciones del Espíritu Santo— cuando son perturbados por las alarmas de la conciencia o las dispensaciones de la Providencia, huyen a cualquier otro refugio que no sea Cristo. En segundo lugar, no reconocerán que todas sus justicias son como trapos de inmundicia, pero, como el fariseo, le agradecerán a Dios por no ser como el publicano (Lc. 18:10-14). Y, en tercer lugar, no están listos para recibir a Cristo como su Señor y Salvador porque no están dispuestos a separarse de sus ídolos; prefieren arriesgar el bienestar eterno de su alma que renunciar a ellos. Por eso decimos que, abandonado a sí mismo, el hombre natural es tan depravado de corazón que no puede venir a Cristo.

Las palabras de nuestro Señor citadas anteriormente, de ninguna manera son independientes. Un buen número de Escrituras, establecen la incapacidad moral y espiritual del hombre natural. En Josué 24:19, leemos: “Entonces Josué dijo al pueblo: No podréis servir a Jehová, porque él es Dios santo...”. A los fariseos, Cristo dijo: “¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi palabra” (Jn. 8:43). Y otra vez: “Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Ro. 8:7-8).

### **3. La incapacidad de “venir a Cristo”**

Pero ahora, la pregunta vuelve, ¿cómo puede Dios responsabilizar al pecador de fracasar en hacer lo que es incapaz de hacer? Esto necesita una definición cuidadosa de los términos. ¿Qué se quiere decir por “incapaz” y “no poder”?

Ahora, que se entienda claramente que cuando hablamos de la incapacidad del pecador, no queremos decir que si los hombres desearan venir a Cristo, carecerían del poder necesario para llevar a cabo su deseo. No, el hecho es que la incapacidad o falta de poder del pecador se debe a la falta de voluntad de venir a Cristo y, esta falta de voluntad, es el fruto de un corazón depravado. Es de vital importancia distinguir entre la incapacidad natural y la incapacidad moral y espiritual. Por ejemplo, leemos: “Y ya *no podía ver* Ahías, porque sus ojos se habían oscurecido a causa de su vejez” (1 R. 14:4) y otra vez: “Y aquellos hombres trabajaron para hacer volver la nave a tierra; mas *no pudieron*, porque el mar se iba embraveciendo más y más

contra ellos” (Jon. 1:13). En ambos pasajes, las palabras “no podía/pudieron”, se refieren a la incapacidad natural. Pero cuando leemos: “Y viendo sus hermanos que su padre lo amaba más [a José] que a todos sus hermanos, le aborrecían, y *no podían hablarle pacíficamente*” (Gn. 37:4) es, claramente, una incapacidad moral la que está a la vista. No les faltaba la habilidad natural de “hablar pacíficamente con él” porque no eran mudos. ¿Por qué entonces, “no podían hablarle pacíficamente”? La respuesta se da en el mismo versículo: Fue porque “lo odiaban”. De nuevo, en 2 Pedro 2:14, leemos acerca de cierta clase de hombres malvados que “tienen los ojos llenos de adulterio, *no se sacian de pecar*”. Aquí, otra vez, es la inhabilidad moral lo que está a la vista. ¿Por qué estos hombres “no se sacian de pecar”? La respuesta es porque sus ojos estaban llenos de adulterio. También en Romanos 8:8: “Los que viven según la carne no pueden agradar a Dios”; aquí está la incapacidad espiritual. ¿Por qué razón, el hombre natural “no puede agradar a Dios”? Porque es “*ajeno*”<sup>126</sup> de la vida de Dios” (Ef. 4:18). Ningún hombre puede elegir aquello por lo que su corazón siente aversión: “¡Generación de víboras! ¿Cómo podéis hablar lo bueno, siendo malos?” (Mt. 12:34). “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere” (Jn. 6:44). Nuevamente aquí ante nosotros, la incapacidad moral y espiritual. ¿Por qué el pecador no puede venir a Cristo, a menos que sea “traído”? La respuesta es porque su corazón malvado ama el pecado y odia a Cristo.

Confiamos en que hemos dejado en claro que las Escrituras distinguen, claramente, entre la habilidad natural y la incapacidad moral y espiritual. Seguramente, todos pueden ver la diferencia entre la ceguera de Bartimeo, quien deseaba ardientemente recibir su vista, y los fariseos, cuyos ojos estaban cerrados “para que no vean con los ojos, y oigan con los oídos, y con el corazón entiendan, y se conviertan” (Mt. 13:15). Pero si se dijera: “El hombre natural podría venir a Cristo si así lo deseara”, respondemos: ¡Oh! pero en ese *si*, yace el punto de giro de todo el asunto. La incapacidad del pecador consiste en la falta de poder moral para desear y de voluntad para realmente realizar.

<sup>126</sup> **Ajeno** – En la versión griego-español (IntEspWH+), se lee: “*απηλλοτριωμενοι* <sup>526:V-RPPNPM</sup> *han sido excluidos* *της* <sup>3588:T-GSF</sup> *de la* *ζωης* <sup>2222:N-GSF</sup> *vida* *του* <sup>3588:T-GSM</sup> *de el* *θεου* <sup>2316:N-GSM</sup> **Dios**...”.

#### 4. La responsabilidad de “venir a Cristo”

Lo que hemos defendido en los renglones precedentes, es de máxima importancia. Sobre la distinción entre la capacidad natural del pecador y su incapacidad moral y espiritual, descansa su responsabilidad. La depravación del corazón humano no destruye la responsabilidad del hombre de rendir cuentas a Dios; lejos de ser éste el caso, la misma incapacidad moral del pecador, sólo sirve para *aumentar* su culpabilidad. Esto se prueba fácilmente, mediante una referencia a las Escrituras citadas anteriormente. Leemos que los hermanos de José “no podían hablarle pacíficamente”, y, ¿por qué? Porque lo “odiaban”. ¿Pero esta inhabilidad moral de ellos era una excusa? Seguramente no, en esta misma inhabilidad moral consistía la grandeza de su pecado. También de aquellos de quienes se dice que “no se sacian de pecar” (2 P. 2:14) y, ¿por qué? Porque “sus ojos estaban llenos de adulterio”, pero eso sólo empeoró su situación. Era un hecho real que no podían dejar de pecar, sin embargo, esto no los excusó; sólo hizo que su pecado fuera aún mayor.

Si algún pecador objetase aquí: No puedo evitar haber nacido en este mundo con un corazón depravado y, por lo tanto, no soy responsable de mi incapacidad moral y espiritual que se deriva de ello. La respuesta sería: La responsabilidad y la culpabilidad residen en la *indulgencia* de las propensiones<sup>127</sup> depravadas, la indulgencia *libre*, porque Dios no obliga a pecar a nadie. Los hombres pueden tener lástima de mí —pero desde luego no me disculparían— si desahogo el temperamento feroz y, luego, busco suavizar el asunto sobre la base de haber heredado ese temperamento de mis padres. Su propio sentido común es suficiente para guiar su juicio en un caso como éste. Argumentarían que yo era responsable de controlar mi temperamento. ¿Por qué entonces, objetar<sup>128</sup> contra este mismo principio en el caso supuesto previamente? “Mal siervo, por tu propia boca te juzgo” (Lc. 19:22), ¡sin duda, se aplica aquí! ¿Qué le diría el lector a un hombre que le robó y que más tarde argumentó en su defensa: “No puedo evitar ser un ladrón, esa es mi naturaleza”? Seguramente, la respuesta sería: Entonces la cárcel es el lugar apropiado para ese hombre. ¿Qué se le dirá entonces, a aquel que arguye que no puede

<sup>127</sup> **Propensión** – Inclinación o disposición natural hacia una cosa.

<sup>128</sup> **Objetar** – La palabra usada por el autor es “*cavil*” que, en inglés, significa plantear objeciones triviales para encontrar faltas sin razón o causa.

evitar seguir la inclinación de su corazón pecaminoso? Seguramente, que el Lago de Fuego es adonde debe ir tal persona. ¿Alguna vez un asesino alegó que odiaba tanto a su víctima que *no podía* acercarse a él sin matarlo? ¡Eso, solamente, magnificaría la enormidad de su crimen! Entonces, ¿qué hay de aquel que ama tanto el pecado que está en “enemistad contra Dios”?

### 5. La capacidad humana

El hecho de la responsabilidad del hombre es, casi universalmente, reconocido. Es inherente a la naturaleza moral del hombre. No sólo se enseña en la Escritura, sino que es atestiguada por la conciencia natural. La base o el fundamento de la responsabilidad humana es la capacidad humana. Lo que implica este término general, *habilidad*, ahora debe ser definido. Tal vez, un ejemplo concreto sea captado más fácilmente por el lector promedio que un argumento abstracto.

Supongamos que un hombre me debía \$100 y que pudo hallar mucho dinero para sus propios placeres, pero ninguno para su deuda conmigo. Sin embargo, suplicaba que era incapaz de pagarme. ¿Qué diría yo? Diría que la única habilidad que le faltó fue un corazón honesto. Pero, ¿no sería una interpretación injusta de mis palabras si un amigo de mi deudor deshonesto dijera que yo había afirmado que un corazón honesto era lo que constituía la *capacidad* de pagar la deuda? No, yo respondería: La capacidad de mi deudor radica en el poder de su mano para escribirme un cheque y *ésta la tiene*, pero lo que falta es un *principio honesto*. Es su poder para escribirme un cheque lo que lo hace responsable de hacerlo y, el hecho de que carece de un corazón honesto, no destruye su responsabilidad<sup>129</sup>.

Ahora, de manera similar, el pecador —carente de capacidad moral y espiritual— posee, sin embargo, habilidad natural y esto es lo que lo hace responsable de rendir cuentas ante Dios. Los hombres tienen las mismas facultades naturales para amar a Dios que las que tienen para odiarlo, los mismos corazones para creer que para no creer —y es su fracaso en amar y creer, lo que constituye su culpa—

---

<sup>129</sup> Los términos de este ejemplo son sugeridos por una ilustración utilizada por Andrew Fuller (1754-1815), ministro bautista inglés, teólogo y defensor de las misiones. — *A.W.P.*

. Un idiota<sup>130</sup> o un bebé no son, personalmente, responsables ante Dios, debido a la carencia de la habilidad natural. Pero el hombre normal que está dotado de racionalidad y de una conciencia que es capaz de distinguir entre el bien y el mal, que puede sopesar los asuntos eternos, es un ser responsable —y lo es porque él sí posee estas mismas facultades que lo hacen responsable de tener que dar “a Dios cuenta de sí” (Ro. 14:12)—.

Decimos nuevamente, que la distinción anterior entre la capacidad natural y la incapacidad moral y espiritual del pecador, es de primordial importancia. Por naturaleza, posee capacidad natural, pero carece de capacidad moral y espiritual. El hecho de que *no* posea lo último, no destruye su responsabilidad porque su responsabilidad descansa en el hecho de que posee lo primero. Permítanme ilustrar de nuevo. Aquí hay dos hombres culpables de robo: El primero es un idiota, el segundo perfectamente sano, pero hijo de padres criminales. Ningún juez justo sentenciaría al primero; pero todo juez sensato sí lo haría con el segundo. Aunque el segundo de estos ladrones poseía una naturaleza moral viciada heredada de padres criminales, eso no lo excusaría siempre que él fuera un ser racional normal.

Aquí está el fundamento de la responsabilidad humana de rendir cuentas: La posesión de la racionalidad más el don de la conciencia. Es a causa de que el pecador está dotado de estas facultades naturales, que es una criatura responsable y, puesto que él no usa sus poderes naturales para la gloria de Dios, esto constituye su culpa.

¿Cómo puede ser consecuente con su misericordia, el que Dios exija una deuda de obediencia de aquel que no puede pagar? Además de lo que se ha dicho anteriormente, debe señalarse que Dios no ha perdido su derecho, aun aunque el hombre haya perdido su poder. La impotencia de la criatura no cancela su obligación. Un sirviente borracho sigue siendo un sirviente y es contrario a todo razonamiento saludable, argumentar que su amo pierde sus derechos por la falta de su sirviente. Además, es de primera importancia, el que siempre tengamos en cuenta que Dios se relacionó con nosotros en Adán,

---

<sup>130</sup> **Idiota** – Aunque en nuestro contexto esta palabra puede tener una connotación despectiva, el autor la usa según su significado: En términos médicos, equivalente al retraso mental profundo, una enfermedad mental que consiste en la ausencia casi total en una persona de facultades psíquicas o intelectuales.

quien era nuestra cabeza y representante federal<sup>131</sup> y, en él, Dios nos dio un poder que perdimos por la caída de nuestro primer padre; pero aunque nuestro poder se ha ido, sin embargo, Dios puede, justamente, exigir su derecho a la obediencia y al servicio.

## D. El decreto de Dios, la responsabilidad y el juicio al culpable

Pasamos ahora a considerar; ¿cómo es posible que Dios decrete que los hombres cometan ciertos pecados, que los haga responsables de cometerlos y que los declare culpables porque los cometieron?

### 1. Judas

Consideremos [primero] el caso extremo de Judas. Sostenemos que está claro en las Escrituras que Dios decretó desde toda la eternidad que Judas traicionaría al Señor Jesús. Si alguien cuestionara esta afirmación, lo remitimos a la profecía de Zacarías, a través de quien, Dios declaró que su Hijo sería vendido por “treinta piezas de plata” (Zac. 11:12). Como hemos dicho en páginas anteriores, en la profecía, Dios hace saber lo que *será* y, al dar a conocer lo que será, Él nos está revelando justo lo que Él ha ordenado que *será*. Que Judas fue a través de quien se cumplió la profecía de Zacarías, no necesita ser discutido.

Pero ahora, la pregunta que debemos enfrentar es: ¿Fue Judas un agente responsable en el cumplimiento de este decreto de Dios? Respondemos que sí. La responsabilidad se relaciona, principalmente, con el *motivo* y la intención de quien comete el acto. Esto es reconocido por todos. La ley humana distingue entre un golpe infligido por accidente (sin intención malvada) y un golpe dado con “premeditación maliciosa”. Aplíquese entonces, este mismo principio al caso de Judas. ¿Cuál fue la intención de su corazón cuando negoció con los sacerdotes? Es evidente que no tenía el deseo consciente de cumplir ningún decreto de Dios; aunque sin saberlo él mismo, lo estaba haciendo. Por el contrario, su intención era sólo malvada y, por lo tanto, aunque Dios había decretado y dirigido su acto, sin embargo,

---

<sup>131</sup> **Cabeza y representante federal** – Alguien que representa a un grupo unido a él (por ejemplo, un presidente que actúa por un país unido bajo una constitución). Aquí se usa para Adán, quien representó y actuó en nombre de toda la raza humana.

su propia mala intención lo hizo justamente culpable, como luego, él mismo lo reconoció: “Yo he pecado *entregando* sangre inocente”.

## **2. La crucifixión de Cristo**

Lo mismo ocurrió con la crucifixión de Cristo. La Escritura declara claramente que fue “entregado por el *determinado consejo* y anticipado conocimiento de Dios” (Hch. 2:23) y que, aunque “se reunieron los reyes de la tierra, y los príncipes se juntaron en uno contra el Señor, y contra su Cristo”, sin embargo, sólo fue “para hacer cuanto [su] mano y [su] *consejo* habían antes *determinado* que sucediera” (Hch. 4:26, 28); versículos que enseñan mucho más que un simple permiso de Dios, declarando como lo hacen, que la crucifixión y todos sus detalles, habían sido *decretados por Dios*. No obstante, fue por “manos de inicuos”, no meramente “manos humanas”, que nuestro Señor fue crucificado y muerto (Hch. 2:23). Inicuos porque la intención de sus crucificadores fue solamente malvada.

## **3. El motivo del corazón**

Pero podría objetarse que si Dios decretó que Judas traicionaría a Cristo, y que los judíos y los gentiles lo crucificarían, no podían hacer otra cosa y, por lo tanto, no serían responsables de sus intenciones. La respuesta es que Dios había decretado que realizarían los actos que hicieron, pero en la perpetración real de estas acciones eran justamente culpables porque sus propios propósitos al hacerlas, eran solamente malvados.

Que se diga enfáticamente que Dios no produce las disposiciones pecaminosas de ninguna de sus criaturas, aunque sí las *restringe* y las dirige a la realización de sus propios propósitos. Por lo tanto, Él no es ni el autor ni el aprobador del pecado.

Esta distinción fue expresada así por Agustín: “Que el pecado de los hombres procede de sí mismos; que al pecar realizan ésta o aquella acción, es del poder de Dios que divide las tinieblas según su voluntad”. Así está escrito: “El corazón del hombre piensa su camino; mas Jehová endereza sus pasos” (Pr. 16:9). En lo que aquí insistiríamos es que los decretos de Dios no son la causa necesaria de los pecados de los hombres, sino los *límites* y orientaciones predeterminados y prescritos de los actos pecaminosos de los hombres. En relación con la traición de Cristo, Dios no decretó que fuera vendido por

una de sus criaturas y luego tomar de estas a un buen hombre, inculcarle un deseo malvado en su corazón y obligarlo a realizar la terrible acción para poder ejecutar su decreto. No, así no lo representan las Escrituras. En su lugar, Dios decretó el acto y seleccionó a aquel que iba a realizar el acto, pero no lo hizo malvado para que él realizara el acto. Por el contrario, el traidor era un “diablo” en el momento en que el Señor Jesús lo eligió como uno de los doce (Jn. 6:70) y, en el ejercicio y la manifestación de su propia maldad, Dios simplemente dirigió sus acciones, —acciones que eran perfectamente agradables para su propio corazón vil y realizadas con las más malvadas intenciones—. Así fue con la crucifixión.

## **E. Responsable de recibir a Cristo, pero pre-ordenado a la condenación**

¿Cómo puede el pecador ser hecho responsable de recibir a Cristo y ser condenado por rechazarlo, cuando Dios lo pre-ordenó para condenación? Realmente, esta pregunta ha sido cubierta en lo que se ha dicho en otras consultas, pero para el beneficio de aquellos que están interesados en este punto, lo examinaremos por separado, aunque brevemente. Al considerar la dificultad anterior, los siguientes puntos deben ser sopesados cuidadosamente:

### ***1. Ningún pecador sabe con certeza que está condenado***

En primer lugar, ningún pecador, mientras está en este mundo, sabe con certeza, ni puede saber, si *él* es un “vaso de ira preparado para la destrucción” (Ro. 9:22). Esto pertenece a los consejos ocultos de Dios; a los que no tiene acceso. La voluntad secreta de Dios no es asunto suyo; la voluntad *revelada* de Dios (en la Palabra) es el estándar de la responsabilidad humana. Y la voluntad revelada de Dios es clara: Todo pecador está entre aquellos a quienes Dios “ahora manda... que se arrepientan” (Hch. 17:30). A todo pecador que oye el Evangelio se le “manda” creer (1 Jn. 3:23). Y todos los que realmente se arrepienten y creen son salvos. Por lo tanto, todo pecador es responsable de arrepentirse y creer.

### ***2. Cada pecador debe escudriñar las Escrituras***

En segundo lugar, es el deber de todo pecador, escudriñar las Escrituras que le “pueden hacer sabio para la salvación” (2 Ti. 3:15). Es

el “deber” del pecador porque el Hijo de Dios le ha ordenado que escudriñe las Escrituras (Jn. 5:39). Si él las escudriña con un corazón que busca a Dios, entonces se pone en el camino donde Dios está acostumbrado a encontrarse con los pecadores. Sobre este punto, el puritano Thomas Manton<sup>132</sup> ha escrito muy útilmente:

“No puedo decir a todo el que sembrare que, infaliblemente, tendrá una buena cosecha; pero esto puedo decirle: Es la usanza de Dios, bendecir al diligente y providente. No puedo decir a todo el que desee posteridad: Cásate y tendrás hijos. No puedo decirle, infaliblemente, a aquel que saliere a la batalla por el bien de su país, que tendrá victoria y éxito; pero puedo decir como Joab: “Esfuérmate, y esforcémonos por nuestro pueblo, y por las ciudades de nuestro Dios; y haga Jehová lo que bien le parezca” (1 Cr. 19:13). No puedo decir, infaliblemente, que tendréis gracia; pero os puedo decir a cada uno, que uséis los medios, y dejéis el éxito de su trabajo y su propia salvación a la voluntad y el beneplácito de Dios. No puedo decir esto infaliblemente, porque no hay obligación de parte de Dios. Y, pese a eso, esta obra se convierte en el fruto de la voluntad de Dios y de una mera dispensación arbitraria: “El, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad” (Stg. 1:18). Hagamos lo que Dios ha ordenado y dejemos que Dios haga lo que le plazca. Y no necesito decirlo porque el mundo entero en todas sus acciones, es y debe guiarse por este principio. Cumplamos nuestro deber y refiramos el éxito a Dios, cuya práctica ordinaria es encontrarse con la criatura que busca a Dios; sí, Él ya está con nosotros; esta fervorosa importunidad<sup>133</sup> en el uso de los medios proviene de la seria impresión de su gracia. Y, por lo tanto, puesto que Él se anticipa a estar con nosotros y no ha mostrado tardanza<sup>134</sup> alguna para nuestro bien, no tenemos razón

---

<sup>132</sup> **Thomas Manton** (1620-1677) – Predicador puritano inconformista. Se graduó en Oxford y predicó hasta que se lo prohibió la Ley de Uniformidad de 1662. De 1662 a 1670 predicó en su propia casa, pero, finalmente, fue arrestado y encarcelado durante seis meses. James Ussher lo llamó “uno de los mejores predicadores de Inglaterra”.

<sup>133</sup> **Fervorosa importunidad** – Solicitud urgente. Persistencia, especialmente hasta el punto de la molestia.

<sup>134</sup> **Tardanza** – Atraso, falta de voluntad; reluctancia.

para desesperar de su bondad y misericordia, sino más bien para esperar lo mejor”<sup>135</sup>.

Dios se ha complacido en dar a los hombres las Sagradas Escrituras, las cuales “testifican” del Salvador y dan a conocer el camino de la salvación. Todo pecador tiene las mismas facultades naturales para la lectura de la Biblia que para la lectura del periódico. Y si es analfabeto o ciego, por lo que no puede leer, tiene la misma boca para pedirle a un amigo que le lea la Biblia como lo tiene que hacer sobre otros asuntos. Entonces, si Dios ha dado a los hombres su Palabra y en esa Palabra ha dado a conocer el camino de la salvación, y si a los hombres se les ordena que escudriñen las Escrituras que pueden hacerlos sabios para la salvación (2 Ti. 3:15) y se niegan a hacerlo, entonces es claro que son justamente censurables, que su sangre recaerá sobre sus propias cabezas y que Dios puede arrojarlos, justamente, al Lago de Fuego.

### **3. La incapacidad de los no elegidos**

En tercer lugar, Si se objetase: Admitiendo todo lo que ha dicho antes, ¿no es todavía un hecho que cada uno de los no elegidos es incapaz de arrepentirse y creer? La respuesta es sí; de cada pecador es un hecho que, por sí mismo, no puede venir a Cristo. Y del lado de Dios, el “no poder” es absoluto. Pero ahora estamos tratando con la responsabilidad del pecador (el pecador pre-ordenado a la condenación, aunque él no lo sabe) y, desde el lado humano, la incapacidad del pecador es *moral*, como se señaló anteriormente.

También, debe tenerse en cuenta que, además de la incapacidad moral del pecador, también existe una incapacidad voluntaria. El pecador debe ser considerado, no sólo como impotente para hacer el bien, sino como *deleitándose en el mal*. Desde el lado humano, entonces, el “no poder” es un *no querer*; es una impotencia *voluntaria*. La impotencia del hombre radica en su obstinación. Por lo tanto, todos quedan “sin excusa” y, así, Dios es “limpio” cuando juzga (Sal. 51:4) y justo al condenar a todos los que “*amaron* más las tinieblas que la luz” (Jn. 3:19).

Que Dios requiere lo que está más allá de nuestro propio poder para hacer, es claro en muchas Escrituras. Dios le dio la Ley a Israel

---

<sup>135</sup> *Las obras completas* de Thomas Manton, vol. XXI; p. 312.

en el Sinaí y exigió su pleno cumplimiento, y señaló, solemnemente, cuáles serían las consecuencias de su desobediencia (*Ver Dt. 28*). Pero, ¿algunos lectores serían tan necios como para afirmar que Israel era capaz de obedecer completamente la Ley? Si lo hacen, los referiríamos a Romanos 8:3, donde se nos dice expresamente: “Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne”.

Vamos ahora al Nuevo Testamento. Tomemos pasajes tales como Mateo 5:48: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”. En 1 Corintios 15:34: “Velad debidamente, y no pequéis<sup>136</sup>”. En 1 Juan 2:1: “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis”. ¿Algún lector dirá que él es capaz en sí mismo de cumplir con estas demandas de Dios? Si es así, es inútil discutir con él.

#### ***4. Las demandas justas de Dios y la responsabilidad del hombre***

Pero ahora, surge la pregunta: ¿Por qué Dios le ha exigido al hombre lo que éste es incapaz de realizar?

##### ***a. Porque Dios se niega a bajar su estándar***

La primera respuesta es, porque Dios se niega a bajar su estándar al nivel de nuestras debilidades pecaminosas. Siendo perfecto, Dios debe establecer un estándar perfecto ante nosotros.

##### ***b. Porque el hombre es responsable de pedir ayuda a Dios***

Aun así, debemos preguntarnos: Si el hombre es incapaz de ajustarse al estándar de Dios, ¿en qué radica su responsabilidad? Por difícil que parezca, el problema, no obstante, permite una solución sencilla y satisfactoria.

El hombre es responsable (primero) de reconocer ante Dios su incapacidad y (segundo) clamar a Él por la gracia capacitadora. Seguramente, esto será admitido por todo lector cristiano. Es mi deber obligatorio reconocer ante Dios mi ignorancia, mi debilidad, mi pecaminosidad, mi impotencia para cumplir con sus requerimientos

---

<sup>136</sup> **No pequéis** – En la versión griego-español (IntEspWH+), se lee: *εικηψατε*  
<sup>1594:V-AAM-2P</sup> **Despierten a sobriedad** *δικαιῶς* <sup>1346:ADV</sup> **rectamente** *καὶ* <sup>2532:CONJ</sup> **y** *μη*  
<sup>3361:PRT-N</sup> **no** *αμαρτανετε* <sup>264:V-PAM-2P</sup> **estén pecando.**

santos y justos. También es mi deber obligatorio, así como mi privilegio bendito, suplicar fervientemente a Dios que me dé la sabiduría, la fuerza y la gracia, que me capacite para hacer lo que es agradable a su vista; pedirle a *Él* que produzca en mí “así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Fil. 2:13).

### *c. Porque el hombre es responsable de invocar al Señor*

De forma similar, el pecador, todo pecador, es responsable de invocar al Señor. De sí mismo, no puede ni arrepentirse ni creer. *Él* no puede ni venir a Cristo ni apartarse de sus pecados. Dios se lo dice así y su primer deber es “aceptar que Dios es veraz” (Jn. 3:33). Su segundo deber es clamar a Dios por su poder capacitador; pedirle a Dios que con misericordia, venza su enemistad y lo “traiga” a Cristo para que le conceda los dones de arrepentimiento y fe. Si así lo hiciere, sinceramente de corazón, entonces seguramente, Dios responderá a su llamado porque está escrito: “Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo” (Ro. 10:13).

Supongamos que me he resbalado en el pavimento helado tarde en la noche y me he roto la cadera. Soy incapaz de levantarme; si permanezco en el suelo, seguramente moriré congelado. ¿Qué debería hacer entonces? Si estoy decidido a perecer, me quedaré allí en silencio; pero seré yo el culpable por tal decisión. Si estoy ansioso por ser rescatado, levantaré mi voz y pediré ayuda. Así el pecador, aunque incapaz de levantarse y dar el primer paso hacia Cristo, *es* responsable de clamar a Dios, y si lo hace (de corazón), hay un Liberador que extiende la mano. Dios “no está lejos de cada uno de nosotros” (Hch. 17:27); sí, *Él* es “pronto auxilio en las tribulaciones” (Sal. 46:1). Pero si el pecador se niega a clamar al Señor, si está determinado a perecer, entonces su sangre está sobre su propia cabeza y su “condenación es justa” (Ro. 3:8).

## **5. El alcance de la responsabilidad humana**

Unas breves palabras sobre el alcance de la responsabilidad humana. Es obvio que la medida de la responsabilidad humana varía en diferentes casos, y es mayor o menor con individuos particulares. El estándar de medición fue dado en las palabras del Salvador: “Porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará” (Lc. 12:48). Seguramente, Dios no requirió tanto de aquellos que vi-

vieron en los tiempos del Antiguo Testamento como lo hace de aquellos que han nacido durante la dispensación cristiana. Seguramente, Dios no requerirá tanto de aquellos que vivieron durante el “oscurantismo”, cuando las Escrituras fueron accesibles para unos pocos, como lo hará de aquellos de esta generación cuando, prácticamente, cada familia en la tierra posee una copia de su Palabra para sí misma.

De igual manera, Dios no exigirá de los paganos lo que sí demandará de aquellos en la cristiandad. Los paganos [que nunca han escuchado el evangelio] no perecerán porque no hayan creído en Cristo, sino porque no lograron vivir a la luz que tenían: El testimonio de Dios en la naturaleza y la conciencia.

## **6. Conclusión**

### *a. Resumen*

Para resumir, el hecho de [que] la responsabilidad del hombre se base en su capacidad natural, es atestiguado por la conciencia y se insiste en él a lo largo de las Escrituras. El fundamento de la responsabilidad del hombre es que es una criatura racional capaz de sopesar los asuntos eternos y que posee una revelación escrita de Dios en la que su relación y deber con su Creador está claramente definida. La medida de la responsabilidad varía en diferentes individuos, estando determinada por el grado de luz que cada uno ha disfrutado de Dios. El problema de la responsabilidad humana recibe, al menos, una solución parcial en las Sagradas Escrituras y es nuestra obligación solemne, así como un privilegio, buscar en oración y con cuidado para obtener más luz, mirando al Espíritu Santo para que nos guíe “a toda la verdad”. Está escrito: “*Encaminará a los humildes por el juicio, y enseñará a los mansos su carrera*” (Sal. 25:9).

### *b. Responsabilidad del hombre: Usar los medios que Dios ha proporcionado*

En conclusión, queda por señalar que es responsabilidad de cada hombre, usar los medios que Dios le ha puesto [en] su mano. Una actitud de inercia fatalista porque sé que Dios ha decretado, irrevocablemente, todo lo que sucede, es hacer un uso pecaminoso y dañino de lo que Dios ha revelado para el consuelo de mi corazón. El mismo Dios que ha decretado que un determinado fin se cumplirá, también ha decretado que ese fin se alcanzará a través y como resultado de sus propios medios designados. Dios no desdeña el uso de los

medios, ni yo tampoco debo hacerlo. Por ejemplo: Dios ha decretado que “mientras la tierra permanezca, no cesarán la sementera y la siega” (Gn. 8:22); pero eso no significa que sea innecesario que el hombre are la tierra y siembre la semilla. No; Dios mueve a los hombres a hacer esas mismas cosas, bendice sus labores y así, cumple su propia ordenación. De la misma manera, Dios, desde el principio, ha elegido un pueblo para la salvación; pero eso no significa que no haya necesidad de evangelistas para predicar el evangelio o que los pecadores lo crean; es por tales medios que se efectúan sus decretos eternos.

Argumentar que debido a que Dios ha determinado, irrevocablemente, el destino eterno de cada hombre, nos libera de toda responsabilidad por cualquier preocupación sobre nuestras almas o cualquier uso diligente de los medios para la salvación, estaría a la par con negarse a realizar mis deberes temporales porque Dios ha arreglado mi suerte terrenal. Y que *así lo hizo*, es claro en Hechos 17:26; Job 7:1; 14:15, etc. Si la pre-ordenación de Dios puede consistir en las respectivas actividades del hombre en los asuntos actuales, ¿por qué no en el futuro? ¡Lo que Dios ha unido, no debemos separarlo! Ya sea que podamos o no ver el vínculo que une el uno con el otro, nuestro deber es claro: “Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre, *para que cumplamos* todas las palabras de esta ley” (Dt. 29:29).

En Hechos 27:22, Dios hizo saber que Él había ordenado la preservación temporal de todos los que acompañaban a Pablo en el barco; sin embargo, el Apóstol no dudó en decir: “Si estos no permanecen en la nave, vosotros nos podéis salvaros” (v. 31). Dios diseñó ese medio para la ejecución de lo que Él había decretado. De 2 Reyes 20, aprendemos que Dios estaba absolutamente decidido a agregar quince años a la vida de Ezequías, ¡sin embargo, debían tomar masa de higos y ponerla sobre la llaga! Pablo sabía que estaba eternamente seguro en la mano de Cristo (Jn. 10:28), sin embargo, golpeaba su cuerpo<sup>137</sup> (1 Co. 9:27). El apóstol Juan dio seguridad a quienes escri-

---

<sup>137</sup> **Golpeaba su cuerpo** – En la versión King James, se lee: “*I keep under my body*”, lo cual da a entender que Pablo mantenía su cuerpo bajo sujeción.

bió: “La unción que vosotros recibisteis de él *permanece* en vosotros”; sin embargo, en el siguiente versículo exhortó: “Y ahora, hijitos, *permaneced* en él” (1 Jn. 2:27, 28). Sólo si prestamos atención a este principio vital —que somos responsables de usar los medios designados por Dios— seremos capaces de preservar el equilibrio de la verdad y ser salvados de un fatalismo paralizante.

***Preguntas para estudio personal y discusión en grupo***

*Las siguientes preguntas refuerzan la comprensión y la aplicación.*

1. ¿Cuáles son los puntos claves de Génesis 20:6 y 2 Crónicas 17:10?
2. ¿En qué consiste la verdadera libertad moral? ¿Por qué?
3. ¿Qué es para el pecador venir a Cristo para tener vida?
4. ¿Qué hace que los hombres rindan cuentas a Dios? ¿Por qué?
5. ¿Por qué los hombres son justamente culpables, aunque Dios ha decretado todas las cosas?
6. ¿Por qué perecerán los paganos, quienes nunca han oído hablar de Cristo?

# 9. LA SOBERANÍA DE DIOS Y LA ORACIÓN

*“Si pedimos algo según su voluntad, él nos oye” (1 Juan 5:14).*

## **A. El problema actual**

A lo largo de este libro, nuestro principal objetivo ha sido exaltar al Creador y humillar a la criatura. La tendencia casi universal ahora, es magnificar al hombre, y deshonrar y degradar a Dios. Evidentemente se encontrará que, cuando las cosas espirituales se discuten, el lado y el elemento humanos son recalcados y enfatizados; y el lado divino, si no se ignora del todo, se relega a un segundo plano. Esto es válido para gran parte de la enseñanza moderna sobre la oración. En la gran mayoría de los libros escritos y en los sermones predicados sobre la oración, el elemento humano llena la escena casi por completo: Son las condiciones que *nosotros* debemos cumplir, las promesas que debemos “reclamar”, las cosas que debemos hacer para obtener nuestras peticiones concedidas; y se ignoran los reclamos de Dios, los derechos de Dios, la gloria de Dios.

### ***1. Una editorial sobre la oración***

Como un ejemplo justo de lo que se está dando hoy, nos unimos a una breve editorial que apareció recientemente en uno de los principales semanarios religiosos titulado: “¿Oración o Destino?”:

“Dios, en su Soberanía, ha ordenado que los destinos humanos puedan ser cambiados y moldeados por la voluntad del hombre. Está en el corazón de la verdad que la oración cambia las cosas, lo que significa que Dios cambia las cosas cuando los hombres oran. Alguien lo ha expresado de forma sorprendente de esta manera: “Hay ciertas cosas que sucederán en la vida de un hombre, ya sea que ore o no. Hay otras cosas que sucederán si él ora y que no sucederán si no ora”. Un obrero cristiano quedó impresionado por estas afirmaciones, mientras entraba en una oficina comer-

cial y oró para que el Señor abriera el camino para hablarle a alguien acerca de Cristo, reflejando que las cosas cambiarían porque el oraba. Luego, su mente se volvió hacia otras cosas y la oración fue olvidada. La oportunidad llegó para hablarle al hombre de negocios a quien estaba llamando, pero no lo entendió y, cuando estaba saliendo, recordó su oración de media hora antes y la respuesta de Dios. Rápidamente, regresó y tuvo una conversación con el hombre de negocios, a quien, a pesar de ser miembro de la iglesia, nunca le habían preguntado si era salvo. Entreguémonos a la oración y abramos el camino para que Dios cambie las cosas. Tengamos cuidado, no sea que nos convirtamos virtualmente en fatalistas, al no ejercer nuestras voluntades dadas por Dios al orar”.

Lo anterior, ilustra lo que está siendo enseñado sobre el tema de la oración y lo deplorable es que apenas se levante una voz en señal de protesta. Decir que “los destinos humanos pueden ser cambiados y moldeados por la voluntad del hombre” es una infidelidad absoluta —ese es el único término apropiado para ello—. Si alguien cuestionase esta clasificación, les preguntaríamos si pueden encontrar un infiel en cualquier lugar que disienta de tal afirmación y estamos seguros de que tal persona no podría ser encontrada. Decir que “Dios ha ordenado que los destinos humanos puedan ser cambiados y moldeados por la voluntad del hombre” es absolutamente falso. El “destino humano” no se decide por la voluntad del hombre, sino por la voluntad de Dios. Lo que determina el destino humano es si un hombre ha nacido de nuevo o no porque está escrito: “El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”. Y en cuanto a la voluntad de quién, ya sea la de Dios o la del hombre, es responsable por otorgar el nuevo nacimiento, inequívocamente se establece en Juan 1:13: “Los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios”. Decir que el “destino humano” puede ser cambiado *por* la voluntad del hombre es hacer que la voluntad de la criatura sea suprema —y eso es, virtualmente, destronar a Dios—. Pero, ¿qué dicen las Escrituras? Que el Libro responda: “Jehová mata, y él da vida; él hace descender al Seol, y hace subir. Jehová empobrece, y él enriquece; abate, y enaltece. Él levanta del polvo al pobre, y del muladar exalta al menesteroso, para hacerle sentarse con príncipes y heredar un sitio de honor. Porque de Jehová

son las columnas de la tierra, y él afirmó sobre ellas el mundo” (1 S. 2:6-8).

Volviendo a la editorial que estamos revisando, se nos dice a continuación: “Está en el corazón de la verdad que la oración cambia las cosas, lo que significa que Dios cambia las cosas cuando los hombres oran”. Casi en todos los lugares a donde vamos hoy, nos encontramos con un aviso con el lema inscrito: “La oración cambia las cosas”. En cuanto a lo que se pretende significar con estas palabras, es evidente en la literatura actual sobre la oración que debemos persuadir a Dios para que cambie su propósito. Con respecto a esto, tendremos más que decir a continuación.

Una vez más, el editor nos dice: “Alguien lo ha expresado de forma sorprendente de esta manera: Hay ciertas cosas que sucederán en la vida de un hombre, ya sea que ore o no. Hay otras cosas que sucederán si él ora y que no sucederán si no ora”. Que las cosas sucedan independientemente de si un hombre ora o no, se ejemplifica a diario en las vidas de los no regenerados, la mayoría de los cuales nunca ora en absoluto. Que “otras cosas sucederán si ora”, necesita una calificación. Si un creyente ora con fe y pide cosas que están de acuerdo con la voluntad de Dios, con toda certeza obtendrá lo que pidió. Nuevamente, que otras cosas sucederán si él ora, también es cierto con respecto a los beneficios subjetivos derivados de la oración: Dios llegará a ser más real para él y sus promesas más preciosas. Que otras cosas “no sucederán si él no ora”, es verdad en cuanto a lo que concierne a su propia vida —una vida sin oración significa una vida viva fuera de la comunión con Dios y todo lo que esto involucra—. Pero afirmar que Dios no hará, ni puede llevar a cabo su propósito eterno, *a menos que* oremos, es completamente erróneo porque el mismo Dios que ha decretado el fin, también decretó que su fin se alcanzará a través de sus medios designados y uno de estos es la oración. El Dios que ha determinado conceder una bendición, también da un espíritu de súplica que primero busca la bendición.

El ejemplo citado en la editorial anterior del obrero cristiano y el hombre de negocios es muy triste, por decir lo menos, porque según los términos de la ilustración, la oración del obrero cristiano no fue respondida por Dios en absoluto, pues, al parecer, el camino no estaba abierto para hablarle al hombre de negocios acerca de su alma. Pero al dejar la oficina y recordar su oración, el obrero cristiano (tal

vez en la energía de la carne) determinó responder la oración por sí mismo y, en lugar de dejar que el Señor “abriera el camino” para él, tomó el asunto por su propia mano.

## **2. Un libro sobre la oración**

Citamos a continuación, de uno de los últimos libros publicados sobre la oración. En él, el autor dice: “Las posibilidades y la necesidad de la oración, su poder y resultados se manifiestan al detener y cambiar los propósitos de Dios y en aliviar el golpe de su poder”<sup>138</sup>. Una afirmación como ésta es un reflejo horrible sobre el carácter del Dios Altísimo, que “hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y *no hay quien detenga su mano*, y le diga: ¿Qué haces?” (Dn. 4:35). No hay ninguna necesidad de que Dios cambie sus designios o altere su propósito por la razón suficiente de que estos fueron enmarcados bajo la influencia de la bondad perfecta y la sabiduría infalible. Los hombres pueden tener la ocasión de alterar sus propósitos, dado que en su miopía, con frecuencia no pueden anticipar lo que pueda surgir después de que se forman sus planes. Pero no es así con Dios, porque Él conoce el fin desde el principio. Afirmar que Dios cambia su propósito es impugnar su bondad o negar su sabiduría eterna.

En el mismo libro se nos dice: “Las oraciones de los santos de Dios son el capital social en el cielo, por el cual Cristo lleva a cabo su gran obra en la tierra. Las grandes agonías y fuertes convulsiones en la tierra son el resultado de estas oraciones. La Tierra cambia, se revoluciona, los ángeles se mueven con alas más poderosas y más rápidas, y la política de Dios se moldea, a medida que las oraciones son más numerosas, más eficientes”. Si es posible, esto es aún peor y no dudamos en calificarlo de blasfemia. En primer lugar, niega rotundamente Efesios 3:11, que habla de que Dios tiene un “propósito eterno”. Si el propósito de Dios es eterno, entonces su “política” *no* está siendo “moldeada” hoy. En segundo lugar, contradice a Efesios 1:11, que declara expresamente, que Dios “hace todas las cosas según el designio de *su voluntad*”, por lo tanto, se deduce que “la política de Dios” no está siendo “moldeada” por las oraciones del hombre. En tercer lugar, una declaración como la anterior hace que la voluntad de la criatura sea suprema porque si nuestras oraciones moldean la

---

<sup>138</sup> Edward M. Bounds, Propósito en la oración (*Purpose in Prayer*), capítulo 2.

política de Dios, entonces el Altísimo está subordinado a los gusanos de la tierra. Bien podría el Espíritu Santo preguntar a través del Apóstol: “Porque, ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero?” (Ro. 11:34).

Los pensamientos sobre la oración que hemos estado citando, se deben a concepciones bajas e inadecuadas de Dios mismo. Debería ser evidente que no puede haber poco o ningún consuelo en la oración a un Dios que fuera como el camaleón<sup>139</sup>, el cual cambia de color todos los días. ¿Qué ánimo hay para levantar el corazón, en alguien que piensa una cosa ayer y otra hoy? ¿De qué serviría hacer peticiones a un monarca terrenal, si supiéramos que es tan mutable como para conceder una petición un día y negarla en otro? ¿No es la misma inmutabilidad de Dios, nuestro mayor ánimo *para orar*? Debido a que en Él “no hay mudanza, ni sombra de variación” (Stg. 1:17), se nos asegura que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, tenemos la mayor certeza de ser escuchados (1 Jn. 5:14). Así lo observó Lutero: “La oración no es la superación de la resistencia de Dios, sino aferrarnos a su Voluntad”.

## B. Por qué Dios nos manda orar

Y esto nos lleva a presentar algunas observaciones sobre el designio de la oración. ¿Por qué Dios ha designado que debemos orar? La gran mayoría de la gente respondería: Para que podamos obtener de Dios lo que necesitamos. Si bien éste es uno de los propósitos de la oración, de ninguna manera es el principal. Además, considera la oración sólo desde el lado humano y, tristemente<sup>140</sup>, la oración necesita ser vista desde el lado divino. Veamos, a continuación, algunas de las razones por las que Dios nos ha mandado orar.

### 1. *El honor de Dios*

Primero y ante todo, la oración se ha designado para que el Señor Dios mismo sea honrado. Dios requiere que se le reconozca, de hecho, como “el Alto y Sublime, el que habita la eternidad” (Is. 57:15). Dios requiere que nosotros admitamos su *dominio universal*: Al pedir

---

<sup>139</sup> **Camaleón** – Pequeño lagarto que puede cambiar el color de su piel para mezclarse con su entorno y evitar a los depredadores.

<sup>140</sup> **Tristemente necesita** – Es decir, es triste que la vista desde el lado divino, aún no se esté llevando a cabo.

a Dios por lluvia, Elías no hizo sino confesar su control sobre los elementos (1 R. 18:36); al orar a Dios por la liberación de un pobre pecador de la ira venidera, reconocemos que “la salvación es de Jehová” (Jon. 2:9); al suplicar que su bendición del evangelio llegue hasta los confines de la tierra, declaramos su gobierno sobre el mundo entero.

Nuevamente, Dios requiere que le *adoremos* y la oración, la oración verdadera, es un acto de adoración. La oración es un acto de adoración en cuanto es la postración del alma delante de Él; en cuanto es una invocación a su grande y santo Nombre; en cuanto es la apropiación de su bondad, su poder, su inmutabilidad, su gracia y en la medida en que es el reconocimiento de su soberanía, concedida por una sumisión a su Voluntad. Es muy significativo notar a este respecto que el templo no fue llamado por Cristo, casa del sacrificio, sino en cambio, “casa de oración” (Mt. 21:13).

De nuevo, la oración redonda para la *gloria* de Dios porque en la oración, no hacemos sino reconocer la dependencia de Él. Cuando suplicamos, humildemente, al Ser divino, nos entregamos nosotros mismos a su poder y misericordia. En la búsqueda de la bendición de Dios, reconocemos que Él es el autor y la fuente de todo don bueno y perfecto. Que la oración da gloria a Dios, se ve, aún más, por el hecho de que la oración hace que la fe se ponga en práctica y nada de nosotros es tan honroso y agradable a Él como la confianza de nuestros corazones.

## ***2. Bendición espiritual***

En segundo lugar, la oración es designada por Dios para nuestra bendición espiritual como un medio para nuestro crecimiento en la gracia. Cuando se trata de aprender el designio de la oración, esto debería ocuparnos siempre, antes de que consideremos la oración como un medio para obtener el suministro de nuestras necesidades. La oración ha sido designada por Dios para nuestra *humillación*. La oración, la verdadera oración, es un venir a la presencia de Dios y que el sentido de su terrible majestad produzca una comprensión de nuestra pequeñez e indignidad.

Otra vez, la oración ha sido designada por Dios para *el ejercicio de nuestra fe*. La fe es engendrada en la Palabra (Ro. 10:8), pero es

ejercitada en la oración. Por eso, leemos de la “oración de fe” (Stg. 5:15).

Nuevamente, la oración llama al *amor* a la acción. En cuanto a los hipócritas, se hace la pregunta: “¿Se deleitará en el Omnipotente? ¿Invocará a Dios en todo tiempo?” (Job 27:10). Pero los que aman al Señor no pueden estar mucho tiempo lejos de Él, pues se deleitan en desahogarse en Él. La oración, no sólo llama al amor a la acción, sino que, a través de respuestas directas concedidas a nuestras oraciones, nuestro amor a Dios es incrementado —“Amo a Jehová, pues ha oído mi voz y mis súplicas” (Sal. 116:1)—.

De nuevo, la oración ha sido designada por Dios para enseñarnos el *valor de las bendiciones* que hemos buscado de Él y nos hace regocijarnos más cuando Él nos ha dado aquello por lo que le suplicamos.

### **3. *Nuestras necesidades***

Tercero, la oración es designada por Dios para que busquemos de Él las cosas que necesitamos. Pero aquí puede presentarse una dificultad para aquellos que han leído cuidadosamente los capítulos previos de este libro. Si Dios pre-ordenó, antes de la fundación del mundo, todo lo que sucede en el tiempo, ¿para qué sirve la oración? Si es verdad que “de él y por él y para él, son todas las cosas” (Ro. 11:36), entonces, ¿por qué orar? Antes de responder directamente a estas preguntas, conviene señalar que hay muchas razones para preguntar: “¿Para qué me sirve venir a Dios y decirle lo que ya sabe? ¿Qué utilidad tiene exponer ante Él mi necesidad, viendo que Él ya está familiarizado con ella?”, como hay que objetar, “¿de qué sirve orar por algo cuando todo ha sido ordenado de antemano por Dios?”. La oración no tiene el propósito de informar a Dios como si fuera ignorante (el Salvador declaró, expresamente, “porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis”. Mt. 6:8), sino que es para reconocer que Él *sí* sabe lo que necesitamos. La oración no está destinada a proporcionarle a Dios el conocimiento de lo que necesitamos, sino que está designada como una confesión a Él de *nuestro sentido* de necesidad. En esto, como en todo, los pensamientos de Dios no son como los nuestros. Dios requiere que se busquen sus dones. Él designa ser honrado por nuestra petición, así como le debemos agradecer después de que nos ha otorgado su bendición.

### C. La predestinación y la oración

Sin embargo, la pregunta se nos devuelve: Si Dios es el predestinador de todo lo que sucede y el regulador de todos los eventos, ¿entonces no es la oración un ejercicio inútil? Una respuesta suficiente a estas preguntas es que Dios nos manda orar: “Orad sin cesar” (1 Ts. 5:17). Y nuevamente, los hombres están en “la necesidad de orar siempre” (Lc. 18:1). Y además: Las Escrituras declaran que “la oración de fe salvará al enfermo” y “la oración eficaz del justo puede mucho” (Stg. 5:15, 16); mientras que el Señor Jesucristo, nuestro ejemplo perfecto en todas las cosas, fue, preeminentemente, un hombre de oración. Por lo tanto, es evidente que la oración no carece de sentido ni de valor.

Pero esto todavía no remueve la dificultad ni responde la pregunta con la que comenzamos. Entonces, ¿cuál es la relación entre la soberanía de Dios y la oración cristiana?

Primero que todo, diríamos con énfasis, que la oración no tiene la intención de cambiar el propósito de Dios, ni moverlo a formar nuevos propósitos. Dios ha decretado que ciertos eventos se llevarán a cabo a través de los medios que Él ha designado para su realización. Dios ha elegido a algunos para ser salvos, pero también ha decretado que estos serán salvos mediante la predicación del evangelio. El evangelio, entonces, es uno de los medios señalados para la realización del eterno consejo del Señor —y la oración es otro—. Dios ha decretado tanto los medios como el fin y entre los medios está la oración. Incluso las oraciones de su pueblo, están incluidas en sus eternos decretos. Por lo tanto, en lugar de que las oraciones sean en vano, se encuentran entre los medios a través de los cuales Dios ejerce sus decretos. “Si de hecho todas las cosas suceden por una casualidad ciega o una necesidad fatal, las oraciones, en ese caso, no tendrían ninguna eficacia moral y serían inútiles; pero como están reguladas por la dirección de la sabiduría divina, las oraciones tienen un lugar en el orden de los eventos” (Robert Haldane).

Que las oraciones para la ejecución de las mismas cosas decretadas por Dios no carecen de sentido, se enseña claramente en las Escrituras. Elías sabía que Dios estaba a punto de hacer llover, pero eso no le impidió recurrir de inmediato, a la oración (Stg. 5:17-18). Da-

niel “entendió” por los escritos de los profetas que el cautiverio duraría sólo setenta años, pero cuando estos setenta años casi habían terminado, se nos dice que volvió “su rostro a Dios el Señor, buscándole en oración y ruego, en ayuno, cilicio y ceniza” (Dn. 9:2-3). Dios le dijo al profeta Jeremías: “Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis”, pero en lugar de añadir, “por lo tanto, no hay necesidad de que me supliques por estas cosas”, Él dijo: “Entonces me invocaréis, y vendréis y oraréis a mí, y yo os oiré” (Jer. 29:11-12).

Aquí entonces, está el designio de la oración: No es que la voluntad de Dios pueda ser alterada, sino que ésta puede ser *cumplida* en su propio tiempo y a su propia manera. Esto es porque Dios ha prometido ciertas cosas que podemos pedirle con la plena seguridad de la fe. Es el propósito de Dios que su voluntad se lleve a cabo por sus propios medios designados y que Él pueda hacer bien a su pueblo en sus propios términos, y eso es por los “medios” y los “términos” del ruego y la súplica. ¿Acaso el Hijo de Dios no sabía con certeza que después de su muerte y resurrección sería exaltado por el Padre? De seguro que sí. Sin embargo, lo encontramos pidiendo esto mismo: “Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (Jn. 17:5). ¿Acaso Él no sabía que ninguno de su pueblo podía perecer? ¡Sin embargo, Él rogó al Padre que los “guardara” (Jn. 17:11)!

Finalmente, debe decirse que la voluntad de Dios es inmutable y no puede ser alterada por nuestro llanto. Cuando la mente de Dios no está a favor de un pueblo para hacerles bien, no puede ser dirigida a favor ellos por la oración más ferviente e importuna<sup>141</sup> de aquellos que tienen el mayor interés en Él: “Me dijo Jehová: Si Moisés y Samuel se pusieran delante de mí, *no estaría mi voluntad con este pueblo*; échalos de mi presencia, y salgan” (Jer. 15:1). Las oraciones de Moisés para entrar a la tierra prometida son un caso paralelo.

Nuestras opiniones con respecto a la necesidad de oración, deben ser revisadas y puestas en armonía con la enseñanza de las Escrituras sobre el tema. La idea predominante parece ser que me acerco a Dios y le pido por algo que quiero, y que espero que me dé lo que le pedí.

---

<sup>141</sup> **Importuna** – Persistente.

Pero ésta es una concepción sumamente deshonrosa y degradante. La creencia popular reduce a Dios a un sirviente, a nuestro sirviente: cumpliendo nuestras órdenes, realizando nuestro placer, concediendo nuestros deseos. No, la oración es venir a Dios, exponerle mi necesidad, encomendar mi camino al Señor y dejar que Él se ocupe de ello como mejor le parezca. Esto hace que mi voluntad esté sujeta a la suya, en lugar de, como en el caso anterior, tratar de someter su voluntad a la mía. Ninguna oración es agradable a Dios, a menos que el espíritu que la mueva sea: “*No se haga mi voluntad, sino la tuya*” (Lc. 22:42).

“Cuando Dios otorga bendiciones a un pueblo que ora, no es por sus oraciones, como si fuera inclinado y cambiado por ellas; sino, que es por sus propios motivos, y por su propia voluntad y placer soberanos. Si se dijera, ¿entonces, cuál es el propósito de la oración? Se responde: Ésta es la forma y el medio que Dios ha designado para comunicar las bendiciones de su bondad a su pueblo porque, a pesar de que Él las ha propuesto, provisto y prometido, no obstante, Él ha de ser buscado en oración, y es un deber y un privilegio pedir. Cuando son bendecidos con un espíritu de oración, es una buena señal y parece como si Dios tuviera la intención de otorgar las cosas buenas pedidas, lo cual debe hacerse siempre con sumisión a la voluntad de Dios, diciendo: *No se haga mi voluntad, sino la tuya*”<sup>142</sup>.

La distinción que acabamos de mencionar es de gran importancia práctica para la paz de nuestro corazón. Quizás la única cosa que ejercita tanto a los cristianos como ninguna otra cosa, es la de las oraciones sin respuesta. Le han pedido algo a Dios: En la medida en que pueden juzgar, han pedido con fe, creyendo que recibirán aquello por lo que han suplicado al Señor y lo han pedido fervientemente y repetidas veces, pero la respuesta no ha llegado. El resultado es que, en muchos casos, la fe en la eficacia de la oración se debilita hasta que la esperanza cede a la desesperación y el oratorio queda completamente descuidado. ¿No es así?

---

<sup>142</sup> **John Gill** (1697-1771) – Ministro bautista inglés, teólogo y erudito bíblico. Autor de *Un cuerpo completo de divinidad doctrinal y práctica (A Complete Body of Doctrinal and Practical Divinity)*, *La causa de Dios y la verdad (The Cause of God and Truth)*, y sus *Exposiciones del Antiguo y Nuevo Testamento (Expositions of the Old and New Testaments)* en nueve volúmenes.

## D. Oración contestada

Ahora, ¿sorprenderá a nuestros lectores cuando decimos que toda oración de fe real que se ha ofrecido a Dios *ha sido respondida*? Lo afirmamos sin vacilar. Pero al decir esto, debemos referirnos a nuestra definición de oración. Permitámonos repetirla. La oración es venir a Dios, exponerle a Él mi necesidad (o la necesidad de otros), encomendar mi camino al Señor y luego, dejar que Él se ocupe del caso como mejor le parezca. Esto deja a Dios responder la oración de la forma que le parezca adecuada y, a menudo, su respuesta puede ser lo opuesto a lo que sería más aceptable para la carne. Sin embargo, si realmente hemos dejado nuestra necesidad en sus manos, será su respuesta y nada más. Veamos dos ejemplos.

En Juan 11, leemos acerca de la enfermedad de Lázaro. El Señor “lo amaba”, pero no se encontraba en Betania. Las hermanas enviaron un mensajero al Señor, informándole sobre la condición de su hermano. Y nótese, particularmente, cómo se redactó su suplica: “Señor, he aquí, el que amas está enfermo”. Eso fue todo. No le pidieron que sanara a Lázaro. No le pidieron que se apresurara de inmediato a Betania. ¡Simplemente extendieron su necesidad ante Él, le confiaron el caso en sus manos y lo dejaron actuar como a Él mejor le pareciera! ¿Y cuál fue la respuesta de nuestro Señor? ¿Contestó Él a su súplica y respondió a su silenciosa solicitud? Ciertamente lo hizo, aunque quizás no de la forma que ellas esperaban. Él respondió quedándose “dos días todavía en el lugar donde estaba” (Jn. 11:6) ¡y permitiendo que Lázaro muriera! Pero en este caso, eso no fue todo. Más tarde, viajó a Betania y resucitó a Lázaro de entre los muertos. Nuestro propósito, al referirnos aquí a este caso, es ilustrar la actitud apropiada que el creyente debe tener ante Dios en la hora de necesidad. El siguiente ejemplo enfatizará más bien, el método de Dios para responder a su hijo necesitado.

Diríjense a 2 Corintios 12. Al apóstol Pablo se le concedió un privilegio inaudito. Él había sido transportado al Paraíso. Sus oídos habían escuchado y sus ojos habían contemplado lo que ningún otro mortal había escuchado o visto en este lado de muerte. La maravillosa revelación fue más de lo que el Apóstol pudo soportar. Estaba en peligro de “envanecerse” por su extraordinaria experiencia. Por lo tanto, se le puso un aguijón en la carne, un mensajero de Satanás,

para abofetearlo, a fin de que no se exaltara sobremanera. Y el Apóstol extiende su necesidad ante el Señor; tres veces le suplica que este agujijón en la carne le sea quitado. ¿Fue respondida su oración? Ciertamente, aunque no de la manera que él había deseado. El “agujijón” no fue quitado, pero se le dio la gracia para soportarlo. La carga no fue eliminada, pero se le concedió fuerza para llevarla.

¿Alguien objeta que es nuestro privilegio hacer algo más que presentar nuestra necesidad ante Dios? ¿Se nos recuerda que Dios, por así decirlo, nos ha dado un cheque en blanco y que nos invitó a llenarlo? ¿Se dice que las promesas de Dios lo incluyen todo y que podemos pedirle a Dios lo que queramos? Si es así, debemos llamar la atención sobre el hecho de que es necesario comparar las Escrituras con las Escrituras, si queremos conocer la mente completa de Dios sobre cualquier tema y, al hacer esto, descubrimos que Dios ha calificado las promesas dadas a las almas que oran, diciendo: “Si pedimos alguna cosa *conforme a su voluntad*, él nos oye” (1 Jn. 5:14). La oración verdadera es la comunión con Dios para que haya pensamientos comunes entre su mente y la nuestra. Lo que se necesita es que Él llene nuestros corazones con sus pensamientos y luego sus deseos se convertirán en nuestros deseos que fluyen de regreso hacia Él (Sal. 37:4). Aquí está entonces, el lugar de encuentro entre la soberanía de Dios y la oración cristiana: Si pedimos algo según su voluntad, Él nos oye, y si no pedimos así, Él no nos escucha; como dice el apóstol Santiago: “Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites” (4:3).

Pero, ¿no dijo el Señor Jesús a sus discípulos: “De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo dará” (Jn. 16:23)? Él lo hizo; pero esta promesa no les da *carte blanche*<sup>143</sup> a las almas que oran. Estas palabras de nuestro Señor están en perfecto acuerdo con las del apóstol Juan: “Si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye”. ¿Qué es pedir “en el nombre de Cristo”? Sin duda, es mucho más que una fórmula de oración, la mera conclusión de nuestras súplicas con las palabras “en el nombre de Cristo”. Para solicitar a Dios por cualquier cosa en el nombre de

---

<sup>143</sup> **Carte blanche** – En español, “*carta blanca*”; término proveniente del francés y que significa tener la potestad de hacer lo que uno quiere en un asunto en particular.

Cristo, ¡debe ser acorde con lo que Cristo es! Pedirle a Dios en nombre de Cristo, es como si Cristo mismo fuera el suplicante. Sólo podemos pedirle a Dios lo que Cristo pediría. Pedir en nombre de Cristo es, por lo tanto, ¡dejar de lado nuestra propia voluntad, aceptando la de Dios!

### **E. Una definición de la oración**

Amplifiquemos ahora, nuestra definición de oración. ¿Qué es la oración? La oración no es tanto un acto como una actitud —una actitud de dependencia, dependencia de Dios—. La oración es una confesión de debilidad de la criatura, sí, de impotencia. La oración es el reconocimiento de nuestra necesidad y la exposición de ella ante Dios.

No decimos que esto es todo en cuanto a la oración, no lo es, pero es el elemento esencial y principal en la oración. Admitimos, libremente, que no podemos dar una definición completa de la oración dentro del alcance de una breve frase o en cualquier cantidad de palabras. La oración es tanto una actitud como un acto, un acto humano y, sin embargo, también está el elemento divino en ella, y es esto lo que hace imposible, además de impío, intentar un análisis exhaustivo. Pero al admitir esto, insistimos de nuevo, en que la oración es fundamentalmente una actitud de dependencia a Dios. Por lo tanto, la oración es todo lo contrario a dictarle a Dios porque la oración es una actitud de dependencia, el que realmente ora es sumiso, sumiso a la voluntad divina y la sumisión a la voluntad divina significa que estamos contentos con que el Señor provea para nuestra necesidad, de acuerdo con los dictados de su propio placer soberano. Y de ahí que digamos que cada oración que se le ofrece a Dios en este espíritu, tiene la seguridad de encontrarse con una contestación o respuesta de Él.

### **F. Resumen**

Entonces, aquí está la respuesta a nuestra pregunta de apertura y la solución escritural a la aparente dificultad. La oración no es pedirle a Dios que altere su propósito o que haga uno nuevo. La oración es adoptar una actitud de dependencia de Dios, presentar nuestra necesidad ante Él, pedir aquellas cosas que están de acuerdo con su

voluntad y, por lo tanto, no hay nada inconsistente entre la soberanía divina y la oración cristiana.

Para cerrar este capítulo, haremos una advertencia para salvar al lector de sacar una conclusión falsa de lo que se ha dicho. No hemos tratado aquí de epitomizar<sup>144</sup> toda la enseñanza de las Escrituras sobre el tema de la oración, ni siquiera hemos intentado discutir, en general, el problema de la oración; en su lugar, nos hemos limitado, más o menos, a considerar la relación entre la soberanía de Dios y la oración cristiana. Lo que hemos escrito está propuesto, principalmente, como una protesta contra gran parte de la enseñanza moderna, que enfatiza tanto el elemento humano en la oración, que el lado divino se pierde de vista casi por completo.

En Jeremías 10:23, se nos dice: “El hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos” (*Compárese con* Pr. 16:9) y, sin embargo, en muchas de sus oraciones, el impulso del hombre presume dirigirse al Señor en cuanto a su camino y en cuanto a lo que Él debe hacer —incluso, implicando que si él tuviera la dirección de los asuntos del mundo y de la iglesia, pronto haría las cosas muy diferentes de lo que son—. Esto no se puede negar porque cualquier persona con algún discernimiento espiritual, no podría dejar de detectar este espíritu en muchas de nuestras modernas reuniones de oración donde la carne domina. Cuán lentos somos todos para aprender la lección de que la arrogante criatura necesita ser puesta sobre sus rodillas y humillada hasta el polvo. Y éste es el lugar donde *pretende ponernos, el mismo acto de la oración*. ¡Pero el hombre (en su perversidad habitual) convierte el estrado de los pies, en un trono desde el que, de buena gana, dirigiría al Todopoderoso en cuanto a lo que Él debería hacer! —dando al espectador la impresión de que si Dios tuviera la mitad de la compasión que aquellos que oran (?) tienen, ¡todo estaría bien rápidamente! Tal es la arrogancia de la vieja naturaleza, incluso en un hijo de Dios.

Nuestro propósito principal en este capítulo, ha sido enfatizar la necesidad de someter, en oración, nuestras voluntades a la de Dios. Pero también debe añadirse que la oración es mucho más que un ejercicio piadoso y muy diferente a una actividad mecánica. La ora-

---

<sup>144</sup> **Epitomizar** – Hacer una representación condensada, abreviar, dar un resumen.

ción es, de hecho, un medio divinamente designado para que podamos obtener de Dios las cosas que le pedimos, siempre que pidamos lo que esté de acuerdo con su Voluntad. Estas páginas se habrán escrito en vano, a menos que guíen, tanto al escritor como al lector a clamar con más profundo fervor que antes, “Señor, *enséñanos a orar*” (Lc. 11:1).

***Preguntas para estudio personal y discusión en grupo***

*Las siguientes preguntas refuerzan la comprensión y la aplicación.*

1. ¿Cómo depende la actuación de Dios de las oraciones de los hombres?
2. ¿De qué manera es la oración un acto de adoración?
3. Explique la interpretación correcta de 1 Juan 5:14. De Juan 16:23.
4. ¿Qué es la oración?
5. Si Dios ha ordenado todo lo que será, ¿por qué orar?
6. ¿Qué se logra en la oración?
7. ¿Por qué podemos estar seguros de que todas las oraciones serán contestadas?
8. ¿Cómo podemos estar seguros de que nuestra oración será respondida positivamente?
9. ¿Por qué no hay nada incompatible con la soberanía divina y la oración cristiana?

# 10. NUESTRA ACTITUD HACIA SU SOBERANÍA

*“Sí, Padre, porque así te agradó” (Mateo 11:26).*

## A. Introducción

En el presente capítulo consideraremos, de manera breve, la aplicación práctica de la gran verdad que hemos considerado en sus diversas ramificaciones en páginas anteriores. En el capítulo doce, trataremos más en detalle, el valor de esta doctrina, pero aquí nos limitaremos a una definición de lo que debiera ser nuestra actitud hacia la soberanía de Dios.

Toda verdad que nos es revelada en la Palabra de Dios está allí, no sólo para nuestra información, sino también para nuestra *inspiración*. La Biblia nos ha sido dada, no para gratificar una curiosidad ociosa, sino para edificar las almas de sus lectores. La soberanía de Dios es algo más que un principio abstracto que explica la razón fundamental del gobierno divino: Está designada como un motivo para el temor piadoso, se nos da a conocer para la promoción de una vida recta, es revelada para traer en sujeción nuestros corazones rebeldes. Un verdadero reconocimiento de la soberanía de Dios, humilla como ninguna otra cosa lo hace, o puede humillar y traer el corazón a una humilde sumisión ante Dios —haciendo que renunciemos a nuestra propia voluntad, y que nos deleitemos en la percepción y el cumplimiento de la voluntad divina—.

Cuando hablamos de la soberanía de Dios, nos referimos mucho más que al ejercicio del poder gubernamental de Dios, aunque, por supuesto, eso está incluido en la expresión. Como hemos comentado en un capítulo anterior, la soberanía de Dios significa la Divinidad de Dios. En su sentido más pleno y profundo, el título de este libro significa el carácter y el ser de Aquel cuyo placer se realiza y cuya voluntad se ejecuta. Reconocer, verdaderamente, la soberanía de Dios es, por lo tanto, contemplar al Soberano mismo. Es venir a la presencia de la augusta “Majestad en las alturas” (He. 1:3). Es tener una visión

del Dios tres veces santo en su excelente gloria. Los efectos de tal visión, pueden aprenderse de aquellas Escrituras que describen la experiencia de diferentes personas que obtuvieron una visión del Señor Dios.

Observe la experiencia de *Job*, aquel de quien el Señor mismo dijo: “No hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal” (Job 1:8). Al final del libro que lleva su nombre, se nos muestra a Job en la presencia divina y ¿cómo reacciona él cuando se encuentra cara a cara con Jehová? Escuchen lo que dice: “De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza” (Job 42:5-6). Por lo tanto, una visión de Dios, Dios revelado en asombrosa majestad, hizo que Job se aborreciera a sí mismo y, no sólo eso, sino que se humillara a sí mismo ante el Todopoderoso.

Tomen nota de *Isaías*. En el sexto capítulo de su profecía, se nos presenta una escena que tiene pocas iguales, incluso en las Escrituras. El profeta contempla al Señor en el trono, un trono “alto y sublime”. Sobre este trono, estaban los serafines con rostros velados, clamando: “Santo, Santo, Santo, Jehová de los ejércitos”. ¿Cuál es el efecto de esta visión sobre el profeta? Leemos: “Entonces dije: ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios,... han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos” (Is. 6:5). Una visión del divino Rey, humilló a Isaías en el polvo, llevándolo como lo hizo, a la comprensión de su propia nada.

Uno más. Miren al profeta *Daniel*. Hacia el final de su vida, este hombre de Dios contempló al Señor en una manifestación teofánica<sup>145</sup>. Se apareció a su siervo en forma humana “vestido de lino” y con los lomos “ceñidos de oro de Ufaz<sup>146</sup>”, símbolo de santidad y gloria divina. Leemos que “su cuerpo era como de berilo, y su rostro parecía un relámpago, y sus ojos como antorchas de fuego, y sus brazos y sus pies como de color de bronce bruñido, y el sonido de sus palabras como el estruendo de una multitud” (Dn. 10:6). Daniel cuenta entonces, el efecto que esta visión tuvo sobre él y los que estaban con él:

---

<sup>145</sup> **Teofánico** – Perteneciente a la apariencia visible de Dios al hombre.

<sup>146</sup> **Oro de Ufaz** – En la versión King James: “Oro fino” (Dn. 10:5).

“Y sólo yo, Daniel, vi aquella visión, y no la vieron los hombres que estaban conmigo, sino que se apoderó de ellos un gran temor, y huyeron y se escondieron. Quedé, pues, yo solo, y vi esta gran visión, y *no quedó fuerza en mí*, antes mi fuerza se cambió en desfallecimiento, y no tuve vigor alguno. Pero oí el sonido de sus palabras; y al oír el sonido de sus palabras, *caí sobre mi rostro* en un profundo sueño, con mi rostro en tierra” (Dn. 10:7-9).

Una vez más, entonces, se nos muestra que obtener una visión del Dios soberano significa que la fuerza de la criatura se marchita y resulta en la humillación del hombre hasta el polvo ante su Hacedor.

## B. Temor piadoso

Entonces, ¿cuál debería ser nuestra actitud hacia el supremo Soberano? Respondemos: Una de temor piadoso. ¿Por qué hoy, las masas están tan absolutamente despreocupadas por las cosas espirituales y eternas, y son amadores de los deleites más que de Dios? (2 Ti. 3:4) ¿Por qué, incluso en los campos de batalla, las multitudes eran tan indiferentes al bienestar de su alma? ¿Por qué el desafío al cielo se está volviendo más abierto, más descarado, más atrevido? La respuesta es: Porque “no hay temor de Dios delante de sus ojos” (Ro. 3:18). De nuevo: ¿Por qué la autoridad de las Escrituras ha sido rebajada tan tristemente en la actualidad? ¿Por qué, incluso entre aquellos que profesan ser el pueblo del Señor, hay tan poca sujeción real a su Palabra y sus preceptos son tan poco apreciados y tan rápidamente descartados? ¡Oh! lo que se debe enfatizar hoy es que Dios es un Dios al que se ha de temer.

“El principio de la sabiduría es el temor de Jehová” (Pr. 1:7). Bienaventurada el alma que ha sido sobrecogida por la visión de la majestad de Dios, que ha tenido una visión de la terrible grandeza de Dios, su santidad inefable<sup>147</sup>, su justicia perfecta, su poder irresistible, su gracia soberana. ¿Alguien dice: “Pero sólo los que no son salvos, los que están fuera de Cristo, necesitan temer a Dios”? Entonces, la respuesta suficiente es que los salvos, los que están en Cristo, son amonestados para que se ocupen en su propia salvación con “temor

---

<sup>147</sup> **Inefable** – Que no se puede expresar; demasiado grande para ser descrito con palabras.

y temblor” (Fil. 2:12). Hubo un tiempo cuando era costumbre general hablar de un creyente como un “hombre temeroso de Dios” — que tal apelativo<sup>148</sup> se haya casi extinguido, sólo sirve para mostrar hacia dónde nos hemos desviado—. Sin embargo, todavía está escrito: “Como el padre se compadece de los hijos, así se compadece Jehová de los que le temen” (Sal. 103:13).

Cuando hablamos de temor piadoso, por supuesto, no nos referimos a un temor servil<sup>149</sup>, como el que prevalece entre los paganos en relación con sus dioses. No, nos referimos a ese espíritu que Jehová se compromete a bendecir, ese espíritu al que se refería el profeta cuando dijo: “Pero [yo el Señor] miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra” (Is. 66:2). Era esto lo que el Apóstol tenía en mente cuando escribió: “Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey” (1 P. 2:17). Y nada fomentará más este temor piadoso que el reconocimiento de la soberana majestad de Dios.

### C. Obediencia implícita

¿Cuál debería ser nuestra actitud hacia la soberanía de Dios? Respondemos de nuevo: Una de obediencia implícita. Una visión de Dios conduce a una comprensión de nuestra pequeñez e insignificancia, y despierta un sentido de dependencia y de rendición de nosotros mismos a Dios. O, de nuevo; una visión de la divina Majestad promueve el espíritu del temor piadoso y esto, a su vez, engendra un caminar obediente. Aquí está el antídoto<sup>150</sup> divino para la malvada naturaleza de nuestros corazones. Naturalmente, el hombre está lleno de un sentido de su propia importancia, con su grandeza y autosuficiencia; en pocas palabras, con orgullo y rebeldía. Pero, como comentamos, el gran correctivo es contemplar al poderoso Dios porque sólo esto lo humillará realmente. El hombre se gloriará en sí mismo o en Dios. El hombre vivirá para servir y para complacerse a sí mismo, o buscará servir y agradar al Señor. Ninguno puede servir a dos señores.

---

<sup>148</sup> **Apelativo** – Nombre o título.

<sup>149</sup> **Servil** – Como un esclavo, avergonzado; aterrorizado ante la perspectiva de un trato severo por parte de un duro capataz.

<sup>150</sup> **Antídoto** – Algo que contrarresta los efectos nocivos.

La irreverencia engendra la desobediencia. Dijo el altivo monarca de Egipto: “¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz y deje ir a Israel? *Yo no conozco a Jehová, ni tampoco dejaré ir a Israel*” (Éx. 5:2). Para Faraón, el Dios de los hebreos era simplemente *un* dios, uno entre muchos, una entidad impotente que no necesitaba ser temida ni servida. Pronto descubrió, cuán tristemente equivocado estaba y cuán amargamente tuvo que pagar por su error. Pero lo que estamos tratando de enfatizar aquí, es que el espíritu desafiante de Faraón fue el fruto de la irreverencia y esta irreverencia fue la consecuencia de su ignorancia de la majestad y la autoridad del Ser divino.

Ahora, si la irreverencia engendra desobediencia, la verdadera reverencia producirá y promoverá la obediencia. Comprender que las Sagradas Escrituras son una revelación del Altísimo, que nos comunica su mente y define para nosotros su Voluntad, es el primer paso hacia la piedad práctica. Reconocer que la Biblia es la Palabra de Dios y que sus preceptos son los preceptos del Todopoderoso, nos llevará a ver qué cosa tan horrible es despreciarlos e ignorarlos. Recibir la Biblia como dirigida a nuestras propias almas, dada por el Creador mismo, nos hará clamar con el salmista: “Inclina mi corazón a tus testimonios... ordena mis pasos con tu palabra” (Sal. 119:36, 133). Una vez que se haya aprehendido la soberanía del autor de la Palabra, ya no se tratará de escoger y elegir de entre los preceptos y los estatutos de esa Palabra, seleccionando aquellos que cuentan con nuestra aprobación; sino que se verá que, nada menos que una sumisión incondicional y de todo corazón, llega a ser inherente a la criatura.

#### D. Aquiescencia<sup>151</sup> total

¿Cuál debería ser nuestra actitud hacia la soberanía de Dios? Una de entera aquiescencia. Un verdadero reconocimiento de la soberanía de Dios, excluirá toda murmuración. Esto es evidente por sí mismo, pero el pensamiento merece ser meditado. Es natural murmurar contra las aflicciones y las pérdidas. Es natural quejarse cuando es-

---

<sup>151</sup> **Aquiescencia** – Aceptación, conformidad, acuerdo y sumisión con un corazón aquietado, sin protestas. En el contexto de la cultura latinoamericana, la palabra “*resignación*”, a diferencia de la palabra “*resignation*” en el original en inglés, tiene, generalmente, una connotación de aceptación de las cosas, pero con reticencia y amargura.

tamos privados de aquello sobre lo que hemos puesto nuestros corazones. Somos propensos a considerar nuestras posesiones como nuestras, incondicionalmente. Sentimos que cuando hemos llevado a cabo nuestros planes con prudencia y diligencia, tenemos derecho al éxito; que cuando a fuerza de trabajo duro hemos desarrollado una “habilidad”, merecemos conservarla y disfrutarla; que cuando estamos rodeados de una familia feliz, ningún poder puede entrar legalmente en el círculo encantado y abatir a un ser querido; y si en alguno de estos casos llega realmente la desilusión, la quiebra o la muerte, el instinto pervertido del corazón humano es clamar contra Dios. Pero en aquel que, por gracia, ha reconocido la soberanía de Dios, tal murmuración es silenciada y, en su lugar, hay una inclinación reverente a la voluntad divina y un reconocimiento de que Él no nos ha afligido tan dolorosamente como merecemos.

Un verdadero reconocimiento de la soberanía de Dios, admitirá el perfecto derecho de Dios para hacer con nosotros lo que Él quiera. El que se inclina ante la complacencia del Todopoderoso, reconocerá su absoluto derecho a hacer con nosotros lo que mejor le parezca. Si Él elige enviar pobreza, enfermedad, duelos domésticos, incluso cuando el corazón sangra por cada poro, dirá: “El juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?” (Gn. 18:25) A menudo, habrá una lucha porque la mente carnal permanece en el creyente hasta el final de su peregrinación terrenal. Pero aunque pueda haber un conflicto dentro de su pecho, sin embargo, aquel que realmente se rindió a esta verdad bendita, pronto escuchará esa voz que dice, como antes le dijo al turbulento Genesaret<sup>152</sup>: “Calla, enmudece” (Mr. 4:39)<sup>153</sup> y la tempestuosa inundación interior se aquietará y el alma sometida levantará un ojo lloroso, pero confiado, al cielo y dirá: “Hágase tu voluntad” (Lc. 11:2, *ver también* 22:42).

La historia de Elí, el sumo sacerdote de Israel, proporciona una ilustración sorprendente de un alma que se inclina reverente a la soberana voluntad de Dios. En 1 Samuel 3, aprendemos cómo Dios

---

<sup>152</sup> **Genesaret** – Mar de Galilea en Israel (Lc. 5:1). Este lago tiene un poco más de 20 kilómetros de largo y de 6,5 a 12 kilómetros de ancho. Su superficie está a 208 metros por debajo del nivel del Mediterráneo; su profundidad es de 25 a 50 metros. Fue el centro del ministerio de Jesucristo, en ese entonces, una población de aproximadamente un millón de personas vivía a lo largo de sus costas.

<sup>153</sup> **Calla, enmudece** – En Marcos 4:39, en la versión King James, la frase usada por el autor, se lee: *Peace, be still*, lo cual traduce: *Paz, está en calma*.

le reveló al pequeño niño Samuel que Él estaba a punto de matar a los dos hijos de Elí por su maldad y, al día siguiente, Samuel le comunica este mensaje al anciano sacerdote. Es difícil concebir un conocimiento más espantoso para el corazón de un padre piadoso. El anuncio de que su hijo va a ser abatido por una muerte súbita es, bajo cualquier circunstancia, una gran prueba para cualquier padre, pero al enterarse de que sus dos hijos —en la plenitud de su hombría y sin ninguna preparación para morir— iban a ser cortados por un juicio divino, debe haber sido abrumador. Sin embargo, ¿cuál fue el efecto sobre Eli cuando supo de Samuel la trágica noticia? ¿Qué respondió cuando oyó la terrible noticia? “Entonces él dijo: Jehová es; haga lo que bien le pareciere” (1 S. 3:18). Y no se le escapó una palabra más. ¡Maravillosa sumisión! ¡Sublime aquiescencia! Hermosa ejemplificación del poder de la gracia divina para controlar los afectos más fuertes del corazón humano y someter la voluntad rebelde, llevándola en una total aquiescencia a la complacencia soberana de Jehová.

Otro ejemplo, igualmente sorprendente, se ve en la vida de Job. Como es bien sabido, Job era un hombre temeroso de Dios y apartado del mal. Si alguna vez hubo alguien que, razonablemente, podía esperar que la divina Providencia le sonriera —hablamos como un hombre— fue Job. Sin embargo, ¿cómo fue con él? Por un tiempo las cuerdas le cayeron en lugares deleitosos (Sal. 16:6). El Señor llenó su aljaba al darle siete hijos y tres hijas. Lo prosperó en sus asuntos temporales hasta que tuvo grandes posesiones. Pero, de repente, el sol de la vida se escondió detrás de las nubes oscuras. En un solo día, Job perdió, no sólo sus rebaños y manadas, sino también sus hijos e hijas. Llegaron noticias de que su ganado había sido llevado por ladrones y que sus hijos habían sido muertos por un ciclón. Y ¿cómo recibió él estos informes? Escuchen sus sublimes palabras: “Jehová dio, y Jehová quitó” (Job 1:21). Se inclinó ante la soberana voluntad de Jehová. Él rastreó sus aflicciones hasta su causa primera. Miró detrás de los sabeos que habían robado su ganado y más allá de los vientos que habían destruido a sus hijos, y vio *la mano de Dios*. Pero Job, no sólo reconoció la soberanía de Dios, también se regocijó en eso. A las palabras: “Jehová dio, y Jehová quitó”, añadió, “sea el nombre de Jehová  *bendito*” (Job 1:21). Nuevamente decimos: ¡dulce sumisión! ¡Sublime aquiescencia!

Un verdadero reconocimiento de la soberanía de Dios, nos hace mantener todos nuestros planes en espera de la voluntad de Dios. El escritor recuerda bien un incidente que ocurrió en Inglaterra hace más de veinte años. La reina Victoria había muerto y la fecha de la coronación de su hijo mayor, Eduardo, había sido fijada para abril de 1902. En todos los anuncios que se enviaron, se omitieron dos pequeñas letras: D.V.<sup>154</sup> —Deo Volente, si Dios quiere—. Se hicieron planes y se completaron todos los arreglos para las celebraciones más imponentes que Inglaterra hubiera presenciado. Reyes y emperadores de todas partes de la tierra habían recibido invitaciones para asistir a la ceremonia real. Las proclamas del príncipe se imprimieron y se exhibieron, pero, hasta donde el escritor sabe, las letras D.V. no se encontraron ni en una de ellas. Se había organizado un programa sumamente imponente y el hijo mayor de la difunta reina iba a ser coronado, Eduardo Séptimo, en la Abadía de Westminster, a una determinada hora, en un día fijado. Y entonces, Dios intervino, y todos los planes del hombre se vieron frustrados. Se escuchó una voz suave y apacible que decía: “No han contado conmigo” y el príncipe Eduardo sufrió una apendicitis y su coronación se pospuso durante meses.

Como se comentó, un verdadero reconocimiento de la soberanía de Dios, nos hace mantener nuestro plan en espera de la voluntad de Dios. Nos hace reconocer que el divino Alfarero tiene poder absoluto sobre el barro y lo moldea de acuerdo con su propio placer imperial. Nos hace prestar atención a esa amonestación, ahora, ¡ay! tan generalmente ignorada:

“¡Vamos ahora! los que decís: Hoy y mañana iremos a tal ciudad, y estaremos allá un año, y traficaremos, y ganaremos; cuando no sabéis lo que será mañana. Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece. En lugar de lo cual deberíais decir: *Si el Señor quiere*, viviremos y haremos esto o aquello” (Stg. 4:13-15).

---

<sup>154</sup> **D.V.** – Abreviatura o siglas de *Deo volente*, frase en latín que significa “*si Dios quiere*”. Expresión usada, a menudo, en anuncios de reuniones, bodas y otros eventos para indicar que el hombre no tiene el control del futuro, sino que depende de Dios.

Sí, debemos inclinarnos ante la voluntad del Señor. A Él le corresponde decir dónde viviré, ya sea en América o África. A Él le corresponde determinar bajo qué circunstancias viviré, ya sea en medio de la riqueza o la pobreza, ya sea en salud o enfermedad. Le corresponde a Él decir cuánto tiempo viviré, si seré cortado en la juventud como la flor del campo o si continuaré hasta los setenta años.

Aprender realmente esta lección es, por gracia, alcanzar una forma elevada en la escuela de Dios —e, incluso cuando pensamos que la hemos aprendido, descubrimos, una y otra vez, que tenemos que volver a aprenderla—.

### **E. Profundo agradecimiento y gozo**

¿Cuál debería ser nuestra actitud hacia la soberanía de Dios? Una de profundo agradecimiento y gozo. La aprehensión del corazón de esta muy bendita verdad de la soberanía de Dios, produce algo muy diferente a una hosca inclinación a lo inevitable. La filosofía de este mundo agonizante no conoce nada mejor que “sacar lo mejor de un mal trabajo”, pero con el cristiano debería ser muy diferente. El reconocimiento de la supremacía de Dios, no sólo debe engendrar en nosotros temor piadoso, obediencia implícita y total aquiescencia, sino que debe hacernos decir con el salmista: “Bendice, alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre” (Sal. 103:1) ¿No dice el Apóstol: “Dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo” (Ef. 5:20)? ¡Oh! es en este punto que el estado de nuestras almas se pone a prueba con tanta frecuencia. Por desgracia, hay tanta voluntad propia en cada uno de nosotros. Cuando las cosas van como las deseamos, parece que estamos muy agradecidos con Dios; pero ¿qué ocurre con las ocasiones en que las cosas van en contra de nuestros planes y deseos?

Damos por sentado que cuando el verdadero cristiano emprende un viaje en tren, al llegar a su destino, devotamente agradece a Dios —lo que, por supuesto, sostiene que Él controla todo; de lo contrario, debemos agradecer al maquinista, al fogonero, a los señalizadores, etc.—. O, si está de negocios, al final de una buena semana, se le expresa gratitud al Dador de todo bien (temporal) y de todo don (espiritual) perfecto —que una vez más, argumenta que Él dirige a todos los clientes a su tienda—. Hasta aquí todo bien. Tales ejemplos no ocasionan dificultad. Pero imaginen los opuestos. Supongamos

que mi tren se retrasó durante horas, ¿me preocupaba y rabiaba? ¡Supongamos que otro tren se choca con él y salgo herido! O, supongamos que he tenido una mala semana en el negocio; o que un rayo golpeó mi tienda y la incendió; o que los ladrones irrumpieron y la saquearon. Entonces, ¿qué? ¿Veó la mano de Dios en *estas* cosas?

Tomemos el caso de Job una vez más. Cuando se le presentó una pérdida tras otra, ¿qué hizo? ¿Lloró su “mala suerte”? ¿Maldijo a los ladrones? ¿Murmuró contra Dios? No, se postró ante Él en adoración. ¡Oh! Querido lector, no hay un verdadero descanso para tu pobre corazón hasta que aprendas a ver la mano de Dios en todo. Pero para eso, la fe debe estar en constante ejercicio. ¿Y qué es la fe? ¿Una credulidad ciega? ¿Una resignación fatalista? No, nada de eso. La fe descansa en la segura Palabra del Dios viviente y, por lo tanto, dice: “Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Ro. 8:28) y, por lo tanto, la fe dará “siempre gracias por todo” (Ef. 5:20). La fe operativa se regocijará “en el Señor siempre” (Fil. 4:4).

## F. Cristo, nuestro ejemplo

Pasamos ahora a señalar cómo este reconocimiento de la soberanía de Dios —el cual se expresa en temor piadoso, obediencia implícita, aquiescencia total, y profundo agradecimiento y gozo— fue, suprema y perfectamente, ejemplificado por el Señor Jesucristo.

### 1. El temor piadoso de Cristo

En todas las cosas, el Señor Jesús nos ha dejado un ejemplo para que siguiéramos sus pasos. Pero, ¿es esto cierto en relación con el primer punto mencionado anteriormente? ¿Las palabras “temor piadoso” se vinculan siempre con su incomparable Nombre? Al recordar que el “temor piadoso” no significa un terror servil, sino más bien una sujeción filial<sup>155</sup> y reverencia; y recordando también, que “el principio de la sabiduría es el temor de Jehová” (Pr. 9:10), ¿no sería más bien extraño si no se hiciera ninguna mención del “temor piadoso” en relación con Aquel que fue la sabiduría encarnada?

¡Qué maravillosas y preciosas palabras las de Hebreos 5:7: “Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran

---

<sup>155</sup> **Filial** – Como de un niño hacia un padre.

clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su *temor reverente*. ¿Qué fue, sino el “temor reverente”, el que causó que el Señor Jesús estuviera “sujeto” a José y María en los días de su niñez? ¿Acaso no fue el “temor de Dios” —sujeción filial y reverencia hacia Dios— el que vemos manifiesto cuando leemos “vino a Nazaret, donde se había criado; y en el día de reposo entró en la sinagoga, *conforme a su costumbre*” (Lc. 4:16)? ¿No fue el “temor piadoso” lo que causó que el Hijo encarnado dijera, cuando Satanás lo tentó a postrarse y adorarlo: “Escrito está: “al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás”? ¿No fue el “temor de Dios” lo que lo movió a decirle al leproso limpio: “Ve, muéstrate al sacerdote, y presenta la ofrenda que ordenó Moisés” (Mt. 8:4)? Pero, ¿por qué tantas ilustraciones?<sup>156</sup>

## **2. La obediencia implícita de Cristo**

¡Cuán perfecta fue la obediencia que el Señor Jesús le ofreció a Dios el Padre! Y al reflexionar sobre esto, no perdamos de vista la maravillosa gracia que hizo que Él, quien siendo en la misma forma de Dios, se rebajara tanto como para tomar la forma de un *siervo* (Fil. 2:7) y así ser llevado al lugar donde la obediencia lo estaba haciendo. Como el siervo perfecto, Él rindió completa obediencia a su Padre. Cuán absoluta y completa fue esa obediencia, lo podemos aprender de las palabras: “Haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:8). Que ésta fue una obediencia consciente e inteligente, es claro desde su propio lenguaje: “Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. *Este mandamiento* recibí de mi Padre” (Jn. 10:17-18).

## **3. La total aquiescencia de Cristo**

¿Y qué diremos de la absoluta aquiescencia del Hijo a la voluntad del Padre? ¿Qué había entre Ellos, sino un acuerdo de total unidad? Él dijo: “Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Jn. 6:38), y cuán plenamente, Él

---

<sup>156</sup> Note cómo la profecía del Antiguo Testamento, también declaró que “el Espíritu del Señor” debería “reposar sobre él, espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de conocimiento y de *temor del Señor*” (Is. 11:2). — *A.W.P.*

corroboró esa afirmación, todos saben, los que han seguido con atención su camino como se muestra en las Escrituras. ¡Contempladlo en Getsemaní! La “copa” amarga, sostenida en la mano del Padre, se presenta a su vista. Resaltad bien su actitud. Aprended de Él, que fue manso y humilde de corazón. Recordad que allí, en el jardín, vemos el Verbo hecho carne, un hombre perfecto. Su cuerpo tiembla en cada nervio al contemplar los sufrimientos físicos que le esperan; su naturaleza santa y sensible está rehuyendo de las horribles indignidades que se acumularán sobre Él; su corazón está quebrantado por el terrible “oprobio” que está ante Él; su espíritu está muy turbado, al prever el terrible conflicto con el poder de las tinieblas y, sobre todo y supremamente, su alma está llena de horror ante la idea de estar separado de Dios mismo —por tanto, allí vierte su alma al Padre, y con gran llanto y lágrimas derrama, por así decirlo, grandes gotas de sangre—. Y ahora, observa y escucha. Aquieta los latidos de tu corazón y escucha las palabras que salen de sus benditos labios: “Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc. 22:42). Aquí está la sumisión personificada. Aquí está la aquiescencia al placer de un Dios soberano, ejemplificada de manera superlativa. Y nos ha dejado un ejemplo para que siguiéramos sus pasos. ¡El que era Dios se hizo hombre, y fue tentado en todo como nosotros (He. 4:15), pero sin pecado, para mostrarnos cómo llevar nuestra naturaleza de criaturas!

Antes preguntamos: ¿Qué diremos de la aquiescencia absoluta de Cristo a la voluntad del Padre? Añadimos esto: Que aquí como en todas partes, Él fue único, incomparable. En todas las cosas, Él tiene la preeminencia. En el Señor Jesús no hubo voluntad rebelde para ser quebrantada. En su corazón no había nada que someter. ¿No fue ésta una razón por la cual, en lenguaje profético, Él dijo: “Mas yo soy gusano, y no hombre”? (Sal. 22:6) —¡un gusano no tiene poder de resistencia!—. Debido a que en Él no había resistencia, Él pudo decir: “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió” (Jn. 4:34). Sí, fue porque estaba en perfecto acuerdo con el Padre en todas las cosas, que dijo: “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón” (Sal. 40:8). Nótese la última cláusula aquí y contéplese su Excelencia incomparable. Dios tiene que poner sus leyes en *nuestras* mentes y escribirlas en nuestros corazones (*Ver* He. 8:10), ¡pero su Ley ya estaba en el corazón de Cristo!

Qué hermosa y sorprendente ilustración de la gratitud y el gozo de Cristo la que se encuentra en Mateo 11. Allí contemplamos, primero, el fracaso de la fe de su precursor (vv. 2-3). Luego, nos enteramos del descontento del pueblo, no estuvieron satisfechos con el mensaje alegre de Cristo ni con el solemne de Juan (vv. 16-20). Tercero, tenemos el no arrepentimiento de aquellas ciudades favorecidas, en las cuales se realizaron las obras más poderosas de nuestro Señor (vv. 21-24). Y luego, leemos: “En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: *Te alabo*, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños” (v. 25). Nótese, que el pasaje paralelo en Lucas 10:21 comienza diciendo: “En aquella misma hora Jesús *se regocijó* en el Espíritu, y dijo: Yo te alabo<sup>157</sup>, oh Padre”, etc. ¡Oh! aquí estaba la sumisión en su forma más pura. Aquí hubo Uno por quien los mundos fueron hechos, sin embargo, en los días de su humillación y frente a su rechazo, se inclinó con gratitud y gozo ante la voluntad del “Señor de los cielos y la tierra”.

## G. Adoración reverente

¿Cuál debería ser nuestra actitud hacia la soberanía de Dios? Finalmente, una de adoración reverente. Se ha dicho bien que “la verdadera adoración se basa en la *grandeza* reconocida y la *grandeza* se ve, superlativamente, en la soberanía y sobre ningún otro estrado los hombres realmente adorarán” (J. B. Moody). En presencia del Rey divino en su trono, hasta los serafines “cubren sus rostros” (Is. 6:2).

¡La soberanía divina no es la soberanía de un déspota tiránico, sino el placer ejercido de Aquel que es infinitamente sabio y bueno! Debido a que Dios es infinitamente sabio, no puede equivocarse y, debido a que Él es infinitamente justo, no hará nada malo. Entonces, aquí está el precioso valor de esta verdad. El simple hecho de que la voluntad de Dios sea irresistible e irreversible me llena de miedo, pero una vez que me doy cuenta de que Dios sólo quiere lo que es bueno, hace que mi corazón se regocije.

---

<sup>157</sup> “**Yo te alabo**” – En la versión King James, se lee: “Yo te agradezco”, en inglés: “*I thank thee,...*” (Lc. 11:21). Aquí el autor alude al agradecimiento y gozo, con los cuales Cristo se sometió al Padre.

Aquí está entonces, la respuesta final a la pregunta de este capítulo: ¿Cuál debería ser nuestra actitud hacia la soberanía de Dios? La actitud apropiada para nosotros es el temor piadoso, la obediencia implícita, la total aquiescencia y sumisión sin reservas. Pero no sólo eso, también, el reconocimiento de la soberanía de Dios y la comprensión de que el Soberano mismo es *mi Padre*, deben abrumar el corazón y hacer que me incline ante Él en culto de adoración. En todo momento debo decir: “Sí, Padre, porque así te agradó”.

Concluimos con un ejemplo que ilustra muy bien nuestro significado. Hace unos doscientos años, la santa Madame Guyon<sup>158</sup>, después de pasar diez años en una mazmorra situada muy abajo de la superficie de la tierra, iluminada sólo por una vela a la hora de las comidas, escribió estas palabras:

*“Un pajarillo soy yo, del campo abierto vetado;  
empero, en jaula hay canción, a Quien aquí me ha confinado;  
complacida en mi prisión,  
pues, Dios mío, es vuestro agrado.*

*Sin nada más para hacer, canción canto todo el día;  
y a Quien amo complacer, sí escucha mi melodía;  
mi ala errante ató en prisión  
mas se inclina todavía para escuchar mi canción.  
Límites mi jaula impone; no puedo afuera volar;  
si bien mi ala bien atada, en mi corazón libertad,  
de mi prisión las paredes controlar no pueden,  
el vuelo, la libertad de mi alma.*

*¡Oh! Qué bueno remontar estas barras encumbradas,  
hacia Aquel cuyo propósito se me permite adorar,  
de cuya Providencia, encuéntrome enamorada;  
y hallar en tu voluntad  
la alegría tan anhelada, de la mente libertad”.*

---

<sup>158</sup> **Madame Guyon** (Jeanne-Marie Bouvier de la Motte Guyon, 1648-1717) – Mística francesa y defensora clave del *quietismo*, cuyos aspectos se consideraron herejía.

***Preguntas para estudio personal y discusión en grupo.***

*Las siguientes preguntas refuerzan la comprensión y la aplicación.*

1. Describe para qué está diseñado el entendimiento de la doctrina de la soberanía de Dios y cómo actúa en nosotros.
2. Describe las consecuencias de la falta de temor a Dios.
3. ¿Qué es el temor de Dios?
4. Describe lo que fluye de un verdadero reconocimiento de la soberanía de Dios.
5. a. ¿En qué punto se ponen a prueba nuestras almas con tanta frecuencia?  
b. ¿Por qué sucede eso?
6. ¿Cuál es el punto clave<sup>159</sup> para cada uno de los siguientes textos?
  - a. Filipenses 2:7
  - b. Filipenses 2:8
  - c. Juan 10:17-18
  - d. Juan 6:38
  - e. Lucas 22:42
  - f. Salmos 40:8
7. ¿Cuál debería ser nuestra actitud hacia la soberanía de Dios?

---

<sup>159</sup> Consulte el capítulo 2: Preguntas para obtener una aclaración sobre lo que es un “punto clave”.

# 11. DIFICULTADES Y OBJECIONES

*“Y si dijereis: No es recto el camino del Señor, oíd ahora, casa de Israel: ¿No es recto mi camino? ¿No son vuestros caminos torcidos?” (Ezequiel 18:25).*

## A. Introducción

Se ha llegado a un punto conveniente, cuando ahora podemos examinar con más precisión, algunas de las dificultades encontradas y las objeciones que se pueden presentar en contra de lo que hemos escrito en páginas anteriores. El autor consideró que era mejor reservarlas para una consideración por separado, en lugar de tratarlas a medida que avanzaba, pues eso habría hecho romper el curso del pensamiento y destruido la unidad estricta de cada capítulo, o bien, entorpecer nuestras páginas con numerosas y largas notas al pie de página.

Se reconoce, fácilmente, que hay dificultades involucradas en un intento de establecer la verdad de la soberanía de Dios. Quizás, lo más difícil de todo, es mantener el equilibrio de la verdad. Es en gran parte una cuestión de perspectiva. Que Dios es soberano, se declara, explícitamente, en la Escritura; que el hombre es una criatura responsable, también se afirma, expresamente, en la Sagrada Escritura. Definir la relación de estas dos verdades, fijar la línea divisoria entre ellas, mostrar exactamente dónde se encuentran, exhibir la perfecta consistencia de la una con la otra, es la tarea más pesada de todas. Muchos han declarado, abiertamente, que es imposible que la mente finita las armonice. Otros nos dicen que no es necesario ni sabio intentarlo. Pero, como hemos comentado en un capítulo anterior, nos parece más honroso para Dios buscar en su Palabra la solución a cada problema. “Para los hombres esto es imposible; más para Dios todo es posible” (Mt. 19:26) y, aunque concedemos que la mente finita está limitada en su alcance, sin embargo, recordamos que las Escri-

turas nos son dadas para que el hombre de Dios pueda estar “enteramente preparado” (2 Ti. 3:17) y si nos acercamos a su estudio en un espíritu de humildad y expectación, entonces, según nuestra fe, nos será hecho (Mt. 9:29).

Como se comentó anteriormente, la tarea más difícil a este respecto, es preservar el equilibrio de la verdad, mientras se insiste, *tanto* en la soberanía de Dios como en la responsabilidad de la criatura. Para algunos de nuestros lectores, puede parecer que al presionar la soberanía de Dios hasta donde lo hemos hecho, el hombre queda reducido a una mera marioneta. Por lo tanto, para protegerse de esto, modificarían sus definiciones y declaraciones relacionadas con la soberanía de Dios y, así, tratarían de embotar el aguzado filo de lo que es tan ofensivo para la mente carnal. Otros, aunque se niegan a sopesar la evidencia que hemos presentado en apoyo de nuestras afirmaciones, pueden plantear objeciones que a sus mentes son suficientes para deshacerse de todo el tema. No perderíamos el tiempo en el esfuerzo de refutar las objeciones hechas en un espíritu criticón<sup>160</sup> y contencioso, pero sí *estamos* deseosos de satisfacer, justamente, las dificultades experimentadas por aquellos que están ansiosos por obtener un conocimiento más completo de la verdad. No es que nos consideremos capaces de dar una respuesta satisfactoria y definitiva a todas las preguntas que puedan formularse; al igual que el lector, el escritor conoce, pero en parte y ve “oscuramente”, a través de un espejo (1 Co. 13:12). Todo lo que podemos hacer es examinar estas dificultades bajo la luz que ahora tenemos, dependiendo del Espíritu de Dios para que podamos seguir conociendo mejor al Señor.

## B. ¿Ha Dios decretado todo? (Capítulo 1)

Proponemos ahora, volver sobre nuestros pasos y seguir el mismo orden de pensamiento como el seguido hasta este punto. Como parte de nuestra “definición” de la soberanía de Dios, afirmamos:

Decir que Dios es soberano es declarar que Él es el Todopoderoso, el poseedor de todo el poder en el cielo y la tierra para que ninguno pueda vencer sus consejos, frustrar su propósito o resistir

---

<sup>160</sup> **Criticón** – Del inglés, “*carping*”, que significa encontrar fallas de una manera desagradable.

su voluntad... La soberanía del Dios de la Escritura es absoluta, irresistible, infinita.

Para expresarlo ahora, en su forma más fuerte, insistimos en que Dios hace *como* le place, *sólo* lo que le place, *siempre* como le place; que todo lo que sucede en el tiempo no es sino la manifestación de lo que Él decretó en la eternidad. Como prueba de esta afirmación, apelamos a las siguientes Escrituras: “Nuestro Dios está en los cielos, todo lo que quiso ha hecho” (Sal. 115:3). “Porque Jehová de los ejércitos lo ha determinado, ¿y quién lo impedirá? Y su mano extendida, ¿quién la hará retroceder? (Is. 14:27). “Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?” (Dn. 4:35). “Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén” (Ro. 11:36).

Las declaraciones anteriores son tan claras y positivas que cualquier comentario nuestro sobre ellas, simplemente, estaría oscureciendo el consejo con palabras sin sabiduría (Job 38:2). Declaraciones tan expresas como las que acabamos de citar son tan amplias y tan dogmáticas que toda controversia sobre el tema que tratan debería, definitivamente, llegar a su fin. Sin embargo, en lugar de recibir las por su valor nominal, se recurre a todos los dispositivos de ingenio carnal para neutralizar su fuerza.

### **1. Mateo 6:10**

Por ejemplo, se ha preguntado: Si lo que vemos en el mundo de hoy no es sino la manifestación del propósito eterno de Dios, si el consejo de Dios se está cumpliendo *ahora*, ¿por qué nuestro Señor enseñó a sus discípulos a *orar*: “Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mt. 6:10)? ¿No es una implicación clara de estas palabras que la voluntad de Dios no se está haciendo ahora en la tierra? La respuesta es muy sencilla. La palabra enfática en la cláusula anterior es “como”. La voluntad de Dios *se está* haciendo en la tierra hoy, si no es así, entonces nuestra tierra no está sujeta al gobierno de Dios y si no está sujeta a su gobierno, entonces Él no es, como la Escritura lo proclama: “Señor de toda la tierra” (Jos. 3:13). Pero la voluntad de Dios no se está haciendo en la tierra *como* en el cielo. ¿Cómo se hace la voluntad de Dios “en el cielo”? Consciente y

gozosamente. ¿Cómo es “hecha en la tierra”? En su mayor parte, inconsciente y toscamente. En el cielo, los ángeles cumplen las órdenes de su Creador con inteligencia y alegría, pero en la tierra, los no salvos entre los hombres cumplen, ciega e ignorantemente, su voluntad. Como dijimos en páginas anteriores, cuando Judas traicionó al Señor Jesús y cuando Pilato lo sentenció a ser crucificado, no tenían intenciones conscientes de cumplir los decretos de Dios; sin embargo, ¡sin saberlo, eso fue lo que hicieron!

## 2. Génesis 6:6

Pero otra vez, se ha objetado: Si todo lo que sucede en la tierra es el cumplimiento del placer del Todopoderoso, si Dios pre-ordenó — antes de la fundación del mundo — todo lo que sucede en la historia humana, entonces, ¿por qué leemos en Génesis 6:6? “¿Se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió en su corazón”? ¿Acaso este lenguaje no da a entender que los antediluvianos habían seguido un curso que su Creador no había marcado para ellos y que, en vista del hecho de que habían “corrompido” su camino sobre la tierra, el Señor lamentó haber traído alguna vez a semejante criatura a la existencia? Antes de llegar a tal conclusión, observemos lo que implica tal inferencia. Si las palabras “se arrepintió Jehová de haber hecho al hombre” son consideradas en un sentido absoluto, entonces se negaría la omnisciencia de Dios porque en tal caso, el camino seguido por el hombre no debe haber sido previsto por Dios en el día en que Él lo creó. Por lo tanto, debe ser evidente para toda alma reverente que este lenguaje tiene algún otro significado. Afirmamos que las palabras “se arrepintió el Señor” son una acomodación a nuestra inteligencia finita y al decir esto, no estamos tratando de escapar de una dificultad o cortar un nudo<sup>161</sup>, sino que estamos avanzando en una interpretación que trataremos de mostrar que está en perfecto acuerdo con la tendencia general de las Escrituras.

La Palabra de Dios está dirigida a los *hombres* y, por lo tanto, habla en el lenguaje de los hombres. Debido a que no podemos elevarnos al nivel de Dios, Él, en su gracia, desciende al nuestro y conversa con nosotros en nuestra propia habla. El apóstol Pablo nos cuenta

---

<sup>161</sup> **Cortar un nudo** – *Figurativo*: Encontrar una solución no óptima a un problema; desatar algo que está atado con una cuerda cortando la cuerda con un cuchillo, destruyendo así la cuerda, en lugar de desatar el nudo de la cuerda.

cómo “fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar” (2 Co. 12:4). Los que están en la tierra, no podrían entender la lengua vernácula<sup>162</sup> del cielo. Lo finito no puede comprender lo infinito, por lo tanto, el Todopoderoso se digna expresar su revelación en términos que podamos entender. Es por esta razón que la Biblia contiene muchos antropomorfismos, es decir, representaciones de Dios en forma de hombre. Dios es Espíritu, sin embargo, las Escrituras hablan de Él como que tiene ojos, oídos, nariz, aliento, manos, etc., que sin duda es una acomodación de términos reducidos al nivel de la comprensión humana.

De nuevo, leemos en Génesis 18:20-21: “Entonces Jehová le dijo: Por cuanto el clamor contra Sodoma y Gomorra se aumenta más y más, y el pecado de ellos se ha agravado en extremo, descenderé ahora, y *veré si han consumado su obra* según el clamor que ha venido hasta mí; y si no, lo sabré” Ahora, evidentemente, éste es un antropologismo —Dios hablando en lenguaje humano—. Dios conocía las condiciones que prevalecían en Sodoma y sus ojos habían sido testigos de sus terribles pecados, sin embargo, se complace en usar términos que son tomados de nuestro propio vocabulario.

Nuevamente, en Génesis 22:12, leemos: “Y dijo [Dios]: No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque *ya conozco* que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único”. Aquí otra vez, Dios está hablando en el lenguaje de los hombres porque Él “sabía”, antes de probar a Abraham, exactamente cómo actuaría el patriarca. Así también la expresión de Dios tan frecuente en Jeremías (7:13, etc.) de “os hablé desde temprano<sup>163</sup>” es, manifiestamente, una acomodación de términos.

Una vez más: En la parábola de la viña, Cristo mismo representa a su dueño diciendo: “Entonces el señor de la viña dijo: ¿Qué haré? Enviaré a mi hijo amado; *quizá* cuando le vean a él, le tendrán respeto” (Lc. 20:13) y, sin embargo, es cierto que Dios sabía perfectamente que el “labrador” de la viña (los judíos) no “reverenciarían a su Hijo”, sino que lo “despreciarían y rechazarían” como su propia Palabra lo había declarado.

---

<sup>162</sup> **Lengua vernácula** – Habla o lengua nativa de un lugar en particular.

<sup>163</sup> **Nota del editor** – La palabra usada aquí, en el original hebreo, transmite la idea de “levantarse temprano en la mañana”.

De la misma manera, entendemos las palabras de Génesis 6:6: “*Se arrepintió* Jehová de haber hecho al hombre en la tierra” como una adaptación de términos para la comprensión humana. Este versículo no enseña que Dios se enfrentó a una contingencia imprevista y, por lo tanto, lamentó haber hecho al hombre, sino que expresa el aborrecimiento de un Dios santo ante la tremenda iniquidad y corrupción en la que el hombre había caído. Si queda alguna duda en la mente de nuestros lectores sobre la legitimidad y solidez de nuestra interpretación, una apelación directa a la Escritura debería eliminarla al instante y por completo: “El que es la Gloria de Israel [un título divino] no mentirá, ni se arrepentirá, porque no es hombre para que se arrepienta” (1 S. 15:29). ¡“Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual *no hay mudanza*, ni sombra de variación” (Stg. 1:17)!

Una cuidadosa atención a lo que hemos dicho anteriormente, arrojará luz sobre muchos otros pasajes que, si ignoramos su carácter figurativo y no observamos que Dios se aplica a Sí mismo los modos de expresión humana, serán oscuros y desconcertantes. Después de haber comentado con tal extensión sobre Génesis 6:6, no habrá necesidad de dar una exposición tan detallada de otros pasajes que pertenecen a la misma clase. Sin embargo, para el beneficio de aquellos de nuestros lectores que pueden estar ansiosos de que examinemos varias otras Escrituras, iremos a uno o dos más.

### **3. Mateo 23:37**

Un pasaje que a menudo encontramos citado para derribar la enseñanza avanzada en este libro, es el lamento de nuestro Señor sobre Jerusalén: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡*Cuántas veces quise* juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y *no quisiste!*” (Mt. 23:37). Se hace la pregunta: ¿No muestran estas palabras que el Salvador reconoció la derrota de su misión, que como pueblo, los judíos resistieron todos sus ofrecimientos de gracia hacia ellos? Al responder a esta pregunta, primero debe señalarse que nuestro Señor se está refiriendo aquí, no tanto a su propia misión, sino que está reprendiendo a los judíos por haber rechazado su gracia en todas las épocas —esto es claro por su referencia a los “profetas”—. El Antiguo Testamento atestigüa plenamente, cuán lleno de gracia y gentilmente, Jehová trató a su pueblo, y con cuánta obstinación extrema,

desde el principio hasta el final, se negaron a ser “juntados” por Él y cómo, finalmente, los abandonó para que siguieran sus propios pensamientos. Sin embargo, como las mismas Escrituras declaran, el consejo de Dios no fue frustrado por su maldad porque había sido predicho (y, por lo tanto, decretado) por Él (*Ver*, por ejemplo, 1 R. 8:33).

Mateo 23:37, bien puede ser comparado con Isaías 65:2, donde el Señor dice: “Extendí mis manos todo el día a pueblo rebelde, el cual anda por camino no bueno, en pos de sus pensamientos”. No obstante, se puede preguntar: ¿Dios buscó hacer aquello que estaba en oposición a su propio propósito eterno? En palabras tomadas de Calvino, respondemos:

“Aunque para nuestra comprensión, la voluntad de Dios es múltiple y variada, sin embargo, Él, en sí mismo, no desea las cosas en desacuerdo entre sí, sino que asombra nuestras facultades con su sabiduría variada y “multiforme” (Ef. 3:10), según la expresión de Pablo, hasta que seamos capacitados para comprender que Él, misteriosamente, desea lo que ahora parece contrario a su Voluntad”.

Como ilustración adicional del mismo principio, remitiremos al lector a Isaías 5:1-4:

“Ahora cantaré por mi amado el cantar de mi amado a su viña. Tenía mi amado una viña en una ladera fértil. La había cercado y despedregado y plantado de vides escogidas; había edificado en medio de ella una torre, y hecho también en ella un lagar; y *esperaba que diese uvas*, y dio uvas silvestres. Ahora, pues, vecinos de Jerusalén y varones de Judá, juzgad ahora entre mí y mi viña. *¿Qué más se podía hacer* a mi viña, que yo no haya hecho en ella? *¿Cómo, esperando yo que diese uvas*, ha dado uvas silvestres?”.

¿No es evidente en este lenguaje que Dios se consideraba a sí mismo como si hubiera hecho lo suficiente por Israel como para garantizar una expectativa —hablando a la manera de los hombres— de mejores resultados? Sin embargo, ¿no es igualmente evidente cuando Jehová dice aquí, “esperando yo que diese uvas”, que Él se está acomodando a una forma de expresión finita? Y, también cuando dice: “¿Qué más se podía hacer a mi viña, que yo no haya hecho en ella?”. Debemos tomar nota de que en la enumeración anterior de lo

que Él había hecho —el “cercado”, etc.— se refiere sólo a los privilegios externos, los medios y las oportunidades que se le habían otorgado a Israel —porque, por supuesto, incluso entonces, pudo haberles quitado su corazón de piedra y haberles dado un corazón nuevo, incluso un corazón de carne, si Él así hubiera querido—.

Tal vez, deberíamos vincular el lamento de Cristo sobre Jerusalén en Mateo 23:37, con sus lágrimas sobre la ciudad, registradas en Lucas 19:41: “Y cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella”. En los versículos que siguen inmediatamente, nos enteramos de qué fue lo que ocasionó sus lágrimas: “Diciendo: ¡Oh, sí también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, cuando tus enemigos te rodearán con vallado, y te sitiarán, y por todas partes te estrecharán” —ésta era la perspectiva del terrible juicio que Cristo sabía que era inminente—. ¿Pero, esas lágrimas manifestaron a un Dios decepcionado? No, en verdad. En cambio, mostraron un *hombre* perfecto. Jesucristo Hombre no era un estoico sin emociones, sino Uno lleno de compasión (Mt. 14:14). Esas lágrimas expresaban las simpatías sin pecado de su humanidad real y pura. Si no hubiera “llorado”, habría sido menos que humano. Esas “lágrimas” fueron una de las muchas pruebas de que “debía ser en todo semejante a sus hermanos” (He. 2:17).

## C. ¿Ama Dios a todos? (Capítulo 2)

### 1. *El problema*

En el capítulo uno, afirmamos que Dios es soberano en el ejercicio de su amor y, al decir esto, somos plenamente conscientes de que muchos se resentirán fuertemente con la afirmación y que, además, lo que tenemos que decir, probablemente, encontrará más críticas que cualquier otra cosa avanzada en este libro. Sin embargo, debemos ser fieles a nuestras convicciones de lo que creemos que es la enseñanza de las Sagradas Escrituras y sólo podemos pedirles a nuestros lectores que examinen diligentemente, a la luz de la Palabra de Dios, lo que aquí sometemos a su atención.

Una de las creencias más populares del momento es que Dios ama a todos y, el mismo hecho de que sea tan popular entre todas las clases, debería ser suficiente para despertar las sospechas de los que están sujetos a la Palabra de Verdad. El amor de Dios hacia todas sus

criaturas es el principio fundamental y favorito de los universalistas, los unitarios, los teósofos, los científicos cristianos, los espiritistas, los ruselistas, etc. No importa cómo un hombre pueda vivir —en abierto desafío al cielo, sin ninguna preocupación por los intereses eternos de su alma y, menos aún, para la gloria de Dios, muriendo, tal vez con una blasfemia en sus labios— a pesar de eso, se nos dice que Dios lo ama. Tan ampliamente se ha proclamado este dogma y tan reconfortante es para el corazón que está en enemistad con Dios, que tenemos poca esperanza de convencer a muchos de su error.

Que Dios ama a todos, podemos decir, es una creencia bastante moderna. Los escritos de los padres de la iglesia, de los reformadores o de los puritanos (creemos) serán investigados en vano al buscar tal concepto en ellos. Tal vez el fallecido D. L. Moody<sup>164</sup> —cautivado por *La cosa más grandiosa del mundo* de Drummond<sup>165</sup>— más que nadie en el siglo pasado, popularizó este concepto.

Ha sido habitual decir que Dios ama al pecador aunque odia su pecado<sup>166</sup>. Pero esa es una distinción sin sentido. ¿Qué hay en un pecador, sino pecado? ¿Acaso no es cierto que “toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente” y que “desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana” (Is. 1:5-6)? ¿Es cierto que Dios ama a la persona que desprecia y rechaza a su bendito Hijo? Dios es luz, así como amor (1 Jn. 1:5; 4:8) y, por lo tanto, su amor debe ser un amor santo. Decirle al que rechaza a Cristo que Dios lo ama, es cauterizar<sup>167</sup> su conciencia, así como también darle una sensación de seguridad en sus pecados.

El hecho es que el amor de Dios es una verdad sólo para los santos y presentarlo a los enemigos de Dios, es tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros. ¡Con la excepción de Juan 3:16, ni una sola vez

---

<sup>164</sup> **D. L. Moody** (1837-1899) – Evangelista y editor estadounidense, quien fundó la Iglesia Moody, el Instituto Bíblico Moody y Moody Publishers en Chicago, Illinois. Realizó grandes campañas de evangelización en Estados Unidos y Gran Bretaña.

<sup>165</sup> **Henry Drummond** (1851-1897) – Evangelista, escritor y conferencista escocés; educado en la Universidad de Edimburgo. Drummond entró en la Iglesia Libre de Escocia y ayudó en la misión evangelizadora de D. L. Moody.

<sup>166</sup> Romanos 5:8 está dirigido a los *santos* y el “nosotros” son los mismos a quienes se habla en 8:29-30. — *A.W.P.*

<sup>167</sup> **Cauterizar** – Quemar una parte del cuerpo para sellar la circulación con fines curativos; por lo tanto, para sellar y hacer ineficaz para su propósito previsto.

en los cuatro Evangelios, leemos del Señor Jesús, el maestro perfecto, diciendo a los pecadores que Dios los ama! En el libro de los Hechos, que registra las labores y los mensajes evangelísticos de los apóstoles, ¡nunca se hace referencia al amor de Dios en absoluto! Pero cuando llegamos a las epístolas, dirigidas a los santos, tenemos una presentación completa de esta preciosa verdad —el amor de Dios por los suyos—. Busquemos trazar correctamente la palabra de Dios y entonces, no nos hallaremos tomando verdades que están dirigidas a los creyentes y aplicándolas mal a los no creyentes.

A aquello ante lo cual los pecadores necesitan ser traídos es a la inefable santidad, la exigente rectitud, la inflexible justicia y la terrible ira de Dios. Arriesgándonos al peligro de ser mal interpretados, permítanos decirle —y nos gustaría poder decírselo a todos los evangelistas y predicadores en el país— hoy en día, hay demasiada presentación de Cristo a los pecadores (por aquellos sanos en la fe) y muy poca demostración de la necesidad que tienen los pecadores de Cristo, es decir, su condición absolutamente arruinada y perdida, su peligro inminente y terrible de sufrir la ira venidera, la terrible culpa que descansa sobre ellos a los ojos de Dios. Presentar a Cristo a los que nunca se les ha mostrado su necesidad de Él, nos parece, ser culpables de “arrojar las perlas a los cerdos (Mt. 7:6)<sup>168</sup>.

## 2. Muchas escrituras

Si es cierto que Dios ama a todos los miembros de la familia humana, entonces, ¿por qué nuestro Señor le dijo a sus discípulos: “El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado de mi Padre [...] el que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará (Jn. 14:21, 23)? ¿Por qué decir: “El que me ama, será amado de mi padre”, si el Padre ama a todos? La misma limitación se encuentra en Proverbios 8:17: “Yo amo a los

---

<sup>168</sup> Con respecto al joven rico, de quien se dice que Cristo “lo *amó*” (Mr. 10:21), creemos plenamente que fue uno de los elegidos de Dios y fue “salvo” en algún momento después de su entrevista con nuestro Señor. Si se dijera que ésta es una suposición y una afirmación arbitrarias que carece de fundamento en el registro del Evangelio para sustentarla, respondemos: Está escrito: “Al que a mí viene, no le echo fuera” y, este hombre, ciertamente lo hizo: “Vino uno corriendo...” a Él. Compare el caso de Nicodemo. Él también vino a Cristo, sin embargo, no hay nada en Juan 3 que insinúe que era un hombre salvo cuando terminó la entrevista; no obstante, sabemos por su vida posterior que no fue “echado fuera” (Jn. 7:50; 19:39). — *A.W.P.*

que me aman”. Una vez más; leemos: “Aborreces a todos los que hacen iniquidad” —no meramente las obras de iniquidad—. Aquí está entonces, un completo repudio de la actual enseñanza de que Dios odia el pecado, pero ama al pecador; la Escritura dice: “Aborreces a todos los que hacen iniquidad” (Sal. 5:5). “Dios está airado contra el impío todos los días” (Sal. 7:11). “Pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” —no que “estará”, sino que incluso ahora “está sobre él” (Jn. 3:36)—. ¿Puede Dios “amar” a aquel sobre quien está su “ira”?

Otra vez, ¿no es evidente que las palabras “el amor de Dios *que es en Cristo Jesús*” (Ro. 8:39), marcan una limitación, tanto en la esfera como en los objetos de su amor? Nuevamente, ¿no es claro a partir de las palabras “a Jacob amé, *mas a Esaú aborrecí*” (Ro. 9:13) que Dios no ama a todos? Una vez más, está escrito: “Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo” (He. 12:6). ¿No enseña este versículo que el amor de Dios está restringido a los miembros de su propia familia? Si Él ama a todos los hombres sin excepción, entonces la distinción y la limitación mencionadas aquí, carecen de sentido. Por último, nos preguntamos: ¿Es concebible que Dios ame a los condenados al Lago de Fuego? Sin embargo, si los ama ahora, entonces lo hará también allí, puesto que su amor no conoce cambio alguno —en Él “no hay mudanza, ni sombra de variación”- (Stg. 1:17)—.

### 3. Juan 3:16

Volviendo ahora a Juan 3:16, debería ser evidente por los pasajes que acabamos de citar, que este versículo no admitirá la interpretación que, usualmente, se le atribuye. “De tal manera amó Dios *al mundo*” —muchos suponen que esto significa toda la raza humana—. Pero “toda la raza humana”, incluye a toda la humanidad desde Adán hasta el final de la historia de la tierra: ¡Se extiende tanto hacia atrás como hacia adelante!

Consideren, entonces, la historia de la humanidad antes de que Cristo naciera. Innumerables millones vivieron y murieron antes de que el Salvador viniera a la tierra, vivieron aquí “sin esperanza y sin Dios en el mundo” y, por lo tanto, pasaron a una eternidad de aflicción. Si Dios los “amó”, ¿dónde está la menor prueba de ello? La Escritura declara: “En las edades pasadas [desde la torre de Babel hasta después de Pentecostés] él [Dios] ha dejado a todas las gentes andar

en sus propios caminos;...” (Hch. 14:16). La Escritura declara que “como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, *Dios los entregó* a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen” (Ro. 1:28). A Israel, Dios dijo: “A vosotros *solamente* he conocido de todas las familias de la tierra” (Am. 3:2). En vista de estos sencillos pasajes, ¿quién sería tan tonto como para insistir en que Dios, en el pasado, amó a toda la humanidad?

Lo mismo se aplica con igual fuerza al futuro. Lean el libro de Apocalipsis, notando, especialmente, los capítulos 8 al 19, donde se describen los juicios que se derramarán desde el cielo sobre esta tierra. Lean de las aterradoras aflicciones, de las espantosas plagas, de los viales<sup>169</sup> de la ira de Dios que se derramarán sobre los impíos. Finalmente, lean el vigésimo capítulo de Apocalipsis, el gran juicio del trono blanco, y vean si pueden descubrir allí el más mínimo rastro de amor.

Pero el objetor vuelve a Juan 3:16 y dice: “Mundo significa mundo”. Cierto, pero hemos demostrado que “mundo” no significa toda la familia humana. El hecho es que “el mundo” se usa de manera general. Cuando los hermanos de Cristo dijeron: “Manifiéstate al mundo” (Jn. 7:4), ¿querían decir: “Manifiéstate a toda la *humanidad*”? Cuando los fariseos dijeron: “Mirad, el mundo se va tras él” (Jn. 12:19), ¿querían decir que “toda la familia humana” acudía masivamente tras Él? Cuando el Apóstol escribió: “Vuestra fe se divulga por todo el mundo” (Ro. 1:8), ¿quiso decir que la fe de los santos en Roma fue tema de conversación de cada hombre, mujer y niño en la tierra? Cuando Apocalipsis 13:3 nos informa que “se maravilló toda la tierra en pos de la bestia”, ¿debemos entender que no habrá excepciones? Estos y otros pasajes que podrían citarse, muestran que el término el *mundo*, a menudo, tiene una fuerza relativa, más bien que absoluta.

Ahora, lo primero a tener en cuenta en relación con Juan 3:16, es que nuestro Señor estaba hablando con Nicodemo, un hombre que creía que las misericordias de Dios sólo eran para su propia nación. Allí, Cristo anunció que el amor de Dios al dar a su Hijo, tenía un objetivo más amplio a la vista, que fluía más allá de los límites de

---

<sup>169</sup> **Viales** – Frascos o recipientes de vidrio, semejante a una botella, usado para guardar líquido o sustancias en polvo.

Palestina, alcanzando a “regiones más allá”. En otras palabras, éste fue el anuncio de Cristo de que Dios tenía un propósito de gracia, tanto para los gentiles como para los judíos. “De tal manera amó Dios al mundo”, entonces, significa que el amor de Dios tiene un alcance internacional. Pero, ¿significa esto que Dios ama a cada individuo entre los gentiles? No necesariamente, porque, como hemos visto, el término *mundo*, es general más que específico, relativo más que absoluto. El término *mundo* en sí mismo, no es concluyente. Para determinar quiénes son los objetos del amor de Dios, se deben consultar otros pasajes donde se menciona su amor.

En 2 Pedro 2:5 leemos: “El mundo de los impíos”. Si hay entonces, un mundo de los impíos, también debe haber un mundo de los piadosos. Son estos últimos, quienes están en mente, en los pasajes que ahora consideraremos brevemente. “Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo” (Jn. 6:33). Ahora considérenlo bien, Cristo no dijo que Él “*ofrece* vida al mundo”, sino que “*da*”. ¿Cuál es la diferencia entre los dos términos? Esto: Una cosa que se “*ofrece*”, puede ser rechazada, pero una cosa “*dada*”, necesariamente, implica su aceptación. Si no es aceptada, no se “*da*”, simplemente, es propuesta<sup>170</sup>. Aquí, entonces, hay una Escritura que afirma, positivamente, que Cristo dio vida (espiritual, vida eterna) “al mundo”. Ahora, Él no le *da* vida eterna al “mundo de los impíos” porque ellos no la tendrán, no la quieren. Por lo tanto, estamos obligados a entender la referencia en Juan 6:33 como “el mundo de los piadosos”, es decir, el propio pueblo de Dios.

Una más. En 2 Corintios 5:19 leemos: “Que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo *al mundo*”. Lo que se entiende por esto, se define, claramente, en las palabras que siguen de inmediato: “No tomándoles en cuenta a los hombres *sus* pecados”. Aquí nuevamente, “el mundo” no puede significar “el mundo de los impíos” porque sus “transgresiones *son* imputadas” a ellos como lo demostrará el juicio del Gran Trono Blanco (Ap. 20:11). Pero 2 Corintios 5:19, claramente, enseña que hay un “mundo” que es “reconciliado”, reconciliado con Dios porque sus ofensas *no* se les tienen en cuenta, ha-

---

<sup>170</sup> **Es propuesta** – Ofrecida a la espera de su aceptación.

biendo sido llevados sobre sí por su Sustituto. ¿Quiénes son entonces? Sólo una respuesta es bastante posible: ¡El mundo del pueblo de Dios!

De la misma manera, el “mundo” en Juan 3:16 debe, en el análisis final, referirse al mundo del pueblo de Dios. “Debe”, decimos, porque no hay otra solución alternativa. No puede significar toda la raza humana porque la mitad de la raza ya estaba en el infierno cuando Cristo vino a la tierra. Es injusto insistir en que se refiere a todo ser humano que ahora vive porque todos los demás pasajes en el Nuevo Testamento donde se menciona el amor de Dios lo limitan a su propio pueblo —¡busquen y miren!—. Los objetos del amor de Dios en Juan 3:16 son, precisamente, los mismos que los objetos del amor de Cristo en Juan 13:1: “Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado *a los suyos* que estaban en el mundo, los amó hasta el fin”. Podemos admitir que nuestra interpretación de Juan 3:16, no es una novedad inventada por nosotros, sino una dada, casi uniformemente, por los reformadores y puritanos, y muchos otros desde entonces.

## D. La soberanía de Dios en la salvación (Capítulo 3)

Pasando ahora al capítulo tres, La soberanía de Dios en la salvación, innumerables son las preguntas que se pueden plantear aquí. Es extraño, sin embargo es cierto, que muchos de los que reconocen el dominio soberano de Dios sobre las cosas materiales, objetarán y argumentarán trivialmente cuando insistamos en que Dios también es soberano en el ámbito espiritual. Pero su disputa es con Dios y no con nosotros. Hemos dado las Escrituras en apoyo de todo lo avanzado en estas páginas y, si eso no satisface a nuestros lectores, es inútil que intentemos convencerlos. Lo que escribimos ahora, está diseñado para aquellos que se inclinan ante la autoridad de las Sagradas Escrituras y, para su beneficio, proponemos examinar varias otras Escrituras que han sido, deliberadamente, tomadas para este capítulo.

### *1. Sólo un número limitado de elegidos*

*“El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que*

*ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” 2 Pedro 3:9.*

Tal vez el único pasaje que ha presentado la mayor dificultad para aquellos que han visto que, pasaje tras pasaje en la Sagrada Escritura, claramente, se enseña la elección de un número limitado para la salvación, es 2 Pedro 3:9: “No queriendo que *ninguno* perezca, sino que *todos* procedan al arrepentimiento”.

Lo primero que debe decirse sobre el pasaje anterior es que, como todas las otras Escrituras, debe ser entendido e interpretado a la luz de su contexto. Lo que hemos citado en el párrafo anterior, es sólo una parte del versículo ¡y la última parte además! Sin duda, debe ser admitido por todos que la primera mitad del versículo debe tenerse en cuenta. Para poder establecer lo que se supone significan estas palabras para muchos, es decir, que las palabras *ninguno* y *todos* deben recibirse sin ninguna calificación, ¡se debe demostrar que el contexto se refiere a toda la raza humana! Si esto no se puede demostrar, si no hay ninguna premisa para justificar esto, entonces la conclusión también debe ser injustificada. Consideremos entonces, la primera parte del versículo.

“El Señor no retarda su promesa”. Nótese “promesa” en singular, no “promesas”. ¿Qué promesa está a la vista? ¿La promesa de salvación? ¿Dónde, en toda la Escritura, Dios alguna vez ha prometido salvar a toda la raza humana? ¿Dónde realmente? No, la “promesa” aquí referida, *no* es acerca de la salvación. ¿Qué es entonces? El contexto nos lo dice:

“Sabido primero esto, que en los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está *la promesa de su advenimiento?*” (vv. 3-4). Luego, el contexto se refiere a la promesa de Dios de enviar de regreso a su Hijo amado. Pero muchos largos siglos han pasado y esta promesa aún no se ha cumplido. Es verdad, pero por mucho que pueda parecer el retraso, el intervalo es corto en el cálculo de *Dios*. Como prueba de esto, se nos recuerda: “Mas, oh amados, no ignoréis esto: que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día” (v. 8). En el cálculo del tiempo de Dios, ¡han pasado menos de dos días desde que prometió enviar de regreso a Cristo!

Pero aún más, la tardanza en que el Padre envíe de regreso a su amado Hijo, no se debe a algún “descuido” de su parte, sino que se

debe a su “longanimidad”<sup>171</sup>. ¿Su longanimidad con quiénes? El versículo que estamos considerando ahora, nos dice: “Es paciente para con nosotros”. Y, ¿a quién se refiere con “para con nosotros”? ¿La raza humana o el pueblo de Dios? A la luz del contexto, ésta no es una pregunta abierta sobre la cual cada uno de nosotros es libre de formarse una opinión. El Espíritu Santo lo ha definido. El versículo de apertura del capítulo dice: “*Amados*, esta es la segunda carta que os escribo”. Y nuevamente, el versículo inmediatamente anterior, declara: “Mas, oh *amados*, no ignoréis esto...” (v. 8). El “para con nosotros” entonces, son los “amados” de Dios. Aquellos a quienes se dirige esta epístola son “los que [han] alcanzado [no “ejercido”, sino “alcanzado” como don soberano de Dios], por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo, una fe igualmente preciosa que la nuestra (2 P. 1:1) Por lo tanto, decimos que no hay lugar para la duda, objeción o argumento: Los “para con nosotros” son los elegidos de Dios.

Citemos ahora el versículo como un todo:

“El Señor *no retarda* su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es *paciente para con nosotros*, no queriendo que *ninguno* perezca, sino que *todos* procedan al arrepentimiento”.

¿Podría haber algo más claro? El “ninguno” que Dios no quiere que perezca es el “para con nosotros”, con quienes Dios es “longánimo”, el “amados” de los versículos anteriores. 2 Pedro 3:9 significa, entonces, que Dios no enviará de regreso a su Hijo hasta que “haya entrado la plenitud de los gentiles” (Ro. 11:25). Dios no enviará de regreso a Cristo hasta que ese “pueblo”, a los que ahora está “sacando de entre los gentiles” (Hch. 15:14) esté reunido. Dios no enviará de regreso a su Hijo hasta que el cuerpo de Cristo esté completo y eso

---

<sup>171</sup> **Longanimidad** – Es la traducción literal de la palabra en inglés, *longsuffering*. Tanto en español como en inglés, indica o tiene una connotación de “*extendimiento*”, “*expansión o dilatación de una pasión o afecto*”, en este caso, de la paciencia, es decir, una paciencia alargada, extendida. En el hombre, la entereza y la fortaleza de ánimo para enfrentarse a las adversidades, provocaciones o pruebas a que es expuesto a lo *largo* de su vida. En cuanto a Dios, lo encontramos como uno de sus atributos y, en este caso, dicho término viene de la palabra hebrea “*tardo para la ira*” (o *tardanza*) usada en Nehemías 9:17. Tanto en la versión King James como en la RVR 1960, se usa, indistintamente, con la palabra “*paciencia*” (*patience*), pero no son sinónimos perfectos. De igual manera, es usada por el autor A.W. Pink en esta obra y en su libro *Los atributos de Dios*.

no sucederá hasta que aquellos a quienes Él ha elegido para ser salvos en esta dispensación, sean llevados a Él. Gracias a Dios por su longanimidad para con nosotros. Si Cristo hubiera regresado hace veinte años, el escritor habría quedado atrás para perecer en sus pecados. Pero eso no podía ser, así que Dios, en su gracia, ha retrasado la Segunda Venida. Por la misma razón, Él todavía está retrasando su Advenimiento. Su propósito decretado es que *todos sus elegidos* vendrán al arrepentimiento y se arrepentirán. El presente intervalo de gracia no terminará hasta que la última de las “otras ovejas” de Juan 10:16, se haya recogido con seguridad; *entonces*, Cristo regresará.

## **2. El poder irresistible de Dios en la salvación**

Al exponer la soberanía de Dios el Espíritu en la salvación, hemos mostrado que su poder es irresistible, que mediante sus operaciones de gracia sobre y dentro de ellos, Él “fuerza” a los elegidos de Dios a venir a Cristo (Lc. 14:23). La soberanía del Espíritu Santo se establece, no sólo en Juan 3:8 —donde se nos dice: “El viento sopla de donde quiere [...] así es el que es nacido del Espíritu”— sino que también se afirma en otros pasajes. En 1 Corintios 12:11, leemos: “Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular *como él quiere*”. Y otra vez, leemos en Hechos 16:6-7: “Y atravesando Frigia y la provincia de Galacia, les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia; y cuando llegaron a Misia, intentaron ir a Bitinia, *pero el Espíritu no se los permitió*”. Así vemos cómo el Espíritu Santo interpuso su voluntad imperial en oposición a la determinación de los Apóstoles.

Pero, se objeta en contra de la afirmación de que la voluntad y el poder del Espíritu Santo son irresistibles; de que aquí hay dos pasajes, uno en el Antiguo Testamento y el otro en el Nuevo, que parecen estar en contra de tal conclusión. Dios dijo en la antigüedad: “No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre” (Gn. 6:3) y a los judíos, Esteban declaró: “¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! *Vosotros resistís siempre* al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros. ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres?” (Hch. 7:51-52). Entonces, si los judíos “resistieron” al Espíritu Santo, ¿cómo podemos decir que su poder es irresistible? La respuesta se encuentra en Nehemías 9:30: “Les sopor-taste por muchos años, y les testificaste con tu Espíritu por medio de

tus profetas, pero no escucharon”. Fueron las operaciones *externas* del Espíritu a las que Israel “resistió”. Fue el Espíritu hablando por y a través de los profetas, a quien “no quisieron prestar oído”. No fue algo que el Espíritu Santo obró *en ellos* lo que ellos “resistieron”, sino los *motivos que les presentaron* los mensajes inspirados de los profetas.

Tal vez ayude al lector a captar mejor nuestro pensamiento, si lo comparamos con Mateo 11:20-24: “Entonces comenzó a reconvenir a las ciudades en las cuales había hecho muchos de sus milagros, porque no se habían arrepentido, diciendo: ¡Ay de ti, Corazín!”, etc. Nuestro Señor pronuncia aquí un ¡ay! sobre estas ciudades por su falta de arrepentimiento a causa de las “obras poderosas” (milagros) que Él hizo ante sus ojos y ¡no a causa de ninguna operación *interna* de su gracia!

Lo mismo ocurre con Génesis 6:3. Al comparar 1 Pedro 3:18-20, se verá que fue por y a través de Noé que el Espíritu de Dios “contendió” con los antediluvianos. La distinción mencionada, anteriormente, fue resumida con gran habilidad, por Andrew Fuller (otro escritor fallecido hace tiempo, de quien nuestros modernos podrían aprender mucho) así:

“Hay dos clases de influencias por las cuales Dios obra en las mentes de los hombres. Primero, lo que es común y que se efectúa mediante el uso ordinario de los motivos presentados a la mente para su consideración. En segundo lugar, lo que es especial y sobrenatural. Lo uno no contiene nada misterioso, más que la influencia de nuestras palabras y acciones entre sí; lo otro es un misterio tal que no sabemos nada de él, sino por sus efectos —el primero *debería* ser efectivo; esto último *sí lo es*—”.

La obra del Espíritu Santo sobre o hacia los hombres siempre es “resistida” por ellos; su obra *interior* siempre es exitosa. ¿Qué dice la Escritura? Esto: “El que comenzó en vosotros la buena obra, la *perfeccionará* hasta el día de Jesucristo” (Fil. 1:6).

### ***3. Predicando el evangelio a toda criatura***

La siguiente pregunta a considerar es: ¿Por qué predicar el evangelio a toda criatura? Si Dios el Padre ha predestinado sólo un número limitado para ser salvo, si Dios el Hijo murió para efectuar la salvación de sólo aquellos que el Padre le dio y si Dios el Espíritu está

buscando no vivificar a nadie más que a los elegidos de Dios, entonces ¿de qué sirve dar el evangelio al mundo en general? y ¿dónde está la conveniencia de decir a los pecadores que “*todo aquel que en Cristo cree, no se perderá, sino que tendrá vida eterna*” (Jn. 3:16)?

#### a. La naturaleza del evangelio

Primero, es de gran importancia que seamos claros sobre la *naturaleza* del evangelio mismo. El evangelio es la buena nueva de Dios con respecto a Cristo y no con respecto a los pecadores: “Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios... *acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo*” (Ro. 1:1, 3).

Dios haría que se proclamara<sup>172</sup>, ampliamente, el asombroso hecho de que su propio Hijo bendito se hizo “obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:8). Debe darse un testimonio universal del inigualable valor de la Persona y obra de Cristo. Nótese la palabra *testimonio* en Mateo 24:14. El evangelio es el “testimonio” de Dios de las perfecciones de su Hijo. Noten las palabras del Apóstol: “Porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden” (2 Co. 2:15).

Con respecto al carácter y los contenidos del evangelio, hoy prevalece la mayor confusión. El evangelio no es una “oferta” que ha de ser repartida por vendedores ambulantes evangélicos. El evangelio no es una mera invitación, sino una *proclamación*, una proclamación acerca de Cristo —[la cual es] verdadera, créanla o no los hombres—. A nadie se le pide que crea que Cristo murió por él en particular. El evangelio, en resumen, es éste: Cristo murió por los pecadores, tú eres un pecador, cree en Cristo y serás salvo. En el evangelio, Dios simplemente anuncia los términos bajo los cuales los hombres pueden ser salvos (a saber, el arrepentimiento y la fe) e, indiscriminadamente<sup>173</sup>, a *todos* se les ordena cumplirlos.

#### b. Predicando el evangelio a todas las naciones

Segundo, el arrepentimiento y la remisión de los pecados deben ser predicados en el nombre del Señor Jesús “en todas las naciones” (Lc. 24:47) porque los elegidos de Dios están “dispersos” (Jn. 11:52)

---

<sup>172</sup> **Haría que se proclamara** – Es decir, Dios hará que se proclame el evangelio.

<sup>173</sup> **Indiscriminadamente** – Es decir, tanto los elegidos como los no elegidos.

en todas las naciones y, es por la predicación y el escuchar del evangelio, que son llamados fuera del mundo. El evangelio es el medio que Dios usa en la salvación de sus propios elegidos. Por naturaleza, los elegidos de Dios son hijos de ira, “lo mismo que los demás”; son pecadores perdidos que necesitan un Salvador y, aparte de Cristo, no hay salvación para ellos. Por lo tanto, el evangelio debe ser creído por ellos antes de que puedan regocijarse en el conocimiento de los pecados perdonados. El evangelio es el aventador<sup>174</sup> de Dios: Separa la paja<sup>175</sup> del trigo y reúne a este último en su granero<sup>176</sup> (Mt. 3:12).

### *c. Otros propósitos de Dios*

Tercero; debe notarse que Dios tiene otros propósitos en la predicación del evangelio, además de la salvación de sus propios elegidos. El mundo existe por el bien de los elegidos, sin embargo, otros también se benefician de él. Entonces, la Palabra se predica por el bien de los elegidos, sin embargo, otros tienen el beneficio de un llamado externo. El sol brilla aunque los ciegos no lo vean. La lluvia cae sobre las montañas rocosas y desiertos yermos, así como en los valles fructíferos; de igual manera, Dios permite que el evangelio llegue a los oídos de los no elegidos. El poder del evangelio es uno de los agentes de Dios para restringir la maldad del mundo. Muchos que nunca son salvados por él, son reformados, sus concupiscencias son refrenadas y se les restringe de llegar a ser peores. Además, la predicación del evangelio a los no elegidos se convierte en una prueba admirable para su carácter. Exhibe la costumbre arraigada de su pecado; demuestra que sus corazones están en enemistad contra Dios; justifica la declaración de Cristo de que “los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas” (Jn. 3:19).

### *d. El mandato de Dios*

Finalmente, es suficiente para nosotros saber que se nos manda predicar el evangelio a toda criatura. No nos corresponde razonar sobre la coherencia entre esto y el hecho de que son “pocos los escogidos” (Mt. 22:14); es nuestro deber obedecer. Es una cuestión sen-

---

<sup>174</sup> **Aventador** – Superficie grande que se agita para crear una corriente de aire con el fin de separar la paja u otros desechos más livianos del grano.

<sup>175</sup> **Paja** – Cáscaras de grano, lo que no es útil; en este caso, los no elegidos.

<sup>176</sup> **Granero** – Edificio donde se almacena el grano; en este caso, la Iglesia.

cilla hacer preguntas relacionadas con los caminos de Dios que ninguna mente finita puede comprender por completo. También nosotros podemos volvernos y recordarle al objetor que nuestro Señor declaró: “De cierto os digo que todos los pecados serán perdonados a los hijos de los hombres, y las blasfemias cualesquiera que sean; pero cualquiera que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tiene jamás perdón, sino que es reo de juicio eterno” (Mr. 3:28-29) y no puede haber ninguna duda de que algunos de los judíos eran culpables de este mismo pecado (*Ver Mateo 12:24, etc.*) y, por lo tanto, su destrucción era inevitable. Sin embargo, apenas dos meses después, Él ordenó a sus discípulos que predicaran el evangelio a *toda* criatura. Cuando el objetor pueda mostrarnos la coherencia de estas dos cosas —el hecho de que algunos de los judíos habían cometido el pecado para el cual nunca hay perdón y el hecho de que a ellos les iba a ser predicado el evangelio— nos comprometeremos a proporcionar una solución más satisfactoria que la dada anteriormente, a la armonía entre una *proclamación universal* del evangelio y una *limitación de su poder salvador*, sólo a aquellos que Dios ha predestinado para ser conformados a la imagen de su Hijo.

Una vez más, decimos, no nos corresponde a nosotros *razonar* sobre el evangelio; es nuestro deber *predicarlo*. Cuando Dios le ordenó a Abraham que ofreciera a su hijo en holocausto (Gn. 22:2), pudo haber objetado que esta orden era inconsistente con su promesa: “En Isaac te será llamada descendencia” (Gn. 21:12). Pero, en lugar de discutir, obedeció y dejó que Dios armonizara su promesa y su precepto. Jeremías pudo haber argumentado que Dios le había ordenado que hiciera lo que era completamente irracional cuando dijo: “Tú, pues, les dirás todas estas palabras, *pero no te oirán*; los llamarás, y no te responderán” (Jer. 7:27); por el contrario, el profeta obedeció. Ezequiel también pudo haberse quejado de que el Señor le estaba pidiendo algo difícil cuando dijo:

“Hijo de hombre, ve y entra a la casa de Israel, y habla a ellos con mis palabras. Porque no eres enviado a pueblo de habla profunda ni de lengua difícil, sino a la casa de Israel. No a muchos pueblos de habla profunda ni de lengua difícil, cuyas palabras no entiendas; y si a ellos te enviara, ellos te oyeran. Mas la casa de *Israel no te querrá oír*, porque no me quiere oír a mí; porque toda la

casa de Israel es dura de frente y obstinada de corazón” (Ez. 3:4-7).

*“Pero, tu alma mía, si fuese tan radiante la verdad,  
debe vuestra vista confundir y deslumbrar,  
no obstante, su Palabra escrita obedece todavía,  
y espera el grandioso y decisivo día”<sup>177</sup>.*

Se ha dicho bien:

“El evangelio no ha perdido nada de su antiguo poder. Es, tanto hoy como cuando se predicó por primera vez, "poder de Dios para salvación" (Ro. 1:16). No necesita piedad, ayuda alguna, ni siervo. Puede superar todos los obstáculos y derribar todas las barreras. No es necesario usar ningún estratagema humano para preparar al pecador para recibirlo porque, si Dios lo ha enviado, ningún poder puede obstaculizarlo y, si no lo ha enviado, ningún poder puede hacerlo efectivo”<sup>178</sup>.

Este capítulo podría extenderse indefinidamente, pero ya es demasiado largo, por lo que una o dos palabras más deben ser suficientes. Una serie de otras preguntas serán tratadas en las páginas que siguen y, aquellas que no tratamos, el lector debe llevarlas al Señor mismo, quien ha dicho: “Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada” (Stg. 1:5).

### ***Preguntas para estudio personal y discusión en grupo***

*Las siguientes preguntas refuerzan la comprensión y la aplicación.*

1. ¿Cuál es el punto clave<sup>179</sup> para cada uno de los siguientes textos?
  - a. Salmos 115:3
  - b. Isaías 14:27
  - c. Daniel 4:35

---

<sup>177</sup> **Isaac Watts** (1674-1748) – Pastor, ensayista y autor de himnos no conformista inglés. Nacido en Southampton, Inglaterra.

<sup>178</sup> **Ethelbert William Bullinger** (1837-1913) – Clérigo anglicano, erudito bíblico y teólogo ultra-dispensacionalista; nacido en Canterbury, Kent, Inglaterra.

<sup>179</sup> Consulte el capítulo 2: Preguntas para obtener una aclaración sobre lo que es un “punto clave”.

2. ¿Se está haciendo la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo? ¿Por qué sí o por qué no?
3. ¿Por qué algunas Escrituras dicen: “Se arrepintió el Señor...” (Gn. 6: 6)?
4. ¿Ama Dios a todos? ¿Por qué sí o por qué no?
5. ¿Qué puede resultar de decirles a los que se rebelan contra Dios que Él los ama?
6. ¿Amó Dios a todos los hombres en el pasado? ¿Por qué? ¿Lo hará en el futuro? ¿Por qué? ¿Qué significa esto para hoy?
7. ¿Cuál es el significado de *mundo* en Juan 3:16? ¿Por qué?
8. A la luz de la elección de Dios de sólo algunos para ser salvos, ¿debería ser el evangelio predicado a todos? ¿Por qué sí o por qué no?

# 12. EL VALOR DE ESTA DOCTRINA

*“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16-17).*

## A. Introducción

“Doctrina” significa “enseñanza<sup>180</sup>” y es por la doctrina o enseñanza que las grandes realidades de Dios y de nuestra relación con Él —de Cristo, el Espíritu, la salvación, la gracia, la gloria— se nos dan a conocer. Es por la doctrina (a través del poder del Espíritu) que los creyentes son nutridos y edificados, y donde se descuida la doctrina, el crecimiento en la gracia y el testimonio efectivo de Cristo, necesariamente, cesan. Cuán triste es que esa doctrina sea denunciada ahora como “poco práctica” cuando, de hecho, la doctrina es la base misma de la vida práctica. Hay una conexión inseparable entre la creencia y la práctica: “Porque cuál es su pensamiento en su corazón, *tal es él*” (Pr. 23:7). La relación entre la verdad divina y el carácter cristiano es de causa y efecto: “Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Jn. 8:32) —libres de ignorancia, libres de prejuicios, libres de error, libres de las artimañas de Satanás, libres del poder del mal—. Y si la verdad no es “conocida”, entonces, tal libertad no será disfrutada. Obsérvese el orden de mención en el pasaje con el que hemos abierto: ¡Todas las Escrituras son útiles, primero para “enseñanza<sup>181</sup>”! El mismo orden se observa a través de las epístolas, particularmente, en los grandes tratados doctrinales del apóstol Pablo. Lean la epístola a los Romanos y se encontrarán que no hay una

---

<sup>180</sup> **Nota del editor** – En el original griego, aparece el sustantivo διδασκαλιαν que significa *enseñanza*. Así que, el autor lo interpreta como *doctrina*.

<sup>181</sup> **Nota del editor** – De hecho, en la versión King James, la palabra usada aquí en 2 Timoteo 3:16, es “*doctrina*”.

sola amonestación en los primeros cinco capítulos. En la epístola a los Efesios, no hay exhortaciones, sino hasta que se alcanza el cuarto capítulo. El orden es, primero, exposición doctrinal y luego, la amonestación o exhortación para la regulación del caminar diario.

La sustitución que ha sufrido la exposición doctrinal por la llamada predicación “práctica”, es la causa principal de muchas de las enfermedades malignas que ahora afligen a la Iglesia de Dios. La razón por la cual hay tan poca profundidad, tan poca inteligencia<sup>182</sup>, tan poca comprensión de las verdades<sup>183</sup> fundamentales del cristianismo, es porque muy pocos creyentes han sido establecidos en la fe por medio del escuchar expositivo y mediante su propio estudio personal de las doctrinas de la gracia. Mientras su alma no esté establecida en la doctrina de la inspiración divina de las Escrituras —su inspiración plenaria y verbal— no puede haber un fundamento firme para la fe sobre el cual descansar. Mientras el alma ignora la doctrina de la justificación, no puede haber una seguridad real e inteligente de su aceptación en el Amado. Mientras el alma no esté familiarizada con la enseñanza de la Palabra acerca de la santificación, está abierta para recibir todas las crudezas y errores de los perfeccionistas<sup>184</sup> o del pueblo de “la santidad”. Mientras el alma no sepa lo que la Escritura tiene que decir sobre la doctrina del nuevo nacimiento, no puede haber una comprensión apropiada de las dos naturalezas<sup>185</sup> en

<sup>182</sup> **Inteligencia** – Buen entendimiento.

<sup>183</sup> **Verdades** – Declaraciones, principios o creencias que son verdaderas, especialmente la verdad duradera.

<sup>184</sup> **Perfeccionismo** – Doctrina que enseña la posibilidad de estar libre de pecado en la vida presente. Los calvinistas y luteranos niegan cualquier perfeccionismo en esta vida, pues es contraria a la doctrina de salvación por la fe sola.

<sup>185</sup> **Dos naturalezas** – La vieja naturaleza pecaminosa que odia a Dios y ama el pecado, y la nueva naturaleza del corazón nuevo que ama a Dios y odia el pecado. Hay varios puntos de vista teológicos con respecto al creyente regenerado, puesto que tiene:

- 1) Una nueva naturaleza, el “hombre viejo” estando “muerto” (Ro. 6:6-8) y nuestra lucha con el pecado derivada de nuestra debilidad (falta de madurez) en este cuerpo.
- 2) Dos naturalezas, la lucha con el pecado derivada de la batalla entre las dos naturalezas, la carne y el espíritu (ésta es la opinión del autor).
- 3) Una nueva naturaleza, donde la vieja naturaleza está muerta, pero sus hábitos permanecen; nuestra lucha con el pecado que surge de los apetitos carnales, aún no mortificados (Col. 3:5; Gá. 5:17).

el creyente, y la ignorancia, aquí inevitablemente, resulta en la pérdida de la paz y el gozo. Y así, podríamos seguir con la lista de la doctrina cristiana. Es la ignorancia de la doctrina lo que ha dejado a la iglesia profesante, indefensa para hacer frente a la creciente ola de infidelidad.

Es la ignorancia de la doctrina, la principal responsable de que miles de cristianos profesantes queden cautivados por los numerosos falsos “ismos”<sup>186</sup> de la época. Es debido a que ha llegado el momento en que la mayor parte de nuestras iglesias “no sufrirán la sana doctrina” (2 Ti. 4:3) por lo que, con tanta facilidad, reciben falsas doctrinas. Por supuesto, es cierto que la doctrina, como cualquier otra cosa en la Escritura, puede estudiarse desde un punto de vista intelectual meramente frío y, enfocada así, la enseñanza doctrinal y el estudio doctrinal dejarán intacto el corazón, y, naturalmente, serán “secos” y sin provecho. Pero, la doctrina correctamente recibida, la doctrina estudiada con un corazón ejercitado, siempre conducirá a un conocimiento más profundo de Dios y de las inescrutables riquezas de Cristo.

La doctrina de la soberanía de Dios no es un mero dogma metafísico<sup>187</sup> que carece de valor práctico, sino que está calculado para producir un poderoso efecto sobre el carácter cristiano y el caminar diario. La doctrina de la soberanía de Dios, se encuentra en el fundamento de la teología cristiana y, en importancia, es tal vez sólo superada por la inspiración divina de las Escrituras. Es el centro de gravedad en el sistema de la verdad cristiana, el sol alrededor del cual se agrupan todos los orbes menores. Es el hito de oro al que conduce todo camino del conocimiento y de la cual todas irradian. Es el cordón sobre el cual se ensartan todas las otras doctrinas como muchas perlas, manteniéndolas en su lugar y dándoles unidad. Es la plomada<sup>188</sup> por la cual cada credo necesita ser medido, la balanza en la

---

<sup>186</sup> “**Ismos**” – Forma abreviada de muchos nombres de movimientos que terminan en “ismo”: Antinomianismo, perfeccionismo, etc.

<sup>187</sup> **Metafísico** – Muy abstracto o difícil de entender.

<sup>188</sup> **Plomada** – Cuerda con un peso en el extremo, que se usa en la construcción para obtener una línea perfectamente vertical. Se usa aquí, metafóricamente, para describir una regla o estándar por el cual algo debe ser medido o juzgado.

que se debe sopesar cada dogma humano. Está diseñada como el ancla<sup>189</sup> principal para nuestras almas en medio de las tormentas de la vida. La doctrina de la soberanía de Dios es un cordial<sup>190</sup> divino para refrescar nuestros espíritus.

Está diseñada y adaptada para moldear los afectos del corazón y para dar una dirección correcta a la conducta. Produce gratitud en la prosperidad y paciencia en la adversidad. Ofrece comodidad para el presente y una sensación de seguridad respecto al futuro desconocido. Es y hace, todo y mucho más de lo que acabamos de decir porque atribuye a Dios —Padre, Hijo y Espíritu Santo— la gloria que le es debida y coloca a la criatura en su lugar apropiado ante Él: ¡En el polvo!

Ahora, consideraremos el valor de la doctrina en detalle.

## **B. Veneración del carácter divino**

Esta doctrina profundiza nuestra veneración del carácter divino. La doctrina de la soberanía de Dios, tal como se desarrolla en las Escrituras, ofrece una visión exaltada de las perfecciones divinas. Mantiene sus *derechos creativos*<sup>191</sup>. Insiste en que “para nosotros, sin embargo, sólo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para él; y un Señor, Jesucristo, por medio *del cual son todas* las cosas, y nosotros por medio de él”. (1 Co. 8:6). Declara que sus derechos son los del “alfarero” (Jer. 18:1-6; Ro. 9:21) que da forma y moldea la arcilla en vasijas de todo tipo y para cualquier uso que le plazca. Su testimonio es “porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas” (Ap. 4:11). Argumenta que ninguno tiene derecho a “replicar” contra de Dios y que la actitud apropiada a asumir de parte de la criatura, es una de reverente sumisión ante Él. Por lo tanto, la aprehensión de la supremacía absoluta de Dios es de gran importancia práctica porque, a menos que tengamos la debida consideración de su alta Soberanía,

---

<sup>189</sup> **Ancla principal** – El ancla más grande de un barco, que se utiliza sólo en caso de emergencia; de ahí, aquello en lo que se basa la confianza de uno cuando todo lo demás ha fallado.

<sup>190</sup> **Cordial** – Bebida que se da a los enfermos, compuesta de varios ingredientes propios para confortarlos.

<sup>191</sup> **Creativo** – Perteneciente al Creador de toda la creación, Aquel que hizo todo de la nada.

nunca será honrado en nuestros pensamientos acerca de Él, ni tendrá el lugar apropiado en nuestros corazones y vidas.

Exhibe la *inescrutabilidad*<sup>192</sup> de su sabiduría. Muestra que, si bien Dios es inmaculado en su santidad, ha permitido que el mal entre a su bella creación; que si bien es el poseedor de todo poder, ha permitido que el diablo combata contra Él durante al menos seis mil años; que si bien Él es la encarnación perfecta del amor, Él no escatimó a su propio Hijo; que mientras Él es el Dios de toda gracia, las multitudes serán atormentadas por los siglos de los siglos en el Lago de Fuego. Grandes misterios son estos. La Escritura no los niega, sino que reconoce su existencia: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!” (Ro. 11:33).

Hace conocer la *irreversibilidad de su Voluntad*. “El Señor, que hace conocer todo esto desde tiempos antiguos” (Hch. 15:18). Desde el principio, Dios se propuso glorificarse a sí mismo: “A él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén” (Ef. 3:21). Para este fin, Él creó el mundo y formó al hombre. Su plan omnisapiente no fue derrotado cuando el hombre cayó porque, en el Cordero “inmolado desde el principio del mundo” (Ap. 13:8), contemplamos la Caída anticipada. Tampoco el propósito de Dios será frustrado por la maldad de los hombres desde la Caída, como se desprende de las palabras del salmista: “Ciertamente la ira del hombre te alabará; tú reprimirás el resto de las iras” (Sal. 76:10). Debido a que Dios es el Todopoderoso, su Voluntad no puede ser resistida.

“Sus propósitos se originaron en la eternidad y se llevan adelante sin cambio a la eternidad. Se extienden a todas sus obras y controlan todos los eventos. Él "hace todas las cosas según el diseño de su voluntad (Ef. 1:11)"" (N. L. Rice).

Ni el hombre ni el diablo pueden resistirle con éxito, pues escrito está: “Jehová reina; temblarán los pueblos” (Sal. 99:1).

Magnífica su *Gracia*. La gracia es un favor inmerecido y, debido a que la gracia es mostrada a los que no la merecen y a los que merecen el infierno, a aquellos que no tienen ningún derecho ante Dios, por lo tanto, la gracia es gratuita y puede manifestarse hacia el mayor

---

<sup>192</sup> **Inescrutable** – Misterio; imposible de ser entendido.

de los pecadores. Pero debido a que la gracia se ejerce hacia aquellos que carecen de dignidad o mérito, la gracia es soberana; es decir, Dios otorga la gracia a quien le place. La soberanía divina ha ordenado que algunos sean arrojados al Lago de Fuego para mostrar que todos merecían tal condenación, pero la gracia entra como una red de arrastre<sup>193</sup> y saca de una humanidad perdida, a un pueblo para el nombre de Dios para ser, por toda la eternidad, los monumentos de su inescrutable favor. La gracia soberana revela a Dios derribando la oposición del corazón humano, subyugando la enemistad de la mente carnal y trayéndonos a amarlo porque Él nos amó primero (1 Jn. 4:19).

### C. El fundamento de la religión verdadera

Esta doctrina es el sólido fundamento de toda religión verdadera. Esto se desprende, naturalmente, de lo que hemos dicho antes bajo el primer encabezado. Si la doctrina de la Soberanía divina le da, por sí sola a Dios, el lugar que le corresponde, entonces también es cierto que ella sola puede proporcionar una base firme sobre la cual construir la religión práctica. No puede haber progreso en las cosas divinas hasta que haya un reconocimiento personal de que Dios es supremo, que se le debe temer y reverenciar; y que se le debe reconocer y servir *como Señor*. Leemos las Escrituras en vano, a menos que lleguemos a ellas deseando sinceramente, un mejor conocimiento de la voluntad de Dios para nosotros. Cualquier otro motivo es egoísta y completamente inadecuado e indigno. Cada oración que elevamos a Dios no es más que una presunción carnal, a menos que se ofrezca “según su voluntad” (1 Jn. 5:14); ¡cualquier cosa carente de esto, es pedir “inapropiadamente” porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites! (Stg. 4:3). Cada servicio en el que participamos no es más que una “obra muerta”, a menos que se haga para la gloria de Dios (He. 9:14). La religión experiencial<sup>194</sup> consiste, principalmente, en la percepción y ejecución de la voluntad divina, ejecución, tanto activa como pasiva. Estamos predestinados a ser “hechos conforme a la

---

<sup>193</sup> **Red de arrastre** – Red que se extiende a lo largo del fondo de un río o estanque para atrapar todo lo que encuentra a su paso; por tanto, todo aquello que sea ineludible y eficaz para sus fines.

<sup>194</sup> **Experiencial** – Práctico; manifestado en la experiencia.

imagen de su Hijo” (Ro. 8:29), cuya comida fue siempre hacer la voluntad del que lo envió (Jn. 4:34) y la medida en que cada santo está llegando a ser “hecho conforme”, prácticamente, en su vida diaria, está determinada, en gran medida, por su respuesta a la palabra de nuestro Señor: “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón” (Mt. 11:29).

## D. La repudiación de la salvación por obras

Esta doctrina repudia la herejía de la salvación por obras. “Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte” (Pr. 14:12). El camino que “parece derecho” y que termina en “muerte”, muerte eterna, es la salvación por *esfuerzo y mérito humano*. La creencia en la salvación por obras es común a la naturaleza humana. Puede que no siempre asuma la forma grosera de las penitencias de los papistas o, incluso, del “arrepentimiento” protestante, es decir, de la aflicción por el pecado, el cual no es nunca el significado del arrepentimiento en las Escrituras; cualquier cosa que le dé al hombre un lugar, no es más que una variedad del mismo género<sup>195</sup> malvado.

Para decir, como ¡tristemente! muchos predicadores dicen: “Dios está dispuesto a hacer su parte si tú lo haces la tuya”, es una negación miserable y sin excusa del evangelio de su gracia. Declarar que Dios ayuda a quienes se ayudan a sí mismos, es repudiar una de las verdades más preciosas que se enseñan en la Biblia y, a saber, sólo en la Biblia, que Dios ayuda a aquellos que no pueden ayudarse a sí mismos, que lo han intentado una y otra vez, sólo para fallar. Decir que la salvación del pecador depende de la acción de su propia voluntad, es otra forma del dogma de salvación mediante los esfuerzos humanos que deshonra a Dios. En definitiva, cualquier movimiento de la voluntad es un trabajo: Es algo *de mí*, algo que *yo hago*. Pero la doctrina de la soberanía de Dios pone el hacha en la raíz de este mal al declarar: “Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia” (Ro. 9:16).

Alguien dirá: ¡Tal doctrina conducirá a los pecadores a la desesperación! La respuesta es: Que así sea; es precisamente esa desesperación, la que el escritor anhela ver prevalecer. No es hasta que el

---

<sup>195</sup> **Género** – Un tipo, índole, especie, clase particular.

pecador se desespere de cualquier ayuda de sí mismo, que caerá para siempre en los brazos de la misericordia soberana y, una vez que el Espíritu Santo lo convence de que no hay ayuda en sí mismo, entonces reconocerá que está perdido, y clamará: “Dios, sé propicio a mí, pecador” —y tal clamor será escuchado—. Si se le permite al autor dar su testimonio personal, durante el curso de su ministerio ha descubierto que los sermones que ha predicado sobre la depravación humana —la impotencia del pecador para hacer algo por sí mismo y la salvación del alma recurriendo a la misericordia soberana de Dios— han sido los más reconocidos y bendecidos en la salvación de los perdidos. Repetimos entonces, que un sentido de total impotencia es el primer requisito previo para cualquier conversión genuina. No hay salvación para ningún alma hasta que mire fuera de sí misma, mire a algo, sí, a Alguien, fuera de sí misma.

### **E. Humildad para la criatura**

Esta doctrina de la soberanía absoluta de Dios es profundamente humillante para la criatura. Es un gran ariete<sup>196</sup> contra el orgullo humano y en esto contrasta, fuertemente, con las “doctrinas de los hombres” (Col. 2:22). El espíritu de nuestra época es, esencialmente, el de jactarse y gloriarse en la carne. Los logros del hombre, su desarrollo y progreso, su grandeza y autosuficiencia, son el santuario en el que el mundo rinde culto hoy. Pero la verdad de la soberanía de Dios con todos sus corolarios, quita todo fundamento para la jactancia humana e infunde el espíritu de humildad en su lugar. Declara que la salvación es del Señor (Jon. 2:9) —del Señor en su origen, en su operación y en su consumación—. Insiste en que el Señor tiene que aplicar como también suministrar; que tiene que completar como también comenzar su obra de salvación en nuestras almas — que no sólo tiene que reclamar, sino también mantenernos y sostenernos hasta el fin—. Enseña que la salvación es por gracia mediante la fe y que todas nuestras obras (antes de la conversión), tanto buenas como malas, no cuentan, en absoluto, para la salvación. Nos dice que no somos “engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios” (Jn. 1:13). Y todo esto es sumamente

---

<sup>196</sup> **Ariete** – Viga de madera rematada con una pieza de hierro o bronce en uno de sus extremos, que se usaba para derribar murallas y portones.

humillante para el corazón del hombre que quiere contribuir con algo al precio de su redención y hacer lo que dará pie a la jactancia y la autosatisfacción.

Pero si esta doctrina nos humilla, resulta en alabanza a Dios. Si, a la luz de la soberanía de Dios, hemos visto nuestra indignidad e impotencia, ciertamente clamaremos con el salmista: “Todas mis fuentes están en ti” (Sal. 87:7). Si por naturaleza éramos “hijos de ira” (Ef. 2:3) y por la práctica rebeldes contra el gobierno divino y estábamos justamente expuestos a la “maldición” de la Ley (Gá. 3:13), y si Dios no estaba bajo la obligación de rescatarnos de la indignación ardiente y, sin embargo, Él entregó a su Hijo bien amado por todos nosotros (Ro. 8:32); entonces, ¿cómo tal gracia y amor no derretirán nuestros corazones; cómo la aprehensión de esto no nos hará decir con gratitud de adoración: “No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria, por tu misericordia, por tu verdad” (Sal. 115:1)? Con cuánta prontitud, cada uno de nosotros reconocerá: “¡Por la gracia de Dios soy lo que soy!”. Con cuánta asombrosa alabanza exclamaremos:

*“¿Por qué me hiciste oír tu voz, y entrar y ver tu bondad?  
Pues miles de hambre mueren ya, rehusando tu verdad.  
Pues el mismo amor que el manjar sirvió,  
dulcemente a entrar me llevó  
si no, en mi pecado aún habría estado yo”<sup>197</sup>.*

## F. Seguridad absoluta

Esta doctrina proporciona un sentido de seguridad absoluta. Dios es infinito en poder y, por lo tanto, es imposible resistir su voluntad o resistir el cumplimiento de sus decretos. Una afirmación como esa, está bien calculada para llenar de alarma al pecador, pero del santo no evoca más que alabanza. Agreguemos una palabra y veamos la diferencia que hace: ¡Mi Dios es infinito en poder! —entonces “no temeré lo que me pueda hacer el hombre” (Sal. 118:6)—. Mi Dios es infinito en poder, entonces “en el día que temo, yo en ti confío” (Sal. 56:3). Mi Dios es infinito en poder, entonces “en paz me acostaré, y

---

<sup>197</sup> Isaac Watts (1674 -1748) – Del himno “Cuán solemne y dulce”, 1707. Traducción de Priscilla Piñero.

asimismo dormiré; porque solo tú, Jehová, me haces vivir confiado” (Sal. 4:8). Por todas las edades, ésta ha sido la fuente de la confianza de los santos. ¿No fue ésta la seguridad de Moisés cuando, en sus palabras de despedida a Israel, dijo: “No hay como el Dios de Jesurún, quien cabalga sobre los cielos para tu ayuda, y sobre las nubes con su grandeza. El eterno Dios es tu refugio, y acá abajo los brazos eternos” (Dt. 33:26-27)? ¿No fue este sentido de seguridad lo que causó que el salmista, movido por el Espíritu Santo, escribiera lo siguiente?

“El que habita al abrigo del Altísimo, morará bajo la sombra del Omnipotente. Diré yo a Jehová: Esperanza mía, y castillo mío; mi Dios, en quien confiaré. Él te librá de lazo del cazador, de la peste destructora. Con sus plumas te cubrirá, y debajo de sus alas estarás seguro; escudo y adarga es su verdad. No temerás el terror nocturno, ni saeta que vuele de día, ni pestilencia que ande en oscuridad, ni mortandad que en medio del día destruya. Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra; mas a ti no llegará porque has puesto a Jehová, que es mi esperanza, al Altísimo por tu habitación, no te sobrevendrá mal [en cambio, todas las cosas trabajarán juntas para *bien* (Ro. 8:28)] ni plaga tocará tu morada” (Sal. 91:1-7, 9-10).

*“La muerte y las plagas circúndanme en su vuelo,  
hasta que él diga, morir aquí no puedo;  
ni un solo rayo golpeará de mí un costado  
hasta que el Dios de amor considere así apropiado”<sup>198</sup>.*

¡Oh, cuán preciosa esta verdad! Aquí estoy yo, una pobre “oveja”, impotente y sin sentido, sin embargo, estoy seguro en la mano de Cristo. ¿Y por qué estoy seguro allí? ¡Nadie puede arrancarme de allí porque la mano que me sostiene es la del Hijo de Dios y todo el poder en el cielo y en la tierra es suyo! De nuevo, no tengo fuerza propia: El mundo, la carne y el diablo están dispuestos contra mí, así que me encomiendo al cuidado y guarda del Señor, y digo con el Apóstol: “Por lo cual asimismo padezco esto; pero no me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que *es poderoso* para guardar mi depósito para aquel día” (2 Ti. 1:12). ¿Y cuál es el fundamento de

---

<sup>198</sup> John Ryland (1753-1825) – Himno: “Soberano Señor de los cielos” (*Sovereign Ruler of the skies*).

mi confianza? ¿Cómo sé que Él puede guardar lo que le he encomendado? Lo sé porque Dios es *Todopoderoso*, el Rey de reyes y Señor de señores.

## G. Consuelo en el dolor

Proporciona consuelo en el dolor. La doctrina de la soberanía de Dios está llena de consuelo e imparte una gran paz al cristiano. La soberanía de Dios es un fundamento inmovible y es más firme que los cielos y la tierra. ¡Qué bendición saber que no hay ningún rincón del universo que esté fuera de su alcance! Como dijo el salmista:

“¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra. Si dijere: Ciertamente las tinieblas me encubrirán; aun la noche resplandecerá alrededor de mí. Aun las tinieblas no encubren de ti, y la noche resplandece como el día; lo mismo te son las tinieblas que la luz” (Sal. 139:7-12).

¡Qué bendición es saber que la mano fuerte de Dios está sobre todos y sobre cada una de las cosas! ¡Qué bendición saber que ni un gorrión cae al suelo sin su permiso! (Mt. 10:29). ¡Qué bendición es saber que nuestras aflicciones no provienen de la casualidad ni del demonio, sino que Dios las ordena y dispone “a fin de que nadie se inquiete por estas tribulaciones; porque vosotros mismos *sabéis* que para esto *estamos puestos*” (1 Ts. 3:3)!

Pero nuestro Dios, no sólo es infinito en poder. Él también es infinito en sabiduría y bondad. Y aquí vemos cuán preciosa es esta verdad: ¡Dios sólo quiere lo que es bueno y su voluntad es irreversible e irresistible! Dios es demasiado sabio para equivocarse y demasiado amoroso para causarle a su hijo una lágrima innecesaria. Por lo tanto, si Dios es la sabiduría perfecta y la bondad perfecta, ¡cuán bendita es la seguridad de que todo está en su mano y moldeado por su voluntad de acuerdo con su propósito eterno! “He aquí, arrebatará; ¿quién le hará restituir? ¿Quién le dirá: Qué haces?...” (Job 9:12). Sin embargo, ¡qué reconfortante es saber que es “Él” y no el diablo, quien “arrebata” a nuestros seres queridos! ¡Oh! qué paz para nuestros pobres y frágiles corazones que se les diga que el número de nuestros

días está con Él (Job 7:1; 14:5); que la enfermedad y la muerte son sus mensajeros y siempre marchan bajo sus órdenes; ¡que es el Señor quien da y el Señor quien quita!

## H. Espíritu de dulce aquiescencia

Engendra un espíritu de dulce aquiescencia. Inclinarsse ante la soberana voluntad de Dios es uno de los grandes secretos de la paz y la felicidad. No puede haber una sumisión real con contentamiento hasta que estemos quebrantados de espíritu, es decir, hasta que estemos dispuestos y *contentos* de que el Señor cumpla su Voluntad en nosotros. No es que estemos insistiendo en un espíritu de resignación fatalista, lejos de eso. Se exhorta a los santos a “[*comprobar*] cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Ro. 12:2).

Hablamos sobre este tema de la aquiescencia ante la voluntad de Dios en el capítulo sobre nuestra actitud hacia la soberanía de Dios y allí, además del patrón supremo, citamos los ejemplos de Eli y Job. Ahora, complementaremos sus casos con más ejemplos. Qué palabras las que encontramos en Levítico 10:3: “Y Aarón calló”<sup>199</sup>. Fíjense en las circunstancias:

“Nadab y Abiú, hijos de Aarón, tomaron cada uno su incensario, y pusieron en ellos fuego, sobre el cual pusieron incienso, y ofrecieron delante de Jehová fuego extraño, que él nunca les mandó. Y salió fuego de delante de Jehová y los quemó, y murieron delante de Jehová [...] y Aarón calló” (Lv. 10:1-3).

Dos de los hijos del sumo sacerdote fueron muertos, muertos por una visitación del juicio divino y, probablemente, estaban ebrios en ese momento; además, esta prueba vino sobre Aarón, repentinamente, sin nada que lo preparara para ello; sin embargo, él “calló”. ¡Preciosa ejemplificación del poder de la gracia suficiente de Dios!

Consideren ahora, una declaración que salió de los labios de David:

“Pero dijo el rey a Sadoc: Vuelve el arca de Dios a la ciudad. Si yo hallare gracia ante los ojos de Jehová, él hará que vuelva, y me

---

<sup>199</sup> **Nota del editor** – La versión citada por el autor, es, originalmente en inglés, de la versión King James, en la cual se puede leer “*held his peace*” que traduce, literalmente, “*se mantuvo en paz*”, mientras que la versión RVR 1960, traduce y él “*calló*”.

dejará verla y a su tabernáculo. Y si dijere: No me complazco en ti; aquí estoy, haga de mí lo que bien le pareciere” (2 S. 15:25-26).

Aquí también, las circunstancias que confrontaron al hablante fueron excesivamente tentativas para el corazón humano. David estaba dolorido por la pena. Su propio hijo lo estaba sacando del trono y buscando su propia vida. Si alguna vez volvería a ver Jerusalén y al Tabernáculo de nuevo, no lo sabía. Pero él estaba tan entregado a Dios, estaba tan completamente seguro de que su Voluntad era lo mejor que, a pesar de que significaba la pérdida del trono y la pérdida de su vida, estaba contento de que Dios hiciera las cosas a su manera: “Haga de mí lo que bien le pareciere”.

No es necesario añadir más ejemplos, pero haremos una reflexión sobre el último caso. Si en medio de las sombras de la dispensación del Antiguo Testamento, David estaba contento de que el Señor hiciera su Voluntad, ahora que el corazón de Dios ha sido plenamente revelado en la cruz, ¡cuánto más debemos deleitarnos en la ejecución de su Voluntad! Seguramente, no dudaremos en decir:

*“Enfermedad que Él bendice, es nuestro bien,  
y el bien no bendecido es enfermedad,  
y está todo bien, así parezca muy mal,  
si esa es su dulce voluntad”<sup>200</sup>.*

## I. Evocación de alabanza

Esta doctrina evoca una canción de alabanza. No podría ser de otra manera. ¿Por qué debería yo, que por naturaleza no soy diferente de las multitudes descuidadas y ateas que me rodean, haber sido escogido en Cristo antes de la fundación del mundo y ahora bendecido con todas las bendiciones espirituales en los lugares celestiales en Él (Ef. 1:3-4)? ¿Por qué fui yo, que una vez fui extranjero y un rebelde, escogido para tan maravillosos favores? ¡Oh! eso es algo que no puedo entender. Tal gracia, tal amor, “que excede todo conocimiento” (Ef. 3:19). Pero si mi mente es incapaz de discernir una razón, mi corazón puede expresar su gratitud en alabanza y adoración.

Pero, no sólo debo estar agradecido con a Dios por su gracia hacia mí en el pasado, sus tratos actuales me deben llenar de acción de

---

<sup>200</sup> **Frederick W. Faber** (1814-1863) – Himno: “Te adoro, misericordioso Dios” (*I worship thee, most gracious God*).

gracias. ¿Cuál es la fuerza de la palabra “regocijaos en el Señor siempre?” (Fil. 4:4). Nótese que no es “regocijaos en el Salvador”, sino que debemos “regocijarnos en el Señor” como “Señor”, como el Amo de toda circunstancia. Necesitamos recordarle al lector, que cuando el Apóstol escribió estas palabras, él mismo era un prisionero en manos del gobierno romano. Un largo curso de aflicción y sufrimiento estaba detrás de él. Los peligros en la tierra y los peligros en el mar, el hambre y la sed, los azotes y la lapidación, todo había sido experimentado. Había sido perseguido, tanto por los que estaban dentro de la Iglesia como por los de afuera; los mismos que deberían haber estado a su lado lo habían abandonado. Y aún escribe: “¡Regocijaos en el Señor siempre!”. ¿Cuál fue el secreto de su paz y felicidad? ¡Oh! ¿No había escrito este mismo Apóstol: “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Ro. 8:28)?

Pero, ¿cómo lo supo él y cómo “sabemos” nosotros que todas las cosas obran en conjunto para bien? La respuesta es: Debido a que todas las cosas están bajo el control y están siendo reguladas por el Soberano Supremo, y porque Él no tiene nada más que pensamientos de amor hacia los suyos, entonces, “todas las cosas” están tan ordenadas por Él que se hacen para servir a nuestro máximo bien. Es por esta causa que debemos dar “siempre gracias por todo al Dios y Padre en el nombre de nuestro Señor Jesucristo” (Ef. 5:20). Sí, dad gracias por “todas las cosas” porque como bien se ha dicho, “todas nuestras decepciones, son de Dios designaciones”. Para aquél que se deleita en la soberanía de Dios, las nubes, no sólo tienen un “destello plateado”, sino que son plateadas por completo, la oscuridad sólo sirve para resaltar la luz:

*“¡Oh! Santo temeroso ¡anímate!  
Las nubes que tanto temes,  
llenas de misericordia están  
y sobre ti bendiciones derramarán”<sup>201</sup>.*

## J. Garantía del triunfo final

Esta doctrina garantiza el triunfo final del bien sobre el mal. Desde el día en que Caín mató a Abel, el conflicto en la tierra entre

---

<sup>201</sup> William Cowper (1731-1800) – Poeta inglés, autor de himnos.

el bien y el mal ha sido un doloroso problema para los santos. En todas las épocas, los justos han sido odiados y perseguidos, mientras los injustos parecen haber desafiado a Dios con impunidad. El pueblo del Señor, en su mayor parte, ha sido pobre en el bien de este mundo, mientras que los malvados en su prosperidad temporal han florecido como el árbol de laurel verde. Cuando uno mira a su alrededor y contempla la opresión de los creyentes y el éxito terrenal de los incrédulos, y observa cuán pocos son los primeros y cuán numerosos son los últimos; cuando ve la aparente derrota del bien, y el triunfo del poder y el mal; cuando oye el rugido de la batalla, los gritos de los heridos y las lamentaciones de los afligidos; a medida que descubre que casi todo aquí abajo está en confusión, caos y ruinas, —parece que Satanás estuviera obteniendo lo mejor del conflicto—pero cuando uno mira hacia *arriba*, en lugar de alrededor, es claramente visible para el ojo de la fe, un trono, un trono no afectado por las tormentas de la tierra, un trono “estable”, firme y seguro; y sobre él está sentado Uno cuyo nombre es el Todopoderoso, y Quien “hace todas las cosas según el designio de su voluntad” (Ef. 1:11). Ésta es, pues, nuestra confianza: Dios está en el *trono*. El timón está en su mano y, siendo Todopoderoso, su propósito no puede fallar porque “si él determina una cosa, ¿quién lo hará cambiar? Su alma deseó, e hizo” (Job 23:13). Aunque la mano gobernante de Dios es invisible al ojo de los sentidos, es real para la fe (2 Co. 5:7) —esa fe que descansa con una confianza segura en su Palabra— y, por lo tanto, está seguro de que Él no puede fallar.

Lo que sigue a continuación es de la pluma de nuestro hermano, el sr. A. C. Gaebelein<sup>202</sup>:

“No puede haber fracaso con Dios. “Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. Él dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no lo ejecutará?” (Nm. 23:19). Todo se cumplirá. La promesa hecha a su propio pueblo amado de venir por ellos y llevarlos de allí a la gloria, no fallará. Con seguridad, Él vendrá y los reunirá en su propia presencia. Las solemnes palabras pronunciadas a las naciones de la tierra por los diferentes profetas, tampoco fallarán.

---

<sup>202</sup> **Arno Clemens Gaebelein** (1861-1945) – Ministro metodista estadounidense, destacado conferencista y maestro. Gaebelein fue un promotor del movimiento dispensacionalista en sus primeros días.

"Acercaos, naciones, juntaos para oír; y vosotros, pueblos, escuchad. Oiga la tierra y cuanto hay en ella, el mundo y todo lo que produce. Porque Jehová está airado contra todas las naciones, e indignado contra todo el ejército de ellas; las destruirá y las entregará al matadero" (Is. 34:1, 2). Tampoco fallará ese día en que "la altivez de los ojos del hombre será abatida, y la soberbia de los hombres será humillada; y Jehová solo será exaltado en aquel día" (Is. 2:11). El día en que se manifieste, cuando su gloria cubra los cielos y sus pies se posen nuevamente en esta tierra, ciertamente vendrá. Su reino no fallará, ni tampoco todos los eventos prometidos, relacionados con el fin de los tiempos y la consumación.

En estos tiempos oscuros y difíciles, cuán bueno es recordar que Él está en el trono, el trono que no puede ser sacudido, y que Él no fallará en hacer todo lo que Él ha dicho y prometido. "Inquirid en el libro de Jehová, y leed si faltó alguno de ellos" (Is. 34:16). Al creer, bendita anticipación, podemos mirar al tiempo de gloria cuando se cumplan su Palabra y su voluntad —cuando por la venida del Príncipe de paz, la justicia y la paz, finalmente lleguen—. Y mientras esperamos el momento supremo y bendito en que se cumpla su promesa, confiamos en Él, caminando en su comunión y cada día encontramos que Él no deja de sostenernos y de guardarnos en todos nuestros caminos”.

## **K. Provisión de un lugar de reposo para el corazón**

Esta doctrina proporciona un lugar de reposo para el corazón. Mucho de lo que podría haberse dicho aquí, ya ha sido anticipado en anteriores encabezados. Aquel que está sentado sobre el trono del cielo, Aquel que es Gobernador de las naciones, y que ha ordenado y ahora regula todos los eventos, es infinito, no sólo en poder, sino también en sabiduría y bondad. Aquel que es el Señor sobre toda la creación es Aquel que fue “manifestado en la carne” (1 Ti. 3:16). ¡Oh! éste es un tema al que ninguna pluma humana puede hacer justicia. La gloria de Dios consiste, no sólo en que Él es el Altísimo, sino en que, siendo elevado, se rebajó en humilde amor para llevar sobre sí, la carga de sus propias criaturas pecaminosas porque está escrito: “Dios estaba en Cristo, reconciliando consigo mismo al mundo” (2 Co. 5:19). La Iglesia de Dios fue comprada con “su propia sangre” (Hch. 20:28). Es sobre la misericordiosa auto-humillación del Rey

mismo que su reino es establecido. ¡Oh maravillosa Cruz! Por esto, Aquel que sufrió sobre ella, ha llegado a ser el Señor, no de nuestros destinos (ya lo era antes), sino el Señor de nuestros *corazones*. Por lo tanto, no es en vil terror que nos inclinamos ante el Soberano Supremo, sino que en reverente adoración, clamamos a gran voz: “El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza” (Ap. 5:12).

Entonces, aquí está la refutación de la acusación malvada de que esta doctrina es una calumnia horrible contra Dios y peligrosa para exponerla a su pueblo. ¿Puede ser “horrible” y “peligrosa” una doctrina que le da a Dios su verdadero lugar, que mantiene sus derechos, que magnifica su gracia, que le atribuye toda la gloria y remueve todo motivo de jactancia de la criatura? ¿Puede ser “horrible” y “peligrosa” una doctrina que les ofrece a los santos una sensación de seguridad en el peligro, que les proporciona consuelo en el dolor, que genera paciencia en ellos en la adversidad, que evoca en ellos alabanza en todo momento? ¿Puede ser “horrible” y “peligrosa” una doctrina que nos asegure triunfo certero del bien sobre el mal y que proporcione un lugar de descanso seguro para nuestros corazones —y [siendo] ese lugar, las perfecciones del propio Soberano—? ¡No, mil veces, no! En lugar de ser “horrible y peligrosa”, esta doctrina de la soberanía de Dios es gloriosa y edificante, y una comprensión debida de ella, servirá para hacernos exclamar con Moisés: “¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad, terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios?” (Éx. 15:11).

***Preguntas para estudio personal y discusión en grupo***

*Las siguientes preguntas refuerzan la comprensión y la aplicación.*

1. Explique la doctrina de la soberanía de Dios, usando metáforas.
2. ¿Qué muestra nuestro Dios santo al permitir el mal en el mundo?
3. a. Describa el espíritu de nuestra época.
  - b. ¿Cómo contrarresta esto la doctrina de la soberanía de Dios?
4. ¿Cómo consuela la doctrina de la soberanía de Dios?

# 13. CONCLUSIÓN

*“¡Aleluya! Porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina”  
(Apocalipsis 19:6).*

## A. Introducción

### *1. Equilibrio en la verdad*

En nuestro prólogo a la segunda edición, reconocimos la necesidad de preservar el equilibrio de la Verdad. Dos cosas están fuera de discusión: Dios es soberano, el hombre es responsable. En este libro hemos tratado de exponer el primero; en nuestros otros trabajos, hemos enfatizado con frecuencia en éste último. Que existe un peligro real de hacer más énfasis en uno e ignorar al otro, lo admitimos sin reparo; sí, la historia proporciona numerosos ejemplos de casos de cada uno. Enfatizar la soberanía de Dios sin mantener también la responsabilidad de la criatura, tiende al fatalismo; estar tan preocupado en mantener la responsabilidad del hombre como para perder de vista la soberanía de Dios, es exaltar a la criatura y deshorrar al Creador.

Casi todos los errores doctrinales son realmente, la verdad pervertida, la verdad injustamente dividida, la verdad desproporcionadamente sostenida y enseñada. El rostro más bello de la tierra, con las características más hermosas, pronto se volvería feo y antiestético, si un miembro continuara creciendo, mientras los demás permanecían sin desarrollarse. La belleza es, principalmente, una cuestión de proporción. Así es con la Palabra de Dios; su belleza y bendición se perciben mejor cuando su sabiduría múltiple se exhibe en sus verdaderas proporciones. Aquí es donde tantos han fallado en el pasado. Una sola fase de la verdad de Dios ha impresionado tanto a éste o a aquel hombre que ha concentrado su atención en ella, casi para excluir todo lo demás. Algunas partes de la Palabra de Dios se han convertido en una “doctrina favorita” y con frecuencia, esto se ha convertido en

la insignia distintiva de algún partido<sup>203</sup>. Pero es el deber de cada siervo de Dios, anunciar “*todo* el consejo de Dios” (Hch. 20:27).

Es cierto que estos días degenerados en que nos ha tocado vivir, cuando por todas partes el hombre es exaltado y el “superhombre” se ha convertido en una expresión común, existe una necesidad real de un énfasis especial sobre el hecho glorioso de la supremacía de Dios. Más aún, cuando esto se niega expresamente. Sin embargo, incluso aquí, se requiere mucha sabiduría, no sea que nuestro celo deje de ser “conforme a ciencia” (Ro. 10:2)<sup>204</sup>. Las palabras “alimento a tiempo” (Mt. 24:45), deberían estar siempre ante el siervo de Dios. Lo que se necesita, principalmente, para una congregación, puede no ser específicamente necesario para otra. Si se les llama a trabajar donde los predicadores arminianos han precedido, entonces, la verdad descuidada de la soberanía de Dios debe ser expuesta, aunque con precaución y cuidado para que no se les dé demasiado “alimento sólido” a los “niños”. Debe tenerse en cuenta, el ejemplo de Cristo en Juan 16:12: “Aún tengo muchas cosas que deciros, pero *ahora* no las podéis sobrellevar”. Por otro lado, si se me llama a tomar el mando de un púlpito claramente calvinista, entonces, la verdad de la responsabilidad humana (en sus muchos aspectos) puede exponerse provechosamente. Lo que el predicador necesita dar a conocer no es lo que más le gusta oír a su gente, sino lo que más *necesitan*, es decir, los aspectos de la verdad con los que están menos familiarizados o que menos exhiben en su caminar.

Es muy probable que llevar a la práctica real lo que hemos inculcado<sup>205</sup> líneas arriba, ponga al predicador abierto a ser acusado de ser un renegado<sup>206</sup>. Pero, ¿qué importa eso si tiene la aprobación de su Maestro? Él no está llamado a ser “coherente” consigo mismo ni con ninguna regla elaborada por el hombre; su llamado es a ser coherente con la Sagrada Escritura. Y en la Escritura, cada parte o aspecto de la verdad es equilibrada por otro aspecto de la verdad. Hay dos

---

<sup>203</sup> **Partido** – Grupo de personas con ideas afines basado en temas favoritos.

<sup>204</sup> **Nota del editor** – El autor usa la versión King James, en la cual se lee “*not according to knowledge*” (Ro. 10:2), que se traduce, literalmente al español, “no de acuerdo con el conocimiento”.

<sup>205</sup> **Inculcado** – Enseñado o impresionado por frecuentes repeticiones o amonestaciones.

<sup>206</sup> **Renegado** – Uno que cambia sus principios; una persona que abandona un partido o causa para unirse a otro. En este caso podría tomarse como un hereje.

lados para todo, incluso para el carácter de Dios porque Él es “luz” (1 Jn. 1:5), así como también “amor” (1 Jn. 4:8) y, por lo tanto, estamos llamados a mirar, “pues, la bondad y la severidad de Dios” (Ro. 11:22). Estar todo el tiempo predicando sobre lo uno excluyendo lo otro, caricaturiza al carácter divino.

Cuando el Hijo de Dios se encarnó, ¡Él vino aquí en “forma de siervo” (Fil. 2:7); sin embargo, en el pesebre, Él era “Cristo el Señor” (Lc. 2:11)! Para Dios todo es posible (Mt. 19:26), pero Dios “no miente” (Tit. 1:2). Las Escrituras dicen: “Sobrellevad los unos las cargas de los otros” (Gá. 6:2), pero el mismo capítulo, insiste en que “cada uno llevará su propia carga” (Gá. 6:5). Se nos manda: “No os afanéis por el día de mañana” (Mt. 6:34), sin embargo, “si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo” (1 Ti. 5:8). Ninguna de las ovejas de Cristo “perecerán jamás” (Jn. 10:28-29), sin embargo, se le pide al cristiano: “Procurad hacer firme vuestra vocación y elección” (2 P. 1:10). Y así, podríamos seguir multiplicando los ejemplos. Estas cosas no son contradictorias, sino complementarias: La una “equilibra a la otra”. Por lo tanto, las Escrituras establecen, *tanto* la Soberanía de Dios como la responsabilidad del hombre. Así también, debería hacer todo siervo de Dios y eso, en su debida proporción. Pero volvamos ahora a algunas reflexiones finales sobre nuestro tema actual.

## **2. El error en nuestros tiempos**

“Entonces Josafat se puso en pie en la asamblea de Judá y de Jerusalén, en la casa de Jehová, delante del atrio nuevo; y dijo: Jehová Dios de nuestros padres, ¿no eres tú Dios en los cielos, y tienes dominio sobre todos los reinos de las naciones? ¿No está en tu mano tal fuerza y poder, que no hay quien te resista?” (2 Cr. 20:5-6).

Sí, el Señor es Dios, que gobierna en suprema majestad y poder. Sin embargo, en nuestros días, días de alarde de iluminación y progreso, esto se niega en todas partes. Una ciencia materialista y una filosofía atea han apartado a Dios de su propio mundo, y todo está regulado, de verdad<sup>207</sup>, por leyes (impersonales) de la naturaleza. Así que en los asuntos humanos; en el mejor de los casos, Dios es un espectador lejano y como tal, impotente. [Los hombres dicen cosas

---

<sup>207</sup> **De verdad** – (Lamentablemente) en verdad, de hecho.

como las siguientes:] “Dios no pudo evitar el inicio de la terrible guerra<sup>208</sup> y, aunque anhelaba detenerla, no pudo hacerlo” —¡y esto en vista de 1 Crónicas 5:22 y 2 Crónicas 24:24!—. Habiendo dotado al hombre de “libre albedrío”, Dios está obligado a dejar que el hombre haga su propia elección y seguir su propio camino, y no puede interferir con él o, de lo contrario, su responsabilidad moral sería destruida!

Tales son las creencias populares de este tiempo. Uno no se sorprende de encontrar estos sentimientos emanados de teólogos alemanes, pero qué triste es que se enseñen en muchos de nuestros seminarios, se les hagan eco desde muchos de nuestros púlpitos y sean aceptados por muchos del común de los cristianos profesantes.

Uno de los pecados más flagrantes de nuestra época es el de la irreverencia, el no atribuir la gloria debida a la augusta majestad de Dios. Los hombres limitan el poder y las actividades del Señor a sus conceptos degradantes acerca del ser y carácter de Él. Originalmente, el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios, pero hoy se nos pide que creamos en un dios hecho a la imagen y semejanza del hombre. El Creador es reducido al nivel de la criatura: Su omnisciencia es cuestionada; ya no se cree en su omnipotencia y se niega rotundamente su soberanía absoluta. Los hombres afirman ser los arquitectos de sus propias fortunas y los determinadores de su propio destino. No saben que sus vidas están a disposición del divino Déspota<sup>209</sup>. No saben que no tienen más poder para frustrar sus decretos secretos, que un gusano para resistir el paso de un elefante. Ellos no saben que “Jehová estableció en los cielos su trono, y su reino *domina sobre todos*” (Sal. 103:19).

En las páginas anteriores, hemos tratado de repudiar tales puntos de vista paganos como los mencionados anteriormente y nos hemos esforzado por mostrar, a partir de las Escrituras, que Dios es Dios en el trono y que estamos lejos de decir que la reciente guerra sea una evidencia de que el timón se haya escapado de su mano, [todo lo contrario] esto es una prueba segura de que Él todavía vive y reina, y ahora está llevando a cabo lo que Él había determinado y anunciado

---

<sup>208</sup> **Terrible guerra** – Primera Guerra Mundial.

<sup>209</sup> **Déspota** – Gobernante u otra persona que tiene el poder absoluto. También se puede traducir como el Señor, el Amo.

de antemano (Mt. 24:6-8, etc.). Que la mente carnal está en enemistad contra Dios; que el hombre no regenerado es un rebelde contra el gobierno divino; que el pecador no se preocupa por la gloria de su Hacedor y que poco o nada, respeta su voluntad revelada, se admite libremente. Pero, sin embargo, detrás de la escena, Dios está gobernando y dominando, cumpliendo su propósito eterno —no sólo a pesar de, sino también por medio de aquellos que son sus enemigos—

### **3. *¿Qué dicen las Escrituras?***

¡Cuán serios son los reclamos del hombre en contra de las demandas de Dios! ¿No tiene el hombre poder y conocimiento, pero qué hay con eso? ¿No tiene Dios voluntad, poder o conocimiento? Supongamos que la voluntad del hombre entra en conflicto con la de Dios, ¿entonces qué? Vayamos a la Escritura de la verdad para obtener una respuesta. Los hombres tenían una voluntad en las llanuras de Sinar y estaban decididos a construir una torre cuya cima alcanzara el cielo, pero ¿qué resultó de su propósito? Faraón tenía una voluntad cuando endureció su corazón y Faraón se negó a permitir que el pueblo de Jehová fuera y le adorara en el desierto, pero ¿qué resultó de su rebelión? Balac tenía una voluntad cuando contrató a Balaam para que viniera y maldijera a los hebreos, pero ¿de qué le sirvió? Los cananeos tenían una voluntad cuando decidieron evitar que Israel ocupara la tierra de Canaán, pero ¿hasta dónde lo lograron? Saúl tenía una voluntad cuando arrojó su lanza contra David, ¡pero en su lugar se incrustó en la pared! Jonás tenía una voluntad cuando se negó a ir a predicar a los ninivitas, pero ¿cuál fue el resultado? Nabucodonosor tenía una voluntad cuando pensó en destruir a los tres jóvenes hebreos, pero Dios también tenía una voluntad y el fuego no los dañó. Herodes tenía una voluntad cuando trató de matar al niño Jesús y si no hubiera habido un Dios vivo y reinante, su malvado deseo se habría cumplido; pero al atreverse a oponer su insignificante voluntad contra la voluntad irresistible del Todopoderoso, sus esfuerzos fueron en vano. Sí, mi lector, y usted también tenía una voluntad cuando formó sus planes sin buscar primero el consejo del Señor, por lo tanto, ¡Él los anuló! “Muchos pensamientos hay en el corazón del hombre; mas el consejo de Jehová permanecerá” (Pr. 19:21).

*a. Apocalipsis 17:17*

Qué demostración de la irresistible soberanía de Dios es provista por esa maravillosa declaración encontrada en Apocalipsis 17:17: “Porque Dios ha puesto en sus corazones el ejecutar lo que él quiso: ponerse de acuerdo, y dar su reino a la bestia, hasta que se cumplan las palabras de Dios”. El cumplimiento de una sola profecía, no es más que la soberanía de Dios en acción. Es la demostración de que lo que Él ha decretado, también es capaz de realizarlo. Es una prueba de que nadie puede resistir la ejecución de su consejo o impedir el cumplimiento de su voluntad. Es evidencia de que Dios inclina a los hombres a cumplir lo que Él ha ordenado y realizar lo que Él prede-terminó. Si Dios no fuera soberano absoluto, entonces la profecía divina carecería de valor porque, en tal caso, no quedaría ninguna garantía de que lo que había predicho, sucedería con seguridad.

“Porque Dios ha puesto en sus corazones el ejecutar lo que él quiso: ponerse de acuerdo, y dar su reino a la bestia, hasta que se cumplan las palabras de Dios” (Ap. 17:17). No podemos hacer nada mejor que citar aquí, los excelentes comentarios de nuestro estimado amigo, el sr. Walter Scott<sup>210</sup>, sobre este versículo:

“Dios obra sin ser visto, pero con certeza, en todos los cambios políticos del día. El estadista astuto, el diplomático inteligente, es simplemente un agente en las manos del Señor. Él no lo sabe. La voluntad propia y los motivos de la política pueden influir en la acción, pero Dios está trabajando constantemente hacia un fin: Exhibir las glorias celestiales y terrenales de su Hijo. Por lo tanto, en lugar de reyes y estadistas que frustran el propósito de Dios, inconscientemente, lo avanzan. Dios no es indiferente, sino que está detrás de las escenas de la acción humana. Las obras de los diez reyes futuros en relación con Babilonia y la Bestia —los poderes eclesiásticos y seculares— no sólo están bajo el control directo de Dios, sino que todo se hace en cumplimiento de sus palabras”.

---

<sup>210</sup> **Walter Scott** (1796-1861) – De Exposición de la revelación de Jesucristo (*Exposition of the Revelation of Jesus Christ*). Maestro y evangelista escocés estadounidense; nacido en Moffatt, Escocia; estudió en la Universidad de Edimburgo; se mudó a Nueva York y luego a Pittsburgh, donde se unió a una pequeña congregación bautista; influenciado por James y Robert Haldane.

*b. Miqueas 4:11-13*

Estrechamente relacionado con Apocalipsis 17:17, está lo que se nos presenta en Miqueas 4:11-12: “Pero ahora se han juntado muchas naciones contra ti, y dicen: Sea profanada, y vean nuestros ojos su deseo en Sion. Mas ellos no conocieron los pensamientos de Jehová, ni entendieron su consejo; por lo cual los juntó como gavillas en la era”. Ésta es otra declaración notable, inspirada por Dios y tres cosas en ella, merecen especial atención. Primero, llegará el día en que “muchas naciones” se “juntarán” contra Israel con el propósito expreso de humillarla. Segundo, inconscientemente para ellos mismos —porque “no entienden” su Consejo— son “juntados” por Dios porque “Él los juntó”. Tercero, Dios junta a estas “muchas naciones” contra Israel para que la hija de Sion pueda “desmenuzarlos” (v. 13). Aquí hay entonces, otro ejemplo que demuestra a) el control absoluto de Dios sobre las naciones, b) su poder para cumplir su consejo secreto o decretos, por y a través de ellas, y c) de sus hombres inclinados a realizar su voluntad, aunque se realice, ciega e involuntariamente, por ellos.

*c. Juan 19:9-11*

Una vez más. ¡Qué palabra la del Señor Jesús cuando estuvo frente a Pilato! ¿Quién puede representar la escena? Estaba el oficial romano y también estaba el Siervo de Jehová de pie frente a él. Dijo Pilato: “¿De dónde eres tú?”. Y leemos: “Mas Jesús no le dio respuesta. Entonces le dijo Pilato: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que *tengo autoridad* para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte?” (Jn. 19:10). ¡Oh! eso es lo que pensaba Pilato. Eso es lo que muchos otros han pensado. Simplemente, estaba expresando la convicción común del corazón humano, el corazón que saca a Dios de sus estimaciones. Pero escuchen al Señor Jesús cuando corrige a Pilato y, al mismo tiempo, repudia la orgullosa jactancia de los hombres en general: “Ninguna autoridad tendrías contra mí, *si no te fuese dada de arriba*” (Jn. 19:11). ¡Cuán arrolladora es esta afirmación! El hombre, a pesar de ser un funcionario prominente en el imperio más influyente de su tiempo, no tiene más poder que el que se le da desde arriba —ni siquiera para hacer lo que es malo, es decir, llevar a cabo sus propios designios malvados, a menos que Dios le dé el poder para

que su propósito pueda ser alcanzado—. ¡Fue Dios quien le dio a Pilato el poder de sentenciar a muerte a su amado Hijo!

¡Y cómo esto reprueba los sofismas y razonamientos de los hombres que argumentan que Dios no hace más que permitir el mal! Vaya, regrese a las primeras palabras pronunciadas por el Señor Dios al hombre después de la Caída y escúchelo decir: ¡“*Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya*” (Gn. 3:15)! El simple permiso del pecado no cubre todos los hechos que se revelan en las Escrituras tocante a este misterio. Como Calvino comentó sucintamente: “Pero, ¿qué razón le asignaremos a que Él lo permita, sino porque es su Voluntad?”<sup>211</sup>.

Al final del capítulo once, prometimos prestar atención a una o dos de otras dificultades que no fueron examinadas en ese momento. A ellas volvemos ahora. 1) Si Dios, no sólo ha predeterminado la salvación de los suyos, sino que también ha pre-ordenado las buenas obras por las que deben caminar (Ef. 2:10), entonces, ¿qué incentivo nos queda para esforzarnos por la piedad práctica? 2) Si Dios ha fijado el número de aquellos que han de ser salvos y los demás son vasos de ira preparados para destrucción, entonces, ¿qué ánimo tenemos para predicar el evangelio a los perdidos? Examinemos estas cuestiones en el orden en que se mencionan.

## B. La soberanía de Dios y el crecimiento en gracia del creyente

Si Dios ha pre-ordenado todo lo que pasa, ¿de qué nos sirve “ejercitarnos” para “la piedad”? (1 Ti. 4:7). Si Dios ha ordenado desde antes las buenas obras en las que debemos andar (Ef. 2:10), ¿por qué debemos procurar ocuparnos “en buenas obras”? (Tit. 3:8). Esto sólo plantea, una vez más, el problema de la responsabilidad humana. Realmente, debería ser suficiente para nosotros responder: Dios nos ha *ordenado* que lo hagamos. En ninguna parte la Escritura se inculca o alienta un espíritu de indiferencia fatalista. El contentamiento con nuestros logros actuales está expresamente prohibido.

---

<sup>211</sup> **Nota del editor** – La edición británica del Estandarte de la verdad (*The Banner of Truth*) 1961, omitió el texto del capítulo 13 hasta este punto. Esa edición incluyó “ciertas revisiones menores”, con el permiso de la sra. Pink, para aumentar “el valor contemporáneo del libro”. Esta edición de CHAPEL LIBRARY, utiliza la tercera edición original de 1929 sin aquellas revisiones.

La palabra para cada creyente es: *Proseguir* hacia “la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Fil. 3:14). Éste fue el objetivo del Apóstol y debería ser el nuestro. En lugar de obstaculizar el desarrollo del carácter cristiano, una adecuada aprehensión y aprecio de la soberanía de Dios, lo hará crecer. Así como la desesperanza del pecador por recibir cualquier ayuda que provenga de sí mismo es el primer requisito para una conversión sana; así la pérdida de toda confianza en sí mismo es el primer paso esencial para el crecimiento del creyente en la gracia; y así como el pecador desesperanzado por recibir ayuda de sí mismo se arrojará a los brazos de la misericordia soberana; así el cristiano, consciente de su propia fragilidad, se dirigirá al Señor en busca de poder. Cuando somos débiles, entonces somos fuertes (2 Co. 12:10); es decir, debe haber *conciencia* de nuestra debilidad antes de recurrir al Señor en busca de ayuda. Mientras que el cristiano se permita pensar que es suficiente en sí mismo; mientras que él se imagine que por su mera fuerza de voluntad resistirá la tentación; mientras que él tenga alguna confianza en la carne, como Pedro, quien se jactó de que aunque todos abandonasen al Señor aún él no lo haría, entonces, ciertamente, fallaremos y caeremos. Separados de Cristo, nada podemos hacer (Jn. 15:5). La promesa de Dios es: “Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas” (Is. 40:29).

La cuestión que tenemos ante nosotros es de gran importancia práctica y estamos profundamente ansiosos por expresarnos, clara y sencillamente. El secreto del desarrollo del carácter cristiano es darnos cuenta de nuestra propia *impotencia*, nuestra impotencia reconocida y el consecuente ir al Señor en busca de ayuda. El simple hecho es que por nosotros mismos no podemos obligarnos a hacer esto. “Por nada estéis afanosos [no estéis ansioso por nada]” (Fil. 4:6) — pero, ¿quién puede evitar y prevenir la ansiedad cuando las cosas van mal? “Velad debidamente, y no pequéis” (1 Co. 15:34)— pero ¿quién puede no pecar? Estos son, simplemente, ejemplos seleccionados aleatoriamente de apuntes de otros. Entonces, ¿Dios se burla de nosotros al pedirnos que hagamos lo que Él sabe que no podemos hacer? La respuesta de Agustín (354-430) a esta pregunta, es la mejor que hemos encontrado: “Dios da mandatos que no podemos cumplir para que sepamos lo que necesitamos pedirle”. Una conciencia de nuestra impotencia, debería arrojarnos sobre Aquel que tiene todo el

poder. Es aquí entonces, donde una visión y perspectiva de la soberanía de Dios ayudan porque revelan su Suficiencia y nos muestra nuestra insuficiencia.

### C. La soberanía de Dios y el servicio cristiano

Si Dios ha determinado desde antes de la fundación del mundo el número exacto de aquellos que serán salvos, entonces, ¿por qué deberíamos preocuparnos por el destino eterno de aquellos con quienes entramos en contacto? ¿Qué lugar queda para el celo en el servicio cristiano? ¿No desanimará la doctrina de la soberanía de Dios y su corolario de la predestinación a los siervos del Señor de ser fieles en el evangelismo? No, en lugar de desanimar a sus siervos, un reconocimiento de la soberanía de Dios es lo más alentador para ellos. Aquí tenemos uno, por ejemplo, que es llamado a hacer el trabajo de un evangelista, y sale creyendo en el libre albedrío y en la propia capacidad del pecador para venir a Cristo. Él predica el evangelio tan fiel y celosamente como sabe; pero encuentra que la gran mayoría de sus oyentes son completamente indiferentes y no tienen un corazón para Cristo. Descubre que los hombres, en su mayor parte, están envueltos por completo en las cosas del mundo y que pocos tienen alguna preocupación sobre el mundo venidero. Él suplica a los hombres que se reconcilien con Dios y les suplica por la salvación de su alma. Pero no sirve de nada. Se desanima completamente y se pregunta: ¿De qué sirve todo esto? ¿Debería renunciar o debería cambiar su misión y mensaje? Si los hombres no responden al evangelio, ¿no sería mejor que se ocupara de aquello que es más popular y aceptable para el mundo? ¿Por qué no ocuparse de los esfuerzos humanitarios, del trabajo de superación social, de la campaña de pureza? ¡Ay! tantos hombres que una vez predicaron el evangelio y ahora se dedican a estas actividades.

¿Cuál es entonces, el correctivo de Dios para su siervo desanimado? *Primero*, necesita aprender de las Escrituras que Dios no está ahora tratando de convertir al mundo, sino que en esta era, Él está tomando de entre los gentiles “un pueblo para su nombre” (Hch. 15:14). ¿Cuál es entonces, el correctivo de Dios para su siervo desanimado? *Esto*: Una comprensión adecuada del plan de Dios para esta dispensación. De nuevo: ¿Cuál es el remedio de Dios para el abati-

miento ante el fracaso aparente en nuestras labores? *Esto*: La seguridad de que el propósito de Dios no puede fallar, que los planes de Dios no pueden fracasar, que la voluntad de Dios debe ser hecha. Nuestras labores no tienen la intención de lograr lo que Dios no ha decretado. Una vez más: ¿Cuál es la palabra de ánimo de Dios para el que está completamente descorazonado por la falta de respuesta a sus llamamientos y la ausencia de fruto, por su labor? *Esto*: Que no somos responsables de los resultados; esa es la parte de Dios y el asunto de Dios. Pablo puede “plantar” y Apolos puede “regar”, pero es Dios quien “da el crecimiento” (1 Co. 3:6). Nuestro deber es obedecer a Cristo y predicar el evangelio a toda criatura, enfatizar el “todo aquel que cree” y luego, abandonarse a las operaciones soberanas del Espíritu Santo para aplicar la Palabra con el poder vivificante a quien Él quiere, descansando en la promesa segura de Jehová:

“Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que *hará lo que yo quiero*, [puede que no lo que *nosotros* queramos] y será prosperada en aquello para que la envié” (Is. 55:10-11).

¿No fue esta seguridad la que sostuvo al amado Apóstol cuando declaró “Por lo tanto, [leer contexto] todo lo soporto por amor de los escogidos” (2 Ti. 2:10)? Sí, ¿no es ésta la misma lección a aprender del bendito ejemplo del Señor Jesús? Cuando leemos que Él le dijo al pueblo: “Aunque me habéis visto, y no creéis”, descansó en la voluntad soberana de Aquel que lo envió, diciendo: “Todo lo que el Padre me da, *vendrá* a mí, y el que a mí viene, no le echo fuera” (Jn. 6:36-37). Él sabía que su trabajo no sería en vano. Sabía que la Palabra de Dios no volvería a Él “vacía”. Sabía que “los elegidos de Dios” vendrían a Él y creerían en Él. Y esta misma seguridad llena el alma de todo siervo que, inteligentemente, descansa sobre la bendita verdad de la soberanía de Dios.

Oh, compañero-obrero cristiano, Dios no nos ha enviado a “lanzar flechas a la ventura” (1 R. 22:34). El éxito del ministerio que Él ha confiado en nuestras manos, no depende de la inconstancia de las voluntades de aquellos a quienes nosotros predicamos. Cuán gloriosamente alentadoras y sustentadoras son esas palabras de nuestro Señor, si descansamos en ellas con una fe sencilla: También tengo

[“tengo” nótese, no “tendré”; “tengo” porque el Padre se las dio antes de la fundación del mundo] otras ovejas que no son de este redil [es decir, el redil judío que existía entonces]; aquéllas también debo traer, y *oirán* mi voz” (Jn. 10:16). No simplemente, “deberían escuchar mi voz”; no simplemente, “podrían escuchar mi voz”; tampoco que, “lo harán si están dispuestas”. No hay ningún “si [condicional]”, no hay incertidumbre al respecto. “Oirán mi voz” es su propia promesa positiva, absoluta e incondicional.

¡Aquí es donde la fe debe descansar! Continúa tu búsqueda, querido amigo, en pos de las “otras ovejas” de Cristo. No te desanimes porque las “cabras” (Mt. 25:32-33) no escuchan su voz cuando predicas el evangelio. Sé fiel, sé escritural, sé perseverante y que Cristo te use para ser su portavoz al llamar a algunas de sus ovejas perdidas a Él. “Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano” (1 Co. 15:58).

## D. Reflexiones finales

Ahora, nos queda ofrecer algunas reflexiones finales y nuestra feliz tarea estará terminada.

### 1. Una provisión misericordiosa

La elección soberana de Dios de algunos para la salvación es una provisión misericordiosa. La respuesta suficiente a todas las perversas acusaciones de que la doctrina de la predestinación es cruel, horrible e injusta, es que, a menos que Dios haya escogido a algunos para la salvación, *ninguno* se hubiera salvado porque “no hay quien busque a Dios” (Ro. 3:11). Esto no es una mera inferencia nuestra, sino la enseñanza definida de la Sagrada Escritura. Preste mucha atención a las palabras del Apóstol en Romanos 9, donde este tema se discute plenamente: “También Isaías clama tocante a Israel: Si fuere el número de los hijos de Israel como la arena del mar, tan sólo el remanente será salvo;... como antes dijo Isaías: Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado descendencia, como Sodoma habríamos venido a ser, y a Gomorra seríamos semejantes” (Ro. 9:27, 29). La enseñanza de este pasaje es inconfundible, sino fuera por la interferencia divina, Israel se habría convertido en Sodoma y Gomorra. Si Dios hubiera dejado a Israel solo, la depravación humana habría seguido su curso hacia su propio final trágico. Pero Dios dejó a Israel

un “remanente” o una “simiente”. En la antigüedad, las ciudades de la llanura habían sido destruidas por su pecado y no quedó ni un sobreviviente; y así habría sido en el caso de Israel si Dios no hubiera “dejado” o salvado un remanente. Así es con la raza humana, si no hubiera sido por la gracia soberana de Dios al perdonar a un remanente, *todos* los descendientes de Adán habrían perecido en sus pecados. Por lo tanto, decimos que la elección soberana de Dios de algunos para la salvación es una provisión misericordiosa.

Y, téngase en cuenta, al elegir a los que eligió, Dios no hizo ninguna injusticia a los otros que fueron pasados por alto porque ninguno tenía derecho a la salvación. La salvación es por gracia y el ejercicio de la gracia es una cuestión de soberanía pura —Dios puede salvar a todos o a ninguno, a muchos o a pocos, a uno o a diez mil, tal como mejor le parezca—. Si se replicara: Pero, seguramente, “lo mejor” sería salvar a todos, la respuesta sería: No estamos en capacidad de juzgar. Podríamos haber pensado que “lo mejor” sería nunca haber creado a Satanás; nunca haber permitido que el pecado entrara en el mundo o haber entrado para poner fin al conflicto entre el bien y el mal mucho antes. ¡Oh! ¡Los caminos de Dios no son los nuestros “e inescrutables sus caminos” (Ro. 11:33)!

Dios pre-ordena todo lo que sucede. Su dominio soberano se extiende por todo el universo y está sobre cada criatura. “Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas” (Ro. 11:36). Dios inicia todas las cosas, regula todas las cosas y todas las cosas están obrando para su gloria eterna. “Para nosotros, sin embargo, sólo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para él; y un Señor, Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de él” (1 Co. 8:6). Y nuevamente, “conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad” (Ef. 1:11). Seguramente, si algo puede atribuirse a la casualidad, es el echar suertes y, ¡sin embargo, la Palabra de Dios declara expresamente: “La suerte se echa en el regazo; mas de Jehová es la decisión de ella” (Pr. 16:33)<sup>212</sup>!

---

<sup>212</sup> **Nota del editor** – El autor no defiende el uso de echar suertes para descubrir la voluntad de Dios, sino, simplemente, que Dios controla todo.

## 2. La sabiduría de Dios vindicada

La sabiduría de Dios en el gobierno de nuestro mundo será completamente vindicada ante todas las inteligencias creadas. Dios no es un espectador inactivo que mira desde un mundo lejano los acontecimientos de nuestra tierra. Por el contrario, Él mismo está dando forma a todo para la máxima promoción de su propia gloria. Incluso ahora, Él está llevando a cabo su propósito eterno, no sólo a pesar de la oposición humana y satánica, sino *por medio de ellos*. Cuán malvado y fútil ha sido todo esfuerzo para resistir su Voluntad, algún día será tan evidente como cuando en la antigüedad, Dios destruyó al faraón rebelde y sus huestes en el Mar Rojo.

Bien se ha dicho:

"El fin y el objeto de todo es la gloria de Dios. Es perfecta y divinamente cierto, que "Dios ha ordenado para su propia gloria todo lo que sucede". Para guardar esto de toda posibilidad de error, sólo tenemos que recordar quién es este Dios y cuál es la gloria que busca. Es el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, de Aquel en quien en el amor divino vino no buscando lo suyo, sino estando entre nosotros como "Aquel que sirve" (Lc. 22:27). Él es quien, suficiente en Sí mismo, no puede recibir una verdadera gloria de sus criaturas, sino de quien "toda buena dádiva y todo don perfecto desciende [...], del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación" (Stg. 1:17), pueden sus criaturas darle a Él.

La gloria de tal persona, se encuentra en la exhibición de su propia bondad, justicia, santidad, verdad; al manifestarse a Sí mismo como en Cristo, Él se ha manifestado a Sí mismo y lo hará por los siglos de los siglos. La gloria de este Dios es a lo que necesariamente *deben servir todas las cosas* —los adversarios y el mal, así como todo lo demás—. *Él lo ha ordenado*; su poder lo asegurará; y cuando se eliminen todas las nubes y obstrucciones aparentes, entonces, Él descansará: "Descansará en su amor" para siempre, aunque la eternidad sólo será suficiente para la comprensión de

la revelación. "*Dios será todo en todos*", da en cinco palabras, el resultado inefable" (En este párrafo, las cursivas son nuestras)<sup>213</sup>.

### 3. Exhortación

Debemos confesar con pesar que lo que hemos escrito, sólo ofrece una presentación incompleta e imperfecta de este tema tan importante. Sin embargo, si resulta en una comprensión más clara de la majestad de Dios y su soberana misericordia, seremos ampliamente recompensados por nuestras labores. Si el lector ha recibido bendición de la lectura concienzuda de estas páginas, no deje de agradecer al Dador de toda buena dádiva y de todo don perfecto, atribuyendo toda alabanza a su inimitable y soberana gracia.

*“El Señor, nuestro Dios, está revestido de poder,  
a su voluntad los vientos y las olas obedecen;  
Él habla, y en la altura fulgurante,  
el sol y los mundos rotantes se detienen.*

*Rebeldes las olas que sobre la tierra con aspecto amenazante,  
espumáis y rugís,  
el Señor ha pronunciado su mandato  
que rompe su furor en la orilla.*

*Vosotros vientos de la noche, vuestra fuerza se combina  
sin su santa orden elevada,  
no podréis en un pino de montaña,  
perturbar el nido de la golondrina.*

*A lo lejos, oída es su voz sublime;  
en distantes picos se desvanece en lento apagamiento;  
a su carruaje ata al ciclón, embravecido viento,  
y barre los turbios cielos, que aulladores gimen.*

*¡Majestuoso Dios! cuán infinito eres Tú,  
que débiles e indignos gusanos somos,*

---

<sup>213</sup> **F. W. Grant** (1834-1902) – En Expiación (*Atonement*). Teólogo y escritor británico-estadounidense; nacido en Londres. Estudió en King's College School. Emigró a Canadá a los 21 años y sirvió en parroquias anglicanas; luego emigró a los Estados Unidos, viviendo en Brooklyn, Nueva York, y luego en Plainfield, Nueva Jersey.

*que toda raza de hombres se postre, vuelta en sí,  
y busque en ti la salvación.*

*La eternidad con incontables años  
permanece toda ante tu vista,  
no hay nada viejo para ti, que exista.  
¡Oh Gran Dios! nada nuevo, nada extraño.*

*Nuestras vidas, de sus muchas escenas muestran trazos,  
fastidiadas con preocupaciones mezquinas y triviales;  
mientras tu pensamiento eterno le da paso  
a la quietud de tus asuntos celestiales”<sup>214</sup>.*

*“¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso  
reina!” Apocalipsis 19:6.*

***Preguntas para estudio personal y discusión en grupo***

*Las siguientes preguntas refuerzan la comprensión y la aplicación.*

1. ¿Qué resulta cuando la voluntad del hombre entra en conflicto con la de Dios?
2. ¿Qué aprendemos de Miqueas 4:11-13?
3. Si Dios lo ha ordenado todo antes, incluidas nuestras buenas obras, entonces, ¿por qué debemos vivir para andar en ellas?
4. Cuando Dios pasa por alto a algunos para salvación, ¿por qué no es una injusticia?
5. ¿Por qué es *gloriosa* la doctrina de la soberanía de Dios?

---

<sup>214</sup> **Henry Kirke White** (1785-1806) – Poeta inglés. Himno: “El Señor nuestro Dios está revestido de poder” (*The Lord Our God Is Clothed with Might*).